

LA LEGENDARIA BIBLIOTECA DESAPARECIDA
ESCONDE EL FUTURO DE TRES RELIGIONES

STEVE
BERRY

LA
CONEXIÓN
ALEJANDRÍA



Lectulandia

Cotton Malone, el ya célebre agente del gobierno norteamericano, vive retirado en Copenhague, donde regenta una librería especializada en volúmenes raros. Su tranquila vida se ve truncada el día en que su hijo es secuestrado y alguien prende fuego a la librería. El culpable no se detendrá ante nada para conseguir su objetivo. Y su objetivo es nada menos que la biblioteca de Alejandría.

La biblioteca de Alejandría era la mayor fuente de conocimiento del mundo antiguo. Sus muros albergaban todo manuscrito conocido sobre historia, filosofía, literatura, ciencia y religión. Pero hace más de mil años desapareció entre el mito y la leyenda, sin que jamás se encontrara rastro arqueológico alguno. Su saber ha sido desde entonces codiciado por estudiosos, buscadores de tesoros y aquellos que creen que sus secretos esconden la llave de un gran poder.

En La conexión Alejandría el destino de Oriente Medio y el futuro de las tres principales religiones del mundo están en juego: ¿podría nuestra civilización sobrevivir a las revelaciones que se esconden en la desaparecida biblioteca? Ficción trepidante y un misterio real se funden en el esperado regreso de Steve Berry. Sus libros, traducidos a cuarenta y una lenguas y publicados en cuarenta y tres países, tienen siete millones de seguidores en todo el mundo, y cientos de miles en España.

Lectulandia

Stev Berry

La conexión Alejandria

ePUB v1.1

NitoStrad 22.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Alexandria Link*

Autor: Steve Berry

Traducción: Diego Frieria y M^a. José Díez

Primera edición: marzo de 2008

Editor original: NitoStrad (v1.0)

ePub base v2.0

*Para Katie y Kevin,
Dos estrellas fugaces
que han vuelto a entrar en mi órbita*

La historia es el destilado de las pruebas que han sobrevivido al pasado.

OSCAR HANDLIN,
La verdad en la historia, 1979

Desde el primer Adán que vio la noche
y el día y la figura de su mano,
fabularon los hombres y fijaron en
piedra o en metal o en pergamino
cuanto ciñe la tierra o plasma el sueño.
Aquí está su labor: la Biblioteca...
Declaran los infieles que si ardiera,
ardería la historia. Se equivocan. Las
vigilias^[1] humanas engendraron los
infinitos libros. Si de todos no quedara uno solo,
volverían a engendrar cada
hoja y cada línea.

JORGE LUIS BORGES,
acerca de la Biblioteca de Alejandría

Las bibliotecas son la memoria de la Humanidad.

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

PRÓLOGO

PALESTINA
ABRIL DE 1948

La paciencia de George Haddad se agotó cuando fulminó con la mirada al hombre que estaba atado a la silla. Al igual que él, su prisionero tenía la tez morena, la nariz aquilina y los ojos castaños y hundidos propios de un sirio o un libanés, pero había algo en él que, sencillamente, desagradaba a Haddad.

—Sólo lo preguntaré una vez más. ¿Quién eres?

Los soldados de Haddad habían capturado al extraño hacía tres horas, poco antes del amanecer. Caminaba solo, desarmado, lo cual era una estupidez. Desde que en noviembre del año anterior los británicos habían decidido dividir Palestina en dos Estados, uno árabe y el otro judío, ambos bandos libraban una furiosa guerra. Y sin embargo ese idiota había ido directo a un bastión árabe, sin oponer resistencia, y no había dicho nada desde que lo habían atado a la silla.

—¿Me has oído, imbécil? Te he preguntado quién eres.

Haddad hablaba en árabe, idioma que a todas luces el otro entendía.

—Soy un Guardián.

La respuesta no le dijo nada.

—¿Qué es eso?

—Somos custodios del conocimiento.

Haddad no estaba de humor para acertijos. Justo el día anterior la resistencia judía había atacado una aldea cercana. Reunieron en una cantera a cuarenta hombres y mujeres palestinos y les pegaron un tiro. Nada del otro jueves: los árabes estaban siendo asesinados y expulsados sistemáticamente, y la tierra que habían ocupado sus familias durante mil seiscientos años era confiscada. La *nakba*, la ca-tástrofe, estaba ocurriendo. Haddad tenía que estar fuera combatiendo al enemigo, no escuchando disparates.

—Todos somos custodios del conocimiento —aclaró—. Yo sé que he de borrar de la faz de la tierra a todo sionista que me encuentre.

—Ésa es la razón por la que he venido. La guerra no es necesaria.

El tipo era idiota.

—¿Estás ciego? Los judíos invaden este sitio, nos aplastan. La guerra es lo único que nos queda.

—Subestimas la determinación judía. Han sobrevivido durante siglos y así seguirá siendo.

—Esta tierra es nuestra. Venceremos.

—Hay cosas más poderosas que las balas que os pueden proporcionar la victoria.

—Cierto: las bombas. Y tenemos un montón. Os aplastaremos, acabaremos con vosotros, panda de ladrones sionistas.

—No soy sionista.

La afirmación llegó en voz queda, y después el hombre guardó silencio. Haddad cayó en la cuenta de que debía poner fin al interrogatorio. No tenía tiempo para callejones sin salida.

—He venido de la biblioteca para hablar con Kamal Haddad —explicó el hombre al cabo.

La ira de Haddad dio paso a la confusión.

—Es mi padre.

—Me dijeron que vivía en esta aldea.

Su padre había sido profesor, experto en historia de Palestina, e impartía clases en la Universidad de Jerusalén. Un hombre locuaz y risueño, grande de cuerpo y alma; recientemente había ejercido de emisario entre los árabes y los británicos para intentar detener la masiva inmigración judía y evitar la *nakba*, pe-ro sus esfuerzos habían sido en vano.

—Mi padre ha muerto.

Por vez primera vio preocupación en los apagados ojos del prisionero.

—No lo sabía.

Haddad revivió un recuerdo que habría preferido desechar.

—Hace dos semanas se metió un fusil en la boca y se voló la tapa de los sesos. Dejó una nota que decía que no soportaba presenciar la destrucción de su tierra natal. Se consideraba responsable de no parar a los sionistas. —Haddad acercó al rostro del Guardián el revólver que empuñaba—. ¿Por qué querías ver a mi padre?

—Él es quien debe recibir mi información. Es el invitado.

La ira de Haddad aumentó.

—¿De qué estás hablando?

—Tu padre es un hombre merecedor de un gran respeto. Es docto, tiene derecho a participar en nuestro conocimiento. Por eso he venido, para invitarlo a compartir.

La tranquila voz del hombre cayó sobre Haddad como el cubo de agua que apaga la llama.

—A compartir ¿qué?

El Guardián negó con la cabeza.

—Esa información es sólo para él.

—Está muerto.

—Lo que significa que se escogerá a otro invitado.

¿Qué disparates soltaba ese hombre? Haddad había capturado a muchos prisioneros judíos: los torturaba para averiguar cuanto podía y después acababa con

lo que quedaba de ellos. Antes de la *nakba* Haddad era olivarero, pero, al igual que su padre, se sentía atraído por el mundo del saber y quería seguir estudiando. Ahora eso era imposible. El Estado de Israel se estaba creando, sus fronteras trazadas a base de arañar antiguo territorio árabe. Al parecer el mundo compensaba a los judíos por el holocausto. Y todo ello a costa de los palestinos.

Apoyó el cañón del arma en el entrecejo del hombre.

—Acabo de nombrarme «invitado». Di lo que sepas.

Los ojos del otro parecieron escrutarlo, y por un instante a él le asaltó un extraño desasosiego. Era evidente que aquel emisario ya se había enfrentado a otros dilemas antes. Haddad admiraba el valor.

—Luchas en una guerra innecesaria, contra un enemigo desinformado — respondió el hombre.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Eso es algo que sabrá el siguiente invitado.

Casi era media mañana. Haddad necesitaba dormir. A ese prisionero esperaba sacarle el nombre de algunos judíos de la resistencia, tal vez incluso el de los monstruos que habían asesinado a su gente el día anterior. Los malditos británicos estaban suministrando fusiles y tanques a los sionistas, y eso que durante años esos mismos británicos habían considerado ilegal la posesión de armas por parte de la población árabe, lo cual los había situado en una posición de clara desventaja. Sí, los árabes eran más, pero los judíos estaban mejor preparados, y Haddad se temía que el resultado de la guerra fuese la legitimación del Estado de Israel.

Clavó la vista en la expresión dura, inflexible, en aquellos ojos que no se apartaban de los suyos, y supo que el prisionero estaba dispuesto a morir. En los últimos meses matar le resultaba mucho más fácil. Las atrocidades judías contribuían a acallar la poca conciencia que aún le quedaba. Sólo tenía diecinueve años, y su corazón era de piedra.

Pero la guerra era la guerra.

Así que apretó el gatillo.

PRIMERA PARTE

1

COPENHAGUE, DINAMARCA
MARTES, 4 DE OCTUBRE, EN LA ACTUALIDAD
1:45

Cotton Malone tenía enfrente a la encarnación de los problemas. Al otro lado de la puerta abierta de su librería se hallaba su ex mujer, la última persona del mundo a la que esperaba ver. Enseguida vio el pánico en sus cansados ojos, recordó el violento palpar que lo había despertado unos minutos antes y pensó en el acto en su hijo.

—¿Dónde está Gary? —preguntó.

—Hijo de puta. Se lo han llevado. Por tu culpa. Se lo han llevado. —Se abalanzó sobre él y empezó a darle puñetazos en los hombros—. Maldito hijo de puta. —Él asió sus muñecas y detuvo la arremetida cuando ella rompió a llorar—. Por eso te dejé. Creí que esto había terminado.

—¿Quién se ha llevado a Gary? —Por toda respuesta obtuvo más sollozos. Él la agarró por los brazos—. Pam, escúchame. ¿Quién se lo ha llevado?

Ella lo miró con fijeza.

—¿Cómo demonios voy a saberlo?

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué no has ido a la policía?

—Porque dijeron que no lo hiciera. Dijeron que si iba, Gary moriría. Dijeron que lo sabrían, y yo los creí.

—¿A quiénes creíste?

Ella se liberó de la presa de Malone. Tenía el rostro iracundo.

—No lo sé. Lo único que dijeron fue que esperara dos días y luego viniera aquí y te diera esto. —Hurgó en el bolso y sacó un teléfono. Las lágrimas seguían corriéndole por las mejillas—. Dijeron que te conectaras a Internet y abrieras tu correo.

¿Había oído bien? ¿Conectarse y abrir el correo?

Desplegó el teléfono y comprobó la frecuencia: tenía bastantes megahercios para llegar a cualquier rincón del mundo, lo cual le dio que pensar. De repente se sintió vulnerable. La plaza Højbro estaba desierta. A tan tardía hora nadie deambulaba por la plaza.

Sus sentidos se pusieron alerta.

—Entra.

La hizo pasar de un tirón y cerró la puerta. Todavía no había encendido la luz.

—¿Qué ocurre? —inquirió ella, el miedo entrecortando su voz.

Él se encaró con ella.

—No lo sé, Pam. Dímelo tú. Al parecer a nuestro hijo se lo ha llevado sabe Dios quién y tú has esperado dos días antes de contárselo a nadie. ¿No te parece descabellado?

—No iba a poner su vida en peligro.

—Y yo sí, ¿no? ¿Cómo lo he hecho antes?

—Siendo tú —dijo ella en un tono glacial, y él recordó en el acto por qué ya no vivían juntos.

Se le pasó algo por la cabeza: su ex nunca había estado en Dinamarca.

—¿Cómo me has encontrado?

—Ellos me lo dijeron.

—¿Quién demonios son *ellos*?

—No lo sé, Cotton. Dos hombres. Sólo hablaba uno. Alto, pelo oscuro, cara corriente.

—¿Norteamericano?

—¿Cómo voy a saberlo?

—¿Cómo hablaba?

Ella pareció serenarse.

—No. No era norteamericano. El acento era raro, europeo.

Él agitó el teléfono.

—¿Qué se supone que debo hacer con esto?

—Dijo que abrieras tu correo y recibirías una explicación.

Ella miró nerviosamente las estanterías, sumidas en las sombras.

—Arriba, ¿no?

Gary le habría dicho que vivía encima de la tienda. Sin duda él no había sido. Sólo habían hablado en una ocasión desde que él saliera del departamento de Justicia y abandonara Georgia el año anterior, y aquello había sido dos meses antes, en agosto, cuando él llevó a Gary a casa después de que el chico fuese a verlo en verano. Ella le dijo con frialdad que Gary no era hijo suyo, que el muchacho era fruto de una aventura que había tenido hacía dieciséis años, su respuesta a la infidelidad de él. Él llevaba luchando contra ese demonio desde entonces y todavía no había asimilado sus implicaciones. En ese momento decidió algo: no volvería a hablar con Pam Malone. Lo que hubiera que decir quedaría entre él y Gary.

Pero, por lo visto, las cosas habían cambiado.

—Sí —contestó él—. Arriba.

Entraron en su piso y él se sentó al escritorio. Encendió el portátil y esperó a que se cargaran los programas. Pam por fin era dueña de sus emociones. Ella era así, toda altibajos: elevaciones vertiginosas y depresiones profundas. Era abogada, como él, pero mientras que él había trabajado para el gobierno, ella se ocupaba de juicios de

altos vuelos para empresas del *ranking Fortune 500*, que se podían permitir los impresionantes honorarios de su bufete. Cuando fue a la facultad de Derecho él pensó en un principio que la decisión tenía que ver con su persona, que era una forma de compartir la vida, pero después supo que era una manera de conseguir su independencia.

Así era Pam.

El portátil estaba listo. Accedió a su correo.

Vacío.

—Aquí no hay nada.

Pam se acercó a él.

—¿Cómo? Dijo que abrieras el correo.

—Eso fue hace dos días. Y, por cierto, ¿cómo has venido?

—Tenían un billete, comprado y todo.

Él no daba crédito.

—¿Te has vuelto loca? Lo que has hecho es darles dos días de ventaja.

—¿Te crees que no lo sé? —chilló ella—. ¿Crees que soy tonta de remate? Me dijeron que me habían pinchado los teléfonos y que me estaban vigilando. Si desoía sus instrucciones, aunque fuera lo más mínimo, Gary moriría. Me enseñaron una foto. —Se contuvo, y las lágrimas brotaron de nuevo—. Sus ojos... ay, sus ojos. —Se vino abajo otra vez—. Estaba asustado.

A él el corazón le latía con fuerza y las sienes le ardían. Había dejado atrás a propósito una vida de peligros diarios para encontrar algo nuevo. ¿Es que ahora lo perseguía esa vida? Se aferró al borde de la mesa. No les haría ningún bien que ambos se desmoronaran. Si quienesquiera que fuesen *ellos* querían muerto a Gary, ya lo estaría. No, Gary era una moneda de cambio, a todas luces una forma de que él les prestara toda su atención.

El ordenador tintineó.

Su mirada se dirigió a la esquina inferior derecha de la pantalla: «Tiene un mensaje.» A continuación vio aparecer la palabra «bienvenido» en la línea del DE y «la vida de su hijo» como ASUNTO. Movié el cursor y abrió el mensaje.

TIENE ALGO QUE QUIERO: LA CONEXIÓN ALEJANDRÍA. USTED LA ESCONDIÓ Y ES LA ÚNICA PERSONA DEL MUNDO QUE SABE DÓNDE ENCONTRARLA. VAYA EN SU BUSCA. TIENE 72 HORAS. CUANDO LA TENGA, PULSE EL NÚMERO 2 DEL TELÉFONO. SI NO TENGO NOTICIAS SUYAS AL TÉRMINO DE LAS 72 HORAS, PERDERÁ A SU HIJO. SI DURANTE ESTE TIEMPO INTENTA JODERME, SU HIJO PERDERÁ UN APÉNDICE VITAL. 72 HORAS. ENCUÉNTRELA Y HAREMOS EL INTERCAMBIO.

Pam se hallaba tras él.

—¿Qué es la Conexión Alejandría?

Él no dijo nada, no podía. En efecto, era la única persona del mundo que lo sabía y había dado su palabra.

—Quienquiera que envió este mensaje lo sabe. ¿Qué es?

Él clavó la vista en la pantalla y supo que no habría modo de rastrear el mensaje. El remitente, al igual que él, sin duda sabía servirse de los agujeros negros: servidores informáticos que enviaban correos aleatoriamente por un laberinto electrónico. Seguirlos no era imposible, pero sí condenadamente difícil.

Se levantó de la silla y se pasó una mano por el cabello. Pensaba cortárselo el día anterior. Se sacudió el sueño y respiró hondo unas cuantas veces. Antes se había puesto unos vaqueros y una camisa de manga larga que llevaba abierta, dejando al descubierto una camiseta gris. De pronto el miedo le hizo sentir frío.

—Maldita sea, Cotton...

—Pam, cállate. Tengo que pensar, y no eres de mucha ayuda.

—¿No soy de mucha ayuda? ¿Qué demonios...?

El móvil sonó. Pam se abalanzó hacia él, pero él se interpuso y ordenó:

—Déjalo.

—¿Qué estás diciendo? Podría ser Gary.

—Despierta de una vez.

Él cogió el teléfono a la tercera.

—Ha tardado bastante —le dijo al oído una voz de varón. Percibió un acento holandés—. Ah, y ahórrese bravuconadas del tipo si-le-hace-daño-al-chico-lo-mataré. Ni usted ni yo tenemos tiempo para eso. Sus setenta y dos horas ya han empezado.

Malone permaneció callado, pero recordó algo que había oído hacía tiempo: nunca dejes que el otro dicte las normas.

—Que le den por el culo. Yo no voy a ninguna parte.

—Corre usted muchos riesgos con la vida de su hijo.

—Veré a Gary, hablaré con él y entonces me pondré en marcha.

—Mire fuera.

Corrió a la ventana: cuatro pisos más abajo la plaza Højbro seguía desierta, a excepción de dos figuras situadas al otro extremo de la extensión adoquinada.

Ambas siluetas empuñaban armas: lanzagranadas.

—No lo creo —le dijo la voz al oído.

Brotaron llamaradas.

Dos proyectiles atravesaron la noche e hicieron añicos las ventanas de debajo.

Ambos explotaron.

VIENA, AUSTRIA

2:12

El ocupante de la silla azul vio que un coche dejaba a dos pasajeros bajo una puerta cochera iluminada. No era una limusina ni nada abiertamente pretencioso, tan sólo un sedán europeo de color apagado, un vehículo normal y corriente en las transitadas carreteras austríacas: el medio de transporte perfecto para no llamar la atención de terroristas, delincuentes, policía y periodistas curiosos. Llegó un coche más que dejó a sus ocupantes y a continuación se dispuso a esperar entre los oscuros árboles de un aparcamiento. A los pocos minutos aparecieron otros dos. El hombre de la silla azul, satisfecho, dejó sus aposentos del segundo piso y bajó a la primera planta.

La reunión se celebraba en el lugar de costumbre.

Cinco sillones dorados, de respaldo recto, descansaban sobre una alfombra húngara formando un amplio círculo. Todas las sillas eran idénticas salvo una, que lucía un paño azul royal en el mullido respaldo. Junto a cada una de las sillas había una mesita dorada con una lámpara de bronce, un bloc y una campana de cristal. A la izquierda del círculo un fuego ardía en una chimenea de piedra, la luz bailoteaba nerviosamente en los murales del techo.

Un hombre ocupaba cada silla.

Eran nombrados por orden descendente de edad. Dos de ellos aún conservaban el cabello y la salud; tres se estaban quedando calvos y tenían achaques. Todos rondaban los setenta años y vestían trajes sobrios, los oscuros abrigos Chesterfield y sombreros de fieltro gris colgando de perchas de latón en uno de los laterales. Tras cada uno de ellos había un hombre, más joven: el sucesor de la Silla, que asistía para oír y aprender, pero no para hablar. Las reglas eran viejas: cinco Sillas, cuatro Sombras. La Silla Azul mandaba.

—Pido disculpas por la hora, pero no hace mucho llegó una información preocupante. —La voz de la Silla Azul era forzada y queda—. Es posible que nuestra última empresa se halle en peligro.

—¿Se ha hecho pública? —inquirió la Silla Dos.

—Tal vez.

La Silla Tres suspiró.

—¿Se puede resolver el problema?

—Creo que sí, pero es preciso actuar con rapidez.

—Advertí que no debíamos entrometernos —recordó con severidad la Silla Dos, meneando la cabeza—. Debimos dejar que las cosas siguieran su curso.

La Silla Tres se mostró conforme, al igual que en la reunión anterior.

—Quizá sea una señal para que nos apartemos. Hay mucho a favor de dejar que las cosas sigan su orden.

La Silla Azul negó con la cabeza.

—Nuestro último voto se opuso a ello. Se tomó una decisión y hemos de atenernos a ella. —Hizo una pausa—. La situación requiere nuestra atención.

—Para lograr el éxito será preciso obrar con tacto y habilidad —opinó la Silla Tres—. Una atención excesiva daría al traste con el objetivo. Si tenemos la intención de seguir adelante sugiero que concedamos plena autoridad a *die Klauen der Adler*.

Las garras del águila.

Otros dos asintieron.

—Ya lo he hecho —afirmó la Silla Azul—. He convocado esta reunión porque era preciso ratificar esta actuación unilateral por mi parte.

Se presentó la moción, se alzaron manos.

Cuatro a uno: aprobada.

La Silla Azul estaba satisfecha.

El edificio de Malone se estremeció como si lo sacudiera un terremoto y se infló con una oleada de calor que ascendió por el hueco de la escalera. Él agarró a Pam y ambos se arrojaron sobre la raída alfombra que cubría el piso de madera. La protegió cuando otra explosión sacudió los cimientos y más llamas se abrieron paso hacia ellos.

Malone miró hacia la puerta: abajo el fuego ardía con furia, y el humo subía formando una nube cada vez más oscura.

Se puso en pie y salió disparado hacia la ventana: los dos hombres ya no estaban. Las llamas lamían la noche. Comprendió lo que había sucedido: habían incendiado los pisos inferiores. No pretendían matarlos.

—¿Qué está pasando? —gritó Pam.

Él no le hizo caso y abrió la ventana. El humo iba ocupando todo el espacio.

—Vamos —dijo y se dirigió al dormitorio.

Metió la mano bajo la cama y sacó la mochila que siempre tenía lista, incluso estando retirado, como hiciera durante doce años, cuando era agente del Magellan Billet. Dentro estaban su pasaporte, mil euros, documentos de identidad adicionales, ropa y su Beretta con munición. Su influyente amigo Henrik Thorvaldsen acababa de recuperar el arma que le confiscó la policía danesa cuando Malone se mezcló con los templarios unos meses atrás.

Se echó la mochila al hombro y se calzó unas zapatillas de deporte. No había tiempo para atar los cordones: el humo devoraba la habitación. Abrió ambas ventanas, una medida eficaz.

—Quédate aquí —ordenó.

Contuvo la respiración, cruzó el estudio y salió a la escalera. Debajo había cuatro pisos. El primero albergaba su librería; las plantas segunda y tercera estaban destinadas a almacenamiento y la cuarta era su apartamento. El calor le abrasó la cara y le obligó a retroceder. Granadas incendiarias, por fuerza.

Regresó al dormitorio.

—No podemos salir por la escalera, se han asegurado de que fuera así.

Pam estaba acurrucada junto a la ventana, respirando a duras penas y tosiendo. Malone pasó por delante de ella y sacó la cabeza. La habitación hacía esquina. El edificio contiguo, ocupado por un joyero y una tienda de ropa, tenía un piso menos, el tejado plano y festoneado de pretilas de ladrillo que, según le habían dicho, databan

del siglo XVII. Miró hacia arriba: por la parte superior de la ventana discurría una gran cornisa que sobresalía y recorría la parte frontal y lateral de su edificio.

Sin duda alguien habría llamado a los bomberos, pero no estaba dispuesto a esperar a que le pusieran una escala.

Pam empezó a toser más, y también a él le costaba respirar. Le giró la cabeza.

—Mira eso —dijo, señalando la cornisa—. Agárrate a ella y avanza hacia el lateral del edificio. Desde ahí se puede saltar al tejado de al lado.

Los ojos de ella se desorbitaron.

—¿Te has vuelto loco? Esto es un cuarto piso.

—Pam, este edificio podría volar: hay tuberías de gas natural. Esas granadas pretendían provocar un incendio. No lanzaron ninguna a esta planta porque quieren que salgamos.

Ella no pareció enterarse de lo que él estaba diciendo.

—Tenemos que salir antes de que lleguen la policía y los bomberos.

—Pueden ayudarnos.

—¿Quieres pasarte las próximas ocho horas respondiendo preguntas? Sólo tenemos setenta y dos.

Ella pareció comprender el razonamiento en el acto y miró la cornisa.

—No puedo, Cotton. —Por vez primera su voz no sonó crispada.

—Gary nos necesita. Hemos de irnos. Mírame y haz exactamente lo que yo haga.

Se colocó la mochila y salió por la ventana. Se agarró a la cornisa. La áspera piedra estaba caliente, pero era lo bastante delgada para que sus dedos se aferraran bien. Quedó suspendido en el aire y fue avanzando, mano a mano, hacia la esquina. Siguió unos metros más, dobló la esquina y saltó al tejado contiguo.

Corrió hacia la fachada del edificio y alzó la vista. Pam continuaba en la ventana.

—Vamos, hazlo. Igual que he hecho yo.

Ella vaciló.

Una explosión destrozó la tercera planta, y sobre la plaza Højbro cayó una lluvia de cristales de las ventanas. Las llamas barrían la noche. Pam reculó. Un error. Un segundo después asomó la cabeza y comenzó a toser violentamente.

—¡Tienes que venir ya! —chilló él.

Al final ella pareció admitir que no tenía elección. Al igual que hiciera antes él, salió por la ventana y se agarró a la cornisa. Después despegó el cuerpo y se descolgó.

Él vio que tenía los ojos cerrados.

—No hace falta que mires. Sólo mueve las manos, primero una y luego otra.

Ella lo hizo.

Unos dos metros y medio de cornisa la separaban de él, pero iba bien. Una mano y luego la otra. Entonces Cotton vio a alguien abajo, en la plaza. Los dos hombres

habían vuelto, esta vez con fusiles.

Ladeó la mochila y metió una mano dentro hasta dar con la Beretta.

Disparó dos veces a las figuras, que se encontraban a más de quince metros. Las réplicas rebotaron en los edificios que bordeaban la plaza y resonaron con fuerza.

—¿Por qué disparas? —quiso saber Pana.

—Sigue avanzando.

Otro disparo y los de abajo se dispersaron.

Pam llegó a la esquina, y él alzó la cabeza un instante.

—Da la vuelta y ven hacia mí.

Malone escudriñó la oscuridad, pero no vio a los pistoleros, tenía una mano aferrada a la cornisa, la otra tanteaba en busca de asidero.

Entonces se soltó.

Y cayó.

Él extendió los brazos, sin soltar la pistola, y consiguió cogerla, pero los dos cayeron sobre el tejado. Ella jadeaba, y él también.

El móvil sonó.

Malone se arrastró hasta la mochila, encontró el teléfono y lo abrió.

—¿Se divierte? —preguntó la misma voz de antes.

—¿Tenía algún motivo para volarme la tienda?

—Fue usted quien dijo que no se iba.

—Quiero hablar con Gary.

—Soy yo quien dicta las normas. Ya ha perdido treinta y seis minutos de sus setenta y dos horas. Yo en su lugar me pondría en marcha. La vida de su hijo depende de ello.

La línea enmudeció.

Se acercaban sirenas. Agarró la mochila y se puso en pie.

—Tenemos que irnos.

—¿Quién era?

—Nuestro problema.

—¿Quién era?

Una repentina furia se apoderó de él.

—No tengo ni idea.

—¿Qué quiere?

—Algo que no puedo darle.

—¿Cómo que no puedes? La vida de Gary depende de ello. Echa un vistazo: te ha volado la tienda.

—Vaya, Pam, si no me lo dices no me doy cuenta.

Dio media vuelta para marcharse, pero ella lo retuvo.

—¿Adonde vamos?

—A obtener algunas respuestas.

Dominick Sabre se hallaba en el extremo oriental de la plaza Højbro, viendo arder la librería de Cotton Malone. Coches de bomberos amarillo fluorescente habían tomado posiciones y vomitaban agua a las llameantes ventanas.

Por el momento la cosa iba bien. Malone se había puesto en marcha. Orden a partir del caos: su lema. Su vida.

—Han bajado por el edificio de al lado —anunció una voz por el intercomunicador.

—¿Adonde han ido? —susurró al micro de la solapa.

—Al coche de Malone.

Perfecto.

Los bomberos corrían por la plaza arrastrando más mangueras, decididos a asegurarse de que las llamas no se propagaran. El fuego parecía divertirse. Al parecer los libros antiguos ardían con entusiasmo. El edificio de Malone no tardaría en convertirse en cenizas.

—¿Está todo listo? —le preguntó al hombre que tenía al lado, uno de los dos holandeses a los que había contratado.

—Yo mismo lo he comprobado. Estamos preparados.

Lo que estaba a punto de suceder había requerido mucha planificación. Ni siquiera estaba seguro de tenerlas todas consigo —el objetivo era intangible, escurridizo—, pero si la pista que estaba siguiendo llevaba a alguna parte estaría preparado.

Sin embargo todo dependía de Malone.

Su nombre de pila era Harold Earl, y en ningún lugar de la información que existía sobre él se explicaba el origen de su apodo: Cotton. Malone tenía cuarenta y ocho años, once más que Sabre. No obstante, al igual que él, Malone era norteamericano, nacido en Georgia. Su madre era sureña y su padre militar de carrera, un capitán de fragata cuyo submarino se hundió cuando Malone tenía diez años. Curiosamente Malone siguió los pasos de su padre: asistió a la escuela naval y a la academia de vuelo, y después dio un cambio radical y acabó la carrera de Derecho, costada por el gobierno. Lo trasladaron al cuerpo de abogados de la Marina, el JAG, donde pasó nueve años. Hacía trece había vuelto a cambiar y había pasado al departamento de Justicia y al recién formado Magellan Billet, que se ocupaba de algunas de las investigaciones internacionales más delicadas de América.

Allí aguantó hasta hacía un año, en que se retiró prematuramente con el grado de capitán, dejó Norteamérica, se mudó a Copenhague y compró una tienda de libros antiguos.

¿La crisis de los cuarenta? ¿Problemas con el gobierno?

Sabre no estaba seguro.

Luego vino el divorcio, eso lo había investigado. ¿Quién sabía? Malone parecía un enigma. Aunque era un bibliófilo empedernido, nada en los perfiles psicológicos que Sabre había leído proporcionaba una explicación satisfactoria a todos esos giros radicales.

Otras informaciones no hacían más que confirmar la competencia de su adversario.

Hablaba con bastante soltura varios idiomas, no tenía adicciones o fobias conocidas, poseía iniciativa y era propenso a la entrega obsesiva. Asimismo gozaba de una memoria eidética que Sabre envidiaba.

Capaz, experimentado, inteligente. Muy distinto de los idiotas a los que había contratado: cuatro holandeses con poco cerebro, nada de ética y escasa disciplina.

Permaneció sumido en las sombras mientras la plaza Højbro se iba llenando de gente que observaba cómo desempeñaban su cometido los bomberos. El aire de la noche le cortaba el rostro. En Dinamarca el otoño sólo parecía un breve prelude del invierno. Apretó los puños y los metió en los bolsillos de la chaqueta.

Incendiar todo aquello en cuya consecución Cotton había invertido el año anterior fue necesario. Nada personal, sólo negocios. Y si Malone no le proporcionaba exactamente lo que él quería, mataría al muchacho sin vacilar.

El holandés que tenía al lado —que había efectuado las llamadas a Malone— tosía, pero seguía callado. Una de las estrictas normas de Sabre había quedado clara desde el principio: Hablar sólo cuando se pregunte. No tenía ni tiempo ni ganas de cháchara.

Contempló el espectáculo unos minutos más y, al cabo, dijo al micro de la solapa:

—Todo el mundo atento. Sabemos adonde se dirigen, y sabéis lo que tenéis que hacer.

4:00

Malone aparcó el coche delante de Christiengade, la mansión de Henrik Thorvaldsen, que se alzaba en la costa de Selandia, muy cerca del Sund. Desde Copenhague había conducido unos treinta kilómetros hacia el norte, en el Mazda último modelo que tenía aparcado a unas manzanas de su librería, cerca del palacio de Christianborg.

Después de encontrar la forma de bajar desde el tejado vio cómo los bomberos trataban de contener el incendio que consumía su edificio. Comprendió que los libros se habían perdido, y si las llamas no devoraban hasta el último ejemplar, el calor y el humo causarían daños irreparables. Mientras contemplaba la escena intentó combatir una creciente ira, procurando poner en práctica lo que había aprendido tiempo atrás: no odies nunca a tu enemigo. Ello nublabla el juicio. No. No tenía que odiar, sino que pensar.

Pero Pam se lo estaba poniendo difícil.

—¿Quién vive ahí? —inquirió.

—Un amigo.

Su ex había intentado sacarle información durante el trayecto, pero él no le había dado mucha, lo cual no hizo sino avivar su rabia. Antes de ocuparse de ella tenía que ponerse en contacto con alguien.

La oscura casa era una genuina muestra del barroco danés: tres plantas de ladrillo revestido de piedra arenisca coronadas por un tejado de cobre elegantemente curvo. Un ala miraba hacia el interior, mientras que la otra daba al mar. La había erigido un Thorvaldsen hacía trescientos años, después de convertir provechosamente toneladas de turba sin ningún valor en combustible para producir vidrio. Otros Thorvaldsen la habían mantenido con el mayor de los cuidados a lo largo de los siglos y habían convertido Adelgade Glasvaerker, con su característico símbolo —dos círculos con una línea debajo—, en el primer fabricante de vidrio de Dinamarca. A la cabeza del moderno grupo de empresas se hallaba el actual patriarca de la familia, Henrik Thorvaldsen, el responsable de que Malone viviera ahora en Dinamarca.

Avanzó con decisión hasta la sólida puerta principal. Un popurrí de campanas que recordaban a una iglesia de Copenhague a mediodía anunció su presencia. Apretó el botón de nuevo y luego aporreó la puerta. En una de las ventanas de arriba se encendió una luz. Y otra. Al poco Malone oyó un descorrer de cerrojos y la puerta se

abrió. Aunque el hombre que lo miraba sin duda dormía hacía un momento, su cabello cobrizo estaba peinado, su rostro ejecutaba un perfecto ejercicio de control y su bata de algodón no tenía una sola arruga.

Jesper: el mayordomo de Thorvaldsen.

—Despiértelo —pidió Malone en danés.

—Y ¿cuál es el motivo de tan repentina aparición a las cuatro de la mañana?

—Míreme. —Estaba cubierto de sudor, mugre y hollín—. ¿Le parece lo bastante importante?

—Me inclino a pensar que sí.

—Esperaremos en el despacho. Necesito utilizar su ordenador.

En primer lugar Malone consultó su cuenta de correo danesa para ver si había recibido más mensajes, pero no había nada. Después accedió al servidor seguro del Magellan Billet utilizando la contraseña que su ex jefa, Stephanie Nelle, le había dado. Aunque se había retirado y ya no formaba parte de la plantilla del departamento de Justicia, a cambio de lo que había hecho recientemente por Stephanie en Francia, ésta le había facilitado una línea de comunicación directa. Con la diferencia horaria existente —en Atlanta sólo eran las diez de la noche de un lunes —sabía que su mensaje iría directo a ella.

Alzó la mirada del ordenador cuando vio a entrar a Thorvaldsen. Al parecer el danés, que era mayor que él, se había tomado su tiempo para vestirse. Disimulaba su menudo y encorvado cuerpo, fruto de una columna vertebral que se negó a enderezarse tiempo atrás, con los pliegues de un suéter extragrande color calabaza. Tenía la maraña de espeso cabello plateado aplastada hacia un lado, las cejas pobladas e indómitas. Profundas arrugas surcaban su boca y su frente, y su tez acusaba que no se exponía mucho al sol; Malone sabía que era así, pues el danés rara vez pisaba la calle. En un continente donde tener mucho dinero significaba poseer miles de millones, Thorvaldsen encabezaba todas las listas de los más ricos.

—¿Qué sucede? —preguntó Thorvaldsen.

—Henrik, ésta es Pam, mi ex mujer.

Thorvaldsen le dirigió una sonrisa.

—Encantado.

—No tenemos tiempo para esto —dijo ella, haciendo caso omiso de su anfitrión—. Debemos ocuparnos de Gary.

El danés miró a Malone.

—Tienes mal aspecto, Cotton, y ella parece nerviosa.

—¿Nerviosa? —repitió Pam—. Acabo de salir de un edificio en llamas, mi hijo ha desaparecido, tengo *jet lag* y no he comido en dos días.

—Haré que preparen algo. —La voz de Thorvaldsen sonó inexpresiva, como si

esa clase de cosas ocurriera todas las noches.

—No quiero comer, quiero ocuparme de mi hijo.

Malone le refirió a Thorvaldsen lo que había pasado en Copenhague y añadió:

—Me temo que se han cargado el edificio.

—Ésa es la menor de nuestras preocupaciones.

El se fijó en las palabras escogidas y casi sonrió. Era algo que le gustaba de Thorvaldsen: siempre estaba de tu lado, pasara lo que pasase.

Pam daba vueltas de aquí para allá como una leona enjaulada. Malone reparó en que había perdido unos kilos desde la última vez que se habían visto. Siempre había sido delgada, de cabello largo y rojizo, y el tiempo no había oscurecido la blancura de su pecosa piel. Su ropa estaba tan destrozada como sus nervios, aunque, en general, conservaba la belleza de hacía años, cuando se casó con ella después de entrar en el JAG. Ése era el problema de Pam: estupenda por fuera, pero complicada por dentro. Incluso ahora sus ojos azules, enrojecidos de tanto llorar, conseguían transmitir una furia glacial. Era una mujer inteligente y refinada, pero en ese momento se sentía confusa, aturdida, enfadada y asustada. Y, a juicio de Malone, nada de eso era bueno.

—¿A qué estás esperando? —escupió ella.

Él miró la pantalla del ordenador. Tenía que esperar a que le autorizaran el acceso al servidor del Billet. Sin embargo, dado que ya no estaba en activo, sin duda su petición sería remitida directamente a Stephanie para que ésta diera su aprobación. Sabía que en cuanto ella viera quién era le permitiría entrar en el sistema en el acto.

—¿Esto es lo que solías hacer? —preguntó Pam—. Gente intentando prenderte fuego, pegando tiros. ¿Es esto lo que hacías? ¿Ves lo que has conseguido? ¿Ves en qué situación nos encontramos?

—Señora Malone —medió Henrik.

—No me llame así —espetó ella—. Debí cambiarme el apellido. El sentido común me dijo que lo hiciera en el divorcio, pero no, no quería que mi apellido fuera distinto del de Gary. No puedo decir nada malo de su querido padre, ni una sola palabra. No, Cotton, tú eres su héroe, un rey a ojos del chico. Es lo más estúpido que he visto en mi vida.

Buscaba pelea, y él casi deseó tener tiempo para complacerla.

El ordenador se dejó oír, y la pantalla se transformó en la página de acceso del Billet.

Tecleó la contraseña y al momento se inició la comunicación entre ambos. Apareció la palabra «TEMPLARIOS», el nombre en clave de Stephanie, y él escribió: «ABADÍA DES FONTAINES», el lugar donde él y Stephanie habían buscado, hacía unos meses, el legado de esa orden medieval. Escasos segundos después vio un: «¿Qué pasa, Cotton?»

Él le resumió lo que ocurrido, y ella contestó:

«Alguien entró aquí hace dos meses. Accedieron a los archivos protegidos.»

«¿Te importaría explicarme eso?»

«En este momento no. Queríamos mantenerlo en secreto. Tengo que comprobar unas cosas. Espera un poco y me pondré en contacto contigo en breve. ¿Dónde estás?»

«En casa de tu danés favorito.»

«Dale recuerdos.»

Malone oyó la risita de Henrik y supo que, al igual que dos padres divorciados, Stephanie y Henrik se soportaban únicamente por su causa.

—¿Es que nos vamos a quedar aquí de brazos cruzados? —dijo Pam. Situados detrás de él, ambos habían seguido la conversación.

—Eso es exactamente lo que vamos a hacer.

Ella se abalanzó hacia la puerta.

—Quédate tú. Yo voy a hacer algo.

—¿Como qué? —preguntó él.

—Ir a la policía.

Abrió la puerta bruscamente. Jesper estaba en el pasillo, cerrando el paso. Pam miró con fijeza al mayordomo.

—Apártese.

Jesper se mantuvo firme, y ella volvió la cabeza y miró con ferocidad a Henrik.

—Dígale a su criado que se aparte o lo aparto yo.

—Inténtelo, si lo desea —la invitó Thorvaldsen.

Malone se alegró de que Henrik hubiese previsto la insensatez de ella.

—Pam, yo también estoy destrozado, como tú, pero la policía no puede hacer nada. Nos enfrentamos con un profesional que nos lleva por lo menos dos días de ventaja. Si queremos hacer lo mejor para Gary, necesito información.

—No has derramado una sola lágrima, ni te has mostrado sorprendido ni nada. Como siempre.

A Cotton eso le molestó, en particular viniendo de una mujer que hacía tan sólo dos meses le había dicho tranquilamente que él no era el padre de su hijo. Había llegado a la conclusión de que ello no significaba nada en lo tocante a sus sentimientos por Gary —el chico era *su* hijo y siempre lo sería—, pero la mentira le había hecho cambiar muchísimo la opinión que tenía de su ex mujer. Sintió una oleada de ira.

—Ya has metido bastante la pata. Debiste llamarme en cuanto pasó. Tú, que eres

tan condenadamente lista, debiste haber hallado la forma de ponerte en contacto conmigo o con Stephanie. Ella está allí mismo, en Atlanta. Y en vez de eso les diste a esos tipos dos días. No tengo ni el tiempo ni la energía para luchar contra ti y contra ellos. Siéntate de una puñetera vez y cierra el pico.

Ella se quedó petrificada, guardando un silencio inquietante. Por último se rindió y se dejó caer con abandono en un sofá de piel.

Jesper cerró la puerta sin hacer ruido y permaneció fuera.

—Dime una cosa —pidió Pam, la vista fija en el suelo, el rostro duro como el mármol.

Él adivinó lo que ella quería saber.

—¿Por qué no puedo darle lo que quiere? No es tan sencillo.

—La vida de un muchacho está en juego.

—No de un muchacho, Pam. De *nuestro* hijo.

Ella no contestó. Tal vez por fin hubiese caído en la cuenta de que Malone estaba en lo cierto: antes de actuar necesitaban información. Él estaba en un punto muerto. Como el día siguiente a los exámenes de Derecho o cuando solicitó el traslado de la Marina al Magellan Billet o cuando entró en el despacho de Stephanie Nelle y dimitió.

Esperar, desear, querer, todo ello unido a no saber.

De manera que también él se preguntó qué estaba haciendo Stephanie.

WASHINGTON, DC
LUNES, 3 DE OCTUBRE
22:30

Stephanie Nelle se alegraba de estar a solas. La preocupación ensombrecía su rostro, y no le hacía gracia que nadie, en concreto sus superiores, la vieran preocupada. Rara vez permitía que le afectase lo que ocurría sobre el terreno, pero el secuestro de Gary Malone había supuesto un duro golpe. Se encontraba en la capital y acababa de salir de una reunión de última hora, una cena con el consejero de Seguridad Nacional. Un Congreso cada vez más moderado proponía efectuar cambios en diversas leyes posteriores al 11 de septiembre. Aumentaba el respaldo a favor de que quedaran revocadas las disposiciones de vigencia limitada. Y la Administración se preparaba para la lucha. El día anterior varios funcionarios de alto rango habían hecho la ronda de programas de entrevistas dominicales para rebatir las críticas, y los periódicos de la mañana también incluían artículos proporcionados por la maquinaria propagandística de la Administración. A ella la habían hecho ir desde Atlanta para que echara una mano al día siguiente con un importante *lobby* de senadores. Sabía que la reunión de esa noche había sido preparatoria, una forma de que todos supieran lo que iba a decir exactamente.

Odiaba la política.

Había trabajado para tres presidentes, pero la administración actual había sido, sin ninguna duda, la más difícil de apaciguar. Decididamente a la derecha del centro y acercándose más al extremo cada día, el presidente ya iba por su segundo mandato, le quedaban tres años en el cargo, así que estaba pensando en su legado y, ¿qué mejor epitafio que *el hombre que aplastó el terrorismo*?

A ella, todo eso no le decía nada.

Los presidentes iban y venían.

Y dado que las disposiciones especiales en materia de antiterrorismo que peligraban habían resultado ser útiles, ella le había asegurado al consejero de Seguridad Nacional que sería una buena chica por la mañana y diría las cosas adecuadas en el Capitolio.

Pero eso fue antes de que se llevaran al hijo de Cotton Malone.

El teléfono del despacho de Thorvaldsen sonó con una estridencia que crispó los

nervios de Malone.

Lo cogió Henrik.

—Me alegro de hablar contigo, Stephanie. Yo también te mando saludos. —El danés sonrió ante su propia guasa—. Sí, Cotton está aquí.

Malone agarró el teléfono.

—Dime.

—El Día del Trabajo o por esas fechas descubrimos una intrusión en el sistema que se había producido mucho antes. Alguien consiguió echar un vistazo a los archivos protegidos, a uno en concreto.

Él sabía cuál.

—¿Entiendes que al ocultar esa información has puesto a mi hijo en peligro?

El otro extremo del teléfono había enmudecido.

—Contéstame, maldita sea.

—No puedo, Cotton. Y sabes por qué. Sólo dime qué vas a hacer.

Sabía lo que significaba en realidad esa petición. ¿Iba a darles la Conexión Alejandría?

—¿Por qué no?

—Sólo tú puedes responder esa pregunta.

—¿Vale la pena arriesgar la vida de mi hijo? He de entender toda la historia, lo que no se me contó hace cinco años.

—También yo he de saberlo —aseguró Stephanie—. A mí tampoco me informaron.

Eso ya lo había oído antes.

—No me jodas, no estoy de humor.

—Es la verdad. No me dijeron nada. Tú pediste entrar y a mí me dieron el visto bueno para hacerlo. Me he puesto en contacto con el fiscal general, así que obtendré las respuestas.

—¿Cómo es que alguien estaba al tanto de la conexión? Era alto secreto, información totalmente restringida, ése era el trato.

—Excelente pregunta.

—Y todavía no me has dicho por qué no me contaste lo del intruso.

—No, Cotton, no lo he hecho.

—¿Es que no se te pasó por la cabeza que yo era la única persona del mundo que sabe lo de la conexión? ¿No fuiste capaz de atar cabos?

—¿Cómo iba a prever todo esto?

—Porque tienes veinte años de experiencia, porque no eres idiota, porque somos amigos, porque... —Su preocupación se desbordó—. Puede que tu estupidez le cueste la vida a mi hijo.

Vio cómo habían afectado sus palabras a Pam y esperó que no explotara.

—Soy consciente de ello, Cotton.

Éste no estaba dispuesto a ser benévolo con ella.

—Vaya, ahora me siento mejor.

—Me voy a ocupar de ello aquí, pero puedo ofrecerte algo. Tengo un agente en Suecia que puede estar en Dinamarca a media mañana. Él te lo contará todo.

—Dónde y cuándo.

—Él sugirió el castillo de Kronborg, a las once.

Conocía el sitio. No estaba lejos, se alzaba sobre una lengua de tierra pelada con vistas al Sund. Shakespeare había inmortalizado la enorme fortaleza al ambientar en ella *Hamlet*, y ahora constituía el principal reclamo turístico de Escandinavia.

—Sugirió el salón de baile. Supongo que sabes dónde está.

—Allí estaré.

—Cotton, haré cuanto esté en mi mano para ayudar.

—Que es lo menos que puedes hacer, teniendo en cuenta las circunstancias.

Y colgó.

WASHINGTON, DC
MARTES, 4 DE OCTUBRE
4:00

Stephanie entró en casa de O. Brent Green, el fiscal general de Estados Unidos. Un coche acababa de dejarla en Georgetown. Había telefoneado a Green antes de medianoche y había solicitado verlo, tras informarlo brevemente de lo sucedido. Él le había pedido algo de tiempo para hacer unas pesquisas, y Stephanie no pudo hacer otra cosa que aceptar.

Green la esperaba en su despacho.

Había estado al servicio del presidente durante todo el primer mandato y había sido uno de los pocos miembros del gabinete que había accedido a continuar en el segundo. Era un popular defensor de las causas cristianas y conservadoras, un soltero de Nueva Inglaterra al que no había salpicado un solo escándalo, que incluso a esa hora irradiaba vitalidad. Su cabello y su perilla estaban meticulosamente arreglados y bien peinados, su enjuto cuerpo enfundado en un traje de raya diplomática de marca. Llevaba seis mandatos en el Congreso, y era gobernador de Vermont cuando el presidente lo llamó para entrar a formar parte del departamento de Justicia. Su franqueza y su estilo directo le habían granjeado simpatías en ambos bandos políticos, pero su personalidad distante parecía impedir que pasara de fiscal general.

Ella nunca había estado en casa de Green, y se esperaba algo sombrío y poco imaginativo, algo similar a él. Sin embargo las estancias eran cálidas y acogedoras —mucho siena, pardos, verde pastel y distintos tonos de granate y naranja—; estilo Hemingway, tal como denominaba una cadena de muebles en Atlanta esa clase de mobiliario.

—Este asunto es poco común incluso para ti, Stephanie —dijo Green cuando la saludó—. ¿Se sabe algo más de Malone?

—Estaba descansando antes de ir a Kronborg. Con la diferencia horaria ahora mismo debe de estar en camino.

Él la invitó a sentarse.

—Por lo visto este problema va a más.

—Brent, ya hemos hablado de esto antes. Alguien de muy arriba accedió a una base de datos segura. Sabemos que se copiaron archivos de la Conexión Alejandría.

—El FBI está investigando.

—Es broma, ¿no? El director está tan lejos del culo del presidente que no hay

riesgo de que se implique a nadie de la Casa Blanca.

—Muy gráfico, como siempre, pero preciso. Por desgracia es el único procedimiento del que podemos hacer uso.

—Podríamos investigar.

—Eso sólo nos causaría problemas.

—Estoy acostumbrada.

Green sonrió.

—Muy cierto. —Hizo una pausa—. Me preguntaba cuánto sabes en realidad de esa conexión.

—Cuando metí en el ajo a Cotton hace cinco años convinimos que yo no sabría nada. Es algo habitual, de manera que no me preocupé. Pero ahora necesito saber.

El rostro de Green reflejó inquietud.

—Probablemente esté a punto de infringir un montón de leyes federales, pero estoy de acuerdo. Es hora de que lo sepas.

Malone contempló el castillo de Kronborg en lo alto de la rocosa elevación. En su día los cañones apuntaban a los barcos extranjeros que atravesaban los angostos estrechos hacia y desde el Báltico. El peaje que se recaudaba engrosaba el erario danés. Ahora los muros color ocre se erguían sombríos contra un despejado cielo azul celeste. Ya no era una fortaleza, sino tan sólo un edificio del Renacimiento nórdico plagado de torres octogonales, puntiagudas agujas y tejados de cobre verdes que recordaban más a Holanda que a Dinamarca. Lo cual era comprensible, como sabía Malone, ya que un holandés del siglo XVI contribuyó decisivamente al diseño del castillo. Le gustaba el lugar. Los lugares públicos podían ser los mejores sitios para volverse invisible. Él había hecho uso de muchos durante los años que pasó en el Billet.

El trayecto en coche, al norte de Christiengade, sólo le había llevado quince minutos. La propiedad de Thorvaldsen se hallaba a medio camino entre Copenhague y Elsinor, la bulliciosa ciudad portuaria próxima a la fortaleza. Malone había visitado tanto Kronborg como Elsinor, vagando por las playas cercanas en busca de ámbar, una relajante forma de pasar una tarde de domingo. La visita de ese día era distinta. Tenía los nervios de punta, estaba listo para pelear.

—¿A qué esperamos? —preguntó Pam, el rostro similar a una máscara.

Se había visto obligado a llevarla. Ella había insistido con ganas, amenazando con causar más problemas si la dejaba atrás. Cotton entendía que no quisiera quedarse a esperar con Thorvaldsen. La tensión y la monotonía componían una mezcla volátil.

—Nuestro hombre dijo a las once —le recordó.

—Ya hemos perdido bastante tiempo.

—Nada de lo que hemos hecho ha sido una pérdida de tiempo.

Después de colgarle a Stephanie consiguió dormir unas horas. Estar medio dormido no le haría ningún bien a Gary. También se puso la ropa que tenía en la mochila; la de Pam se encargó de limpiarla Jesper. Después desayunaron algo.

Así que estaba listo.

Consultó el reloj: las diez y veinte.

Los coches empezaban a llenar el aparcamiento. Pronto llegarían los autocares. Todo el mundo quería ver el castillo de Hamlet.

A él le traía sin cuidado.

—Vamos.

—La conexión es una persona —explicó Green—. Se llama George Haddad, un palestino estudioso de la Biblia.

Stephanie conocía el nombre. Haddad era amigo personal de Malone y, cinco años antes, había solicitado expresamente la ayuda de Malone.

—¿Qué es lo que vale la vida de Gary Malone?

—La desaparecida Biblioteca de Alejandría.

—No lo dirás en serio.

Green asintió.

—Haddad creía haberla encontrado.

—¿Qué relevancia podría tener eso hoy en día?

—A decir verdad, mucha. Esa biblioteca era la mayor concentración de conocimiento del planeta. Permaneció en pie seiscientos años, hasta mediados del siglo VII, cuando los musulmanes finalmente se hicieron con el control de Alejandría y purgaron todo aquello que fuera contrario al islam. Medio millón de rollos, códices, mapas: pidiera lo que uno pidiera la biblioteca tenía una copia. Y hasta la fecha nadie ha encontrado un solo pedazo de ella.

—¿Y Haddad sí?

—Eso dio a entender. Estaba trabajando en una teoría bíblica. No sé cuál, pero la prueba de dicha teoría se hallaba, supuestamente, en la desaparecida biblioteca.

—¿Cómo es que lo sabía?

—Eso tampoco lo sé, Stephanie. Pero hace cinco años, cuando nuestra gente de la Orilla Occidental, el Sinaí y Jerusalén presentó una inocente solicitud de visados, acceso a archivos, excavaciones arqueológicas, los israelíes se pusieron hechos una furia. Entonces fue cuando Haddad pidió la ayuda de Malone.

—Una misión ciega que no me gustó.

«Ciega» significaba que a Malone le habían ordenado proteger a Haddad, pero sin hacer preguntas. Recordó que a Malone tampoco le hizo ninguna gracia esa condición.

—Haddad —contó Green— sólo se fiaba de Malone, razón por la cual éste acabó escondiéndolo y en la actualidad es el único que conoce el paradero de Haddad. Al

parecer a la Administración no le importó que se ocultara a Haddad, siempre y cuando controlara el camino hasta él.

—¿Para qué?

Green meneó la cabeza.

—No tiene mucho sentido. Sin embargo existe un indicio de lo que podría haber en juego.

Stephanie era toda oídos.

—En uno de los informes que vi, anotado en el margen, ponía: Génesis 13, 14-17. ¿Lo conoces?

—No me conozco tan bien la Biblia.

—«Dijo Yavé a Abram después que Lot se hubo separado de él: “Alza tus ojos, y desde el lugar donde estás mira al norte y al mediodía, al oriente y al occidente. Toda esa tierra que ves te la daré yo a ti y a tu descendencia para siempre.”»

Eso sí lo conocía: un pacto que, durante millones de años, había constituido la reivindicación bíblica de los judíos de la Tierra Santa.

—Abram levantó la tienda y se fue a vivir a la llanura de Mambré, donde construyó un altar al Señor —contó Green—. Mambré es Hebrón (la Orilla Occidental, en la actualidad), la tierra que el Señor les dio a los judíos. Abram pasó a ser Abraham. Y ese único pasaje bíblico es el meollo de todos los desacuerdos de Oriente Próximo.

Eso también lo sabía. El conflicto de Oriente Próximo, entre judíos y árabes, no era una batalla política, como muchos pensaban, sino una disputa interminable por la Palabra de Dios.

—Y hay otro hecho interesante —añadió Green—. Poco después de que Malone escondiera a Haddad, los saudíes enviaron bulldózers al oeste de Arabia y arrasaron ciudades enteras. La destrucción duró tres semanas. La gente fue realojada, los edificios derruidos. De esas ciudades no quedó nada. Naturalmente se trata de una parte del país aislada, así que no hubo cobertura periodística ni llamó la atención.

—¿Por qué harían algo así? Parece extremo hasta para los saudíes.

—Nadie dio una explicación satisfactoria, pero lo hicieron.

—Necesitamos saber más, Brent. Cotton lo necesita. Ha de tomar una decisión.

—Hace una hora me puse en contacto con el consejero de Seguridad Nacional y, por increíble que parezca, sabe menos de esto que yo. Ha oído hablar de la conexión, pero me sugirió que hablase con otro.

Ella sabía con quién.

—Larry Daley.

Lawrence Daley era el viceconsejero de Seguridad Nacional, cercano al presidente y al vicepresidente. Daley nunca aparecía en los programas del domingo por la mañana, ni tampoco se lo veía en la CNN o en Fox News. Era un poder en la

sombra, entre bastidores, un nexo entre las altas esferas de la Casa Blanca y el resto del mundo político.

Sin embargo había un problema.

—No confío en ese hombre —afirmó ella.

Green pareció captar todo lo que sugería su tono, pero no dijo nada, la miró fijamente con sus penetrantes ojos grises.

—No tenemos control sobre Malone —aclaró ella—. Hará lo que tenga que hacer. Y ahora está muy cabreado.

—Cotton es un profesional.

—La cosa cambia cuando el que corre peligro es uno de los tuyos. —Stephanie hablaba por propia experiencia, pues no hacía mucho se había enfrentado a fantasmas del pasado.

—Es el único que sabe dónde se encuentra George Haddad —apuntó Green—. Tiene los triunfos en la mano.

—Por eso precisamente lo están presionando.

Green no la perdía de vista, y Stephanie supo que su dilema se traslucía en un recelo que era incapaz de borrar de los ojos.

—Dime, Stephanie, ¿por qué no te fías de mí?

OXFORDSHIRE, INGLATERRA

9:00

George Haddad se hallaba entre la multitud escuchando a los expertos a sabiendas de que estaban equivocados. El evento no era más que un modo de llamar la atención de los medios para el Museo Thomas Bainbridge y los escasamente elogiados criptoanalistas de Bletchley Park. Ciertamente, esos hombres y mujeres anónimos habían trabajado en el más absoluto secreto durante la Segunda Guerra Mundial y al final habían logrado descifrar el código Enigma alemán, lo que precipitó el final de la contienda. Pero, por desgracia, su historia no se contó por completo hasta que la mayoría de ellos habían muerto o eran demasiado mayores para que les importara. Haddad podía entender su frustración. También él era viejo, frisaba los ochenta, y estudioso. También él había trabajado en secreto.

También él había descubierto una gran revelación.

Ni siquiera se le conocía ya como George Haddad. A decir verdad había utilizado tantos alias que ni siquiera los recordaba todos. Había pasado cinco años escondido, sin saber nada de nadie. Por una parte, estaba bien; por otra, el silencio le desquiciaba los nervios. Gracias a Dios sólo un hombre sabía que estaba vivo, y confiaba en él sin reservas.

A decir verdad había estado muerto para todo el mundo salvo para él.

Corría un riesgo al haber salido ese día, pero quería escuchar lo que tenían que decir esos supuestos expertos. Había leído algo sobre el programa en *The Times* y no podía por menos de admirar a los británicos. Tenían un don para los acontecimientos mediáticos: la escena se representaba con la precisión de una película de Hollywood. Montones de rostros sonrientes y trajes, numerosas cámaras y grabadoras. De manera que se propuso permanecer detrás de los objetivos, lo cual era sencillo, dado que la atención de todo el mundo estaba fija en el monumento.

Había ocho desperdigados por los jardines de la propiedad, todos ellos erigidos en 1784 por el entonces conde Thomas Bainbridge. Haddad conocía la historia de la familia: los Bainbridge adquirieron la propiedad, oculta en un pliegue de Oxfordshire y rodeada de hayedos, en 1624, levantando una enorme mansión jacobea en medio de las más de doscientas hectáreas. Posteriores Bainbridge consiguieron conservar la finca hasta 1848, cuando la corona se hizo con ella en pública subasta y la reina Victoria abrió la casa y los jardines como museo. Desde entonces la gente acudía a ver el mobiliario de época y hacerse una idea de cómo era vivir rodeado de lujos

hacía siglos. Su biblioteca era considerada una de las mejores en piezas del siglo XVIII. Sin embargo en los últimos años la mayoría de los visitantes acudía por el monumento, ya que Bainbridge Hall encerraba un enigma, y a los turistas del siglo XXI les encantaban los secretos.

Contempló el cenador de mármol blanco.

Sabía que la parte superior era *Les Bergers d'Arcadie II, Los pastores de Arcadia II*, una obra sin importancia pintada por Nicolás Poussin en 1640, la imagen inversa de su versión anterior, *Los pastores de Arcadia*. La pastoril escena representaba a una mujer que observaba a tres pastores reunidos en torno a un sepulcro de piedra que señalaban unas letras grabadas: «*ET IN ARCADIA EGO.*» Haddad sabía cuál era la traducción: Y yo en Arcadia. Una enigmática inscripción que tenía poco sentido. Bajo la imagen surgía otro desafío, una sucesión aleatoria de letras cinceladas:

«D O.U.O.S.V.A.V.V. M»

Haddad sabía que los seguidores de la New Age y de las tramas secretas llevaban años trabajando en esa combinación, desde que un periodista del *Guardian* la redescubriera hacía una década cuando visitaba el museo.

—Permítanme —decía a los micrófonos un hombre alto y corpulento— que les dé la bienvenida a todos ustedes a Bainbridge Hall. Tal vez ahora conozcamos la importancia del mensaje que Thomas Bainbridge dejó en este monumento hace más de doscientos años.

Haddad sabía que el orador era el conservador del museo. Dos personas lo flanqueaban: un hombre y una mujer, ambos ancianos. Había visto sus fotos en The Sunday Times. Ambos eran antiguos criptoanalistas de Bletchley Park y se les había encomendado sopesar las posibilidades y descifrar el código que al parecer contenía el monumento. Y, según la opinión generalizada, el monumento era un código.

¿Qué otra cosa podía ser?, habían preguntado muchos.

Escuchó al conservador explicar que se había publicado un anuncio relativo al monumento y diversos criptógrafos, teólogos, lingüistas e historiadores habían proporcionado 130 soluciones.

—Algunas eran bastante extrañas —prosiguió el conservador—, e incluían a los OVNIS, el Santo Grial y a Nostradamus. Naturalmente esas soluciones en concreto aportaban escasas o nulas pruebas acreditativas, de manera que fueron descartadas enseguida. Algunos participantes pensaron que las letras eran un anagrama, pero las palabras que formaron no tenían mucho sentido.

Algo perfectamente comprensible, a juicio de Haddad.

—Un ex militar norteamericano experto en claves ofreció una solución prometedora: ideó ochenta y dos matrices decodificadoras y, en última instancia,

extrajo las letras SEJ de la secuencia. Dándoles la vuelta se obtiene JES. Tras aplicar una compleja cuadrícula obtuvo «Jesús H indescriptible». Nuestros asesores de Bletchley Park creyeron que se trataba de un mensaje que negaba la naturaleza divina de Cristo. Esta solución constituye, cuando menos, un avance, aunque sea misteriosa.

Haddad sonrió ante tamaño disparate: Thomas Bainbridge era un hombre muy religioso, no habría negado a Cristo.

La anciana que se hallaba junto al conservador subió al estrado. Tenía el cabello plateado y llevaba un traje azul claro.

—Este monumento supuso una gran oportunidad para nosotros —dijo en un tono melodioso—. Cuando trabajábamos en Bletchley hicimos frente a numerosos desafíos que nos planteaban los códigos alemanes. Eran difíciles, pero si la mente humana puede concebir un código también puede descifrarlo. Estas letras de aquí son más complejas, personales, lo cual complica su interpretación. Aquellos de nosotros que fuimos contratados para analizar las ciento treinta posibles soluciones a este enigma no pudimos llegar a un consenso claro. Al igual que la opinión pública, estábamos divididos. Sin embargo había un posible significado que sí tenía sentido. —Se volvió y señaló el monumento que tenía a su espalda—. Creo que esto es una nota de amor. —Hizo una pausa, al parecer para que sus palabras prendieran—. Ouosvavv significa *Optimae Uxoris Optimae Sororis Viduus Amantissimus Vovit Virtutibus*, lo cual más o menos viene a decir: Un abnegado viudo consagrado a la mejor esposa, la mejor hermana. No es una traducción perfecta: *sororis* en latín clásico puede significar compañeros y también hermanas. Y *vir*, esposo, sería mejor que *viduus*, viudo. Pero el significado está claro.

Uno de los periodistas preguntó por la «d» y la «m» que enmarcaban a izquierda y derecha el núcleo principal de ocho letras.

—Muy sencillo —repuso ella—. *Dis Manibus*, una inscripción romana: A los dioses manes. Una dedicatoria similar a nuestro «descanse en paz». Esas letras se encuentran en la mayoría de las lápidas romanas.

La mujer parecía bastante satisfecha consigo misma. Haddad quería plantear unas preguntas que echarían por tierra su bonita construcción intelectual, pero no dijo nada. Se limitó a observar mientras los dos veteranos de Bletchley Park eran fotografiados ante el monumento con una de las máquinas Enigma alemanas, tomada prestada para la ocasión. Montones de sonrisas, preguntas y comentarios laudatorios.

Thomas Bainbridge ciertamente era un hombre brillante. Por desgracia nunca fue capaz de transmitir sus ideas con eficacia, de forma que su brillantez languideció y acabó desapareciendo sin que fuese apreciada. Para la mente del siglo XVIII parecía un fanático; sin embargo a Haddad se le antojaba un profeta. Bainbridge *sabía* algo, y el curioso monumento que tenía delante, uno de los ocho del jardín, la imagen inversa de un oscuro cuadro y una extraña mezcla de diez letras, había sido erigido por una

razón.

Que Haddad conocía.

No era una nota de amor ni un código ni un mensaje.

Era algo completamente distinto: un mapa.

CASTILLO DE KRONBORG

10:20

Malone pagó las seis coronas que valían las entradas del castillo, y él y Pam siguieron a un grupo que había salido de uno de los tres autocares que habían llegado.

Ya en el interior les dio la bienvenida una exposición fotográfica que mostraba distintos momentos de las numerosas producciones de *Hamlet*. Malone pensó en lo irónico del emplazamiento: Hamlet trataba de un hijo que venga a su padre, y allí estaba él, un padre que luchaba por su hijo. Lo sentía en el alma por Gary. Nunca había querido ponerlo en peligro, y durante los doce años que trabajó para el Billet siempre consiguió mantener separados el trabajo y la familia. Sin embargo ahora, al año de marcharse voluntariamente, alguien retenía a su hijo.

—¿Esto es lo que solías hacer todo el tiempo? —preguntó Pam.

—Parte de él.

—¿Cómo podías vivías así? Tengo las tripas revueltas, y todavía me dan temblores al recordar la otra noche.

—Te acabas acostumbrando.

Lo decía en serio, aunque hacía tiempo que se había cansado de las mentiras, las verdades a medias, los detalles inverosímiles y los traidores.

—Necesitabas adrenalina, ¿no?

Malone sentía el cuerpo pesado debido al cansancio, y no estaba de humor para esa pelea conyugal.

—No, Pam, no la *necesitaba*, pero era mi trabajo.

—Egoísta, eso es lo que eras. Siempre lo has sido.

—Y tú eras un sol, la esposa que le prestaba todo su apoyo a su marido. Tanto que te quedaste embarazada de otro, tuviste un hijo y dejaste que pensara que era mío durante quince años.

—No me siento orgullosa de lo que hice, pero no sabemos a cuántas mujeres dejaste embarazadas tú, ¿no es así?

Él se detuvo. Aquello tenía que terminar.

—Si no te callas, conseguirás que maten a Gary. Soy su única esperanza y ahora mismo no es provechoso jugar con mi cabeza.

La verdad hizo que a los amargos ojos de ella asomara una fugaz chispa de comprensión, un instante en el que apareció la Pam Malone que él había amado en su día. Deseó que esa mujer no se fuera, pero, como de costumbre, ella se puso en

guardia y unos ojos muertos lo fulminaron.

—Ve tú delante —dijo.

Entraron en el salón de baile, una estancia rectangular de unos setenta metros festoneada por ventanas a ambos lados, cada una de ellas encajada en un hueco de gruesa mampostería, la luz sesgada creando un sutil juego en el piso de damero. Alrededor de una docena de visitantes se apiñaba delante de enormes óleos que salpicaban las paredes color ocre, en su mayor parte escenas de batallas.

En el extremo opuesto, ante una chimenea, Malone divisó a un hombre bajo y delgado de cabello castaño rojizo. Lo recordaba del Magellan Billet: Lee Durant. Había hablado unas cuantas veces con él en Atlanta. El agente lo vio y, acto seguido, desapareció por una puerta.

Malone cruzó el salón.

Atravesaron una serie de habitaciones, todas ellas decoradas con escaso mobiliario de estilo renacentista y tapices en las paredes. Durant iba unos quince metros por delante.

Malone vio que se paraba, y él y Pam entraron en una estancia llamada la Cámara del Rincón. Tapices con escenas de caza ornaban las lisas paredes blancas. Tan sólo unos cuantos muebles sombreaban las apagadas baldosas, blancas y negras.

Malone estrechó la mano de Durant y le presentó a Pam.

—Dime qué está pasando.

—Stephanie dijo que te informara a ti, no a ella.

—Aunque me gustaría que *ella* no estuviese aquí, lo está, así que tranquilo.

Durant pareció sopesar la situación y repuso:

—También me dijeron que hiciera todo lo que me pidieras.

—Me alegro de saber que Stephanie está siendo tan complaciente.

—Al grano —exigió Pam—. Tenemos un tiempo limitado.

Malone sacudió la cabeza.

—No le hagas caso. Dime qué está pasando.

—Alguien entró en nuestros archivos protegidos. No hay rastro de piratas informáticos ni de intentos de acceso fraudulento a través de los cortafuegos, así que tuvo que ser con contraseña. La contraseña se cambia regularmente, pero varios cientos de personas tienen acceso.

—¿No se ha podido llegar hasta un ordenador en particular?

—No. Y no hay huellas en los datos, lo cual indica que quien lo hizo sabía lo que hacía.

—Supongo que hay alguien investigando.

Durant asintió.

—El FBI, pero por el momento no tiene nada. Vieron alrededor de una docena de

archivos, uno de los cuales era el de la Conexión Alejandría.

Ello explicaría, pensó Malone, por qué Stephanie no lo avisó de inmediato: existían otras posibilidades.

—Ahora viene lo interesante: los israelíes están superactivos en este momento, sobre todo durante las últimas veinticuatro horas. Nuestras fuentes nos dicen que ayer recibieron información de la Orilla Occidental de uno de sus agentes palestinos.

—¿Qué tiene eso que ver con esto?

—Mencionaron las palabras «Conexión Alejandría».

—¿Cuánto sabes?

—Uno de mis contactos me contó esto hace una hora. Ni siquiera le he presentado un informe completo a Stephanie.

—¿De qué sirve todo esto? —inquirió Pam.

Malone le dijo a Durant:

—Necesito saber más.

—Te he hecho una pregunta —insistió Pam, alzando la voz.

La urbanidad de Malone terminó.

—Te dije que me dejaras ocuparme de esto.

—No tienes intención de darles nada, ¿eh? —Sus ojos centelleaban, y ella parecía lista para abalanzarse sobre él.

—Mi intención es recuperar a Gary.

—¿Estás dispuesto a arriesgar su vida? ¿Sólo para proteger un maldito archivo?

Un grupo de visitantes, cámara en mano, entró en la estancia. Malone comprobó que Pam era lo bastante sensata como para callarse y agradeció la interrupción. Tendría que librarse de ella en cuanto salieran de Kronborg, aunque ello implicara encerrarla en una habitación de la mansión de Thorvaldsen.

Los visitantes se fueron, y él se encaró con Durant y le dijo:

—Cuéntame más de...

Un estallido lo sobresaltó y, acto seguido, la cámara instalada en un rincón del techo explotó en una lluvia de chispas. Después se oyeron dos estallidos más, y Durant se tambaleó hacia atrás mientras de unos agujeros en su camisa verde oliva brotaban rosetones de sangre.

Un tercer disparo y Durant se desplomó en el suelo.

Malone se volvió: a unos seis metros un hombre empuñaba una Glock. Malone se metió el brazo derecho bajo la chaqueta para dar con su arma.

—No es necesario —dijo tranquilamente el hombre, y tiró su pistola.

Malone la cogió, la asió por la culata, apoyó el dedo en el gatillo, apuntó y disparó.

Sólo obtuvo un clic por respuesta.

Su dedo presionó el gatillo de nuevo.

Más clic.

El hombre sonrió.

—No pensarías que iba a dártela cargada.

A continuación el tirador huyó de la sala.

WASHINGTON, DC

4:40

Stephanie consideró la pregunta de Brent Green —«¿POR QUÉ NO te fías de mí?»— y decidió ser franca con su jefe.

—Esta administración me quiere fuera. No sé por qué sigo aquí, así que en este momento no me fío de nadie.

Green meneó la cabeza ante tanto recelo.

—A esos archivos accedió alguien que tenía la contraseña —añadió—. Claro que examinaron una docena o más, pero los dos sabemos por cuál iban. Sólo unos pocos tenemos conocimiento de la Conexión Alejandría. Yo ni siquiera conozco los detalles, sólo que nos tomamos muchas molestias por algo que parecía carecer de sentido. Muchas preguntas y ninguna respuesta. Vamos, Brent, tú y yo nunca hemos sido compañeros de mierda, así que ¿por qué iba a fiarme de ti ahora?

—Dejemos clara una cosa —contestó Green—. Yo no soy tu enemigo. Si lo fuera, no estaríamos manteniendo esta conversación.

—Tuve amigos en esto que me dijeron lo mismo muchas veces y no significaba nada.

—Así son los traidores.

Ella decidió probarlo un poco más.

—¿No crees que deberíamos meter a más gente en esto?

—El FBI ya está dentro.

—Brent, estamos dando palos de ciego. Hemos de saber lo que sabe George Haddad.

—En tal caso es hora de que tratemos con Larry Daley, de la Casa Blanca. Cualquier camino que tomemos nos llevará directamente a él, así que es mejor que le consultemos sin más.

Ella se mostró conforme, y Green echó mano del teléfono.

Malone oyó gritar al que acababa de cargarse a Lee Durant que un hombre con una pistola había disparado a alguien. Y él aún sostenía la Glock.

—¿Ha muerto? —musitó Pam.

Una pregunta estúpida. Pero estar con el arma homicida en la mano era todavía más estúpido.

—Vamos.

—No podemos dejarlo aquí.

—Está muerto.

La histeria invadió los ojos de ella, y Malone recordó la primera vez que vio morir a alguien, así que fue indulgente.

—No deberías haberlo visto, pero tenemos que irnos.

Un revelador taconeó en el embaldosado resonó más allá de la habitación. Seguridad, supuso él. Cogió a Pam de la mano y tiró de ella hacia el extremo opuesto de la cámara.

Atravesaron más habitaciones a la carrera, cada una igual que la siguiente, con algunos muebles de época, iluminadas por la tenue luz matinal. Malone vio más cámaras y supo que tendría que evitarlas. Se metió la Glock en el bolsillo de la chaqueta y sacó su Beretta.

Entraron en una estancia llamada la Cámara de la reina.

Oyó voces a sus espaldas: habrían encontrado el cuerpo. Más gritos y pisadas que se dirigían hacia ellos.

La Cámara de la Reina era un generoso espacio del que salían tres puertas: una daba a una escalera que subía, la segunda a una que bajaba y la última a otra habitación. No se veía ninguna cámara de seguridad. Escrutó el decorado intentando decidir qué hacer. Un gran armario destacaba contra la pared exterior.

Decidió jugársela: corrió hacia el armario y agarró los tiradores de hierro de las dos puertas. El interior era amplio y estaba vacío. Había bastante espacio para ellos dos. Le hizo una señal a Pam y, por una vez, ella fue sin decir nada.

—Entra —le susurró.

Antes de entrar Malone abrió las dos puertas que daban a las escaleras. Después se metió dentro y se encerró con la esperanza de que sus perseguidores pensaran que habían bajado, subido o vuelto al castillo.

Stephanie oyó a Brent Green informar a Larry Daley de lo sucedido. No pudo evitar preguntarse si el imbécil arrogante que había al otro extremo del teléfono ya sabría cada detalle y más.

—Estoy al tanto de la Conexión Alejandría —afirmó Daley por el altavoz.

—¿Te importaría hablarnos de ella? —pidió Green.

—Ojalá pudiera, pero es secreto.

—¿Para el fiscal general y la directora de uno de nuestros mejores servicios de inteligencia?

—A esa información sólo tiene acceso un selecto grupo. Lo siento, vosotros dos estáis fuera.

—Entonces ¿cómo es que alguien ha conseguido echar un vistazo? —quiso saber

Stephanie.

—¿Aún no has resuelto ese problema?

—Puede que sí.

Se hizo el silencio en la habitación. Al parecer Daley recibió el mensaje de Stephanie.

—No fui yo.

—¿Tú qué vas a decir? —preguntó ella.

—Vigila tu lengua.

Ella pasó por alto el golpe.

—Malone les va a entregar la conexión. No pondrá en peligro a su hijo.

—En tal caso habrá que detenerlo —espetó Daley—. No se la daremos a nadie.

Stephanie captó el sentido de la frase.

—La quieres para ti, ¿es eso?

—Exactamente.

Ella no daba crédito a lo que oía.

—Puede que la vida de un muchacho esté en juego.

—Ése no es mí problema —aseguró Daley.

Llamar a Daley había sido un error, y ella vio que también Green había caído en la cuenta.

—Larry —terció Green—, ayudemos a Malone a salir de ésta, no compliquemos más su labor.

—Brent, ésta es una cuestión de seguridad nacional, no una obra de beneficencia.

—Es curioso —intervino Stephanie— que no te preocupe lo más mínimo que alguien haya accedido a nuestros archivos protegidos y lo haya averiguado todo sobre esa conexión altamente secreta, supuestamente una cuestión de seguridad nacional.

—Informaste de esa violación hace más de un mes, y el FBI se ocupa de ello. ¿Qué estás haciendo *tú* al respecto, Stephanie?

—Me ordenaron no hacer nada. ¿Qué hiciste tú, Larry?

El altavoz dejó oír un suspiro.

—Eres una verdadera cabrona.

—Pero trabaja para mí —dejó claro Green.

—Esto es lo que pienso —dijo Stephanie—: sea lo que sea la conexión, de algún modo viene bien a la política exterior que vosotros, los genios de la Casa Blanca, habéis concebido. A decir verdad, te agrada el hecho de que los archivos se vieran comprometidos y alguien posea esa información. Lo que significa que vas a dejar que otro haga tu trabajo sucio.

—A veces, Stephanie, el enemigo puede ser tu amigo. —La voz de Daley había bajado hasta convertirse en un susurro—. Y viceversa.

A ella se le hizo un nudo en la garganta: ahora sus sospechas eran una realidad.

—¿Vas a sacrificar al hijo de Malone por el legado de tu presidente?

—No fui yo quien empezó esto —replicó Daley—. Pero tengo intención de aprovecharlo.

—No si yo lo puedo evitar —aseveró Stephanie.

—Si te entrometes serás despedida. No por ti, Brent, sino por el propio presidente.

—Eso podría ser un problema —dijo Green.

Ella captó la amenaza implícita en su tono.

—¿Estás diciendo que te pondrías de su parte? —preguntó Daley.

—Sin dudar.

Stephanie sabía que ésa era una amenaza que Daley no podía pasar por alto. La Administración poseía cierto control sobre las acciones de Green como fiscal general, pero si éste dimitía o era despedida, la Casa Blanca se vería expuesta a críticas.

El manos libres enmudeció, y ella imaginó a Daley sentado en su despacho, rumiando su dilema.

—Estaré en tu casa en media hora.

—¿Por qué tenemos que vernos? —preguntó Green.

—Te aseguro que valdrá la pena.

Y colgó.

Dentro del armario Malone oyó que los pasos entraban en la Cámara de la Reina. Pam estaba arrimada a él, lo más cerca que habían estado en años. Desprendía un olor familiar, como a vainilla dulce, que él recordaba con una mezcla de dicha y angustia. Qué curiosa la forma que tenían los olores de desencadenar recuerdos.

Aún sostenía la Beretta, y esperaba no tener que utilizarla, pero no iba a dejar que lo detuvieran, no cuando Gary lo necesitaba. No cabía duda de que uno de los motivos para matar a Durant era aislarlos a ellos. Otro era impedir que reunieran información provechosa. Sin embargo él se preguntó cómo se habían enterado de la reunión. Nadie los había seguido desde Christiengade, de eso estaba seguro. Lo que significaba que los teléfonos de Thorvaldsen debían de estar pinchados. Lo que significaba que alguien había previsto que iría directo a Christiengade.

No veía a Pam, pero sentía su malestar. Teniendo en cuenta la intimidad que habían compartido, ahora sólo eran dos extraños.

Tal vez incluso enemigos.

Unas voces en el exterior acapararon sus pensamientos. Los pasos se tornaron más apagados y acabaron disolviéndose en el silencio. Él esperó, el dedo en el gatillo, las manos sudorosas.

Más silencio.

No había manera de ver nada sin abrir el armario, algo que podía ser desastroso si

aún había alguien en la habitación.

Pero no podía quedarse allí para siempre.

Abrió la puerta, el arma lista: la Cámara de la Reina estaba vacía.

«Bajemos», dijo moviendo los labios. Cruzaron la puerta y bajaron por una escalera circular que discurría pegada al muro exterior del castillo. Una vez abajo llegaron hasta una puerta de metal que esperó que no estuviese cerrada con llave.

No lo estaba, y salieron a una mañana brillante. Un mar de lustrosa hierba rebosante de cisnes se extendía desde los muros del castillo hasta el mar. Suecia se vislumbraba en el horizonte, a unos cinco kilómetros al otro lado del agua parda grisácea.

Se metió la pistola bajo la chaqueta.

—Hemos de salir de aquí —afirmó Malone—. Pero despacio, sin llamar la atención. —Supo que ella aún estaba nerviosa por el asesinato, así que le dijo—: Lo verás una y otra vez en tu cabeza, pero pasará.

—Tu preocupación resulta conmovedora. —Su voz volvía a teñirse de amenaza.

—Pues entonces plantéate que ésta probablemente no sea la última persona que muera antes de que esto termine.

Encabezó la marcha a lo largo de la muralla que daba al estrecho. No había muchos visitantes. Llegaron a un lugar que él conocía, una plataforma donde antaño se encontraban los viejos cañones y donde Shakespeare permitió que Hamlet conociera al fantasma de su padre. Un muro se alzaba desde el mar. Arrojó la Glock a las agitadas aguas.

Al otro lado del recinto ululaban las sirenas.

Se dirigieron lentamente hacia la entrada principal. Al ver luces intermitentes y más policías que irrumpían en el complejo decidió aguardar antes de salir. Era poco probable que alguien tuviera una descripción de ellos, y dudaba que el pistolero se hubiera quedado a facilitarla. Estaba claro que la idea no era que los detuviesen.

De manera que se fundió con la multitud.

Entonces divisó al pistolero: a unos cuarenta y cinco metros, yendo hacia la puerta principal tranquilamente, asimismo procurando no llamar la atención.

Pam también lo vio.

—Ése es el tipo.

—Lo sé.

Malone echó a andar.

—¿No irás a...? —inquirió ella.

—No podrás impedirlo.

VIENA, AUSTRIA

11:20

La Silla Azul se preguntó si el Círculo habría hecho lo oportuno. Durante ocho años *die Klauen der Adler*, Las Garras del Águila, había ejecutado obedientemente los cometidos que le habían sido asignados. Ciertamente, lo habían contratado de manera conjunta, pero a diario trabajaba bajo el control directo de la Silla Azul, lo cual significaba que ésta había llegado a conocer a Dominick Sabre mucho mejor que el resto.

Sabre era norteamericano, nacido y criado en Estados Unidos, lo cual era una novedad para el Círculo. Antes siempre habían contratado a europeos, aunque en una ocasión un surafricano había hecho un buen trabajo para ellos. Cada uno de esos hombres, incluido Sabre, había sido escogido no sólo por su capacidad individual, sino también por su mediocridad física: todos eran de estatura y peso medios y facciones corrientes. El único rasgo marcado de Sabre eran las picaduras del rostro, legado de la viruela. El negro cabello de Sabre lucía un corte recto y siempre se mantenía en su sitio gracias a un gel fijador. Una barba de tres días solía cubrir sus mejillas, en parte, la Silla Azul lo sabía, para ocultar las cicatrices, Pero también para engañar a quienes lo rodeaban.

Sabre tenía un aspecto relajado y llevaba una ropa —por lo general una talla más grande— que disimulaba una musculatura esculpida, lo cual, no cabía duda, también respondía a su intento de ser subestimado.

Gracias a un perfil psicológico que Sabre hubo de superar antes de ser contratado, la Silla Azul supo que al norteamericano le atraía desafiar a la autoridad. Sin embargo ese mismo perfil desvelaba que, si se le encomendaba una tarea, se le decía cuál era el resultado que se esperaba y se lo dejaba a solas, Sabre siempre cumplía.

Y eso era lo importante.

Tanto a él como a las Sillas les daba completamente igual cómo se llevara a cabo un determinado cometido, sólo les importaba obtener el resultado deseado, así que su colaboración con Sabre había sido fructífera. No obstante, a un hombre carente de sentido ético y con escaso respeto a la autoridad había que vigilarlo.

Sobre todo cuando había mucho en juego.

Como era el caso.

De modo que la Silla Azul cogió el teléfono y marcó.

Sabre cogió el móvil con la esperanza de que la llamada fuese del hombre al que había asignado al castillo de Kronborg. Sin embargo la voz cansada del otro extremo era la de su jefe.

—¿Disfrutó Malone del recibimiento que le dispensó? —quiso saber la Silla Azul.

—Se portó bien. Él y su ex mujer salieron por la ventana.

—Tal y como pronosticó usted. Pero me pregunto si no estaremos llamando una atención innecesaria.

—Más de la que me gustaría, pero ha sido preciso. Intentó ponernos en evidencia, así que tenía que ver que él no manda en esto. Sin embargo a partir de ahora seré más discreto.

—Séalo. No queremos involucrar demasiado a la policía. —Hizo una pausa—. Al menos no más de lo que ya lo está.

Sabre se había instalado en una casa alquilada en la parte norte de Copenhague, a unas manzanas tierra adentro del palacio de Amalienborg, la residencia real a orillas del mar. Hasta allí había llevado a Gary Malone desde Georgia, so pretexto de que su padre se hallaba en peligro, cosa que el chico creyó gracias a la identificación falsificada del Magellan Billet que Sabre le enseñó.

—¿Cómo está el chaval? —inquirió la Silla Azul.

—Andaba nervioso, pero cree que ésta es una operación del gobierno norteamericano, así que por ahora está tranquilo.

Habían aterrorizado a Pam Malone con una foto de su hijo. El muchacho también había cooperado en eso, creyendo que estaban preparando credenciales de seguridad.

—¿No está el chico demasiado cerca de Malone?

—No habría ido voluntariamente a otro sitio. Sabe que su padre no anda lejos.

—Veo que tiene esto bajo control, pero tenga cuidado. Malone podría sorprenderlo.

—Por eso tenemos a su hijo. No lo pondrá en peligro.

—Necesitamos la Conexión Alejandría.

—Malone nos llevará hasta ella.

Sin embargo aún no había recibido la llamada de su hombre en Kronborg. Para que todo funcionase resultaba crucial que su agente hiciera exactamente lo que le había ordenado.

—También es preciso que esto se resuelva en los próximos días.

—Así será.

—A juzgar por lo que me ha dicho, este Malone no es nada convencional —comentó la Silla Azul—. ¿Está seguro de que seguirá debidamente motivado?

—No hay por qué preocuparse. En este mismo instante se le está motivando como corresponde.

Malone salió del recinto del castillo y vio que su presa se encaminaba tranquilamente a Elsinor. Le encantaba la plaza principal de la ciudad, sus pintorescas callejuelas y sus edificios de madera y ladrillo. Pero, ese día, ese sabor renacentista carecía de importancia.

A lo lejos aullaban más sirenas.

Sabía que en Dinamarca los asesinatos eran poco frecuentes. Dado que éste se había cometido dentro de un monumento declarado Patrimonio de la Humanidad, sin duda recibiría abundante cobertura. Debía avisar a Stephanie de que uno de sus agentes había muerto, pero no tenía tiempo. Supuso que Durant había estado viajando bajo su propio nombre —una práctica habitual en el Billet—, de manera que una vez que las autoridades locales determinaran que la víctima trabajaba para el gobierno norteamericano se pondrían en contacto con la gente adecuada. Pensó en Durant. Una puta lástima. Sin embargo había aprendido hacía tiempo a no malgastar sentimientos en cosas que no podía cambiar.

Aflojó el paso y tiró de Pam para que fuese a la par.

—Hemos de mantener la distancia. No presta atención, pero así y todo podría vernos.

Cruzaron la calle y se pegaron a unas atractivas construcciones adosadas que daban a un estrecho paseo frente al mar. El pistolero iba unos treinta metros por delante. Malone lo vio doblar una esquina.

Cuando ellos llegaron a la esquina echaron una ojeada: el hombre caminaba por un callejón peatonal flanqueado de tiendas y restaurantes. El lugar estaba atestado de gente, así que Malone decidió arriesgarse.

Continuaron andando.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó Pam.

—Lo único que podemos hacer.

—¿Por qué no les das lo que quieren?

—No es tan sencillo.

—Seguro que sí.

Él mantenía la vista al frente.

—Gracias por el consejo.

—Eres un imbécil.

—Yo también te quiero. Ahora que hemos dejado esto claro, centrémonos en lo que estamos haciendo.

Su objetivo torció a la derecha y desapareció.

Malone apretó el paso, se asomó a la esquina y vio que el tirador se acercaba a un sucio Volvo cupé. Esperó que no fuese a marcharse, pues no habría forma de seguirlo, su coche estaba muy lejos. Observó que el tipo abría la portezuela del conductor y

tiraba algo dentro. Luego la cerró y desanduvo lo andado.

Ellos se metieron en una tienda de ropa justo cuando el pistolero pasaba por delante, volviendo por donde habían ido. Malone se acercó con cautela a la puerta y vio que el hombre entraba en un café.

—¿Qué hace? —quiso saber Pam.

—Esperar a que se calme el jaleo. No quiere forzar las cosas. Se quedará cruzado de brazos, sin desentonar, y se irá más tarde.

—Es una locura. Ha matado a un hombre.

—Y nosotros somos los únicos que lo sabemos.

—¿Por qué había que matarlo?

—Para sacarnos de quicio, para silenciar la información, por un montón de motivos.

—Esto es enfermizo.

—¿Por qué crees tú que lo dejé? —Decidió utilizar el intervalo en su provecho—. Ve por el coche y tráelo hasta ahí. —Señaló la estación de tren, al final de un callejón, a orillas del mar—. Aparca y espérame. Cuando se vaya tendrá que pasar por ahí, es la única forma de salir de la ciudad.

Le entregó las llaves, y durante un instante desfilaron por su cerebro recuerdos de otras veces en que le había dado las llaves del coche. Pensó en años pasados. La certeza de que ella y Gary lo esperaban en casa después de una misión siempre le proporcionaba cierto consuelo. Y, por mucho que ninguno los dos quisiera admitirlo, hubo una época en que se hacían bien el uno al otro. Recordó la sonrisa de Pam, su piel. Por desgracia, el que ella lo hubiera engañado sobre Gary ahora empañaba esa dicha, hacía que se preguntara, que se cuestionara, si su vida en común no habría sido una ilusión.

Ella pareció intuir sus pensamientos y su mirada se suavizó, volvió a ser la Pam de antes de que todo lo malo los cambiara a ambos. De modo que él dijo:

—Encontraré a Gary, te lo juro. No le pasará nada.

Lo cierto es que quería que ella le respondiera, pero no contestó nada.

Y su silencio lo hirió, así que se fue.

OXFORDSHIRE, INGLATERRA

10:30

George Haddad entró en Bainbridge Hall. Durante los últimos tres años había sido un visitante asiduo, desde que se convenciera de que la respuesta a su dilema se encontraba entre esas paredes.

La casa era una obra maestra de suelos de mármol, tapices de Mortlake y ornamentos de vivos colores. La soberbia escalera con intrincados paneles florales, databa de la época de Carlos II; los techos estucados, de la década de 1660. El mobiliario y los cuadros eran de los siglos XVIII y XIX; el conjunto, una joya del estilo inglés rural.

Pero también era mucho más: un enigma.

Igual que el monumento del cenador blanco del jardín donde los miembros de la prensa seguían reunidos, escuchado a los supuestos expertos. Igual que el propio Thomas Bainbridge, el desconocido conde inglés que vivió hacia finales del siglo XVIII.

Haddad conocía la historia de la familia.

Bainbridge nació en un mundo de privilegios y grandes expectativas. Su padre era el mayor terrateniente de Oxfordshire. Aunque su posición en la sociedad le venía dada por la opulencia de generaciones anteriores y la tradición familiar, Thomas Bainbridge rechazó el tradicional servicio militar y se centró en los estudios, principalmente de historia, idiomas y arqueología. Cuando su padre murió él heredó el condado y pasó décadas viajando por el mundo, siendo uno de los primeros occidentales que exploró a fondo Egipto, Tierra Santa y Arabia, y documentó sus experiencias en diversas publicaciones.

Aprendió por su cuenta hebreo antiguo, la lengua en que se escribió el Antiguo Testamento, todo un logro teniendo en cuenta que el dialecto era principalmente oral y consonántico y había desaparecido del uso corriente alrededor del siglo VI a.C. Escribió un libro, publicado en 1767, que desafiaba las traducciones conocidas del Antiguo Testamento y ponía en duda gran parte del saber ortodoxo de su época, y pasó los últimos años de su vida defendiendo su teorías. Murió amargado y arruinado, su fortuna familiar dilapidada.

Haddad conocía bien el texto, había estudiado cada página con sumo detalle. Entendía los problemas de Bainbridge. También él se había enfrentado a la sabiduría tradicional, con consecuencias nefastas.

Disfrutaba visitando la casa, aunque, por desgracia, la mayor parte del mobiliario original había caído hacía tiempo en manos de acreedores, incluida la impresionante biblioteca de Bainbridge. Sólo en los últimos cincuenta años se había localizado parte de los muebles. Faltaba la mayoría de los libros, que habían ido pasando de coleccionistas a vendedores y de éstos a la basura, la cual parecía el destino de gran parte del saber registrado de la humanidad. Sin embargo Haddad había podido dar con unos cuantos volúmenes, tras dedicar tiempo a revolver en la miríada de tiendas de libros antiguos que salpicaba Londres.

Y en Internet.

Un tesoro asombroso. Lo que habrían podido hacer en Palestina sesenta años atrás con esa red de información instantánea.

Últimamente pensaba mucho en 1948.

Cuando empuñaba un fusil y mataba a judíos durante la *nakba*. La arrogancia de la generación actual no dejaba de sorprenderlo, considerando los sacrificios que habían hecho sus predecesores. Ochocientos mil árabes habían sido empujados al exilio. Él tenía diecinueve años y luchaba con la resistencia palestina —era uno de sus líderes—, pero todo había sido inútil. Los sionistas se impusieron, y los árabes fueron derrotados. Los palestinos se tornaron proscritos.

Sin embargo el recuerdo persistía.

Haddad había intentado olvidar, realmente quería olvidar. Pero asesinar traía consecuencias. Y en su caso éstas habían sido una vida de remordimientos. Se hizo estudioso, abandonó la violencia y se convirtió al cristianismo, pero nada de ello lo libró del dolor. Aún veía el rostro de los muertos. Sobre todo uno: el del hombre que se hacía llamar el Guardián.

«Luchas en una guerra innecesaria, contra un enemigo desinformado.»

Esas palabras quedaron grabadas en su recuerdo aquel día de abril de 1948, y su impacto terminó cambiándolo para siempre.

«Somos custodios del conocimiento. De la biblioteca.»

Aquella observación trazó el rumbo de su vida.

Continuó recorriendo la casa, contemplando los bustos y los cuadros, las tallas, los grotescos dorados y los enigmáticos lemas. Tras caminar a contracorriente de los recién llegados, entró en el saloncito, donde toda la antigua solemnidad de una biblioteca universitaria se fundía con una elegancia y un ingenio femeninos. Se centró en las estanterías, que en su día exhibieran el saber de numerosas eras. Y en los lienzos, que recordaban a gentes que habían forjado el curso de la historia.

Thomas Bainbridge había sido un invitado, como el padre de Haddad. Sin embargo el Guardián llegó a Palestina dos semanas demasiado tarde para entregar la invitación, y una bala del arma de Haddad silenció al mensajero.

El recuerdo lo hizo estremecer.

La impetuosidad de la juventud.

Habían pasado sesenta años, y ahora él veía el mundo con unos ojos más pacientes. Si esos mismos ojos hubiesen mirado al Guardián en abril de 1948 tal vez hubiese encontrado antes lo que buscaba.

O tal vez no.

Al parecer la invitación había que ganársela.

Pero ¿cómo?

Su mirada barrió la estancia: la respuesta estaba allí.

WASHINGTON, DC

5:45

Stephanie observó cómo Larry Daley se dejaba caer en uno de los sólidos sillones del despacho de Brent Green. Fiel a su palabra, el viceconsejero de Seguridad Nacional había llegado en menos de media hora.

—Bonito lugar —le dijo a Green.

—Es mi hogar.

—Eres un hombre de pocas palabras, ¿eh?

—Las palabras, como los amigos, deberían escogerse con cuidado.

La amable sonrisa de Daley se esfumó.

—Esperaba no empezar como el perro y el gato.

Stephanie estaba nerviosa.

—Haz que esta visita merezca la pena, como dijiste por teléfono.

Las manos de Daley se aferraron a los orondos brazos del asiento.

—Espero que los dos seáis razonables.

—Eso depende —replicó ella.

Daley se pasó una mano por su corto cabello cano. Su apostura transmitía una sinceridad juvenil capaz de desarmar al más pintado, de manera que Stephanie se propuso no dejarse llevar.

—Intuyo que no vas a decirnos qué es la conexión —comentó ésta.

—No me hace ninguna gracia que se me acuse de infringir la Ley de Seguridad Nacional.

—¿Desde cuándo te preocupa infringir leyes?

—Desde ahora.

—Entonces ¿qué haces aquí?

—¿Qué es lo que sabéis? —preguntó Daley—. Y no me digáis que nada porque me decepcionaríais.

Green repitió lo poco que ya había referido acerca de George Haddad, y Daley asintió.

—Los israelíes se volvieron locos con Haddad. Luego entraron en escena los saudíes, lo cual nos chocó, pues, por regla general, les importa un bledo todo lo que tenga que ver con la Biblia o la historia.

—Así que hace cinco años envié a Malone a ciegas a ese atolladero, ¿no? —inquirió ella.

—Lo cual, a mi entender, forma parte de tu trabajo.

Stephanie recordó cómo degeneró la situación.

—¿Qué hay de la bomba?

—Ahí fue cuando se armó la gorda.

Un coche bomba arrasó un café de Jerusalén en el que se encontraban Haddad y Malone.

—Iba destinada a Haddad —aclaró Daley—. Claro está que, dado que era una misión a ciegas, Malone no lo sabía. Pero se las arregló para sacar al palestino sano y salvo.

—Menuda suerte la nuestra —apuntó Green con sarcasmo.

—Déjate de chorradas. No matamos a nadie. Lo último que queríamos era que Haddad muriese.

La ira de Stephanie crecía por momentos.

—Pusiste en riesgo la vida de Malone.

—Es un profesional. Fue un gaje del oficio.

—No envió a mis agentes a misiones suicidas.

—Sé realista, Stephanie. El problema con Oriente Próximo es que la mano izquierda nunca sabe lo que hace la derecha. Lo que ocurrió es típico, sólo que los militantes palestinos se equivocaron de café.

—O quizá no —terció Green—. Quizá los israelíes o los saudíes escogieron con tino.

Daley sonrió.

—Empieza a dársete bien esto. Por eso exactamente aceptamos las condiciones de Haddad.

—Entonces dínos por qué es necesario que el gobierno norteamericano encuentre la desaparecida Biblioteca de Alejandría.

Daley aplaudió con suavidad.

—Bravo. Bien hecho, Brent. Supuse que si tus fuentes sabían lo de Haddad también te contarían ese pequeño detalle.

—Responde a la pregunta —insistió Stephanie.

—Las cosas importantes a veces se guardan en los sitios más raros.

—Ésa no es una respuesta.

—Es todo lo que vais a sacar.

—Estás mezclado con lo quiera que esté pasando allí —espetó ella.

—No es cierto, pero no negaré que hay otros dentro de la administración que están interesados en utilizar esto como la vía más rápida para resolver un problema.

—Y ese problema ¿es? —preguntó Green.

—Israel. Un puñado de idealistas arrogantes que no escuchan a nadie y, sin embargo, a las primeras de cambio, envían tanques o helicópteros de combate para

aniquilar a todos y todo en nombre de la seguridad. ¿Qué pasó hace unos meses? Se pusieron a bombardear la franja de Gaza, uno de los proyectiles se extravió y una familia entera que merendaba en la playa murió. ¿Qué dijeron? Lo sentimos, qué le vamos a hacer. —Daley meneó la cabeza—. Con sólo mostrar una pizca de flexibilidad, una chispa de compromiso se podrían hacer cosas. Pero no, o a su manera o nada.

Stephanie sabía que últimamente el mundo árabe se había mostrado mucho más acomodaticio que Israel, sin duda como consecuencia de lo sucedido en Irak, donde la determinación norteamericana se había manifestado de primera mano. La solidaridad mundial con los palestinos había aumentado a un ritmo constante, avivada por un cambio de liderazgo, una moderación de las facciones militantes y la insensatez de los partidarios israelíes de la línea dura. Recordaba haber visto en las noticias al único superviviente de esa familia de la playa, una joven, que lloraba al ver muerto a su padre. Impactante. Sin embargo se preguntó qué podía hacerse, siendo realistas.

—¿Cómo pretenden obrar con Israel? —Entonces se le ocurrió la respuesta—: ¿Necesitáis la conexión para hacerlo?

Daley no dijo nada.

—Malone es el único que sabe dónde está —aclaró ella.

—Eso es un problema, aunque no insalvable.

—Querías que Malone actuara, sólo que no sabías cómo conseguir que lo hiciera.

—No voy a negar que, en cierto modo, esto es oportuno.

—Hijo de puta —escupió ella.

—Escucha, Stephanie, Haddad quería desaparecer. Confiaba en Malone.

Los israelíes, los saudíes e incluso los palestinos creyeron que Haddad había muerto en la explosión, así que hicimos lo que él quería, después pasamos a ocuparnos de otras cosas. Pero ahora se ha vuelto a despertar el interés general y queremos a Haddad.

Ella no estaba dispuesta a darle ninguna satisfacción.

—Y ¿qué hay de los que van tras él?

—Me ocuparé de ellos como haría cualquier político.

La ira ensombreció el semblante de Green.

—¿Vas a hacer un trato?

—Así es la vida.

Ella necesitaba saber más.

—¿Qué podría encontrarse en unos documentos con dos mil años de antigüedad? Eso suponiendo que los manuscritos se conserven, cosa poco probable.

Daley la miró de reojo, y Stephanie cayó en la cuenta de que él había ido a impedir que ella y Green interfirieran, de forma que tal vez hiciera una pequeña

concesión.

—La Septuaginta.

A Stephanie le costó disimular su perplejidad.

—No soy ningún experto —admitió Daley—, pero, por lo que me han dicho, unos cientos de años antes de Cristo unos eruditos de la Biblioteca de Alejandría tradujeron la Biblia hebrea, nuestro Antiguo Testamento, al griego. Toda una hazaña para la época. Esa traducción es lo único que conocemos del texto original hebreo, ya que éste ha desaparecido. Haddad afirmó que la traducción, y todas las demás que siguieron, presentaba errores básicos. Aseguró que los fallos lo cambiaban todo y que podía demostrarlo.

—¿Y? —inquirió Stephanie—. ¿En qué sentido podían cambiarlo todo?

—Eso no lo puedo decir.

—¿No puedes o no quieres?

—En este caso viene a ser lo mismo.

—«Se acordó siempre de su alianza y de la promesa decretada por mil generaciones —musitó Green—; el pacto hecho con Abraham, y el juramento a Isaac; y confirmó a Jacob como ley firme, y a Israel como alianza eterna. Diciendo: “Yo te daré la tierra de Canaán como lote de vuestra heredad.”»

Ella vio que las palabras conmovían sinceramente al hombre.

—Una promesa importante —añadió Green—. Una de las muchas que contiene el Antiguo Testamento.

—Entonces ¿entiendes nuestro interés?

Green asintió.

—Entiendo por dónde vas, pero pongo en duda que pueda demostrarse.

Ella tampoco entendió eso, pero quería saber.

—¿Qué estás haciendo, Larry? ¿Perseguir fantasmas? Es una locura.

—Te aseguro que no lo es.

Las implicaciones no tardaron en cobrar realidad. Malone estaba en lo cierto al reprenderla: debió contarle de inmediato que un intruso había entrado en los archivos. Y ahora su hijo se hallaba en peligro gracias al gobierno norteamericano, que, por lo visto, estaba dispuesto a sacrificar al muchacho.

—Stephanie —dijo Daley—, conozco esa mirada. ¿Qué piensas hacer?

No iba a decirle nada a ese mal bicho, de manera que se tragó la humillación, sonrió y repuso:

—Justo lo que tú quieres, Larry: absolutamente nada.

COPENHAGUE

12:15

Dominick Sabre sabía que la hora siguiente sería crítica. Ya había visto en las cadenas de televisión de Copenhague el tiroteo del castillo de Kronborg, lo cual significaba que a esas alturas Malone y su ex esposa se habrían puesto en marcha. Finalmente tuvo noticias del hombre al que había enviado al castillo y se alegró de que hubiese seguido sus órdenes.

Consultó el reloj y salió del salón para dirigirse a la habitación de atrás, donde retenían a Gary Malone. Se las habían arreglado para abordar al chico en el instituto, sirviéndose de credenciales oficiales y una actitud franca, todo supuestamente en nombre del gobierno norteamericano. A las dos horas habían salido de Atlanta en un vuelo chárter. Con Pam Malone se habían puesto en contacto de camino y le dieron instrucciones. Según los informes era una mujer difícil, pero una foto y la idea de que su hijo sufriera algún daño garantizaron que hiciera exactamente lo que querían.

Abrió la puerta del dormitorio y se obligó a sonreír.

—Queríamos que supieras que hemos tenido noticias de tu padre.

El muchacho se encontraba junto a la ventana, leyendo un libro. El día anterior había pedido varios volúmenes, que Sabre le había conseguido. El joven rostro se iluminó al oír aquello.

—¿Está bien?

—Estupendamente. Y nos ha agradecido que te tengamos con nosotros. Tu madre se encuentra con él.

—¿Mamá aquí?

—La trajo otro equipo.

—Menuda novedad. Ella nunca ha estado aquí. —El chico hizo una pausa—. Ella y mi padre no se llevan bien.

Como conocía la historia conyugal de Malone intuyó algo.

—Y eso ¿por qué?

—El divorcio. No viven juntos desde hace mucho.

—¿Te resulta duro?

Gary pareció sopesar la pregunta. Era alto para su edad, desgarrado, el cabello color caoba. En comparación, Cotton Malone era un poema: tez blanca, recio, cabello claro. Por mucho que lo intentaba Sabre era incapaz de ver nada del padre en el rostro o el aspecto del chico.

—Sería mejor que estuviesen juntos, pero entiendo por qué no lo están.

—Qué bien que lo entiendas. Eres sensato.

Gary sonrió.

—Eso es lo que siempre dice mi padre. ¿Lo conoce?

—Claro. Trabajamos juntos muchos años.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué estoy en peligro?

—De eso no puedo hablar, pero unos tipos de lo peorcito se han fijado en tu padre e iban a ir por ti y por tu madre, así que intervinimos para protegerte. —Vio que la explicación no parecía satisfacerlo por completo.

—Pero mi padre ya no trabaja para el gobierno.

—Por desgracia a sus enemigos eso les da igual. Sólo quieren causarle dolor.

—Todo esto es muy raro.

Sabre esbozó una sonrisa forzada.

—Gajes del oficio, me temo.

—¿Tiene usted hijos?

Sabre se preguntó cuál sería el interés del muchacho.

—No. No estoy casado.

—Parece un buen tipo.

—Gracias. Sólo cumplo con mi obligación. —Hizo un gesto y dijo—. ¿Haces ejercicio?

—Juego al béisbol. Aunque la temporada ha terminado hace algún tiempo. Sin embargo no me importaría lanzar unas pelotas.

—Eso es difícil en Dinamarca. Aquí el béisbol no es el pasatiempo nacional.

—Estuve aquí los últimos dos veranos. Me gusta mucho.

—¿Es el tiempo que pasas con tu padre?

Gary afirmó con la cabeza.

—Casi la única ocasión de estar juntos. Pero no importa. Me alegro de que viva aquí, le hace feliz.

Sabre creyó volver a intuir algo.

—Y a ti ¿te hace feliz?

—A veces. Otras veces me gustaría tenerlo más cerca.

—¿Te has planteado vivir con él?

El rostro del chico reflejó preocupación.

—A mi madre le daría algo. No le gustaría que lo hiciera.

—A veces uno ha de hacer lo que tiene que hacer.

—Lo he pensado.

Sabre sonrió.

—No le des demasiadas vueltas. Y procura no aburrirte.

—Echo de menos a mi madre y a mi padre. Espero que estén bien.

Ya había oído bastante. El chico estaba calmado; no sería un problema, al menos durante la próxima hora, que era todo lo que Sabre necesitaba.

Después no importaría lo que hiciera Gary Malone.

Así que se encaminó a la puerta y dijo:

—No te preocupes. Estoy seguro de que todo acabará pronto.

Malone permanecía en las calles de Elsinor, vigilando el café. Un flujo constante de parroquianos entraba y salía. Su objetivo estaba sentado en una mesa junto a la ventana, dando sorbos de una taza. Pam, suponía, estaría en el coche, aparcado en la estación de tren, esperando. Más le valía. Cuando aquel tipo se pusiera en marcha sólo tendrían una oportunidad. Si sus adversarios andaban cerca, y él estaba convencido de que era el caso, aquél tal vez fuese el único camino que lo conduciría hasta ellos.

La aparición de Pam en Dinamarca lo había puesto nervioso, pero ella siempre surtía ese efecto. Una vez los unió el amor y el respeto, o al menos eso pensaba él; ahora su único vínculo era Gary.

Su mente repasó lo que ella le había dicho en agosto. De Gary.

—Después de años de mentiras, ¿quieres ser justa?

—Hace años no eras ningún santo, Cotton.

—Y por eso convertiste mi vida en un infierno.

Ella se encogió de hombros.

—Yo también cometí un desliz. Pensé que no te importaría, dadas las circunstancias.

—Te lo conté todo.

—No, Cotton, yo te pillé.

—Pero dejaste que pensara que Gary era mío.

—Lo es. En todo excepto en la sangre.

—¿Así es como te justificas ante ti misma?

—No tengo que justificar nada. Sólo creí que debías saber la verdad. Debí contártelo el año pasado, cuando nos divorciamos.

—¿Cómo sabes que no es hijo mío?

—Cotton, hazte pruebas. A mí me da igual, sólo quiero que sepas que no eres el padre de Gary. Haz lo que te plazca con esta información.

—¿Lo sabe él?

—Claro que no. Eso es algo entre él y tú. Nunca lo sabrá por mi boca.

Aún sentía la rabia que lo asaltó al ver a Pam tan tranquila. Eran tan distintos... lo cual quizás explicara por qué ya no estaban juntos. Él había perdido a su padre de pequeño, pero lo había criado una madre que lo adoraba. La infancia de Pam había sido un caos absoluto. Su madre era una mujer caprichosa, un mar de emociones contradictorias que llevaba un centro de día. Había dilapidado los ahorros de la familia no una, sino dos veces. Los astrólogos eran su debilidad. No podía resistirse a ellos, y escuchaba con avidez cuando le decían lo que ella quería oír. El padre de Pam también era conflictivo, un ser distante que iba a la deriva y le importaban más los aviones teledirigidos que su esposa y sus tres hijos. Había trabajado cuarenta años en una fábrica de cucuruchos de helado, un asalariado que nunca pasó de encargado intermedio. Una mezcla de lealtad y un falso sentimiento de satisfacción. Así fue su suegro hasta el día en que su costumbre de fumar tres paquetes de cigarrillos diarios detuvo su corazón.

Hasta que se conocieron Pam no había tenido mucho amor o seguridad. Reservada con sus emociones, pero exigiendo dedicación, siempre dio mucho menos de lo que pedía. Y señalar esa realidad sólo provocaba su ira. Sus aventuras con otras mujeres, en una etapa temprana de su matrimonio, no hicieron sino demostrar que ella tenía razón. Que no se podía contar con nada ni con nadie.

Ni madre ni padre ni hermanos ni esposo.

Todos ellos fallaron.

Igual que ella: tuvo un hijo y no le contó a su marido que no era el padre. Aún parecía estar pagando el precio de ese error.

Malone tenía que mostrarse indulgente con ella, pero para hacer un trato hacían falta dos, y ella no estaba dispuesta —al menos todavía— a negociar.

El pistolero desapareció de la ventana, y la atención de Malone volvió a centrarse en el café.

Vio que el hombre salía del establecimiento y se dirigía hacia su coche, se subía a él y se alejaba. Abandonó su posición, echó a correr por el callejón y divisó a Pam.

Cruzó la calle y se metió deprisa en el asiento del copiloto.

—Arranca y prepárate.

—¿Yo? ¿Por qué no conduces tú?

—No hay tiempo. Aquí viene.

Vio que el Volvo torcía para entrar en la carretera que discurría paralela a la costa y pasaba a toda velocidad.

—Vamos —ordenó Malone.

Y ella obedeció.

George Haddad entró en su piso de Londres. La excursión a Bainbridge Hall había sido frustrante, como de costumbre, de manera que hizo caso omiso del ordenador, que le indicaba que tenía correos sin abrir, y se sentó a la mesa de la cocina.

Había estado muerto cinco años. Saber y no saber. Entender y, al mismo tiempo, sentirse confuso.

Sacudió la cabeza.

Menudo dilema.

Echó un vistazo a su alrededor. La balsámica, purificadora magia del piso se había desvanecido. Estaba claro que había llegado el momento: otros tenían que saberlo. Les debía esa revelación a todas las almas que murieron en la *nakba*, cuya tierra fue robada, cuya propiedad fue incautada. Y se la debía a los judíos.

Todo el mundo tenía derecho a conocer la verdad.

La primera vez, meses atrás, al parecer no había funcionado. Por eso el día anterior había vuelto a coger el teléfono.

Ahora, por tercera vez, efectuó una llamada internacional.

Malone no perdía de vista la carretera mientras Pam bajaba con rapidez por la carretera de la costa hacia el sur, en dirección a Copenhague. El Volvo le sacaba menos de un kilómetro. Malone había dejado pasar varios coches, a modo de barrera, pero le advirtió en más de una ocasión que no se separara demasiado.

—Yo no soy un agente —replicó ella, los ojos fijos en el parabrisas—. Nunca he hecho esto.

—¿Es que no te lo enseñaron en la facultad de Derecho?

—No, Cotton. Te lo enseñaron a ti en la facultad de Espionaje.

—Ojalá hubiese existido una. Por desgracia tuve que aprender sobre la marcha.

El Volvo aceleró, y él se preguntó si no los habrían visto. Pero entonces reparó en que el coche sólo estaba adelantando a otro. Se Percató de que Pam empezaba a seguir el ritmo.

—No lo hagas. Si está alerta, es un truco para comprobar si lo siguen. Lo veo, así que quédate donde estás.

—Sabía que la formación que recibiste en el departamento de Justicia daría sus frutos.

Frivolidad; una rareza en ella. Sin embargo él apreció el esfuerzo. Esperó que la pista valiera la pena. Gary debía de andar cerca, y lo único que necesitaba era una oportunidad para sacarlo.

Llegaron a las afueras de la capital. El tráfico avanzaba a paso de tortuga. Cuatro coches los separaban del Volvo cuando éste se metió por los jardines del palacio de

Charlottenlund, entró por el norte de Copenhague y enfiló hacia el sur de la ciudad. Justo delante del palacio real el Volvo giró hacia el oeste y se adentró en un barrio residencial.

—Ten cuidado —la instó él—. Aquí es fácil vernos. No te pegues.

Pam aumentó la distancia. Malone estaba familiarizado con aquella parte de la ciudad. El castillo de Rosenborg, donde se exhibían las joyas de la corona danesa, se encontraba a escasas manzanas, y el Jardín Botánico no quedaba lejos.

—Va a un sitio concreto —aseguró él—. Todas estas casas parecen iguales, así que hay que saber dónde se va.

Dos giros más y el Volvo bajó por un callejón bordeado de árboles. Malone le dijo a su ex mujer que se detuviera en la esquina y vio que su presa entraba en una vivienda particular.

—Para junto al bordillo —le indicó.

Mientras ella aparcaba él sacó su Beretta y abrió la puerta.

—Quédate aquí. Va en serio. Esto podría ponerse feo, y no puedo buscar a Gary y ocuparme de ti al mismo tiempo.

—¿Crees que está ahí?

—Es muy posible.

Esperó que ella no se lo pusiera difícil.

—Vale. Esperaré aquí.

Malone iba a salir cuando ella lo agarró por el brazo, con firmeza, pero sin hostilidad. Sintió una oleada de emociones.

La miró a la cara, el miedo era visible en sus ojos.

—Si está ahí, tráelo.

WASHINGTON, DC

7:20

Stephanie se alegró de que Larry Daley se hubiese ido. Cada vez que se veían le caía peor.

—¿Qué opinas? —inquirió Green.

—Hay una cosa clara: Daley no tiene ni idea de lo que es la Conexión Alejandría. Sólo sabe lo de George Haddad y espera que el palestino sepa algo.

—¿Por qué lo dices?

—Sí lo supiera, no perdería el tiempo con nosotros.

—Necesita que Malone dé con Haddad.

—Pero ¿quién dice que necesita a Haddad para atar cabos? Si los archivos clasificados estuvieran completos no malgastaría tiempo con Haddad. Contrataría a un puñado de cerebros, averiguaría lo que quiera que fuese y partiría de esa base. —Meneó la cabeza—. Daley es un farsante de mierda, y a nosotros nos la ha dado pero bien. Necesita que Cotton encuentre a Haddad porque él no sabe una mierda. Espera que Haddad tenga todas las respuestas.

Green se retrepó en su silla con manifiesto nerviosismo. Stephanie empezaba a pensar que había juzgado mal a aquel oriundo de Nueva Inglaterra. La había respaldado frente a Daley, incluso había dejado claro que dimitiría si la Casa Blanca la despedía.

—La política es un asunto desagradable —farfulló él—. El presidente es un caso perdido: su agenda está en punto muerto y el tiempo se agota. No cabe duda de que quiere dejar un legado, hacerse un hueco en los libros de historia, y hombres como Daley consideran que su deber es proporcionárselo. Estoy de acuerdo contigo: anda tanteando. Pero cuál podría ser la utilidad de todo esto es algo que se me escapa.

—Al parecer es lo bastante importante para que tanto saudíes como israelíes tomaran cartas en el asunto hace cinco años.

—Y eso es significativo. Los israelíes no suelen ser caprichosos. Debían tener una buena razón para querer muerto a Haddad.

—Cotton está en un lío —dijo ella—. Su hijo se encuentra en peligro, y él no va a recibir ayuda alguna de nosotros. A decir verdad oficialmente vamos a quedarnos cruzados de brazos para después aprovecharnos de él.

—Creo que Daley subestima a la competencia, han planeado esto a fondo.

Stephanie asintió.

—Ése es el problema con los burócratas: piensan que todo es negociable.

El móvil de Stephanie vibró en su bolsillo, y ella se sobresaltó. Había dejado dicho que no la molestaran a menos que fuera vital. Lo cogió, escuchó un instante y colgó.

—Acabo de perder a un agente, el hombre que le envié a Malone. Lo han matado en el castillo de Kronborg.

Green no dijo nada, y el dolor asomó a los ojos de Stephanie.

—Lee Durant tenía esposa e hijos.

—¿Se sabe algo de Malone?

Ella hizo un gesto negativo.

—Nada.

—Tal vez estuvieses en lo cierto antes. Quizá debiésemos involucrar a otros servicios.

A ella se le hizo un nudo en la garganta.

—No serviría. Esto hay que enfocarlo de otra forma.

Green estaba inmóvil, los labios fruncidos, la mirada fija, como si supiera lo que había que hacer.

—Tengo intención de ayudar a Cotton —anunció ella.

—Y ¿qué piensas hacer? Tú no trabajas sobre el terreno.

Recordó que Malone le había dicho eso mismo no hacía mucho, en Francia, pero ella se las había arreglado bastante bien.

—Conseguiré ayuda, gente de la que me pueda fiar. Tengo un montón de amigos que me deben favores.

—Yo también puedo ayudar.

—No quiero que te involucres.

—Ya lo estoy.

—No puedes hacer nada —objetó ella.

—Podrías llevarte una sorpresa.

—Y entonces ¿qué haría Daley? No sabemos quiénes son sus aliados. Será mejor que me ocupe de esto discretamente. Tú quédate al margen.

El rostro de Green no dejó traslucir nada.

—¿Qué hay de la reunión de esta mañana en el Capitolio?

—Asistiré. De ese modo apaciguaré a Daley.

—Te cubriré cuanto pueda.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Stephanie.

—Sabes, puede que éstas hayan sido las mejores horas que hemos pasado juntos.

—Siento que no pasemos más tiempo así.

—Yo también —aseguró ella—. Pero tengo un amigo que me necesita.

Malone dejó el coche y se acercó con disimulo a la casa donde había aparcado el Volvo. No podía aproximarse por delante —demasiadas ventanas, demasiado al descubierto—, así que dio un rodeo, se metió por un callejón herboso contiguo a la casa de al lado y fue por la parte de atrás. Las viviendas de esa parte de Copenhague eran como su vecindario de Atlanta: calles umbrosas con reducidas casas de ladrillo rodeadas de jardines delanteros y traseros igualmente reducidos.

Se llevó la Beretta al costado y se sirvió del follaje para ocultarse. Por el momento no había visto a nadie. Un seto que le llegaba a la altura del hombro lo separaba del siguiente jardín. Se situó de forma que pudiera ver por encima del seto y divisó una puerta trasera en la casa en la que había entrado el pistolero. Antes de que le diera tiempo a decidir qué hacer, la puerta se abrió y salieron dos hombres: el pistolero de Kronborg y otro, un tipo achaparrado y cuellicorto.

Iban hablando y se dirigieron a la parte delantera de la casa. Obedeciendo a su intuición, Malone salió de su escondite y entró en el jardín posterior por una abertura que había en el seto. Fue directo a la puerta trasera y entró con el arma en ristre.

La casa, de una sola planta, estaba en silencio. Dos dormitorios, estudio, cocina y baño. La puerta de una de las habitaciones estaba cerrada. Echó una ojeada a los cuartos: vacíos. Se acercó al que estaba cerrado. Su mano izquierda se aferró al tirador mientras la derecha sostenía el arma, el dedo en el gatillo. Lo giró despacio y, acto seguido, abrió de un empujón.

Y vio a Gary.

El chico estaba sentado en una silla, junto a la ventana, leyendo. Su hijo pegó un respingo, levantó la vista de las páginas y su rostro se iluminó al ver quién era.

También Malone experimentó una sensación de júbilo.

—¡Papá! —Entonces Gary vio el arma y dijo—: ¿Qué pasa?

—No te lo puedo explicar, pero tenemos que irnos.

—Dijeron que estabas en apuros. ¿Están aquí los que quieren hacernos daño a mamá y a mí?

Malone asintió mientras el pánico se apoderaba de él.

—Sí. Hemos de irnos.

Gary se levantó de la silla y Malone no pudo evitarlo: le dio un fuerte abrazo a su hijo. El muchacho era suyo. Que le dieran a Pam.

—Ponte detrás de mí y haz exactamente lo que te diga, ¿entendido? —le dijo al muchacho.

—¿Va a haber jaleo?

—Espero que no.

Volvió a la puerta de atrás y miró fuera: el jardín estaba desierto. Sólo necesitaría un minuto para escapar. Salió con Gary pegado a sus talones.

La abertura del seto se hallaba a unos quince metros.

Hizo que Gary fuese delante, ya que la última vez que había visto a los dos tipos se dirigían a la calle. Con el arma preparada, se lanzó hacia el jardín contiguo. Vigilaba atentamente su flanco.

Pasaron por la abertura del seto.

—Qué predecible.

Dio media vuelta y se quedó helado: a unos seis metros estaba el cuelllicorto con Pam, una Glock con silenciador pegada a su cuello. El pistolero de Kronborg permanecía a un lado, apuntando directamente a Malone.

—Me he tropezado con tu ex, estaba rondando por aquí —explicó el cuelllicorto con acento holandés—. Supongo que le dijiste que se quedara en el coche.

La mirada de Malone se clavó en la de ella, sus ojos suplicaban Perdón.

—¡Gary! —exclamó ella, sin poder moverse.

—¡Mamá!

Malone captó la desesperación que había en ambas voces. Se situó delante de Gary.

—Veamos cómo lo has hecho, Malone. Seguiste a mi hombre del castillo a la ciudad, esperaste a que se marchara y saliste tras él pensando que tu hijo estaría aquí.

Era la voz del móvil de la noche anterior. Sin duda.

—Lo cual resultó ser cierto.

El otro hombre se mantenía impassible. A Malone se le revolvió el estómago. Se la habían jugado.

—Saca el cargador de la Beretta y tíralo.

Malone vaciló, pero decidió que no tenía elección. Hizo lo que le decían.

—Y ahora hagamos un trato: te daré a tu ex y tú me darás al chico.

—¿Y si te digo que te quedes con mi ex?

El hombre soltó una risita.

—Estoy seguro de que no querrás que tu hijo vea cómo le vuelo la tapa de los sesos a su madre, que es exactamente lo que haré, porque la verdad es que no la quiero.

Los ojos de Pam se desorbitaron al ver lo que había conseguido con su estupidez.

—Papá, ¿qué está pasando? —quiso saber Gary.

—Hijo, vas a tener que irte con él...

—¡No! —chilló Pam—. No lo hagas.

—Te matará —le advirtió Malone.

El dedo del cuelllicorto se apoyaba con firmeza en el gatillo de la Glock, y Malone

esperó que Pam no se moviera. Miró con fijeza a Gary:

—Debes hacerlo por mamá, pero volveré por ti, te lo juro. Cuenta con ello. —
Abrazó nuevamente al muchacho—. Te quiero. Sé fuerte por mí, ¿de acuerdo?

Gary asintió, titubeó un instante y avanzó hacia el cuelllicorto, que soltó a Pam. Ésta se abrazó a Gary en el acto y rompió a llorar.

—¿Estás bien? —le preguntó a su hijo.

—Sí.

—Déjeme quedarme con él —pidió ella—. No causaré problemas. Cotton encontrará lo que quieren y nosotros nos portaremos bien. Se lo prometo.

—Cierra el pico —ordenó el cuelllicorto.

—Se lo juro. No daré problemas.

Él apuntó a la frente de Pam.

—Mueve ese bonito culo hasta allí y cierra el pico.

—No lo provoques —recomendó Malone a su ex.

Ésta abrazó de nuevo a Gary y se alejó despacio de él. El cuelllicorto se rió.

—Buena elección.

Malone miraba fijamente a su adversario. De pronto el arma de éste se volvió hacia la derecha y tres balas silenciosas salieron del cañón y se estrellaron contra el pistolero de Kronborg. El cuerpo se tambaleó y acto seguido se desplomó de espaldas en el suelo.

Pam se tapó la boca con la mano.

—¡Dios mío!

Malone vio la mirada de horror de Gary. Ningún muchacho de quince años tendría que ver algo así.

—Hizo exactamente lo que le dije, pero yo sabía que lo seguías. Él no. A decir verdad, me dijo que no lo habían seguido. No tengo tiempo para aguantar a idiotas. Este pequeño ejercicio tenía por fin que te dejaras de bravuconadas. Ahora ve a buscar lo que quiero. —El cuelllicorto apuntó a la cabeza de Gary—. Nos iremos sin que te entrometas.

—Estoy sin balas.

Observó a Gary. Curiosamente su joven rostro no reflejaba nada de nerviosismo. Ni pánico ni miedo, sólo determinación.

El cuelllicorto y Gary se dispusieron a irse.

Malone tenía el arma en el costado, su cerebro estaba analizando posibilidades. Gary estaba a escasos centímetros de una Glock cargada. Sabía que si su hijo desaparecía él no tendría más remedio que entregar la Conexión Alejandría. Llevaba el día entero devanándose los sesos para evitar esa posibilidad, ya que hacerlo generaría un montón de conflictos. Era evidente que el cuelllicorto había previsto lo que él haría, desde el principio, a sabiendas de que todos ellos acabarían justo donde

se encontraban.

La sangre se le heló, y fue presa de una inquietante sensación.

Incómoda, pero familiar.

Procuró que sus movimientos fueran naturales. Ésa era la norma. Su antigua profesión se basaba en sopesar las probabilidades. El éxito siempre había sido cuestión de dividir las probabilidades entre el riesgo. Su propio pellejo había estado en peligro en numerosas ocasiones, y en tres casos el riesgo había prevalecido y él había terminado en un hospital.

Esto era diferente: su hijo estaba en juego.

Gracias a Dios tenía todas las probabilidades a su favor.

El cuelllicorto y Gary se aproximaron a la abertura del seto.

—Disculpa —dijo Malone.

El cuelllicorto se volvió, Malone disparó la Beretta y la bala acertó al hombre en el pecho. Éste parecía no saber qué había ocurrido, su rostro era una mezcla de asombro y dolor. Finalmente la sangre manó por las comisuras de su boca y sus ojos se cerraron.

Cayó como un árbol talado, se retorció un instante y se quedó quieto.

Pam corrió hacia Gary y lo estrechó entre sus brazos.

Malone bajó el arma.

Sabre vio cómo Cotton Malone disparaba a su último agente. Se hallaba en la cocina de una casa que daba a la parte trasera de la vivienda donde Gary Malone había pasado los últimos tres días. Había alquilado las dos casas a la vez.

Sonrió.

Malone era listo, y su hombre un incompetente. Al tirar al cargador el arma se había quedado sin balas, a excepción de la que ya estaba en la recámara. Cualquier buen agente, como Malone, guardaba siempre una bala en la recámara. Recordó aquella vez, durante su adiestramiento con las fuerzas especiales del Ejército, en que un recluta se disparó en la pierna tras descargar supuestamente el arma.

Esperaba que Malone sacara lo mejor de la ayuda que él había contratado. Ésa era la idea. Y la oportunidad se presentó cuando Sabre vio a Pam Malone dirigirse hacia la casa. Llamó a su secuaz y le dijo cómo aprovechar el descuido de la mujer para convencer más a Malone, y de paso le ofreció un plus para que le pegara un tiro al otro sicario.

Por suerte Malone se había encargado de que dicho pago no se efectuara.

Lo cual también quería decir que no quedaba nadie con vida para relacionar a Sabre con nada.

Mejor aún, Malone había recuperado a su hijo, y ello apaciguaría los instintos más peligrosos de su enemigo.

Sin embargo aquello no había terminado.

En absoluto.

Lo cierto es que no había hecho más que empezar.

SEGUNDA PARTE

MIÉRCOLES, 5 DE OCTUBRE

VIENA, AUSTRIA

13:30

Sabre frenó a la entrada y bajó la ventanilla del conductor. No mostró acreditación alguna, pero el guarda lo dejó pasar de inmediato. El magnífico *château* se encontraba a unos cincuenta kilómetros al suroeste del centro, entre los llamados bosques de Viena. Erigido por la aristocracia tres siglos antes, sus muros color mostaza de esplendor barroco albergaban setenta y cinco espaciosas estancias, todas ellas coronadas por inclinadas tejas de pizarra alpina.

Un vivo sol atravesaba el oscuro parabrisas del Audi, y Sabre reparó en que el asfaltado camino y los aparcamientos laterales estaban vacíos. Sólo los guardas de la verja y unos cuantos jardineros que se ocupaban de los senderos alteraban la tranquila escena.

Al parecer aquélla sería una charla privada.

Aparcó en un garaje abierto y al salir lo recibió una cálida tarde. Se abrochó en el acto su chaqueta Burberry y echó a andar por un camino de gravilla que llevaba hasta la Schmetterlinghaus, una construcción de hierro y cristal situada a unos cien metros del castillo. Pintada de verde, sus paredes eran una sucesión de cientos de cristales húngaros. La imponente estructura del siglo XIX se integraba perfectamente en los boscosos aledaños. Dentro, crecían numerosas plantas exóticas. Sin embargo, el nombre de la casa —Schmetterling—, se debía a las miles de mariposas que vagaban a su antojo.

Abrió de un tirón una desvencijada puerta de madera y pasó a una suerte de recibidor. Una cortina de material plástico mantenía el aire caliente y húmedo en el interior. La apartó y entró.

Las mariposas bailoteaban en el aire al compás de una suave música instrumental. Bach, si no se equivocaba. Muchas de las plantas estaban en flor, la serena escena contrastaba fuertemente con las crudas estampas otoñales que se perfilaban al otro lado del cristal, salpicado de gotas de agua.

El propietario del edificio, la Silla Azul, se encontraba sentado entre el follaje. Su rostro era el de un hombre que había trabajado demasiado, dormido poco y descuidado su alimentación. El anciano llevaba un traje de *tweed* sobre un *cár-digan*. Tenía que resultar incómodo, pensó Sabre. Pero recordó que las criaturas de sangre fría necesitaban mucho calor.

Se quitó la chaqueta y se aproximó a una silla de madera.

—*Guten Morgen, Herr Sabre.*

El aludido tomó asiento y saludó a su vez. Por lo visto el alemán sería el idioma del día.

—Las plantas, Dominick. Nunca le he preguntado, pero ¿qué sabe de ellas?

—Sólo que generan oxígeno a partir del dióxido de carbono.

El anciano sonrió.

—¿No diría que aportan muchas más cosas? ¿Qué hay del color, la calidez, la belleza?

Él miró aquella selva tropical trasplantada, contempló las mariposas y escuchó la apacible música. Le importaba un bledo la relajante estética, pero sabía que no era buena idea expresar esa opinión, de manera que se limitó a decir:

—Cumplen su función.

—¿Sabe mucho de mariposas?

Un plato de porcelana con trozos de plátano maduro descansaba en el regazo del viejo. Insectos con alas color zafiro, carmesí y marfil devoraban ávidamente la ofrenda.

—El olor las atrae. —El anciano acarició con ternura las alas de una de ellas—. Unas criaturas realmente hermosas. Joyas voladoras que irrumpen en el mundo con un estallido de color. Por desgracia solo viven unas semanas antes de reincorporarse a la cadena alimentaria.

Cuatro mariposas verdes y doradas se sumaron al banquete.

—Esta especie es bastante rara, la *Papilio dardanus*. Importo las crisálidas expresamente de África.

Sabre odiaba los bichos, pero trató de mostrar interés y esperó. Al cabo el anciano preguntó:

—¿Ha ido todo bien en Copenhague?

—Malone va camino de la conexión.

—Justo lo que pronosticó. ¿Cómo lo supo?

—No tiene elección. Si quiere proteger a su hijo ha de sacar a la luz la conexión, de ese modo dejará de ser vulnerable.

—Puede que se dé cuenta de que lo han manipulado.

—Estoy seguro de que así ha sido, pero cree que al final consiguió imponer-se. Dudo que intuya que yo quería que esos hombres murieran.

La diversión arrugó el rostro del anciano.

—Disfruta con este juego, ¿no?

—Tiene algunos aspectos satisfactorios. —Hizo una pausa antes de añadir—: Si se juega bien.

Más mariposas se unieron a las que ya estaban en el plato.

—Lo cierto es que se parece mucho a estas preciosas criaturas —aseguró el anciano—. Se atiborran atraídas por el señuelo de la comida fácil. —Unos dedos sarmentosos agarraron una por las alas. El oscuro espiráculo y las diminutas patas se retorcieron mientras el insecto intentaba zafarse—. Podría matarla con facilidad. ¿Qué me costaría?

La Silla Azul soltó su presa, y unas alas anaranjadas y amarillas crepitaron antes de alzarse en el aire.

—Pero también podría dejarla marchar. —El anciano miró a Sabre con unos ojos rebosantes de entusiasmo—. Saque partido de los instintos de Malone.

—Eso pretendo.

—¿Qué hará cuando haya encontrado la conexión? —inquirió la Silla Azul.

—Depende.

—Habrá que matar a Malone.

—Puedo ocuparme.

El viejo le lanzó una mirada.

—Podría ser un rival.

—Estoy preparado.

—Existe un problema.

Sabre se preguntó por qué lo había hecho volver a Viena.

—Los israelíes han sido puestos sobre aviso. Al parecer George Haddad hizo otra llamada a la Orilla Occidental, y los espías judíos infiltrados en la Autoridad Palestina informaron de este contacto a Tel Aviv. Saben que está vivo, y supongo que también dónde se encuentra.

Eso *si* era un problema.

—Las Sillas son conscientes de estos hechos y han ratificado la autoridad que le concedí a usted para que maneje el asunto como considere apropiado.

Que era lo que pensaba hacer de todos modos.

—Como sabe, las motivaciones de los israelíes son muy distintas de las nuestras: nosotros queremos la conexión, y ellos quieren que desaparezca.

Sabre asintió.

—Asesinaron a su propia gente en aquel café sólo para matar a Haddad.

—Los judíos son un problema —aseveró en voz baja el anciano—. Siempre han sido difíciles. La obstinación y el creerse diferentes siempre engendran un orgullo desmedido.

Sabre decidió dejar pasar el comentario.

—Tenemos intención de contribuir a zanjar el problema judío.

—No sabía que fuese un problema.

—No para nosotros, pero sí para nuestros amigos árabes. Así que ha de ir por delante de los israelíes. Hay que impedir que interfieran.

—En tal caso he de irme.

—¿Adonde ha ido Malone?

—A Londres.

El anciano guardó silencio, su atención fija en los bichos que revoloteaban en su regazo. Por último espantó las mariposas.

—De camino a Londres debe hacer una parada.

—¿Hay tiempo?

—No tenemos elección. Un contacto dentro del gobierno israelí posee cierta información que sólo le pasará a usted en persona y quiere dinero a cambio.

—¿No lo quieren todos?

—Está en Alemania. No debería llevarle mucho tiempo. Utilice uno de nuestros jets. Tengo entendido que nuestro contacto ha sido descuidado. Lo han descubierto, aunque él no lo sabe. Liquide nuestras cuentas con él.

Sabre comprendió.

—Huelga decir que habrá otros vigilando. Se lo ruego, haga que el espectáculo sea memorable. Es preciso que los israelíes entiendan que aquí hay mucho en juego.

—El anciano se acomodó en la silla de madera y a continuación dirigió su afilada nariz nuevamente al plato—. También está al tanto de lo de este fin de semana, ¿no?

—Naturalmente.

—Necesito un informe financiero sobre cierta persona. Antes del viernes. ¿Puede encargarse?

Sabía cuál era la respuesta adecuada, aunque tampoco tenía tiempo para eso.

—Claro.

El anciano le comunicó el nombre que tenía que investigar y después dijo:

—Envíe aquí la información. Entre tanto, haga lo que mejor sabe hacer.

WASHINGTON, DC

7:30

Stephanie decidió quedarse en la capital. Todos los peces gordos se encontraban allí, y si quería ayudar a Malone tendría que andar cerca de ellos. Estaba en contacto con Atlanta y la sede del Magellan Billet a través del portátil y el móvil, y en ese momento tenía a tres agentes rumbo a Dinamarca. Otros dos ya se hallaban en Londres, y uno más de camino hacia allí. La habitación de su hotel sería temporalmente el centro de mando.

Llevaba esperando veinte minutos, y cuando el teléfono de la mesa finalmente sonó, Stephanie esbozó una sonrisa. Thorvaldsen era un maniático de la puntualidad. Cogió el auricular.

—Dime, Henrik.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Por la puntualidad.

—Retrasarse es una grosería.

—No podría estar más de acuerdo. ¿Te has enterado de algo?

—De lo bastante para saber que tenemos un problema.

El día anterior Thorvaldsen había enviado a un batallón de investigadores a seguir los movimientos de los dos hombres a los que había disparado Malone. Dado que uno de ellos había matado a un agente federal Stephanie también había podido contar con la ayuda de la Europol.

—¿Has oído hablar alguna vez de *die Ordnung vom Goldenen Vites*? ¿La Orden del Vellocino de Oro?

—Es un cártel financiero europeo, que yo sepa.

—Necesito una conexión a tu ordenador a través de Internet.

—Es secreta —respondió ella con toda naturalidad.

—Te aseguro que con lo que sé tengo todas las autorizaciones que necesito.

Stephanie le dio la dirección, y al minuto aparecieron cinco fotografías en su pantalla: tres cabezas y dos cuerpos enteros. Los cinco hombres tendrían setenta y tantos años, el rostro similar a una caricatura, lleno de ángulos, frío e inexpresivo, cada uno de ellos con un barniz de sofisticación: el porte aristocrático de quienes están acostumbrados a salirse con la suya.

—La Orden del Vellocino de Oro fue reformada a finales de los años cuarenta, justo después de la socialización de la industria austríaca. Se creó en Viena, y en un

principio sus miembros se reducían a un selecto grupo de industriales y financieros. En los cincuenta se diversificó, e ingresaron magnates de la industria manufacturera y la minería, junto con más financieros.

Ella acercó una libreta y preparó un bolígrafo.

—¿Qué quieres decir con «reformada»?

—El nombre procede de una orden medieval francesa que Felipe el Hermoso, duque de Borgoña, creó en 1430, pero ese grupo de caballeros sólo duró unas décadas. A lo largo de los siglos surgieron «reencarnaciones», y en Austria todavía existe una Orden del Vellochino de Oro de carácter social. Sin embargo el que supone una amenaza es el cártel económico del mismo nombre.

Stephanie tenía los ojos clavados en la pantalla, su memoria estaba grabando aquellas adustas caras.

—Un grupo interesante —comentó Thorvaldsen—. Un estricto código de leyes rige la actividad de la orden, y su número de miembros se limita a setenta y uno. Al mando se encuentra el Círculo de las Cinco Sillas. La llamada Silla Azul dirige tanto el círculo como la orden. Esas gentes llevan hábitos color carmesí y medallones de oro. Cada medallón está hecho de una sucesión de eslabones en forma de pedernales con llamas alrededor de un vellocino de oro. Bastante efectista.

Ella se mostró conforme.

—Deja que te hable de los cinco que tienes en pantalla. La cara de arriba a la izquierda es la de un industrial austríaco, Alfred Hermann, que en la actualidad ocupa la Silla Azul. Decir que es multimillonario es quedarse corto, posee acerías en Europa, minas en África, plantaciones de caucho en Extremo Oriente y entidades financieras en el mundo entero.

Thorvaldsen siguió con los cuatro restantes. Uno de ellos tenía una participación mayoritaria en el Banco VRN, presente en Austria, Alemania, Suiza y Holanda, además de farmacéuticas y empresas de automoción; otro controlaba los mercados de valores europeos con empresas inversoras que manejaban carteras para numerosos países de la Unión Europea; el tercero era el único propietario de dos empresas francesas y una belga que, descontadas las empresas de Estados Unidos, eran los primeros fabricantes de aviones del mundo; el último se hacía llamar a sí mismo «el rey del hormigón», y sus empresas eran líderes en Europa, África y Oriente Próximo.

—Un grupo imponente —dijo ella.

—Por no decir otra cosa. Las Sillas tienen (y siempre han tenido) un inconfundible sesgo ario: predominan los alemanes, suizos y austríacos. Son los propios miembros los que eligen las Sillas, y el cargo es de por vida. Al mismo tiempo se escoge a una Sombra para suceder a la Silla a la muerte de ésta. La Silla Azul la eligen las Sillas, y su cargo también es vitalicio.

—Qué eficientes.

—Se enorgullecen de ello. Los miembros se reúnen dos veces al año en una asamblea, una a finales de primavera y la otra justo antes del invierno, en una finca de más de ciento sesenta hectáreas, propiedad de Alfred Hermann, situada en las afueras de Viena. El resto del año las Sillas o unos comités permanentes se ocupan de los negocios. Tienen canciller, tesorero y secretario, además del personal de apoyo que trabaja fuera del *château* de Hermann. La organización es mínima a propósito, sin reuniones innecesarias que originen retrasos.

Stephanie iba escribiendo notas en la libreta.

—A la Silla Azul no le está permitido votar, ni en el Círculo ni en la asamblea, salvo en caso de empate.

Ella no pudo por menos de admirar las molestias que se había tomado Thorvaldsen para hacer esas pesquisas.

—Háblame de los miembros.

—De los actuales setenta y uno la mayoría son europeos, a excepción de cuatro norteamericanos, dos canadienses, tres asiáticos, un brasileño y un australiano, hombres y mujeres que recibieron una educación mixta hace décadas.

Stephanie sentía curiosidad.

—¿Por qué está la sede en Austria?

—Por el mismo motivo por el que muchos de nosotros tenemos dinero allí: una disposición expresa en la constitución nacional prohíbe violar el secreto bancario. Es difícil seguirle la pista al dinero. La Orden cuenta con una financiación saneada, y sus miembros son evaluados conforme a sus finanzas. El del año pasado superaba los ciento cincuenta millones de euros.

—¿Y en qué gastan esos ingresos?

—En lo que la gente lleva siglos persiguiendo: influencia política, principalmente dirigida hacia la aceptación del euro en toda Europa y la reducción de las barreras arancelarias. La emergencia de Europa del Este también les interesa, y la reconstrucción de las infraestructuras de la República Checa, Eslovaquia, Hungría, Rumania y Polonia supone un gran negocio. Gracias a algunas contribuciones efectuadas con tino los miembros de la orden han conseguido más contratos de los que les correspondían.

—Así y todo, Henrik, ciento cincuenta millones de euros no pueden gastarse sólo en asegurarse contratos y sobornar a políticos.

—Tienes razón. Lo que el grupo hace sirve a un fin mayor.

Ella se estaba impacientando.

—Soy toda oídos.

—Oriente Próximo. Ésa es su máxima prioridad.

—¿Cómo demonios sabes todo esto?

Al otro lado del teléfono se hizo el silencio. Ella se mantuvo a la espera.

—Porque soy miembro.

LONDRES

12:30

Malone bajó con Pam la escalerilla del avión de British Airways. Habían pasado la noche en Christiנגade y después volado desde Copenhague hasta Inglaterra, una escala para Pam en su viaje de vuelta a Georgia y el destino final de Malone. Gary se había quedado con Thorvaldsen. Su hijo conocía al danés de los últimos dos veranos que había pasado en Dinamarca. Hasta que supiera exactamente qué estaba pasando, Malone creía que Christiנגade era el lugar más seguro para Gary. Como medida adicional, Thorvaldsen contrató a un equipo de seguridad para que patrullara por la propiedad. A Pam no le hizo mucha gracia la idea, y discutieron, pero al final ella comprendió lo acertado de la decisión, en particular teniendo en cuenta lo que había ocurrido en Atlanta. Como la crisis había finalizado, ella tenía que volver al trabajo. Había salido de inmediato, sin avisar al bufete. Dejar a Gary no era lo que quería, pero al cabo reconoció que Malone lo podría proteger mejor que ella.

—Espero no haber perdido mi trabajo —dijo Pam.

—Supongo que lo que les has hecho ganar bastará para que te perdonen. ¿Vas a contarles lo sucedido?

—Tendré que hacerlo.

—De acuerdo. Diles lo que consideres necesario.

—¿Por qué sigues con esto? —le planteó ella—. ¿Por qué no lo dejas estar?

Él reparó en que, por lo visto, el descanso había acabado con gran parte del mal humor de su ex mujer. Había pedido disculpas repetidamente por lo del día anterior, y él le había restado importancia. Lo cierto es que no quería hablar con ella y, gracias a que habían hecho la reserva a última hora, no se habían sentado juntos durante el vuelo, lo cual estaba bien. Aún tenían cosas que decirse en lo tocante a Gary, cosas desagradables. Pero no era el momento.

—Es el único modo de asegurarme de que no vuelva a pasar —respondió él—. Si no soy el único que sabe de la conexión dejaré de ser el blanco. Y lo mismo ocurrirá contigo o con Gary.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Pam.

Malone no tenía ni idea, así que repuso:

—Lo sabré cuando llegue allí.

Avanzaron entre el gentío hacia la terminal, su silencio y sus pensativos pasos atestiguaban que estaban mejor separados. Los aletargados sentidos de él volvían a

estar alerta. En el avión se había fijado en un hombre. Sentado tres filas más adelante, en el lado opuesto. Un larguirucho muy moreno, una barba rala oscurecía sus mejillas. Había embarcado en Copenhague, y algo en él había llamado la atención de Malone. En el vuelo no había pasado nada. Pero, aunque el tipo había bajado antes que ellos, ahora lo tenían detrás.

Eso anunciaba problemas.

—Ayer le disparaste a ese hombre sin una pizca de remordimiento —le espetó Pam—. Das miedo, Cotton.

—La seguridad de Gary estaba en juego.

—¿Era eso lo que solías hacer?

—Todo el tiempo.

—Ya he visto todas las muertes que quería ver.

También él.

Siguieron caminando, y él supo que ella estaba pensando. Siempre había sabido cuándo se devanaba los sesos.

—Ayer no lo mencioné —comentó ella—, con todo lo sucedido, pero hay un hombre en mi vida.

El se alegró, pero se preguntó por qué se lo contaba.

—Hace mucho que no nos importa lo que haga el otro.

—Lo sé. Pero éste es especial. —Levantó el brazo y le mostró la muñeca—. Me regaló este reloj.

Parecía orgullosa de él, de modo que Malone le siguió el juego.

—Un TAG Heuer. No está mal.

—Eso mismo pensé yo. Me sorprendió un montón.

—¿Te trata bien?

Ella asintió.

—Disfruto estando con él.

Malone no sabía qué decir.

—Sólo te lo he dicho para que sepas que tal vez sea hora de que hagamos las paces.

La terminal estaba abarrotada. Había llegado el momento de separarse.

—¿Te importa si te acompaño? —preguntó ella—. Mi avión a Atlanta no sale hasta dentro de siete horas.

A decir verdad él había estado ensayando el adiós, para actuar con aire de despreocupación.

—No es buena idea. Tengo que hacer esto solo.

No hizo falta decir lo que ambos pensaban, sobre todo después de lo de ayer. Ella asintió.

—Lo comprendo. Sólo pensé que sería una buena forma de pasar la tarde.

Él sintió curiosidad.

—¿Por qué quieres venir? Creía que querías alejarte de todo esto.

—Casi me matan por culpa de esa conexión, así que me interesa. Y, además, ¿qué voy a hacer en este aeropuerto?

Malone hubo de admitir que estaba estupenda: era cinco años menor que él, pero parecía más joven. Y su expresión también era demasiado similar a la de la vieja Pam —a un tiempo desvalida, independiente y suplicante— para que él se la tomara a la ligera. Los rasgos de su pecoso rostro, sus ojos azules, le provocaron una oleada de recuerdos, recuerdos que él se había esforzado por reprimir, sobre todo desde agosto, cuando se enteró de lo de Gary.

Él y Pam habían estado casados mucho tiempo, compartido una vida, con sus buenos y sus malos momentos. Malone tenía cuarenta y ocho años, llevaba más de uno divorciado y casi seis separado.

Quizá fuese hora de olvidarlo todo. Lo pasado, pasado estaba, y él no había sido ningún angelito.

Sin embargo lo de hacer las paces tendría que esperar, de manera que se limitó a decir:

—Vuelve a Atlanta y no te metas en líos, ¿de acuerdo?

Ella sonrió.

—Lo mismo podría decirte yo.

—En mi caso es imposible, pero estoy seguro de que a ese hombre que hay en tu vida le gustaría tenerte en casa.

—De todas formas tenemos que hablar, Cotton. Los dos hemos evitado el tema.

—Hablaremos, pero después de todo esto. ¿Qué te parece si nos damos una tregua hasta entonces?

Ella también parecía querer paz.

—Vale.

—Te mantendré al tanto de todo, y no te preocupes por Gary. Henrik cuidará de él, estará bien protegido. Tienes su número de teléfono, así que puedes llamarlo cuando quieras.

Agitó la mano con alegría, sonriendo, y a continuación se dirigió hacia las salidas de la terminal, dispuesto a coger un taxi. No llevaba equipaje. Dependiendo de lo larga que fuese la estancia compraría algunas cosas más tarde, después de dar con la conexión.

Pero antes de salir del aeropuerto tenía que comprobar una última cosa.

Se acercó a un mostrador de información y sacó un mapa de la ciudad del soporte. Le dio la vuelta con naturalidad e hizo como que lo examinaba, para, acto seguido, observar la multitud que transitaba por la amplia terminal.

Había supuesto que si lo estaban siguiendo, el larguirucho estaría esperando a que

él saliera.

En lugar de ello el desconocido fue tras Pam.

Ahora sí que estaba preocupado.

Dejó el mapa en el mostrador y atravesó la terminal. Pam entró en una de las numerosas cafeterías, al parecer dispuesta a pasar el tiempo comiendo o tomando un café. El larguirucho tomó posiciones en una *duty free* desde la cual dominaba la cafetería.

Interesante. Por lo visto ese día el protagonista no era él.

Entró en la cafetería.

Pam estaba sentada a una mesa. Cuando lo vio, la sorpresa se reflejó en el rostro de su ex mujer.

—¿Qué haces aquí?

—He cambiado de opinión. ¿Por qué no te vienes conmigo?

—La verdad es que me gustaría.

—Con una condición.

—Ya sé. Que mantenga la boca cerrada.

Stephanie estuvo rumiando las palabras de Thorvaldsen y después preguntó con toda tranquilidad:

—¿Eres miembro de la Orden del Vellochino de Oro?

—Desde hace treinta años. Siempre pensé que no era más que una forma de que la gente con dinero y poder se relacionara. Eso es lo que hacemos la mayor parte del tiempo...

—Cuando no estáis pagando sobornos para conseguir contratos.

—Venga ya, Stephanie. Sabes que la vida es así. No soy yo quien dicta las reglas. Sólo me codeo con la gente adecuada.

—Dime lo que sepas, Henrik. Y, por favor, nada de trolas.

—Mis investigadores les siguieron la pista hasta Amsterdam a los dos que murieron ayer. Uno tiene una amiguita, y la chica nos dijo que su amante trabajaba para otro hombre regularmente. En una ocasión consiguió verlo, y, a juzgar por su descripción, creo que yo también lo he visto.

Ella quedó a la espera de que le contara más.

—Curiosamente, durante muchos años, en actos de la orden, he oído hablar bastante de la desaparecida Biblioteca de Alejandría. El ocupante de la Silla Azul, Alfred Hermann, está obsesionado con el tema.

—¿Sabes por qué?

—Cree que podemos aprender mucho de los antiguos.

Ella lo dudaba, pero necesitaba saber.

—¿Qué relación existe entre los dos muertos y la Orden?

—El hombre al que describió la mujer ha asistido a actos de la Orden. No es miembro, sino un empleado. Ella no oyó cómo se llamaba, pero una vez su novio empleó unas palabras que también he oído antes: *die Klauen der Adler*.

Ella tradujo en silencio: Las Garras del Águila.

—¿No vas a contarme más?

—¿Qué te parece si te lo cuento cuando esté más seguro?

El pasado junio, cuando conoció a Thorvaldsen, él no se había mostrado muy comunicativo, lo cual no hizo más que avivar la tirantez que ya existía entre ambos. Pero desde entonces Stephanie había aprendido a no subestimar al danés.

—De acuerdo. Has dicho que el principal interés de la Orden era Oriente Próximo. ¿A qué te referías?

—Agradezco que no me presiones.

—En algún momento tenía que empezar a colaborar contigo. Además, de todos modos no ibas a decírmelo.

Thorvaldsen se rió.

—Somos bastante parecidos.

—Eso sí que me asusta.

—Tampoco es para tanto. Sin embargo, respondiendo a tu pregunta sobre Oriente Próximo te diré que, por desgracia, el mundo árabe sólo respeta la fuerza. No obstante también saben negociar, y tienen mucho que ofrecer, sobre todo petróleo.

La conclusión era indiscutible.

—¿Quién es el enemigo número uno de los árabes? —preguntó Thorvaldsen—. ¿Norteamérica? No, Israel. Ésa es la espina que tienen clavada, ahí, en mitad de su mundo. Un Estado judío, resultado de la partición de 1948, cuando casi un millón de árabes se vio desplazado por la fuerza. Es cierto, los judíos también sufrieron, pero el mundo les cedió un territorio que palestinos, egipcios, jordanos, libaneses y sirios llevaban siglos reclamando. A eso lo llamaron la *nakba*, la catástrofe.

—Y entonces estalló la guerra —dijo Stephanie—. La primera de muchas.

—Todas ellas ganadas por Israel. Durante los últimos sesenta años los israelíes se han aferrado a su tierra, y todo porque Dios le dijo a Abraham que así sería.

Stephanie recordó el pasaje que había citado Green: «Dijo Yavé a Abram: “Alza tus ojos, y desde el lugar donde estás mira al norte y al mediodía, al oriente y al occidente. Toda esa tierra que ves te la daré yo a ti y a tu descendencia para siempre.”»

—La promesa que Dios le hizo a Abraham es uno de los motivos por los que Palestina les fue dada a los judíos —explicó Henrik—. Supuestamente es su patria ancestral, legada por el mismísimo Dios. ¿Quién puede discutir eso?

—Al menos un erudito palestino del que he oído hablar.

—Cotton me contó lo de George Haddad y la biblioteca.

—No debió hacerlo.

—Creo que en este instante le importan un bledo las normas, y ahora mismo tampoco es que esté muy contento contigo.

Se lo merecía.

—Mis fuentes en Washington me dicen que la Casa Blanca quiere que se encuentre a Haddad. Supongo que lo sabes.

Ella no dijo nada.

—No pensé que fueses a confirmarlo ni a desmentirlo, pero aquí se está cociendo algo, Stephanie, algo importante. Los poderosos no acostumbran a malgastar su tiempo en tonterías.

Ella estaba de acuerdo.

—Te puedes cargar a gente, aterrorizarla día tras día, y no cambiarás nada. Pero si posees lo que tu enemigo quiere o no quiere que nadie más tenga, tienes verdadero poder. Conozco la Orden del Vellocino de Oro. Influencia. Eso es lo que buscan Alfred Hermann y la Orden.

—Y ¿qué harán con ella?

—Si golpea a Israel en su mismo centro, como bien podría ser, el mundo árabe negociaría para conseguirla. Todo el mundo en la Orden quiere beneficiarse de unas relaciones amistosas con los árabes. El precio del petróleo por sí solo basta para captar su atención, pero hacerse con nuevos mercados para sus bienes y servicios es un premio aún mayor. ¿Quién sabe? La información hasta podría poner en duda la existencia del Estado judío, lo cual cerraría numerosas heridas abiertas. La defensa que Norteamérica le brinda desde hace tiempo a Israel resulta costosa. ¿Cuántas veces ha sucedido? Una nación árabe afirma que habría que destruir Israel, Naciones Unidas interviene, Estados Unidos lo censura, todo el mundo se cabrea y se dejan oír las armas. Acto seguido hay que repartir concesiones y dólares para aplacar los ánimos. Si eso dejara de ser necesario, imagina lo complaciente que podría ser el mundo, y Norteamérica.

Lo cual bien podría ser el legado que Larry Daley quería para el presidente. Sin embargo Stephanie sintió la necesidad de preguntar: — ¿Qué podría ser tan poderoso?

—No lo sé. Pero hace unos meses tú y yo leímos un documento antiguo que básicamente lo cambiaba todo. Tal vez se trate de algo con un poder similar.

Tenía razón, pero la realidad era otra.

—Cotton necesita esta información.

—La tendrá, pero primero hemos de conocer toda la historia.

—Y ¿cómo piensas hacerlo?

—La reunión de invierno de la Orden es este fin de semana. No pretendía ir, pero he cambiado de idea.

LONDRES
13:20

Malone se bajó del taxi e inspeccionó la tranquila calle: fachadas con el tejado a dos aguas, columnas laterales acanaladas y alféizares floridos. Cada una de las pintorescas casas georgianas parecía una serena morada de la antigüedad, un refugio natural de ratones de biblioteca y estudiosos. George Haddad se sentiría como en casa.

—¿Aquí es donde vive? —inquirió Pam.

—Eso espero. No tengo noticias tuyas desde hace casi un año, pero ésta es la dirección que me dio hace tres.

La tarde era fría y seca. Antes había leído en *The Times* que Inglaterra se veía afectada por una sequía otoñal poco corriente. El larguirucho no los había seguido desde Heathrow, pero tal vez otro se hubiera encargado de dicho cometido, ya que a todas luces ese tipo estaba en contacto con otros. Sin embargo, no había ningún otro taxi a la vista. Se le antojaba raro que Pam todavía estuviera con él, pero se merecía esa sensación de extrañeza. Se la había buscado al insistir en que fuera.

Subieron la escalinata y entraron en el edificio. Él se rezagó en el vestíbulo disimuladamente y observó la calle.

Pero nada, ni coches ni personas sospechosas.

El timbre del tercer piso hizo sonar un discreto tintineo. El hombre de tez cetrina que abrió era bajo, de cabello ceniciento y rostro cuadrado. Sus ojos de color castaño cobraron vida al ver a su invitado; pero Malone percibió cierto nerviosismo reprimido en la ancha sonrisa de bienvenida que le dedicó.

—Cotton, menuda sorpresa. Precisamente me acordé de ti el otro día.

Se estrecharon la mano con calidez, y Malone le presentó a Pam. Haddad los invitó a pasar. Unas gruesas cortinas de encaje atenuaban la luz del día, y Malone registró de prisa la decoración, que parecía discordante a propósito: había un piano, varias cómodas, sillones, lámparas adornadas con pantallas de seda plisada y una mesa de roble en la que un ordenador quedaba sepultado entre libros y papeles.

Haddad hizo un amplio gesto con el brazo, como para abarcar aquel caos.

—Mi mundo, Cotton.

Las paredes estaban salpicadas de mapas, tantos que la pintura verde salvia apenas se veía. La mirada de Malone los barrió, y se percató de que eran de Tierra Santa, Arabia y el Sinaí, tanto modernos como antiguos; unos fotocopias y otros

originales; todos ellos interesantes.

—Forma parte de mi obsesión —aclaró Haddad.

Tras una agradable conversación trivial Malone decidió ir al grano.

—Las cosas han cambiado, por eso he venido.

Le contó lo que había ocurrido el día anterior.

—¿Tu hijo está bien? —se interesó Haddad.

—Sí, pero hace cinco años no hice preguntas porque era parte de mi trabajo. Ya no lo es, así que quiero saber qué está pasando.

—Me salvaste la vida.

—Lo cual debería darme derecho a conocer la verdad.

Haddad los hizo pasar a la cocina, donde se sentaron a una mesa ovalada. En la cálida atmósfera había un leve aroma a vino y tabaco.

—Es complicado, Cotton. Yo no he logrado entenderlo hasta hace unos años.

—George, necesito saberlo todo.

Ambos se sintieron incómodos. Las viejas amistades podían atrofiarse; la gente cambiaba. Lo que un día era apreciado por dos personas se tornaba molesto. Pero Malone sabía que Haddad confiaba en él y que quería corresponderle. Malone escuchó a Haddad hablar de 1948, cuando, siendo un muchacho de diecinueve años, luchaba con la resistencia palestina para detener la invasión sionista.

—Maté a muchos hombres —aseguró Haddad—, pero hubo uno al que no he olvidado. Fue a ver a mi padre, pero, por desgracia, ya se había quitado la vida. Capturamos a ese hombre pensando que era un sionista. Yo era joven y estaba lleno de odio, no tenía paciencia, y él decía disparates. Así que le pegué un tiro. —Los ojos de Haddad se humedecieron—. Era un Guardián, yo lo maté, y no llegué a saber nada. —El palestino hizo una pausa—. Luego, cincuenta y tantos años después, por increíble que parezca, otro Guardián me visitó.

Malone se preguntó cuál sería la importancia de aquello.

—Se presentó en mi casa, en medio de la oscuridad, y me dijo lo mismo que aquel primer hombre en 1948.

—Soy un Guardián.

¿Había oído Haddad bien? La pregunta se formó de inmediato en su cabeza:

—¿De la biblioteca? ¿Voy a recibir una invitación?

—¿Cómo lo sabe?

Le contó al desconocido lo que había ocurrido años antes. Mientras hablaba, Haddad intentaba evaluar a su invitado. Era enjuto y nervudo, con el cabello negro como el carbón, un poblado bigote y una tez quemada por el sol que se asemejaba al cuero tostado. Pulcro y vestido discretamente, con los modales a juego. No era muy distinto del primer emisario.

El desconocido, que era más joven, se sentó, y esa vez Haddad decidió que también él sería paciente. Al final el Guardián dijo:

—Hemos analizado sus escritos y los estudios que ha publicado. Su conocimiento del antiguo texto de la Biblia es impresionante, al igual que su capacidad para interpretar el original en hebreo. Además, sus argumentos sobre las traducciones aceptadas resultan convincentes.

Él agradeció el cumplido, algo no muy corriente en la Orilla Occidental.

—Somos un grupo antiguo. Hace tiempo los primeros Guardianes salvaron de la destrucción gran parte de la Biblioteca de Alejandría, lo cual supuso un gran esfuerzo. De vez en cuando ofrecemos una invitación a aquellos que, como usted, podrían beneficiarse de ella.

En su mente se agolparon las preguntas, pero sólo dijo: —El Guardián al que maté dijo que la guerra que librábamos entonces no era necesaria, que hay cosas más poderosas que las balas. ¿A qué se refería?

—Cómo voy a saberlo. Está claro que su padre no logró presentarse en la biblioteca, así que no se benefició de nuestro conocimiento; ni nosotros del suyo. Espero que usted lo logre.

—¿Qué quiere decir con que «no logró presentarse»?

—Para tener derecho a utilizar la biblioteca hay que demostrar la valía emprendiendo la búsqueda del héroe. —El hombre sacó un sobre—. Interprete sabiamente estas palabras y le veré a la entrada de la biblioteca, donde será un honor dejarlo entrar.

Haddad aceptó el sobre.

—Soy viejo, ¿cómo voy a emprender un viaje largo?

—Hallará la fuerza.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque en la biblioteca encontrará respuestas.

—Cometí el error de hablarles a las autoridades palestinas de esa visita —dijo Haddad—. Sin embargo, no pude emprender el viaje. Cuando informé de lo ocurrido creí que hablaba con amigos en la Orilla Occidental, pero unos espías israelíes lo oyeron todo, y lo siguiente que supe fue que tú y yo estábamos en aquel café cuando explotó.

Malone recordó el día, uno de los más espeluznantes de su vida. Consiguió que salieran los dos de milagro.

—¿Qué hacíais allí? —le preguntó Pam, la voz teñida de preocupación.

—George y yo nos conocíamos desde hacía años. A ambos nos interesan los libros, sobre todo la Biblia. —Lo señaló—. Este hombre es un experto mundial, y yo disfrutaba exprimiéndole el coco.

—No sabía que eso te interesara —aseguró ella.

—Por lo visto había muchas cosas que no sabíamos del otro. —Vio que ella captaba lo que quería decir en realidad, así que dejó esa verdad flotando en el aire y añadió—: Cuando George percibió el peligro y dejó de fiarse de los palestinos me pidió ayuda. Stephanie me envió a averiguar qué estaba ocurriendo. Después de que explotara esa bomba George quería irse de Israel. Todo el mundo supuso que había muerto, así que lo hice desaparecer.

—Y su nombre en clave era Conexión Alejandría —razonó Pam.

—Es evidente que alguien ha acabado sabiendo la verdad —intervino Haddad. Malone asintió.

—Entraron en los archivos informáticos, pero en ellos no se menciona dónde vives, sólo que yo soy el único que conoce tu paradero. Por eso fueron tras Gary.

—Y lo siento de veras. Jamás querría poner a tu hijo en peligro.

—Entonces dime, George, ¿por qué te quieren muerto?

—Cuando el Guardián me visitó yo trabajaba en una teoría sobre el Antiguo Testamento. Antes había publicado varios artículos sobre ese texto sagrado, pero estaba perfilando algo más.

Las arrugas de los ojos de Haddad se acentuaron, y Malone vio que su amigo parecía luchar consigo mismo.

—Los cristianos tienden a centrarse en el Nuevo Testamento —prosiguió—. Los judíos, en el Antiguo. La mayoría de los cristianos no sabe mucho del Antiguo Testamento, aparte de que piensan que el Nuevo confirma las profecías del Antiguo. Sin embargo, el Antiguo Testamento es importante, y ese texto encierra numerosas contradicciones, unas contradicciones que podrían poner fácilmente en duda su mensaje.

Malone ya había oído hablar del tema a Haddad antes, pero esta vez notó cierto nerviosismo en su voz.

—Los ejemplos abundan: el Génesis da dos versiones opuestas de la Creación. Se exponen dos genealogías distintas de la descendencia de Adán. Luego está el Diluvio: Dios le dice a Noé que lleve siete parejas de animales puros y una pareja de impuros. En otra parte del Génesis sólo se menciona una pareja de ambas clases. En un versículo Noé suelta un cuervo para ver si ya han descendido las aguas; sin embargo en otro se trata de una paloma. Hasta en la duración del Diluvio se contradice: ¿cuarenta días y cuarenta noches o trescientas setenta? Aparecen las dos cifras. Por no hablar de los montones de parejas y tríos que designan una misma palabra, como los distintos nombres que se emplean para describir a Dios: en una parte YHWH, Yahweh; en otra Elohim. ¿No cabría pensar que al menos el nombre de Dios podría concordar?

La memoria de Malone se retrotrajo a Francia, donde había escuchado quejas

similares sobre los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento.

—En la actualidad son muchos los que convienen en que el Antiguo Testamento fue compuesto por un sinnúmero de escritores a lo largo de un periodo de tiempo increíblemente largo —afirmó Haddad—. Una hábil combinación de diversas fuentes compilada por escribas. Esta conclusión es evidente y nada nueva. Un filósofo español del siglo XII fue uno de los primeros en apuntar que el versículo Génesis 12,6 («Entonces estaban los cananeos en la tierra») no pudo haberlo escrito Moisés. Y ¿cómo pudo ser Moisés el autor de los cinco primeros libros de la Biblia cuando el último describe con todo detalle el momento y las circunstancias exactas de su muerte?

»Y las numerosas digresiones literarias, como cuando se utilizan antiguos topónimos y luego en el texto se dice que esos lugares aún pueden verse *en la actualidad*. Esto apunta a influencias posteriores que conformaron, ampliaron y embellecieron el texto.

—Y cada vez que se llevaba a cabo una de esas revisiones, más se perdía el significado original —señaló Malone.

—Sin duda. Según el cálculo más acertado el Antiguo Testamento se escribió entre el 1000 y el 586 a.C. Las redacciones posteriores se sitúan entre el 500 y el 400 a.C, y después es posible que el texto sufriera retoques incluso hasta en el 300 a.C. Nadie lo sabe a ciencia cierta. Lo único que sabemos es que el Antiguo Testamento es un mosaico en el que cada pieza fue escrita en circunstancias históricas y políticas distintas, y expresa diferentes puntos de vista religiosos.

—Todo eso lo comprendo, créeme —dijo Malone, pensando de nuevo en las contradicciones del Nuevo Testamento que había descubierto hacía unos meses en Francia—. Pero nada de ello es revolucionario. Para la gente, el Antiguo Testamento o es la Palabra de Dios o una colección de historias antiguas.

—Pero ¿y si las palabras han sido modificadas hasta el punto de que han desvirtuado totalmente el mensaje original? ¿Y si el Antiguo Testamento, tal y como lo conocemos, no es, y nunca fue, el Antiguo Testamento de la época original? Eso sí podría cambiar muchas cosas.

—Soy todo oídos.

—Eso es lo que me gusta de ti —afirmó Haddad, sonriendo—. Sabes escuchar.

Malone vio en la expresión de Pam que ella no opinaba lo mismo, si bien mantuvo su palabra y permaneció en silencio.

—Tú y yo ya hemos hablado de esto antes —dijo Haddad—. El Antiguo Testamento es básicamente distinto del Nuevo. Los cristianos se toman el texto del Nuevo al pie de la letra, hasta el extremo de considerarlo historia, pero los relatos de los patriarcas, el éxodo y la conquista de Canaán no son historia, sino una exposición creativa de la reforma religiosa que acaeció en un lugar llamado Judea hace mucho

tiempo. Por supuesto que hay partes de verdad en dichos relatos, pero son más ficción que realidad.

»Caín y Abel son un buen ejemplo. En la época de ese relato sólo había cuatro personas en la tierra: Adán, Eva, Caín y Abel. Sin embargo en el Génesis 4, 17 se afirma: «Conoció Caín a su mujer, que concibió y parió a Enoc.» ¿De dónde salió esa mujer? ¿Se trataría de Eva, su madre? ¿No sería eso una revelación? Luego, cuando habla de la descendencia de Adán, en el Génesis 5 se dice que Mahaleel vivió ochocientos noventa y cinco años, Jared ochocientos, y Enoc trescientos sesenta y cinco. Y Abraham se supone que tenía cien años cuando Sara, que contaba con noventa, tuvo a Isaac.

—Nadie se toma eso al pie de la letra —objetó Pam.

—Los judíos devotos opinarían lo contrario.

—¿Qué quieres decir, George? —preguntó Malone.

—El Antiguo Testamento, tal y como lo conocemos en la actualidad, es el resultado de diversas traducciones. La lengua hebrea del texto original dejó de utilizarse alrededor del 500 a.C, de modo que para entender el Antiguo Testamento hemos de aceptar las interpretaciones judías tradicionales o acudir en busca de orientación a dialectos modernos descendientes de ese hebreo que se ha perdido. No podemos servirnos del primer método, ya que los estudiosos judíos que interpretaron el texto en un principio, entre el 500 y el 900 d.C, un millar de años o más después de que fuera escrito por vez primera, ni siquiera sabían hebreo antiguo, de manera que basaron sus reconstrucciones en conjeturas. El Antiguo Testamento, venerado por muchos por creerlo la Palabra de Dios, no es más que una traducción poco fidedigna.

—George, tú y yo ya hemos discutido esto antes, y los estudiosos llevan siglos dándole vueltas. No es ninguna novedad.

Haddad le dedicó una sonrisa ladina.

—Pero no he terminado la explicación.

VIENA, AUSTRIA

14:45

A Alfred Hermann el ambiente de su castillo le recordaba a una tumba. Su soledad sólo se veía interrumpida cuando se celebraba la asamblea de la Orden o se reunían las Sillas.

Lo cual no era el caso ese día.

Y se sentía satisfecho.

Estaba instalado en sus dependencias, una serie de amplias estancias en la segunda planta del *château*, cada una de las cuales comunicada con la siguiente sin pasillo alguno, al estilo francés. La reunión invernal de la cuadragésimo novena asamblea se celebraría dentro de menos de dos días, y lo complacía que fueran a asistir los setenta y un miembros de la Orden del Vellochino de Oro. Incluso Henrik Thorvaldsen, que en un principio dijo que no acudiría, había confirmado su presencia. Los miembros no hablaban desde primavera, así que sabía que, en los días que se avecinaban, las discusiones serían arduas. Su cometido consistía en garantizar que las reuniones resultaran provechosas. El personal de la Orden ya estaba disponiendo el salón de reuniones del castillo —y todo estaría listo para cuando llegaran los miembros a pasar el fin de semana—, pero a él no le preocupaba la asamblea. Antes bien, sus pensamientos se centraban en encontrar la Biblioteca de Alejandría, un sueño que llevaba décadas acariciando.

Atravesó la habitación.

La maqueta, que había encargado años antes, ocupaba el rincón norte de la estancia. Era una espectacular miniatura de lo que supuestamente había sido la Biblioteca de Alejandría en tiempos de César. Acercó una silla a ella y se sentó. Sus ojos se embebieron de los detalles, su mente se recreaba.

Llamaban la atención dos columnatas. Sabía que ambas habrían estado llenas de estatuas, los suelos cubiertos de alfombras, las paredes ornadas con tapices. En los numerosos asientos que festoneaban los corredores los estudiosos discutían el significado de una palabra o la cadencia de un verso, o se enzarzaban en alguna cáustica controversia sobre un nuevo descubrimiento. Ambos espacios techados se abrían a habitaciones laterales en las que papiros, manuscritos y más tarde códices se almacenaban, apilados con holgura, etiquetados para proceder a su catalogación, o en estanterías. En otras estancias los copistas se afanaban en crear copias, que se vendían para obtener ingresos. Los miembros de la biblioteca disfrutaban de un elevado

salario y estaban exentos de impuestos, y además se les proporcionaba sustento y alojamiento. Había salas de conferencias, laboratorios, observatorios, incluso un zoo. Gramáticos y poetas ocupaban los puestos más prestigiosos; físicos, matemáticos y astrónomos recibían el mejor equipo. La arquitectura del edificio era decididamente griega, el conjunto similar a un elegante templo.

«Qué sitio», pensó.

Qué época.

El conocimiento sólo había experimentado una ampliación radical en dos momentos de la historia de la Humanidad: uno durante el Renacimiento, que continuaba hasta el presente, y el otro durante el siglo IV antes de Cristo, cuando Grecia era el faro del mundo.

Se remontó a trescientos años antes de Cristo y pensó en la muerte de Alejandro Magno. Sus generales se disputaron su grandioso imperio, y al final el reino se dividió en tres partes y dio comienzo la época helenística, un periodo de dominación griega en el mundo entero. Una de esas terceras partes fue reclamada por un macedonio de amplias miras: Tolomeo, que se nombró a sí mismo rey de Egipto en el 304 a.C., fundó la dinastía tolemaica, y fijó la capital en Alejandría.

Los tolomeos eran intelectuales. Tolomeo I fue historiador; Tolomeo II, zoólogo; Tolomeo III, mecenas de la literatura; Tolomeo IV, dramaturgo. Cada uno de ellos escogió a destacados estudiosos y científicos como maestros de sus hijos y alentó a los sabios para que fueran a Alejandría.

Tolomeo I fundó el Museo, un lugar donde los eruditos podían reunirse y compartir sus conocimientos. Con el objeto de serles de ayuda también creó la biblioteca. En la época de Tolomeo III, en el 246 a.C, existían dos ubicaciones: la biblioteca principal, cerca del palacio real, y otra, más pequeña, situada en el santuario del dios Serapis, conocida como el Serapeo.

Los tolomeos eran ávidos coleccionistas de libros que enviaban legados a recorrer el mundo conocido. Tolomeo II compró la biblioteca de Aristóteles, y Tolomeo III ordenó registrar todas las naves que llegaran al puerto de Alejandría: si se encontraba algún libro se copiaba, se entregaba la copia al propietario y el original pasaba a engrosar la biblioteca. Los géneros iban de la poesía o la historia a la retórica, la filosofía, la religión, la medicina, la ciencia y las leyes. El Serapeo llegó a albergar unos 43.000 rollos, que se encontraban a disposición de todo el mundo, y el Museo otros 500.000, éstos restringidos a estudiosos.

¿Qué fue de todo ello?

Según una versión ardió cuando Julio César luchó contra Tolomeo XIII en el 48 a.C. César ordenó incendiar la flota real, pero el fuego se extendió por la ciudad y redujo a cenizas la biblioteca. Otra versión culpaba a los cristianos, que supuestamente arrasaron la biblioteca principal en el 272 d.C y el Serapeo en el 391,

cuando decidieron librar a la ciudad de influencias paganas. Una tercera explicación atribuía a los árabes la destrucción de la biblioteca después de conquistar Alejandría en el 642. Cuando se preguntó al califa Omar qué hacer con los libros del tesoro imperial se dice que contestó: «Si los libros están de acuerdo con el Libro de Alá son innecesarios; sí contradicen las enseñanzas del profeta son perversos. Destruídllos.» De manera que, durante seis meses, al parecer, los rollos alimentaron las calderas de los baños públicos de Alejandría.

Era una idea que siempre hacía estremecer a Hermann: que uno de los más grandes intentos de la humanidad de reunir el conocimiento ardiera sin más ni más.

Pero ¿qué sucedió en realidad?

No cabe duda de que, cuando Egipto se enfrentó a un creciente descontento y a agresiones extranjeras, la biblioteca fue víctima de la violencia popular y la ocupación militar, y dejó de disfrutar de privilegios especiales.

¿Cuándo desapareció realmente?

Nadie lo sabía.

Y ¿era verdad la leyenda? Se decía que un grupo de entusiastas había logrado sacar rollo tras rollo, copiando unos y sustrayendo otros, para conservar esos conocimientos. Los cronistas llevaban siglos insinuando su existencia.

Los Guardianes.

A él le gustaba imaginar lo que habrían preservado esos entregados entusiastas: ¿obras desconocidas de Euclides? ¿Platón? ¿Aristóteles? ¿San Agustín? Además de otros muchos hombres que más tarde serían considerados padres de sus respectivos campos.

Quién lo sabía.

Y eso es lo que hacía que la búsqueda fuese tan atractiva.

Por no hablar de las teorías de George Haddad, que ofrecían a Hermann una vía para satisfacer los propósitos de la Orden. El comité político ya había decidido cómo manipular la desestabilización de Israel para sacar provecho. El plan comercial era ambicioso y viable. Siempre y cuando pudiera demostrarse la teoría de Haddad.

Hacía cinco años Haddad había informado de la visita de un Guardián. Los espías israelíes pasaron dicha información a Tel Aviv, y los judíos reaccionaron de forma exagerada, como de costumbre, e intentaron acabar con Haddad de inmediato. Por suerte intervinieron los norteamericanos, y Haddad seguía con vida. Hermann agradecía que sus contactos norteamericanos le hubieran confirmado esos datos recientemente y añadido más, razón por la cual Sabre había pasado a ocuparse de Cotton Malone.

Sin embargo ¿quién sabía nada? Tal vez Sabre averiguara más del israelí corrupto que esperaba en Alemania.

La única certeza era George Haddad.

Había que encontrarlo.

ROTHENBURG, ALEMANIA

15:30

Sabre daba un paseo por la adoquinada callejuela. Rothenburg se hallaba a cien kilómetros al sur de Würzburg, una ciudad amurallada ceñida por baluartes de piedra y atalayas que databan de la Edad Media. Dentro, angostas calles serpenteaban tortuosamente entre construcciones de ladrillo y piedra con entramado de madera. Sabre buscaba una en concreto.

La Baumeisterhaus se alzaba muy cerca de la plaza principal a un tiro de piedra de la antigua torre del reloj. Un letrero de hierro anunciaba que la casa había sido construida en 1596. Sin embargo, en el siglo anterior la estructura de tres plantas había albergado una posada y un restaurante.

Empujó la puerta y lo recibió un dulce aroma a pan de manzana y canela. Un estrecho comedor situado en la planta baja desembocaba en un salón de dos niveles, las encaladas paredes salpicadas de cornamentas.

Uno de los contactos de la Orden aguardaba sentado a una mesa de roble, una figura enclenque conocida únicamente como Jonah. Sabre se aproximó. La mesa estaba cubierta con un exquisito mantel de color rosa. Una taza de porcelana llena de café descansaba frente a Jonah; al lado, en un plato, un hojaldre a medio comer.

—Están pasando cosas raras —afirmó Jonah en inglés.

—Así es Oriente Próximo.

—Más raras que de costumbre.

El tipo, un funcionario del ministerio del Interior israelí, estaba adscrito a la embajada alemana.

—Me pidió que estuviera atento a cualquier cosa relacionada con George Haddad. Al parecer ha resucitado de entre los muertos. Los nuestros están alborotados.

Él fingió no saber nada.

—¿Cuál es la fuente de esa noticia?

—Lo cierto es que él mismo llamó a Palestina hace unos días. Quiere contarles algo.

Sabre se había reunido otras tres veces con Jonah. Hombres como él, que antepusieron los euros a la lealtad, resultaban útiles, pero al mismo tiempo exigían ser precavido: los tramposos siempre hacían trampa.

—¿Y si nos dejamos de evasivas y me dice qué quiere saber?

El hombre tomó un sorbo de café.

—Antes de que desapareciera hace cinco años, Haddad recibió la visita de alguien que se presentó como el Guardián.

Sabre ya lo sabía, pero no dijo nada.

—Le fue dada información. La cosa es algo rara, pero hay más.

Él nunca había apreciado el dramatismo del que gustaba de hacer gala Jonah.

—Haddad no fue el primero en recibir una visita así. Vi un archivo: desde 1948 ha habido otros tres que han recibido visitas parecidas de alguien llamado el Guardián. Israel estaba al tanto, pero todos esos hombres murieron a los días o semanas de esa visita. —Jonah hizo una pausa—. Si hace memoria recordará que Haddad también estuvo a punto de morir.

Sabre empezaba a entender.

—¿Los suyos se guardan algo?

—Eso parece.

—¿Cuándo se dieron las visitas?

—Cada veinte años durante los últimos sesenta, más o menos. Todos eran estudiosos, uno israelí y tres árabes, entre ellos Haddad. De los asesinatos se encargó el Mosad.

Sabre tenía que saber una cosa.

—Y ¿cómo se las ha arreglado para enterarse de eso?

—Como le he dicho, por los archivos. —Jonah enmudeció—. Hace unas horas llegó un comunicado. Haddad vive en Londres.

—Necesito una dirección.

Jonah se la proporcionó y añadió:

—Han enviado a unos ejecutores.

—¿Por qué quieren matar a Haddad?

—Eso mismo le pregunté al embajador. En su día formó parte del Mosad, y me contó una historia interesante.

—Supongo que por eso estoy yo aquí.

Jonah le dedicó una sonrisa.

—Sabía que era usted un tipo listo.

David Ben Gurión se dio cuenta de que su carrera política estaba acabada. Desde su infancia enfermiza en Polonia ya soñaba con devolverles a los judíos su bíblica patria, de manera que creó la nación de Israel y la guió durante los tumultuosos años de 1948 a 1963, dirigiendo sus guerras y ejerciendo de estadista.

Una dura labor para un hombre que en realidad quería ser intelectual.

Devoraba libros de filosofía, estudiaba la Biblia, flirteaba con el budismo; hasta aprendió por su cuenta griego antiguo para leer a Platón en su lengua original. Sentía

una curiosidad insaciable por las ciencias naturales y detestaba la ficción. Su modo de comunicación preferido era la batalla verbal, no el diálogo elaborado.

Sin embargo no era ningún pensador abstracto.

Era un hombre hermético, hosco, con un halo de cabello plateado, una mandíbula que irradiaba fuerza de voluntad y un carácter volátil.

Proclamó la independencia de Israel en mayo de 1948, desoyendo las advertencias de última hora de Washington e ignorando las catastróficas predicciones de sus más estrechos colaboradores. A las pocas horas de hacer la declaración, las fuerzas armadas de cinco naciones árabes invadieron Israel, uniéndose a las milicias palestinas, en un claro intento de aniquilar a los judíos. Él personalmente se situó a la cabeza del ejército. Murió un uno por ciento de la población judía, así como miles de árabes. Más de medio millón de palestinos perdieron su hogar. Al final los judíos se impusieron, muchos vieron en él una combinación de Moisés, el rey David, Garibaldi y Dios Todopoderoso.

Dirigió su nación durante quince años más. Pero era 1965, él tenía casi ochenta años y estaba cansado.

Peor aún, se había equivocado.

Miró fijamente la impresionante biblioteca. Cuánto conocimiento. El hombre que se hacía llamar el Guardián había dicho que la búsqueda supondría un desafío, pero si lograba salir airoso la recompensa sería incalculable.

Y el mensajero estaba en lo cierto.

En una ocasión había leído que la medida de una idea venía dada por su relación no sólo con su época, sino con su posteridad.

Su tiempo había engendrado el moderno Israel, pero para ello habían muerto miles de personas, y él temía que muchas más perecerían en las décadas venideras. Judíos y árabes parecían destinados a luchar. En su día pensó que su objetivo estaba justificado, que su causa era justa. Pero ya no era así.

Se había equivocado.

En todo.

Hojeó de nuevo, con sumo cuidado, el pesado volumen que tenía abierto en la mesa. Cuando llegó le aguardaban tres tomos similares. El Guardián que lo había visitado hacía seis meses se hallaba a la entrada, en su curtido rostro se veía una ancha sonrisa.

Ben Gurión nunca soñó que existiera semejante lugar, y agradecía que su curiosidad le hubiese permitido reunir el valor necesario para emprender la búsqueda.

—¿De dónde ha salido todo esto? —preguntó al entrar.

—Del corazón y la mente de hombres y mujeres.

Un acertijo, pero también una verdad, y el filósofo que había en él comprendió.

—Ben Gurión contó esa historia en 1973, días antes de morir —refirió Jonah—. Hay quien dice que deliraba; otros que desvariaba. Sin embargo, lo que quiera que aprendiese en esa biblioteca se lo guardó para sí. No obstante hay una cosa clara: la política y la filosofía de Ben Gurión sufrieron un cambio dramático a partir de 1965. Era menos combativo, más conciliador. Pidió concesiones para los árabes. Muchos lo atribuyeron a su avanzada edad, pero el Mosad pensó que había algo más. Tanto que Ben Gurión se convirtió en sospechoso. Por eso no se le permitió volver a la política. ¿Se lo imagina? El padre de Israel mantenido a raya.

—¿Quién era el Guardián?

Jonah se encogió de hombros.

—En los archivos no hay nada, sólo se menciona a los cuatro que recibieron esas visitas. El Mosad se enteró y actuó con rapidez. Se trate de lo que se trate, Israel no quiere que nadie hable con ellos.

—Así que sus colegas van a liquidar a Haddad.

Jonah afirmó con la cabeza.

—Mientras usted y yo estamos hablando.

Sabre ya había oído bastante, de modo que se puso en pie.

—¿Qué hay de mi dinero? —se apresuró a preguntar Jonah.

El otro se sacó un sobre del bolsillo y lo tiró en la mesa.

—Con esto estamos al día. Avísenos cuando tenga más que contar.

Jonah se guardó el soborno.

—Será usted el primero.

Sabre vio que su contacto se ponía en pie y se dirigía, en lugar de a la puerta principal, hacia un recoveco donde se encontraban los aseos. Decidió que era una oportunidad tan buena como cualquier otra, de modo que fue en pos de él.

En la puerta del servicio vaciló.

El restaurante estaba medianamente lleno y mal iluminado» y era ruidoso, los ocupantes de las mesas parloteaban en distintos idiomas, cada cual a lo suyo.

Entró, cerró la puerta e inspeccionó de prisa el lugar: dos retretes, un lavabo y un espejo, luz ambarina incandescente. Johan ocupaba el primer cubículo. El otro estaba vacío. Sabre cogió un puñado de toallitas de papel y esperó a oír la cadena; después sacó una navaja del bolsillo.

Jonah salió subiéndose la cremallera del pantalón.

Sabre se volvió y hundió la navaja en el cuerpo del hombre, y le fue abriendo un tajo. Acto seguido, con la otra mano, taponó la herida con las toallitas. Vio que los ojos del israelí reflejaban sorpresa y luego se tornaban inexpresivos. Sacó la hoja de la navaja.

Jonah cayó al suelo.

Recuperó el sobre del bolsillo del hombre y limpió la navaja en sus pantalones. A

continuación agarró al sangrante muerto por los brazos y lo metió a rastras en el retrete. Lo sentó en la taza.

Después cerró la puerta y se fue.

Una vez fuera Sabre siguió a la guía de una excursión que iba al Rathaus. La mujer, de edad, señaló el antiguo ayuntamiento y habló sobre la larga historia de Rothenburg.

Después de un titubeo, Sabre se decidió a escuchar. Las campanas dieron las cuatro.

—Si miran el reloj, verán los dos ojos de buey que se abren a derecha e izquierda de la esfera.

Todo el mundo se volvió cuando se abrieron las ventanas. En lo alto apareció un hombrecillo apurando un pichel de vino mientras otra figura miraba. La guía relató monótonamente su significado histórico. Cámaras y videocámaras se pusieron en marcha. El número duró unos dos minutos. Cuando Sabre se alejaba reparó en un turista, un varón, que apartaba hábilmente el objetivo de la torre del reloj y se centraba en su persona.

Sonrió.

Ser descubierta siempre era un riesgo cuando la traición se convertía en un modo de vida. Por suerte había averiguado todo cuanto quería saber de Jonah, lo cual explicaba por qué había eliminado ese lastre de una vez por todas. Pero los israelíes estaban al corriente. Al viejo parecía no importarle, y le había ordenado expresamente dar un buen espectáculo.

Y eso había hecho.

Para los israelíes y para Alfred Hermann.

LONDRES
14:30

Malone esperó a que George Haddad terminara de dar su explicación. Su viejo amigo se iba por las ramas.

—Hace seis años escribí un artículo —contó Haddad—. Tenía que ver con una teoría en la que había estado trabajando, una teoría que se centra en cómo se tradujo originalmente el Antiguo Testamento del hebreo antiguo.

Haddad les habló de la Septuaginta, elaborada entre el siglo III y el I antes de Cristo, la traducción más antigua y completa del Antiguo Testamento al griego, llevada a cabo en la Biblioteca de Alejandría. A continuación describió el Codex Sinaiticus, un manuscrito del Antiguo y el Nuevo Testamento que databa del siglo IV de nuestra era, del que se sirvieron posteriores estudiosos para confirmar otros textos bíblicos, aunque nadie sabía si era correcto. Y la Vulgata, finalizada en torno a la misma época por san Jerónimo, la primera traducción del hebreo al latín, la cual fue objeto de importantes revisiones en los siglos XVI, XVIII y XX.

—Incluso Martín Lutero enredó con la Vulgata —afirmó Haddad—, eliminando partes a favor del luteranismo. El sentido entero de esa traducción es poco claro. Muchos cerebros podrían haber modificado su mensaje.

»La Biblia del rey Jacobo. Muchos creen que sus palabras son originales, pero nació en el siglo XVII de una traducción de la Vulgata al inglés. Esos traductores no vieron el original en hebreo y, de haberlo hecho, resulta poco probable que lo hubiesen entendido. Cotton, entre la Biblia que conocemos hoy en día y la primera que se escribió median cinco versiones lingüísticas. La del rey Jacobo se considera la versión más autorizada entre los protestantes, pero eso no significa que sea genuina, auténtica o incluso verdadera.

—¿Existe alguna Biblia en hebreo? —preguntó Pam.
Haddad asintió.

—La más antigua que se conserva es el Códice de Alepo, que se salvó de la destrucción en Siria, en 1948. Sin embargo, se trata de un manuscrito del siglo X d.C., casi dos mil años después del texto original, y a partir de quién sabe qué.

Malone había visto el manuscrito, un seco pergamino con la tinta marrón desvaída, en la Biblioteca Nacional Judía de Jerusalén.

—En mi artículo —prosiguió Haddad—, planteaba la hipótesis de que determinados manuscritos podrían ayudar a resolver esas cuestiones. Sabemos que el

Antiguo Testamento fue estudiado por filósofos en la Biblioteca de Alejandría, hombres que sí entendían el hebreo antiguo. También sabemos que pusieron por escrito sus ideas. Existen referencias a esas obras, citas y pasajes, en manuscritos que se han conservado, pero por desgracia los textos originales han desaparecido. Más aún, bien podría haber antiguos textos judíos, pues sabemos que la biblioteca reunía muchos de éstos. La destrucción masiva de escritos judíos se tornó habitual más adelante, sobre todo de Antiguos Testamentos en hebreo. Sólo la Inquisición quemó doce mil ejemplares del Talmud. El estudio de uno solo de ellos podría resultar determinante para resolver dudas.

—¿Qué importancia tiene eso? —inquirió Pam.

—Mucha —repuso Haddad—. Sobre todo si la Biblia está mal.

—¿En qué sentido? —intervino Malone, que empezaba a impacientarse.

—Moisés dividió las aguas del mar Rojo, el Éxodo, el Génesis, David y Salomón... Los arqueólogos excavan con ganas en Tierra Santa desde el siglo XVIII, y todo para demostrar que la Biblia es un hecho histórico. Sin embargo, no se ha desenterrado una sola prueba física que confirme nada del Antiguo Testamento. El éxodo constituye un buen ejemplo: al parecer miles de israelíes recorrieron la península del Sinaí, acampando en lugares identificados explícitamente en la Biblia, lugares que siguen existiendo en la actualidad. Pero de ese periodo de tiempo nunca se ha encontrado nada, ni un fragmento de cerámica ni una pulsera, que confirme el éxodo. Esa misma ausencia de pruebas se pone de manifiesto cuando la arqueología intenta corroborar otros acontecimientos bíblicos. ¿No te parece extraño que no haya algún resto de al menos un suceso narrado en el Antiguo Testamento enterrado en la tierra, en alguna parte?

Malone sabía que, al igual que en el caso de muchos otros, el interés de Haddad por la Biblia radicaba en su aspecto histórico. Esa escuela de pensamiento creía que el texto encerraba parte de verdad, pero no mucha. Malone también tenía sus dudas. A partir de sus lecturas había deducido que quienes defendían la narración como histórica sacaban sus conclusiones más de reflexiones teológicas que científicas.

Sí, ¿y?

—George, todo esto ya lo has dicho antes, y estoy de acuerdo contigo. Necesito saber qué es tan importante como para que tu vida esté en juego.

Haddad se levantó de la mesa y los llevó hasta los mapas.

—Me he pasado los cinco últimos años coleccionándolos. No ha sido sencillo. Me avergüenza decir que algunos los tuve que robar.

—¿De dónde? —se interesó Pam.

—De bibliotecas, principalmente. La mayoría no permite fotocopiar libros antiguos, y, además, en una copia se pierden detalles, y el detalle es lo que importa. —Haddad se acercó hasta un mapa que representaba el moderno Israel—. Cuando en

1948 se creó el país y se entregó a los sionistas su supuesta parte, se habló mucho del pacto de Abraham, la afirmación de Dios de que esta región —Haddad puso un dedo en el mapa—, esta tierra en concreto, era supuestamente de Abraham.

Malone reparó en las fronteras.

—Saber hebreo antiguo me ha hecho comprender bien algunas cosas, tal vez demasiado bien. Hace unos treinta años constate algo interesante, pero para entender esa revelación es importante entender a Abraham.

Malone conocía la historia.

—El Génesis —continuó Haddad— relata un acontecimiento crucial en la historia del mundo. Bien podría ser el día más importante de la historia de la Humanidad.

Malone escuchó a Haddad hablar de Abram, que viajó de Mesopotamia a Canaán, vagando entre las gentes, siguiendo fielmente las órdenes de Dios. Su mujer, Sarai, era estéril y le sugirió a Abram que fecundara a la criada preferida de ella, una esclava egipcia llamada Agar, que llevaba con ellos desde que el faraón los expulsara de Egipto.

—El nacimiento de Ismael —relató Haddad—, el primer hijo de Abram, concebido por Agar, se vuelve crucial en el siglo VII de nuestra era, cuando en Arabia nace una nueva religión; el islamismo. El Corán dice de Ismael que era «profeta y mensajero, con la complacencia de Alá.» El nombre de Abram aparece en veinticinco de los ciento catorce capítulos del Corán. Hasta el día de hoy Ibrahim e Isma'il son nombres habituales entre los musulmanes. El propio Corán conmina a los musulmanes a seguir la religión de Abraham.

—«No fue judío ni cristiano, sino que fue un monoteísta sometido a Alá, y no se contó entre los idólatras.»

—Bien, Cotton, veo que has estudiado el Corán desde la última vez que hablamos.

El aludido sonrió.

—Lo leí una o dos veces. Es fascinante.

—El Corán deja claro que «Abraham e Ismael levantaron los cimientos de la Casa».

—La Kaaba —terció Pam—, el lugar más sagrado del Islam.

Malone estaba impresionado.

—¿Cuándo has estudiado el Islam?

—Nunca. Pero veo el canal de Historia.

Él captó su sonrisa.

—La Kaaba se encuentra en La Meca, un lugar al que los musulmanes adultos han de peregrinar. El problema es que cuando se reúnen todos los años acude tanta gente que varios cientos mueren pisoteados. Siempre aparece en las noticias.

—Los árabes, en particular los árabes musulmanes, descienden de Ismael —

apuntó Haddad.

Malone sabía lo que venía a continuación: trece años después de que naciera Ismael Dios le dijo a Abram que sería el padre de multitud de naciones. Primero le ordenó cambiar su nombre por el de Abraham y el de Sarai por Sara, y luego Dios anunció que Sara alumbraría a un hijo. Ni Sara ni Abraham creyeron a Dios, pero al año nació Isaac.

—El día que nació bien podría ser el más importante de la historia de la Humanidad —aseguró Haddad—. Después todo cambió. La Biblia y el Corán difieren en muchos aspectos relativos a Abraham. Cada uno cuenta una historia distinta. Sin embargo, según la Biblia el Señor le dijo a Abraham que toda la tierra que tenía alrededor, la tierra de Canaán, sería de Abraham y su heredero, Isaac.

Malone conocía el resto: después Dios se apareció a Jacob, hijo de Isaac, y repitió la promesa de la tierra, diciendo que de Jacob nacería un pueblo al que pertenecería para siempre la tierra de Canaán. Se ordenó a Jacob que cambiara su nombre por el de Israel. Los doce hijos de Jacob formaron tribus distintas, a las que mantenía unidas el pacto entre Dios y Abraham, y cada una formó su propia familia, pasando a ser las doce tribus de Israel.

—Abraham es el padre de las tres religiones principales del mundo —dijo Haddad—. El islamismo, el judaísmo y el cristianismo hunden sus raíces en él, aunque la historia de su vida es diferente en cada una de ellas. Todo el conflicto de Oriente Próximo, que ha durado miles de años, no es más que un debate sobre qué relato es el correcto, qué religión posee el derecho divino a la tierra: los árabes en virtud de Ismael, los judíos de Isaac y los cristianos de Cristo.

Malone recordó la Biblia:

—«Dijo Yavé a Abram: “Vete de tu tierra, de tu parentela, de la casa de tu padre, para la tierra que yo te indicaré; yo te haré un gran pueblo, te bendeciré y engrandeceré tu nombre, que será una bendición. Y bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan. Y serán bendecidas en ti todas las familias de la tierra.”»

—Dices esas palabras con convicción —señaló Pam.

—Son elocuentes —repuso Haddad—. Los judíos creen que son las que les otorgan la propiedad exclusiva de Palestina. He pasado la mayoría de mi vida adulta estudiando la Biblia. Es un libro asombroso. Y lo que la separa de los demás relatos épicos es sencillo: no hay nada místico ni mágico, tan sólo se centra en la responsabilidad humana.

—¿Cree usted? —le preguntó Pam.

Haddad sacudió la cabeza.

—¿En la religión? No. He visto con demasiada claridad sus manipulaciones. ¿En Dios? Ésa es otra cuestión. Pero he visto Su negligencia. Yo nací musulmán. Mi

padre era musulmán, como lo fue su padre. Pero después de la guerra de 1948 me ocurrió algo, y ahí fue cuando la Biblia se convirtió en mi pasión. Quería leerla en su versión original, saber lo que quería decir en realidad.

—¿Por qué te quieren muerto los israelíes? —inquirió Malone.

—Son los descendientes de Abraham, los que según Dios serían bendecidos, como maldecidos serían sus enemigos. A lo largo de los siglos han muerto millones de personas, miles durante los últimos cincuenta años, sólo para demostrar la verdad de esas palabras. Hace poco, Cotton, me enzarqué en una discusión. En un pub del barrio un hombre especialmente arrogante me dijo que Israel tenía derecho absoluto a existir. Me dio seis motivos basados en la arqueología, la historia, lo práctico, la humanidad, la defensa y, el más importante para él, el derecho. —Haddad hizo una pausa—. El derecho, Cotton. El derecho bíblico, el pacto de Abraham, la tierra que Dios dio al pueblo de Israel, un hecho promulgado en toda su gloria en las palabras del Génesis.

Malone esperaba.

—¿Y si todo lo hemos entendido mal? —Haddad fulminó con la mirada el mapa de Israel, que estaba junto a otro de Arabia Saudí.

—Por favor, continúe —pidió una voz nueva.

Todos se volvieron.

En la puerta había un hombre menudo con gafas y entradas. A su lado se encontraba una mujer de unos treinta y tantos, bajita, robusta y morena. Ambos sostenían sendas armas con silenciador. Malone tomó nota de la marca y el modelo, y supo para quién trabajaban: Israel.

WASHINGTON, DC

9:50

Stephanie terminó de desayunar y le indicó al camarero que le trajera la cuenta. Se encontraba en un restaurante próximo al parque de Dupont Circle, no muy lejos de su hotel. El Magellan Billet al completo había sido movilizad, y siete de sus doce abogados se hallaban ahora directamente a su servicio. El asesinato de Lee Durant los había motivado, pero los esfuerzos de Stephanie entrañaban riesgos. Otros servicios de inteligencia sabrían en breve lo que estaba haciendo, lo cual significaba que Larry Daley no tardaría mucho en enterarse. Al diablo con todos. Malone la necesitaba, y no estaba dispuesta a defraudarlo otra vez.

Pagó la cuenta y paró un taxi que, quince minutos después, la dejó en la Calle 17, contigua a los jardines del National Mall. Hacía un día radiante, y la mujer a la que había llamado hacía dos horas se encontraba en un banco a la sombra, no muy lejos del monumento conmemorativo de la Segunda Guerra Mundial. Era una rubia con buenas piernas y cuerpo escultural, poseedora, como bien sabía Stephanie, de una sagacidad que exigía proceder con cautela. Stephanie conocía a Heather Dixon desde hacía casi diez años. Si bien conservaba el apellido de casada de una unión efímera, Dixon era una ciudadana israelí asignada a la embajada de Washington, parte del contingente del Mosad en Norteamérica. Habían trabajado juntas y enfrentadas, lo habitual cuando la cosa tenía que ver con los israelíes. Ese día Stephanie esperaba que el encuentro fuese amistoso.

—Me alegro de verte —la saludó al sentarse.

Dixon vestía con estilo, como siempre, con unos pantalones de cuadros marrones y dorados, una camisa de algodón blanca y un chaleco negro de lana.

—Por teléfono parecías preocupada.

—Lo estoy. Necesito saber qué interés tiene tu gobierno en George Haddad.

La mirada inexpresiva típica de un agente de inteligencia desapareció del atractivo rostro de Dixon.

—No has perdido el tiempo.

—Igual que los vuestros. Los últimos días se ha hablado mucho de George Haddad.

Lo cierto es que estaba en desventaja, ya que Lee Durant era su contacto con los israelíes y no había tenido ocasión de informarla de lo que había averiguado.

—¿Cuál es el interés de los norteamericanos? —preguntó Dixon.

—Hace cinco años uno de mis agentes estuvo a punto de morir por culpa de Haddad.

—Entonces escondisteis al palestino, os lo guardasteis para vosotros solitos, y no os molestasteis en contárselo a vuestro aliado.

Ahora estaban llegando al quid de la cuestión.

—Y vosotros no os molestasteis en contarnos que intentasteis cargaros al tipo junto con mi agente.

—De eso no sé nada, irían por libre. Pero sí sé que Haddad ha salido a la luz, y lo queremos.

—Nosotros también.

—¿Por qué os importa tanto a vosotros?

Stephanie era incapaz de decidir si Dixon tanteaba o se escabullía.

—Dímelo tú, Heather. ¿Por qué hace cinco años los saudíes arrasaron aldeas enteras en el oeste de Arabia? ¿Por qué el Mosad se ha fijado en Haddad? —Atravesó a su amiga con la mirada—. ¿Por qué tenía que morir?

Un sereno fatalismo asaltó a Malone. Había una regla que todos los servicios de inteligencia respetaban: no joder a los israelíes. Malone había infringido tan sabia norma al permitir que Israel creyera que Haddad había muerto en el café. Ahora lo sabían. Lee Durant había dicho que los israelíes andaban revueltos, pero no había dicho nada de que el escondite de Haddad hubiese sido descubierto. De haberlo sabido, no habría dejado que Pam lo acompañase.

—Debería cerrar la puerta con llave —recomendó el intruso—. Podría entrar cualquiera.

—¿Se llama usted...?

—Llámeme Adán. Ella es Eva.

—Interesantes nombres para unos ejecutores israelíes.

—¿Qué estás diciendo? —se sorprendió Pam—. ¿Ejecutores?

Malone se encaró con ella.

—Han venido a acabar lo que empezaron hace cinco años. —Se volvió hacia Haddad, que no mostraba el más mínimo miedo—. ¿Qué es lo que quieren silenciar?

—La verdad —replicó Haddad.

—Yo no sé nada de eso —aseguró Adán—. No soy un político, tan sólo un asalariado. Mis órdenes son eliminarlo. Usted lo comprenderá, Malone, estuvo en el ajo.

Lo entendía, sí, pero el caso de Pam por lo visto era otro cantar.

—Todos ustedes están locos —les espetó—. Hablan de matar como si fuera parte de su trabajo.

—A decir verdad es mi único trabajo —aclaró Adán.

Malone había aprendido en el Magellan Billet que la supervivencia muchas veces dependía de saber cuándo resistir y cuándo retirarse. Mientras miraba a su viejo amigo, un antiguo luchador, vio que éste sabía que había llegado la hora de elegir.

—Lo siento —musitó Malone.

—Yo también, Cotton. Pero tomé la decisión cuando hice las llamadas.

¿Había oído bien?

—¿«Llamadas»?

—Una hace algún tiempo, las otras dos recientemente. A la Orilla Occidental.

—Eso fue una tontería, George.

—Puede. Pero sabía que vendrías.

—Me alegro, porque yo no lo sabía.

La mirada de Haddad se tornó más severa.

—Me enseñaste muchas cosas. Recuerdo cada lección, y hasta hace unos días las seguí estrictamente. Incluso las que tenían que ver con salvaguardar lo que de verdad importa. —La voz se había vuelto monótona e inexpresiva.

—Debiste llamarme primero.

Haddad meneó la cabeza.

—Se lo debo al Guardián al que disparé. Con esto liquidado mi deuda.

—Vaya una contradicción —terció Adán—. Un palestino con honor.

—Y un israelí que asesina —replicó Haddad—. Pero somos como somos.

El cerebro de Malone barajaba posibilidades a toda prisa. Tenía que hacer algo, pero Haddad pareció intuir sus maquinaciones.

—Has hecho lo que has podido. Al menos por ahora. —Haddad hizo un gesto—. Cuida de ella.

—Cotton, no puedes permitir que lo maten —susurró Pam, la voz con un timbre de desesperación.

—Sí que puede —dijo Haddad con cierta amargura. Luego el palestino miró con ferocidad a Adán—. ¿Puedo decir una última oración?

Adán movió el arma.

—¿Quién soy yo para negar tan razonable petición?

Haddad avanzó hacia una cómoda e hizo ademán de abrir un cajón.

—Tengo un cojín para arrodillarme. ¿Puedo?

Adán se encogió de hombros.

Haddad abrió despacio el cajón y utilizó ambas manos para sacar un cojín carmesí. El anciano se aproximó a una de las ventanas, y Malone vio que el cojín caía al suelo.

A la vista quedó un arma, que Haddad empuñaba firmemente con la mano derecha.

Stephanie esperó la respuesta a su pregunta.

—Haddad supone una amenaza para la seguridad de Israel —repuso Dixon—. Lo era hace cinco años y lo sigue siendo hoy.

—¿Te importaría explicarte?

—¿Por qué no se lo preguntas a los tuyos?

A Stephanie le habría gustado evitar confidencias, pero decidió ser sincera.

—Hay división de pareceres.

—Y tu postura ¿cuál es?

—Tengo a un ex agente en apuros. Pretendo ayudarlo.

—Cotton Malone. Lo sabemos. Pero Malone sabía dónde se metía al esconder a Haddad.

—Su hijo no.

Dixon se encogió de hombros.

—Varios amigos míos han muerto por culpa de terroristas.

—¿No te estás justificando?

—No lo creo. Los palestinos no nos dejan mucha alternativa a la hora de tratar con ellos.

—No hacen nada que no hicieran los judíos en 1948. —No pudo evitar soltarlo.

Dixon sonrió satisfecha.

—De haber sabido que volveríamos a discutir esto, no habría venido.

Stephanie sabía que Dixon no quería oír hablar del terrorismo de finales de la década de 1940, en su mayor parte judío, pero no estaba dispuesta a ser indulgente con su amiga.

—Podemos hablar del hotel King David, si lo prefieres.

Ese hotel de Jerusalén hacía las veces de cuartel general del ejército británico y centro de investigación criminal. Después de asaltar una agencia judía del lugar y llevar al hotel documentos confidenciales incautados, un comando extremista respondió poniendo una bomba en julio de 1946. Noventa y un muertos y cuarenta y cinco heridos; quince de los fallecidos eran judíos.

—Los británicos estaban advertidos —aclaró Dixon—. No fue culpa nuestra que no hicieran caso.

—¿Qué importancia tiene que recibieran una llamada? —objetó ella—. Fue un acto de terrorismo, una forma de obtener vuestros fines. Los judíos querían a británicos y árabes fuera de Palestina y utilizaban cualquier táctica que funcionara. Lo mismo que llevan intentando los palestinos desde hace décadas.

Dixon meneó la cabeza.

—Estoy harta de oír esa mierda. La *nakba* es una farsa. Los árabes huyeron de Palestina ellos solos en la década de 1940 porque estaban aterrorizados. Los ricos fueron presa del pánico, y el resto se marchó después de que se lo pidieran los líderes

árabes. Creían sinceramente que nos aplastarían en unas semanas. Los que se fueron sólo se adentraron unos kilómetros en países árabes vecinos. Y nadie, incluida tú, habla nunca de los judíos a los que echaron de esos mismos Estados árabes. —Dixon se encogió de hombros—. ¿A quién le importa? Sin embargo, los pobrecitos árabes, eso sí es una tragedia.

—Arrebátale a un hombre su tierra y luchará contigo para siempre.

—No les *arrebatamos* nada. Compramos la tierra, y la mayor parte era un cenagal y un monte bajo inculto que nadie quería. Y, por cierto, el ochenta por ciento de esos árabes que se marcharon eran campesinos, nómadas o beduinos. Los terratenientes, los que armaron tanto lío, vivían en Beirut, El Cairo y Londres. Stephanie ya había oído eso antes.

—La política israelí no cambia nunca.

—Lo único que los árabes tenían que hacer era aceptar la resolución de la ONU de 1947 que abogaba por dos Estados, uno árabe y otro judío, y todos habrían salido ganando —respondió Dixon—. Pero no, de ninguna manera. Nada de compromisos. La repatriación ha sido y sigue siendo una condición *sine qua non* de cualquier discusión, y eso no va a ocurrir. Israel es una realidad que no desaparecerá. La compasión que todo el mundo siente por los árabes da asco. Viven en campos de refugiados porque a sus líderes les gusta. De no ser así harían algo al respecto. Pero prefieren usar los campos y las zonas que les han sido asignadas para avergonzar al mundo. Sin embargo *a ellos* nadie, incluida Norteamérica, los critica nunca.

—Heather, en este momento lo único que me interesa es el hijo de Cotton Malone y George Haddad.

—Igual que a la Casa Blanca. Nos han dicho que estabas interfiriendo en la cuestión Haddad. Larry Daley se queja de que eres una cabrona.

—Qué sabrá él.

—Tel Aviv no quiere interferencias.

De pronto Stephanie lamentó haber decidido reunirse con Dixon. Así y todo tenía que preguntarle una cosa:

—¿Qué tiene tanta importancia? Dímelo y tal vez no me meta.

Dixon soltó una risita.

—Muy buena. ¿Alguna vez pica alguien?

—Creí que quizá funcionara aquí. —Esperaba que su amistad significara algo—. Con nosotras.

Dixon echó un vistazo a los pavimentados caminos del parque. La gente paseaba, disfrutando del día.

—La cosa es seria, Stephanie.

—¿Muy grave?

Dixon se llevó la mano a la espalda y sacó un arma.

—Así de grave.

LONDRES

Malone vio el arma en la mano de Haddad y supo que su amigo había decidido que aquél sería su último acto de resistencia. Lo de esconderse había terminado. Era hora de enfrentarse a sus demonios.

Haddad disparó primero, y la bala se hundió en el pecho de Eva y la hizo caer. De la herida manaba sangre a borbotones.

Adán disparó, y Haddad profirió un alarido de dolor cuando la bala le atravesó la camisa y le reventó la columna, salpicando la pared y los mapas que tenía detrás de manchas de color carmesí.

Sus piernas se doblaron y su boca se abrió, pero de ella no salió un solo sonido cuando se desplomó en el suelo.

Pam lanzó un grito desgarrador.

El aire parecía haberse esfumado de la habitación. Al propio Malone le asaltó una honda amargura. Se encaró con Adán, que bajó su arma.

—Vine a matarlo a él, eso es todo —explicó éste con voz calma y afable—.

Mi gobierno no tiene nada contra usted, Malone, aunque nos decepcionó. Pero era su trabajo. Así que lo dejaremos estar.

—Muy amable por su parte.

—No mato por gusto.

—¿Qué hay de ella? —preguntó Malone al tiempo que señalaba el cuerpo de Eva.

—No puedo hacer nada. Igual que usted no puede hacer nada por él. Se paga un precio por los errores.

Malone no dijo nada, aunque lo reconcomían el miedo y la angustia. Sin duda los disparos se habrían oído y alguien habría llamado a la policía.

El israelí dio media vuelta y desapareció. Sus pasos se fueron perdiendo por la escalera.

Pam parecía de piedra, la vista clavada con incredulidad en el cadáver de Haddad, la boca del anciano aún abierta en un gesto final de protesta. Malone tampoco se movía. Intercambiaron miradas, pero no palabras. Casi podía entender la forma de pensar del israelí. Era un asesino a sueldo, contratado por un Estado soberano, con licencia para matar. Pero así y todo el hijo de puta era un criminal.

George Haddad había muerto.

Y alguien iba a pagar un precio por ello.

Sombríos pensamientos se apoderaron de él. Se agachó, cogió el arma de Haddad

y a continuación se irguió y se dirigió a la puerta.

—Quédate aquí —le ordenó a Pam.

—¿Qué vas a hacer?

—Matar a ese hijo de perra.

Stephanie se mostró más sorprendida que asustada al ver el arma.

—Por lo visto las reglas han cambiado, Heather. Pensé que éramos aliadas.

—Eso es lo curioso de las relaciones entre Estados Unidos e Israel. A veces resulta difícil decir quién está con quién.

—Y al parecer tú disfrutas de cierta libertad desde que llamó la Casa Blanca.

—Siempre es bueno que los norteamericanos riñan.

—Larry Daley quiere a Haddad para él solo. Te das cuenta, ¿no? Esto no es más que una maniobra de distracción para mantenerte ocupada mientras nuestros agentes dan con él.

—Buena suerte. Sólo nosotros y Malone sabemos dónde está.

A Stephanie no le gustó oír eso. Aquello tenía que terminar. Desde que se había sentado su mano derecha había permanecido apoyada en su pierna, sus dedos encima del dispositivo de radiocontrol que ocultaban sus holgados pantalones.

—Eso depende de si el servicio secreto norteamericano tiene a alguien dentro de vuestra organización.

—De esta operación no están al tanto muchos, así que dudo que haya filtraciones. Lo más probable es que a estas alturas Haddad esté muerto. Enviaron a nuestros agentes hace horas.

La mano izquierda de Stephanie señaló el arma mientras la derecha seguía en su pierna.

—¿Qué sentido tiene este numerito?

—Por desgracia eres un problema para tu gobierno.

—Y yo que pensaba que bastaría con presentar la dimisión.

—Ya no. Creo que te advirtieron de que no te metieras en esto, y, sin embargo, has movilizado a todo el Billet. Justo lo contrario de lo que te dijeron.

—Larry Daley no me da órdenes.

—Pero su jefe sí.

De pronto cayó en la cuenta de que si ella estaba en el punto de mira, Brent Green también podía estarlo. Aunque matar al fiscal general entrañaba más problemas logísticos que hacerla desaparecer a ella. Por lo visto, la Casa Blanca había decidido que no aparecieran cadáveres en las noticias del domingo por la mañana. Sus dedos se prepararon para presionar el botón de emergencia.

—¿Has venido a hacer el trabajo sucio de Daley?

—Digamos que nuestros intereses son similares. Además, nos gusta que la Casa

Blanca nos deba un favor.

—¿Pretendes matarme aquí?

—No es necesario. Tengo a unos colegas dispuestos a hacerlo.

—¿Tu gente?

Ella negó con la cabeza.

—Por increíble que parezca, Stephanie, has conseguido lo que los políticos llevan siglos intentando: que judíos y árabes colaboren. Los saudíes están con nosotros. Como tenemos un objetivo común, hemos dejado a un lado las diferencias. —Dixon se encogió de hombros—. Sólo por esta vez.

—Y de ese modo también se elimina el problema de que Israel mate a una norteamericana.

Dixon frunció el ceño, como si reflexionara.

—¿Ves las ventajas? Nosotros damos con el problema y ellos lo eliminan. Todo el mundo sale ganando.

—Salvo yo.

—Conoces las reglas: tu amigo de hoy puede ser tu enemigo mañana, y viceversa. Israel tiene pocos amigos en este mundo, pero recibe amenazas de todas partes. Hacemos lo que debemos.

La primera vez que Stephanie se vio frente a un arma fue cuando buscaba, junto con Malone, a los templarios. También allí había visto muertes. Gracias a Dios había sido previsor.

—Haz lo que debas.

Su índice derecho activó la señal que pondría sobre aviso a sus agentes, a menos de un minuto de distancia, para que acudieran.

Lo único que tenía que hacer era aguantar.

De pronto los ojos de Dixon se revolvieron y al poco se cerraron. Su cabeza cayó hacia delante y su cuerpo quedó laxo.

El arma fue a parar a la hierba.

Stephanie cogió a Dixon cuando se le echó encima. Entonces lo vio: del cuello de la israelí sobresalía un dardo emplumado. Los había visto antes.

Se volvió con toda tranquilidad.

A escasos metros detrás del banco había una mujer. Alta, la tez del color de un arroyo turbio, el cabello oscuro y largo. Lucía una cara chaqueta de cachemir y unos vaqueros de cintura baja, el ceñido conjunto acentuando su esbelto y armonioso cuerpo. En la mano izquierda empuñaba una Magnum de aire comprimido.

—Agradezco la ayuda —dijo Stephanie, procurando disimular su sorpresa.

—Para eso he venido.

Y Cassiopeia Vitt sonrió.

Malone enfiló las escaleras hacia la planta baja. No sería fácil matar a Adán. Con los profesionales nunca lo era.

Bajó los escalones de dos en dos mientras comprobaba el cargador del arma. Quedaban siete balas. Se dijo que debía tener cuidado. Sin duda el israelí sabría que iría por él. A decir verdad, había provocado el desafío, ya que, antes de irse, no había cogido el arma de Haddad. Los profesionales nunca daban esas oportunidades, y la frase acerca de la cortesía profesional no tenía sentido. A los asesinos les importaba un bledo el protocolo. Eran los conserjes de los servicios de inteligencia, sólo se les enviaba a limpiar la porquería. Y los testigos formaban parte de esa mierda. Así que ¿por qué no limpiarlo todo? Tal vez Adán quisiera propiciar el enfrentamiento. Matar a un agente norteamericano, retirado o no, tendría repercusiones, pero si el agente atacaba primero... era otra cosa.

Se aclaró la mente cuando llegó a la planta baja. Su índice descansaba en el gatillo, y él estaba listo para el enfrentamiento.

Lo asaltaron sensaciones familiares, sensaciones que, como había aprendido hacía unos meses, formaban parte de su psique. Lo cierto es que en Francia había hecho las paces con esos demonios al caer en la cuenta de que era un agente y siempre lo sería, independientemente de que estuviese retirado. El día anterior, en el castillo de Kronborg, Pam le había echado en cara que necesitaba adrenalina, que ella y Gary nunca habían sido bastante. Le molestó el comentario porque no era verdad. No *necesitaba* adrenalina, pero sin duda era capaz de *manejarla*.

Salió al sol de octubre, que parecía más intenso después de la penumbra del interior del edificio, y bajó calmadamente la escalinata. Adán caminaba por la acera, a unos quince metros.

Malone fue en pos de él.

Coches aparcados flanqueaban la estrecha calle. De las avenidas a ambos extremos de la manzana llegaba el continuo estruendo del tráfico. Por la otra acera deambulaban algunas personas.

Hablar sería una pérdida de tiempo, de manera que alzó su arma.

Pero Adán giró en redondo, y Malone se pegó al suelo.

Una bala pasó silbando, arrancando un sonido metálico a uno de los vehículos. Malone rodó y disparó hacia donde se encontraba Adán. El israelí había tenido la prudencia de abandonar la acera y se parapetaba tras los coches aparcados.

Malone bajó a la calzada y se metió entre dos coches. Se puso de rodillas y echó un vistazo por el parabrisas, en busca de su objetivo. Adán se escondía diez vehículos más allá. Los transeúntes se dispersaron.

Entonces oyó un gemido.

Se volvió y vio a Pam tendida en las escaleras del edificio donde vivía Haddad, el brazo izquierdo ensangrentado.

WASHINGTON, DC

Stephanie se alegró de ver a Cassiopeia Vitt. La última vez que había trabajado con la enigmática árabe se encontraban en los Pirineos franceses, enredadas en un problema distinto.

—Túmbala y salgamos de aquí —propuso Vitt.

Stephanie se levantó del banco y dejó que la cabeza de Heather Dixon golpeará los listones de madera.

—Le saldrá un buen cardenal —vaticinó Vitt.

—Me da lo mismo. Estaba a punto de ordenar que me mataran. ¿Me quieres decir por qué estás aquí?

—Henrik pensó que tal vez necesitaras ayuda. No le hizo gracia lo que dedujo de sus contactos de Washington. Yo andaba por Nueva York, y me preguntó si podía ocuparme de ti.

—¿Cómo diste conmigo?

—No fue difícil.

Por vez primera Stephanie apreciaba el hermetismo de Thorvaldsen.

—Recuérdame que le envíe una felicitación de Navidad.

Cassiopeia sonrió.

—Seguro que le gusta.

Stephanie señaló a Dixon.

—Menudo chasco. Creí que era mi amiga.

—De eso no hay mucho en tu oficio.

—Cotton tiene serios problemas.

—Henrik opina lo mismo. Esperaba que tú lo ayudases.

—Ahora mismo estoy en el punto de mira —replicó ella.

—Lo cual nos lleva a nuestro siguiente problema.

A Stephanie no le gustó el tono de esas palabras.

—La señorita Dixon no estaba sola. —Cassiopeia apuntó al Monumento a Washington—. Al otro lado de ese montículo hay dos tipos en un coche. Y no parecen israelíes.

—Saudíes.

—Vaya, eso sí que es una hazaña. ¿Cómo te las has arreglado para cabrear a todo el mundo?

Dos hombres coronaron el montículo y se dirigieron hacia ellas.

—No hay tiempo de explicaciones —contestó Stephanie—. ¿Nos vamos?

Echaron a andar a toda prisa. Les sacaban menos de cincuenta metros a sus

perseguidores, nada si éstos decidían disparar.

—Supongo que habrás previsto esta contingencia, ¿no? —le preguntó a Cassiopeia.

—No del todo. Pero puedo improvisar.

Malone se olvidó de Adán y abandonó su segura posición tras el coche para ir hasta donde se hallaba Pam. Tenía la ropa sucia. Se volvió un instante y vio que el israelí salía pitando.

—¿Estás bien? —le preguntó a su ex mujer.

Ésta hizo una mueca de dolor, con la mano derecha se sujetaba una herida en el hombro izquierdo.

—Me duele —repuso en un susurro ahogado.

—Deja que le eche un vistazo.

Ella negó con la cabeza.

—Sujetarlo... me alivia.

Él extendió la mano y comenzó a apartar la de ella. El dolor y el miedo hicieron que Pam desorbitara los ojos.

—¡No!

—Tengo que verlo.

No hizo falta que dijera lo que ambos pensaban: ¿por qué no se había quedado arriba?

Pam claudicó, retiró los sanguinolentos dedos, y él vio lo que sospechaba: la bala sólo la había rozado, era una herida superficial. Era de prever. Los heridos graves entraban en estado de shock, su cuerpo se paraba.

—Sólo te ha pasado rozando.

La mano de ella volvió a la herida.

—Gracias por el diagnóstico.

—Me han disparado alguna que otra vez.

La mirada de ella se suavizó al oírlo.

—Tenemos que irnos —añadió él.

El rostro de Pam se estremeció de dolor.

—Estoy sangrando.

—No tenemos elección.

La ayudó a ponerse en pie.

—Maldita sea, Cotton.

—Sé que te duele, pero si te hubieses quedado arriba como te dije...

A lo lejos se oyó un ulular de sirenas.

—Tenemos que irnos. Pero primero hay que hacer una cosa.

Ella pareció recobrar la calma y la lucidez, de modo que Malone la hizo entrar en

el edificio.

—No dejes de sujetarte la herida —recomendó mientras subían las escaleras hasta el piso de Haddad—. Debería dejar de sangrar, la herida no es muy profunda.

Las sirenas se aproximaban.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó ella cuando llegaron al descansillo del tercero.

Malone recordó lo que Haddad había dicho justo antes de que lo mataran: «Me enseñaste muchas cosas. Recuerdo cada lección, y hasta hace unos días las seguí estrictamente. Incluso las que tenían que ver con salvaguardar lo que de verdad importa.» La primera vez que ocultó al palestino le enseñó a tener sus cosas listas para salir inmediatamente. Era hora de averiguar si Haddad había dicho aquello en serio.

Entraron en el apartamento.

—Ve a la cocina por un paño mientras me encargo de esto —le dijo Malone.

Dispondrían de unos dos o tres minutos.

Fue directo al dormitorio. No era mucho mayor que el de su piso de Copenhague. En el suelo había montones de libros y papeles, la cama estaba sin hacer, las mesillas y la cómoda abarrotadas como las mesas de un mercadillo. Vio más mapas en las paredes: Israel, pasado y presente. No tenía tiempo de mirarlos.

Se arrodilló junto a la cama y esperó que sus instintos no le fallaran.

Haddad había llamado a Oriente Próximo con la certeza de que traería graves consecuencias. Cuando estalló el inevitable conflicto él no rehuyó la lucha, sino que pasó a la ofensiva, a sabiendas de que perdería. Pero ¿qué había dicho su amigo? «Sabía que vendrías.» Qué estupidez. No era necesario que Haddad se sacrificara. Al parecer, la sensación de culpa por el hombre al que mató hacía décadas no lo había abandonado nunca.

«Se lo debo al Guardián al que disparé. Con esto liquido mi deuda.»

Malone lo entendía.

Tanteó debajo de la cama y dio con algo. Lo agarró y, tras sacar una cartera de cuero, soltó a toda prisa las correas. Dentro había un libro, tres libretas de espiral y cuatro mapas doblados. De toda la información desperdigada por el apartamento, esperaba que ésa fuera la más importante.

Tenían que irse.

Cuando volvió al cuarto de estar Pam salía de la cocina con un paño en el brazo.

—¿Cotton? —dijo.

Él intuyó la pregunta implícita en su voz.

—Ahora no.

Con la cartera en mano, la empujó hasta la puerta, no sin antes coger un pañuelo del respaldo de una de las sillas.

Bajaron deprisa.

—¿Cómo va la hemorragia? —preguntó él ya en la acera.

—Viviré... Cotton...

Las sirenas sólo estaban a una manzana. Le echó el pañuelo a Pam por los hombros para ocultar la herida y echaron a andar como si tal cosa.

—No te quites el paño del brazo.

A unos treinta metros encontraron un bulevar y se sumergieron en un mar de rostros desconocidos, resistiendo la tentación de apretar el paso.

Él volvió la vista atrás.

Al otro extremo de la manzana aparecieron unas luces intermitentes que se detuvieron delante de la casa de Haddad.

—¿Cotton?

—Lo sé. Primero salgamos de aquí.

Sabía lo que ella quería. Al volver al apartamento también él se había dado cuenta: ni rastro de sangre en la pared ni en el suelo, ni del opresivo hedor de la muerte.

Y los cadáveres de Eva y George habían desaparecido.

VALLE DEL RIN, ALEMANIA

17:15

Sabre miraba fijamente los imponentes terraplenes que encajonaban el río. Pronunciados terraplenes flanqueaban el angosto espacio. Abundaban los bosques de árboles de hoja caduca, las laderas adornadas tan sólo por un monte bajo ralo y las desgarradas vides. Durante casi setecientos años las elevaciones más altas habían acogido castillos con nombres como Rheinstein, Sooneck o Pfalz, Tras salvar el traicionero meandro del Loreley, donde en su día se hundieran los barcos debido a los escollos y los rápidos, vislumbró, en lo alto de la ribera oriental del río, la redondeada torre del homenaje del castillo del Katz. Más allá se alzaba el castillo Stolzenfels, la oscura pátina de una piedra caliza que contaba con dos siglos de antigüedad apenas perceptible. El destino de su viaje surgió a los pocos minutos: la inconfundible silueta del castillo de Marksburg.

Había salido de Rothenburg hacía dos horas y tomado la autopista del norte, a una velocidad de unos ciento cincuenta kilómetros por hora. Sólo aminoró la marcha en las afueras de Frankfurt, donde pilló el incipiente tráfico de la tarde. Desde allí dos rutas se dirigían al norte, a Colonia: la A60 y la N9, que era de dos carriles y discurría paralela al Rin. Decidió hacer la primera parte del viaje en paralelo al río y el resto por autopista. De manera que fue despacio por el antiguo valle y siguió las señales azules que llevaban hasta la A60.

Tras salvar un desnivel de entrada se metió en la autopista. Aceleró su BMW alquilado y se situó en el carril de la izquierda. Por ambos lados desfilaba un mosaico de lomas, bosques y prados.

Miró por el retrovisor: su perseguidor, un Mercedes plateado, seguía allí.

A una distancia respetable y vigilado por tres coches, el Mercedes podría haber pasado inadvertido fácilmente. Sin embargo él los esperaba, y no lo habían decepcionado: lo seguían desde que había salido de Rothenburg. Se preguntó si habrían encontrado el cuerpo en la Baumeisterhaus. Matar a Jonah probablemente les hubiese ahorrado el problema a los israelíes —la traición se pagaba muy cara en Oriente Próximo—, pero los judíos también habían perdido la oportunidad de interrogar a un traidor, y eso quizá les hubiese agriado el carácter.

Le encantaba la forma que tenían los alemanes de construir autopistas: tres anchos carriles, escasas curvas, pocas salidas. Perfecto para ir rápido y no reparar en el vecino. Una señal le informó de que Colonia quedaba a ochenta y dos kilómetros.

Sabía dónde estaba: al sur de Coblenza, a quince kilómetros al este del Rin, muy cerca del río Mosela.

Cambió de carril.

Más atrás, a la zaga del Mercedes, reparó en que ahora había cuatro vehículos.

Justo a tiempo.

Llevaba nueve años buscando la Biblioteca de Alejandría, por encargo del viejo. El viejo estaba obsesionado con encontrar lo que quedara de ella, y en un principio esa búsqueda a él se le antojó ridícula. Sin embargo, a medida que se fue enterando de más, se dio cuenta de que el objetivo no era tan descabellado como había creído en un primer momento. Más adelante incluso había empezado a pensar que tal vez hubiese algo que realmente valiera la pena. Sin duda los israelíes estaban involucrados. Alfred Hermann parecía centrado en una buena pista. Había aprendido muchas cosas, y era el momento de utilizar dichos conocimientos.

En provecho propio.

Meses atrás había intuido que tal vez ésa fuera su oportunidad. Sólo esperaba que Cotton Malone fuese lo bastante ingenioso para sortear lo que fuera que los israelíes le echaran en Londres. Se habían movido deprisa. Siempre lo hacían. No obstante, por lo que sabía y había visto, Malone era un experto, aunque no estuviera en forma. Debería ser capaz de manejar la situación.

Ante él apareció el viaducto.

Vio que el primero de los cuatro coches adelantaba al Mercedes plateado, cambiaba de carril y se situaba por delante.

Dos coches más no tardaron en colocarse a la altura del Mercedes, que circulaba por el carril de la izquierda.

Otro se pegó a su parachoques.

Todos ellos entraron en el puente.

El puente medía menos de un kilómetro; el río Mosela serpenteaba hacia el este, a unos ciento veinte metros más abajo. A mitad de camino, exactamente como había ordenado Sabre, el primer coche frenó, y el Mercedes reaccionó clavando los frenos.

Justo cuando eso ocurría los dos coches en paralelo al Mercedes golpearon el lado del conductor, y el que iba detrás embistió el parachoques.

La combinación de golpes y la velocidad empujaron al Mercedes a la derecha, contra el quitamiedos.

En un instante el coche salió volando.

Sabre imaginó lo que estaba ocurriendo: la creciente aceleración empujaría a los ocupantes contra el asiento. Probablemente trataran de desabrocharse el cinturón de seguridad, pero no tendrían ocasión de hacerlo. Y, si lo hacían, ¿adonde irían? El vehículo recorrería los ciento veinte metros de caída en escasos segundos pero el impacto del coche contra el río sería como si se estrellara contra hormigón. Nadie

sobreviviría. El agua helada que entraría en el habitáculo no tardaría en impulsar el vehículo hacia el fangoso fondo, y una vez allí la corriente acabaría arrastrándolo hacia el este, hacia un Rin más veloz aún.

Asunto liquidado.

Los cuatro coches lo adelantaron, y el conductor del último lo saludó con la mano. Él devolvió el saludo. Aquellos hombres habían salido caros al avisarlos con tan poca antelación, pero valían cada euro gastado.

Continuó a toda velocidad en dirección norte, a Colonia.

A los israelíes les llevaría unos días averiguar lo sucedido. En Rothenburg había un traidor muerto y su equipo sobre el terreno había desaparecido. Se preguntó si lo habrían identificado. Probablemente no. Si conocían su identidad, ¿por qué perder el tiempo haciendo fotos? No. Seguía siendo un elemento desconocido.

Reinaba la confusión. En Israel y, pronto, en Austria.

Eso le gustaba.

Era hora de crear el orden a partir de ese caos.

WASHINGTON, DC

Stephanie se preguntó qué tendría pensado Cassiopeia. Esa mujer era lista, rica y audaz, capaz de desenvolverse en situaciones difíciles. No era una mala combinación. Siempre que hubiese sido previsor.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —preguntó mientras iban paseo adelante.

—¿Alguna idea?

Lo cierto es que tenía alguna, pero no dijo nada.

—Tú eres la que salió de la nada.

Cassiopeia sonrió.

—No me seas listilla.

—Nos están acorralando. Supongo que ya lo sabes.

El Monumento a Lincoln se erguía a lo lejos, en el extremo occidental de los jardines; el estanque impedía la retirada por el sur. Al norte, altos árboles bordeaban un concurrido bulevar.

—En contra de lo que pensáis tú y Henrik, no estoy indefensa —comentó—. Tengo a dos agentes en Constitution Avenue. Acababa de pulsar el botón de emergencia cuando apareciste.

—Malas noticias. Se fueron.

—¿Qué quieres decir?

—Justo después de que te sentaras con Dixon el coche se marchó.

El paseo terminaba a los pies del Monumento a Lincoln. Volvió la cabeza. Los dos perseguidores se habían detenido.

—Por lo visto nos tienen donde querían.

Un taxi se dirigió hacia ellas con gran estruendo desde Independence Avenue.

—Justo a tiempo —dijo Cassiopeia mientras agitaba un pañuelo blanco.

El coche paró y ellas se subieron a él.

—Llamé hace unos minutos. —Cassiopeia cerró de un portazo y le dijo al taxista —: Dé una vuelta, ya le diremos cuándo parar.

El coche se alejó a toda velocidad.

Stephanie se metió una mano en el bolsillo y encontró su móvil. Marcó el número de los agentes que había apostado de refuerzo. Estaban a punto de ser despedidos.

—¿Queréis decirme por qué me dejasteis allí? —dijo tranquilamente cuando cogieron el teléfono.

—Recibimos orden de irnos —explicó uno de ellos.

—Yo soy tu jefa. ¿Quién te dio la orden?

—*Tu jefe.*

Increíble.

—¿Cuál de ellos?

—El fiscal general. Brent Green en persona nos vino a decir que nos marcháramos.

Malone tiró en la cama la cartera que había cogido en el apartamento de George Haddad. Él y Pam se encontraban en un hotel no muy lejos de Hyde Park, un lugar que conocía y que había elegido por lo abarrotado que siempre estaba, ya que, como le enseñaron, nada mejor que ocultarse entre la multitud. También le gustaba la farmacia de al lado, donde había adquirido gasas, antiséptico y vendas.

—Tengo que curarte ese hombro.

—¿Qué quieres decir? Vayamos a un hospital.

—Ojalá fuese así de sencillo.

Malone se sentó en la cama, junto a ella.

—Será así de sencillo. Quiero que me vea un médico.

—Si te hubieras quedado arriba, como te dije, no habría pasado nada.

—Pensé que necesitabas ayuda. Ibas a matar a ese tipo.

—¿Es que no lo entiendes, Pam? ¿No te bastó con ver morir a George? Esos hijos de perra van en serio. Te matarán en un abrir y cerrar de ojos.

—Fui a ayudar —dijo ella en voz queda.

Y él vio algo en sus ojos que no había visto en años: sinceridad. Lo cual le planteó un montón de preguntas que no quería hacer ni que ella, estaba seguro, querría responder.

—Los médicos llamarían a la policía, y eso es un problema. —Respiró hondo unas cuantas veces. Estaba rendido por la fatiga y la preocupación—. Pam, en esto hay mucha gente metida. Los israelíes no se llevaron a Gary...

—¿Cómo lo sabes?

—Llámalo instinto. Las tripas me dicen que no fueron ellos.

—Pues mataron a ese anciano.

—Razón por la cual lo escondí en su día.

—Él los llamó, Cotton. Ya lo oíste. Llamó sabiendo que acudirían.

—Cumplía su penitencia. Matar trae consecuencias, y George se enfrentó a las suyas hoy. —Recordar a su viejo amigo le hizo sentir una nueva punzada de pesar—. He de curarte ese hombro.

Al quitárselo notó que el paño estaba pegajoso, con sangre.

—¿Se te ha abierto al subir?

—De camino aquí.

Malone retiró la compresa.

—Lo que quiera que esté pasando se ha complicado. George murió por un motivo...

—Su cuerpo había desaparecido, Cotton. Y el de la mujer también.

—Por lo visto los israelíes se dieron prisa en limpiar su mierda. —Examinó el brazo y vio que se trataba de un arañazo superficial—. Lo que demuestra lo que estoy diciendo, que hay varios bandos involucrados, al menos dos, puede que tres, posiblemente cuatro. Israel no acostumbra a matar agentes norteamericanos. Sin embargo, a los que liquidaron a Lee Durant no parecía importarles. Casi es como si buscaran bronca. Y *eso* es algo que los israelíes nunca hacen. —Se levantó y entró en el baño. Cuando volvió, abrió el frasco del antiséptico y le dio a su ex mujer una toalla limpia—. Muerde esto.

Ella se mostró perpleja.

—¿Por qué?

—Tengo que desinfectar esa herida y no quiero que nadie te oiga gritar.

Los ojos de Pam se desorbitaron.

—¿Duele?

—Más de lo que imaginas.

Stephanie apagó el móvil. «Brent Green en persona nos vino a decir que nos marcháramos.» La conmoción le agarrotó la espalda, pero décadas de trabajo en inteligencia hicieron que nada en su rostro dejara traslucir su sorpresa.

Se volvió hacia Cassiopeia en el asiento trasero del taxi.

—Me temo que en este momento eres la única persona de la que puedo fiarme.

—Pareces decepcionada.

—No sé quién eres.

—Eso no es cierto. En Francia me investigaste.

Cassiopeia tenía razón. Stephanie hizo que la investigaran y averiguó que aquella belleza morena había nacido en Barcelona hacía treinta y siete años. Medio musulmana, aunque no devota según los informes, Cassiopeia tenía un máster en ingeniería y otro en historia medieval. Era la única accionista y propietaria de un grupo de empresas presentes en varios continentes con sede en París e intereses en un amplio abanico de multinacionales con activos por valor de miles de millones de dólares. Su padre, un árabe, había fundado la empresa, y ella había heredado el control, aunque no participaba mucho en su funcionamiento diario. También era la presidenta de una fundación holandesa que colaboraba estrechamente con Naciones Unidas para paliar el sida y el hambre en el mundo, sobre todo en África. Stephanie sabía por propia experiencia que Vitt temía pocas cosas y que era capaz de manejar un fusil con la precisión de un francotirador profesional. A veces demasiado

descarada para su propio bien, a Cassiopeia se la había relacionado con el difunto marido de Stephanie, y sabía más de la vida privada de ésta de lo que a Stephanie le habría gustado. No obstante se fiaba de ella. Thorvaldsen había hecho bien enviándola.

—Tengo un grave problema.

—Eso ya lo sabemos.

—Y Cotton se encuentra en apuros. Tengo que ponerme en contacto con él como sea.

—Henrik no tiene noticias tuyas. Malone dijo que llamaría cuando estuviera listo, y tú lo conoces mejor que nadie.

—¿Cómo es Gary?

—Igual que su padre: duro. Está a salvo con Henrik.

—¿Dónde está Pam?

—Camino de Georgia. Voló con Malone a Londres y salía desde allí.

—Unos ejecutores israelíes también están en Londres.

—Cotton es mayorcito, sabe arreglárselas. Ahora hemos de decidir qué hacemos con *tu* problema.

Stephanie también había estado dándole vueltas. «Brent Green en persona nos vino a decir que nos marcháramos.» Lo cual explicaría por qué había tan poca policía en el Capitolio. Habitualmente estaban por todas partes. Miró a través de la ventanilla y vio que se encontraban cerca de su hotel.

—Hemos de asegurarnos de que no nos siguen.

—Quizá sea mejor ir en metro.

Ella se mostró conforme.

—¿Adonde vamos? —quiso saber Cassiopeia.

Stephanie entrevió la pistola bajo la chaqueta de la otra.

—¿Tienes más dardos de esos que duermen a la gente?

—Muchos.

—Entonces sé exactamente adonde tenemos que ir.

LONDRES

19:30

Malone observaba a Pam mientras dormía. Se había repantigado en una silla junto a la ventana, la cartera de George Haddad en el regazo. No se había equivocado con lo del antiséptico: Pam mordió con fuerza la toalla mientras él le curaba la herida. Las lágrimas se agolparon en los ojos, pero fue fuerte. Ni un solo sonido reveló su dolor. Como se sentía culpable, le compró una blusa en la *boutique* del vestíbulo.

Él también estaba cansado, pero sus «nervios marca Billet», como él los llamaba, proveían a sus músculos de energía ilimitada. Recordaba ocasiones en que había pasado días sin comer, su cuerpo cargado de adrenalina, su atención centrada en seguir vivo y hacer el trabajo. Creía que aquello era cosa del pasado, algo que no volvería a vivir.

Y allí estaba.

Justo en el ojo del huracán.

Las últimas horas podrían haber sido una horrible pesadilla a no ser porque, con suma crudeza, su mente recreaba los sucesos con claridad. A su amigo George Haddad lo habían matado delante de él. Los peces gordos perseguían algo, y en cualquier otro momento nada de ello habría sido de su incumbencia. Pero esa gente había secuestrado a su hijo y volado su librería. No, esto era algo personal.

Tenía una deuda con ellos.

Y, al igual que Haddad, tenía intención de saldar sus deudas.

Pero necesitaba saber más.

Haddad se había mostrado enigmático tanto antes como después de que aparecieran los israelíes. Peor aún, no había acabado de explicar lo que había comprendido hacía años: qué exactamente había movido a Israel a matarlo. Con la esperanza de que la cartera de cuero que sostenía en el regazo ofreciera respuestas, abrió los cierres y sacó un libro, tres libretas y cuatro mapas.

El libro era un volumen del siglo XVIII, la cubierta de cuero repujado y quebradizo como piel secada por el sol. Ninguno de los caracteres resultaba legible, así que abrió la tapa con cuidado y leyó la portada: *El viaje del héroe*, de Eusebius Hieronymus Sophronius.

Hojeó las páginas.

Una novela escrita hacía más de doscientos años con un estilo poco imaginativo y pedante. Se preguntó qué importancia tendría y esperó que lo explicaran las libretas.

Hojeó cada una de ellas.

La apretada letra era de Haddad, en inglés. Leyó con atención:

... las pistas que me dio el Guardián han resultado ser perturbadoras. La búsqueda del héroe es complicada. Me temo que he sido un tonto, aunque no el primero. Thomas Bainbridge también lo fue. Hacia finales del siglo XVIII, al parecer, fue invitado a entrar en la biblioteca y concluyó la búsqueda del héroe. Sin duda una condición de dicha invitación debía de ser que no hablara de la visita. Los Guardianes no se habían pasado dos milenios protegiendo su alijo para que un invitado lo desvelara. Pero Bainbridge abusó de esa confianza y escribió acerca de su experiencia. En un intento por paliar su traición disfrazó su relato de ficción y lo tituló, significativamente, *El viaje del héroe*. La tirada fue limitada, y el libro apenas llamó la atención. En tiempos de Bainbridge el mundo estaba saturado de relatos fantásticos (que no merecían gran respeto), de manera que el viaje del protagonista a una mítica biblioteca se recibió con escaso entusiasmo. Hace tres años encontré un ejemplar, que robé de una propiedad galesa. Su lectura no aporta gran cosa. Sin embargo, Bainbridge no pudo evitar abusar una última vez de la confianza que los Guardianes depositaran en él: años antes de morir erigió un cenador en el jardín de su mansión de Oxfordshire. En el mármol grabó la imagen de un cuadro y unas letras en redonda. El nombre original del cuadro, de Nicolas Poussin, era *La felicidad sometida a la muerte*, pero en la actualidad es más conocido como *los pastores de Arcadia II*.

Malone no sabía mucho de Poussin, aunque le sonaba el nombre. Por suerte, en una de las libretas Haddad ofrecía algunos detalles.

Poussin era un hombre atormentado, igual que Bainbridge. Nació en Normandía en 1594, y en los primeros treinta años de su vida no le faltaron las tribulaciones. Padeció de falta de mecenas y sufrió a algunas cortesanas desagradecidas, así como una salud enfermiza y deudas. Ni siquiera trabajar en el techo de la gran galería del Louvre le proporcionó inspiración. Nada cambió hasta que Poussin dejó Francia por Italia en 1642. El viaje, que por lo general habría durado unas semanas, le llevó al pintor casi seis meses. Una vez en Roma Poussin empezó a pintar con un estilo y una confianza nuevos, algo que no pasó inadvertido y que pronto le valió el calificativo del artista más célebre de Roma. Muchos especularon que en algún momento del viaje Poussin fue iniciado en un gran secreto. Curiosamente, cuando terminó *Los pastores de Arcadia*, el mecenas que lo encargó, el cardenal Rospigliosi,

futuro papa Clemente IX, decidió no colgar la obra en público, sino mantenerla en sus dependencias. Rospigliosi era un hombre con inclinaciones artísticas al que interesaba lo arcano y lo esotérico. Poseía una extraordinaria biblioteca personal, y los historiadores acabaron llamándolo «el papa librepensador».

En una carta escrita seis años después de que el artista terminara *Los pastores de Arcadia* se encuentra una pista de lo que Poussin pudo vivir. Su autor, un sacerdote hermano del ministro de Hacienda de Luis XIV, pensaba que lo que había sabido por Poussin podía ser de interés para la monarquía francesa. Encontré la carta hace unos años, entre los archivos de la familia Cossé-Brissac:

Él y yo tratamos ciertas cosas que os explicaré gustosamente en detalle, cosas que os darán, a través de monsieur Poussin, ventajas que incluso a los reyes les costaría sobremanera sacarle y que, según él, es posible que nadie más descubra en siglos venideros. Y, lo que es más, tan difíciles son de descubrir estas cosas que nada en esta tierra podría ser mejor ni igualarlas.

Una afirmación contundente... y también desconcertante. Pero lo que Bainbridge levantó en su jardín es más desconcertante incluso. Tras completar *Los pastores de Arcadia*, por alguna razón inexplicable Poussin pintó su imagen inversa, denominada *Los pastores de Arcadia II*. Esto es lo que Thomas Bainbridge escogió para su bajorrelieve de mármol. No el original, sino su copia. Bainbridge era listo, y durante doscientos años su monumento, plagado de simbolismo, permaneció en la oscuridad.

Malone continuó leyendo, su mente perdida en un laberinto de posibilidades. Por desgracia Haddad no desvelaba mucho más. El resto de las notas tenían que ver con el Antiguo Testamento, sus traducciones y sus incoherencias. Ni una palabra sobre eso que Haddad pudo ver que tanto interés había generado. Tampoco incluía mensaje alguno de un Guardián ni detalles sobre la búsqueda de un héroe, tan sólo una breve referencia al final de una de las libretas:

El saloncito de Bainbridge Hall encierra una prueba más de la arrogancia de Bainbridge. Su título es especialmente deliberado: *La epifanía de san Jerónimo*. Fascinante y adecuado, ya que las grandes búsquedas a menudo comienzan con una epifanía.

Ya sabían algo más, pero así y todo había un montón de preguntas sin respuesta. Y Malone había aprendido que lidiar con preguntas que carecían de respuesta era la forma más rápida de embotar el cerebro.

—¿Qué estás leyendo?

Levantó la vista. Pam todavía estaba en la cama, la cabeza en la almohada, los ojos abiertos.

—Lo que dejó George.

Ella se incorporó despacio, se sacudió la modorra y consultó el reloj.

—¿Cuánto tiempo llevo fuera de juego?

—Una hora o así. ¿Qué tal el hombro?

—Dolorido.

—Lo notarás unos días.

Ella estiró las piernas.

—¿Cuántas veces te han disparado, Cotton? ¿Tres?

Él asintió.

—Imposible olvidarlas.

—Tampoco las he olvidado yo. Recuerda que cuidé de ti.

Era verdad.

—Te quería —añadió Pam—. Sé que puede que no lo creas, pero era así.

—Debiste contarme lo de Gary.

—Me heriste con lo que hiciste. Nunca entendí por qué ibas follando por ahí, por qué yo no era suficiente.

—Era joven, estúpido, creído. Fue hace veinte años, por amor de Dios. Y después lo sentí. Intenté ser un buen marido, de veras.

—¿Cuántas mujeres hubo? Nunca me lo dijiste.

Él no iba a mentir ahora.

—Cuatro. Líos de una noche todos ellos. —También él quería saber—: ¿Y tú?

—Sólo uno. Pero lo vi varios meses.

A Malone le dolió.

—¿Lo querías?

—Todo lo que una mujer casada puede querer a alguien que no es su marido.

Él supo lo que quería decir.

—El resultado fue Gary. —Pam parecía luchar contra un interrogante que no paraba de volver del pasado—. Cuando miro a Gary una parte de mí a veces se enfada por lo que hice, Dios me ayude, pero otra parte da gracias. Gary siempre estaba allí. Tú ibas y venías.

—Yo te quería, Pam. Quería ser tu marido. Sentía de verdad lo que hice.

—No era bastante —musitó ella, la mirada fija en el suelo—. Entonces no lo sabía, pero acabé dándome cuenta de que nunca sería bastante. Por eso estuvimos

separados cinco años antes de divorciarnos. Quería salvar nuestro matrimonio, pero luego decidí que no.

—¿Tanto me odiabas?

—No. Me odiaba a mí misma por lo que hice. Me ha llevado años averiguarlo. Te lo dice alguien que sabe: el que se odia a sí mismo tiene muchos problemas. Sólo que no lo sabe.

—¿Por qué no me contaste lo de Gary cuando pasó?

—No merecías saber la verdad. Al menos eso es lo que yo pensaba. Hasta el año pasado no comprendí el error. Tú folleteabas por ahí y yo hice lo mismo, sólo que yo me quedé embarazada. Tienes razón: debí decírtelo hace tiempo. Pero ésta es la voz de la madurez y, como tú has dicho, los dos éramos jóvenes y estúpidos. —Guardó silencio, y él no la atosigó—. Por eso sigo enfadada contigo, Cotton. No puedo despotricar contra mí misma. Pero también por eso acabé contándote lo de Gary. ¿Te das cuenta de que no tenía por qué abrir la boca? ¿Que tú no habrías sabido nada? Pero quería arreglar las cosas, hacer las paces contigo...

—Y contigo misma.

Ella asintió despacio.

—Sobre todo —su voz se quebró.

—¿Por qué fuiste en mi busca en casa de Haddad? Sabías que habría tiros.

—Digamos que fue otro movimiento estúpido.

Pero él sabía que no era cierto. Era hora de decirle la verdad:

—No puedes irte a Atlanta. Un hombre te estaba siguiendo en el aeropuerto. Por eso volví.

Su cara se tornó pensativa.

—Debiste decírmelo.

—Ya.

—¿Por qué me iba a seguir a mí nadie?

—Tal vez por si se presentaba otra oportunidad. Un cabo suelto, quizá, que había que atar.

Vio que ella entendía lo que quería decir.

—¿Quieren matarme?

Malone se encogió de hombros.

—No lo sé, ése es el problema. Todo son suposiciones.

Ella se tumbó de nuevo, al parecer demasiado cansada, dolorida y desconcertada para discutir.

—¿Qué vas a hacer? Haddad ha muerto. Los israelíes deberían irse.

—Eso nos deja el campo libre para encontrar lo que George perseguía. Esa búsqueda del héroe. Dejó este material a propósito, quería que fuésemos por ello.

Ella descansó la cabeza en la almohada.

—No. Quería que fueses tú.

Él la vio hacer una mueca de dolor.

—Iré por hielo para ese hombro. Te aliviará.

—No voy a discutir contigo.

Él se puso en pie, cogió la cubitera vacía y se dirigió a la puerta.

—Me gustaría saber por *qué* vale la pena morir —comentó Pam.

Malone se detuvo.

—Te sorprendería saber por qué poco.

—Creo que llamaré a Gary mientras estás fuera —dijo—. Quiero asegurarme de que está bien.

—Dile que lo echo de menos.

—¿Estará bien allí?

—Henrik cuidará debidamente de él, no te preocupes.

—¿Por dónde vamos a empezar a buscar?

Una buena pregunta. Sin embargo, al ver el contenido de la cartera, al otro extremo de la habitación, supo que sólo había una respuesta.

LONDRES

21:00

Sabre contemplaba la noche a través de la ventana. Su agente, que esperaba en el aeropuerto de Heathrow a que llegara Malone, lo había seguido hasta ese apartamento, ubicado en una sólida manzana de edificios con tejado a dos aguas que sin duda acogía con mimo vidas ordenadas, perfecta rectitud y esmerada intimidad.

Típicamente británico.

Su agente también había oído disparos dentro del edificio y había presenciado un tiroteo entre Malone y otro tipo; una de las balas le había dado a la ex mujer de Malone. Después el agresor había huido, y Malone y su ex habían vuelto a entrar para salir con una cartera de cuero.

Eso había sido horas antes, y desde entonces no había tenido noticias. Claro que la mayor parte de ese tiempo él la había pasado volando de Colonia a Londres, pero así y todo a esas alturas su agente debería haberlo informado.

Estaba cansado, pero cargado de energía, ya que su objetivo cada vez se encontraba más cerca.

Entró fácilmente en el apartamento de George Haddad, preguntándose si éste se hallaría dentro, pero allí no había nadie. Los mapas cubrían las paredes. Con su linterna de bolsillo examinó la extraña colección, pero los lugares —Oriente Próximo— no tenían nada de raro. Muchos de los libros y montones de papeles desordenados también se ocupaban del gran tema: la Biblioteca de Alejandría.

Se había pasado la última hora estudiando el material a la tenue penumbra de su linterna. Se preguntó qué habría sido de Haddad. No cabía duda de que el hombre al que Cotton Malone se había enfrentado en la calle era israelí. Jonah había dejado claro en Rothenburg que unos ejecutores iban camino de Londres. ¿Los habría detenido Malone? ¿Habrían cumplido su misión? ¿Se habría escondido Haddad? Imposible saberlo, ya que su agente había tenido la prudencia de seguir a Malone.

No lo invadió una sensación de triunfo, aunque había logrado dar con Haddad según lo previsto. Sólo esperaba que su agente hubiese hecho igual de bien su trabajo.

Lo había dejado para el final, pero lo siguiente era el ordenador, así que encendió el aparato y echó un vistazo a la pantalla.

Pese al desorden del piso, Haddad guardaba un orden escrupuloso allí.

Sabre abrió unos cuantos archivos.

Haddad había investigado la Biblioteca de Alejandría con sumo detalle, pero

también había estudiado a los Guardianes. Alfred Hermann le había hablado de ellos, y Jonah había rellenado algunos espacios en blanco. No obstante uno de los archivos de Haddad ofrecía más.

... sus orígenes son desconocidos, se han perdido debido al absurdo comportamiento de hombres del pasado, que, impunemente, borraron la memoria humana.

Antes del siglo II el hombre ya dominaba las artes de la guerra y la tortura. En muchas partes del mundo se habían forjado imperios que tenían leyes y ofrecían cierta seguridad. Pero ninguno de esos conceptos protegió a las gentes de sus propios gobernantes. Nació la religión, y los sacerdotes se convirtieron en el aliado voluntarioso de los déspotas. Egipto fue un lugar donde se dio esta parodia. Sin embargo en algún momento del siglo II surgió una orden religiosa egipcia que no sólo rendía culto al poder, sino también a la conservación del conocimiento.

Se creó una tosca forma de monasterio donde se reunían hombres de mentes y propósitos afines. Esos lugares se hallaban aislados adrede y se sabía que eran evitados. Este grupo fue afortunado: sus miembros acabaron siendo empleados y encargados de las dos bibliotecas de Alejandría. Desde estos puestos se tenía acceso a todo, y cuando la raza humana prosperó y perfeccionó la forma de aniquilar al semejante este grupo se replegó en sí mismo.

En un principio se limitaban a copiar textos, pero al final terminaron cometiendo hurtos. El propio volumen de la biblioteca (varios cientos de miles de manuscritos) obligó a tomar ciertas decisiones, pero a lo largo de los trescientos años que siguieron, cuando la biblioteca cayó más aún en desgracia, robar textos se tornó más sencillo, en particular porque no existían inventarios precisos. Para la invasión musulmana del siglo VII los Guardianes ya se habían hecho con gran parte de la Biblioteca de Alejandría. Y entonces desaparecieron, resurgiendo ocasionalmente con el objeto de ofrecer invitaciones a los merecedores del conocimiento.

Sobre siguió leyendo, preguntándose cómo se las habría arreglado George Haddad para obtener una información tan detallada. El palestino parecía una caja de sorpresas.

Un movimiento percibido por el rabillo del ojo puso en alerta sus sentidos. Las sombras cobraron vida, y un bulto se acercó.

Sus manos dejaron el teclado. Por desgracia no llevaba arma alguna. Giró en redondo, dispuesto a pelear.

Una mujer se materializó al resplandor de la pantalla del ordenador: su agente.

—Esa insensatez podría costarte cara —le advirtió él.

—No estoy de humor.

Sabre la contrataba con regularidad para que le echara una mano en Gran Bretaña. Era delgada y de rasgos delicados. Ese día llevaba el negro cabello recogido en una gruesa trenza.

—¿Dónde has estado? —le preguntó él.

—Siguiendo a Malone. Están en un hotel cerca de Hyde Park.

—¿Qué hay de Haddad?

La mujer negó con la cabeza.

—No lo sé. Seguí a Malone. Se arriesgó volviendo aquí (la policía estaba en camino), y salió con una cartera.

Él admiraba su instinto.

—Así y todo hemos de dar con el palestino.

—Volverá, si es que no ha muerto. Estás distinto.

Sabre se había despojado de sus relucientes rizos negros y su descuidada ropa. Ahora tenía el cabello corto, alborotado y pelirrojo. Iba bien vestido, con unos vaqueros y una camisa de loneta bajo una chaqueta de paño. Antes de salir de Alemania había informado al viejo de lo que había averiguado y después había cambiado de aspecto, todo ello parte de un plan muy meditado del que poco sabía Alfred Hermann.

—¿Te parece bien? —quiso saber.

—Me gustaba más el otro.

Él se encogió de hombros.

—Tal vez la próxima vez. ¿Qué está pasando?

—Tengo a alguien vigilando el hotel. Llamarán si Malone se mueve.

—¿Algo más de los israelíes?

—Su hombre salió pitando de aquí.

Sabre echó un vistazo a su alrededor. Quizás esperase a que volviera Haddad, parecía lo más fácil. Estaba claro que necesitaba toda la información del ordenador de Haddad, pero no quería llevarse el aparato: demasiado engorroso. Lo mejor sería hacer una copia, y reparó en una memoria USB que había entre el revoltijo. La cogió y la introdujo en un puerto USB.

Comprobó la memoria: vacía.

Unos cuantos clicks de ratón y había copiado todos los archivos del disco duro.

Entonces vio algo más, detrás de la pantalla: una red roja minúscula.

Miró con más atención entre los papeles y descubrió una grabadora de bolsillo en la mesa. La levantó y no vio ninguna diferencia en la capa de polvo que recubría el tablero de madera, lo que significaba que habían dejado allí la grabadora no hacía

mucho. La cinta se había terminado, pero el aparato seguía encendido.

Rebobinó.

Su agente guardaba silencio.

Le dio al *play*.

Allí estaba grabado todo el encuentro entre Malone, Haddad y, más tarde, los israelíes. Escuchó asombrado el asesinato de Haddad. Lo último que oyó fue la intención de Cotton Malone de «matar a ese hijo de perra».

Apagó la grabadora.

—¿Haddad ha muerto? —dijo la mujer—. ¿Lo han matado aquí? ¿Y su cuerpo?

—Supongo que los israelíes lo limpiaron todo antes de que la policía llegara.

—Y ahora ¿qué?

—Tenemos a Malone. Veamos adonde nos lleva.

Malone salió de la habitación y recorrió el pasillo. Antes había visto un dispensador de hielo, lo cual era sorprendente. Por lo visto los hoteles europeos cada vez se veían más invadidos por las comodidades norteamericanas.

Estaba enfadado consigo mismo por haber puesto a Pam en peligro. Pero, en aquel momento, ¿qué opciones tenía? No podía dejarla en Heathrow con un tipo siguiéndola. Y ¿quién sería? ¿Tendría algo que ver con los que se habían llevado a Gary? Parecía lógico. Con todo, lo que sabía era bien poco.

Los israelíes habían reaccionado con prontitud cuando Haddad comunicó que estaba vivo. Sin embargo Pam tenía razón: con Haddad muerto, sus intereses estaban a salvo. Su problema se había resuelto. Pero era a Pam a quien habían seguido, no a él.

¿Por qué?

Encontró el dispensador y descubrió que no funcionaba. Aunque el compresor giraba no salía hielo. «Como en casa», pensó.

Empujó la puerta que daba a las escaleras y bajó un piso.

Allí el dispensador estaba lleno de hielo. Y empezó a llenar la cubitera en aquel rincón.

Oyó un portazo en una de las habitaciones y luego voces. Aún estaba cogiendo hielo cuando dos hombres pasaron ante el hueco, hablando nerviosamente.

Dio media vuelta para marcharse y vio el perfil de uno de ellos, además de su cuerpo huesudo y su piel quemada por el sol.

El larguirucho de Heathrow.

Allí, un piso por debajo del de ellos.

Se escondió bien en el recoveco, asomó la cabeza y vio que aquellos tipos entraban en el ascensor.

Iban arriba.

Salió disparado hacia las escaleras y subió corriendo. Abrió la puerta justo cuando sonaba el ascensor y los tipos salían.

Se despegó de la puerta y echó una ojeada al pasillo con sumo cuidado: uno de los hombres cogía del suelo una bandeja del servicio de habitaciones usada y la sostenía con una mano; el otro sacaba un revólver de cañón corto. Iban directos a la habitación donde esperaba Pam.

Se maldijo. El arma de Haddad estaba en una mesa de la habitación, no la llevaba consigo.

Muy inteligente... Tendría que improvisar.

Los hombres se detuvieron ante la puerta. El que empuñaba el arma llamó y después se hizo a un lado; el otro fingía ser camarero, la bandeja bien alta, en equilibrio sobre una mano.

Llamó de nuevo.

Tal vez Pam siguiera hablando por teléfono con Gary, lo cual le daría a él el instante que necesitaba.

—Servicio de habitaciones —oyó decir al hombre.

A diferencia de los hoteles norteamericanos, en los que había mirilla, los británicos no solían tenerla, y ése no era una excepción. Sólo esperaba que Pam no fuera tan tonta como para abrir.

—Tengo algo para usted —insistió el hombre.

Pausa.

—Lo ha pedido un caballero.

Maldita sea: ella podía creer que él había pedido algo mientras dormía. Tenía que actuar. Levantó la cubitera de hielo para ocultar su rostro y echó a andar por el pasillo.

—Es para esta habitación —explicaba el tipo.

Malone oyó que los cierres se abrían.

Se asomó por la cubitera y vio que el que iba armado reparaba en él. Se guardó el arma en el acto, y Malone sacó partido de ese momento de distracción: arrojó hielo y cubitera al rostro del que iba armado y, acto seguido, su puño derecho se estrelló contra la mandíbula del que llevaba la bandeja. Sintió que un hueso se rompía y el hombre cayó al suelo, al igual que la bandeja.

El que había recibido los cubitos de hielo se recuperó y ya levantaba el arma cuando Malone le asestó dos golpes en la cabeza y le clavó una rodilla en el pecho.

El hombre se desplomó y se quedó inmóvil.

La puerta de la habitación se abrió, y Pam clavó la vista en él.

—¿Por qué abres? —le preguntó Malone.

—Creí que habías pedido algo de comer.

Malone cogió el arma y se la metió en el cinturón.

—¿Sin decirte nada?

Registró de prisa a ambos hombres, pero no encontró ningún documento que los identificara.

—¿Quiénes son? —inquirió Pam.

—Ése es el que te seguía en el aeropuerto.

Cogió al larguirucho por los brazos y lo metió a rastras en la habitación. Después agarró al otro por las piernas e hizo lo mismo.

—Nunca haces lo que debes.

Malone cerró la puerta de un puntapié.

—Tenía hambre.

—¿Cómo está Gary?

—Bien, pero no tuve tiempo de decirle gran cosa.

Uno de los hombres empezó a gemir. Pronto recobrarían el sentido. Malone echó mano de la cartera de cuero y el arma de Haddad.

—Vamos.

—¿Nos marchamos?

—A menos que quieras estar aquí cuando despierten.

Vio que la idea no era del agrado de Pam.

—Tienes un arma —le recordó ésta.

—Que no tengo intención de usar. Esto no es el Oeste. Estamos en un hotel, con gente, así que seamos listos y vayámonos. Hay muchos más hoteles en esta ciudad.

Salieron de la habitación y entraron aprisa en el ascensor. Bajaron y salieron a una noche heladora. Malone echó un vistazo a su alrededor y concluyó que sería difícil saber si los seguían. Sencillamente había demasiado terreno que cubrir. La estación de metro más próxima se encontraba a dos manzanas, así que se encaminó hacia ella, bien alerta.

Su cerebro bullía.

¿Cómo había dado con ellos el tipo de Heathrow? Más preocupante incluso: ¿cómo sabía el que fingía ser camarero que él no se hallaba en la habitación?

«Lo ha pedido un caballero.»

Se encaró con Pam mientras andaban.

—Antes de abrir, ¿le dijiste a ese tipo que no habías pedido nada?

Ella asintió.

—Entonces fue cuando dijo que habías sido tú.

No del todo correcto. Había dicho que lo había pedido «un caballero».

¿Habría acertado de casualidad?

Ni de coña.

WASHINGTON, DC
21:00

Stephanie guió a Cassiopeia por el tranquilo barrio. Se habían pasado las últimas horas escondidas en las afueras. Ella había efectuado una llamada a la central del Billet desde un teléfono de un restaurante llamado Cracker Barrel y se había enterado de que Malone no se había puesto en contacto con ellos. A diferencia de la Casa Blanca: el despacho de Larry Daley había llamado tres veces, Stephanie le había indicado a su personal que dijera que lo llamaría en cuanto pudiese. Exasperante, lo sabía. Pero que Daley se preguntara si la próxima vez que viera su jovial rostro no sería en la CNN, y en directo. Ese temor debería bastar, por ahora, para tener bajo control al viceconsejero de Seguridad Nacional. Heather Dixon y los israelíes eran harina de otro costal.

—¿Adonde vamos? —preguntó Cassiopeia.

—A ocuparnos de un problema.

El vecindario rebosaba una arquitectura *beaux arts* que, como sabía, había gozado de popularidad entre los industriales del siglo XIX que poblaron por vez primera aquellas avenidas bordeadas de árboles. Casas adosadas de estilo colonial y caminos adoquinados no hacían sino aumentar la sensación de riqueza.

—No soy uno de tus agentes —aclaró Cassiopeia—. Me gusta saber en qué me meto.

—Puedes irte cuando quieras.

—Buen intento. No te librarás de mí tan fácilmente.

—Entonces deja de hacer preguntas. ¿Interrogas así a Thorvaldsen?

—¿Por qué no te cae bien? En Francia siempre lo estabas atacando.

—Mira cómo estoy, Cassiopeia: Cotton anda metido en un lío, los míos me quieren muerta, los israelíes y los saudíes me persiguen. ¿Te parece normal que me caiga bien alguien?

—Eso no responde mi pregunta.

No lo hacía, pero no podía decir la verdad: que debido a la relación que Thorvaldsen mantenía con su difunto marido aquél conocía sus puntos fuertes y débiles, y a su lado se sentía vulnerable.

—Digamos que él y yo nos conocemos demasiado.

—Henrik está preocupado por ti, por eso me pidió que viniera. Presentía que tendrías problemas.

—Y se lo agradezco, pero eso no significa que tenga que caerme bien.

Divisó la casa, una más de las muchas residencias de ladrillo simétricas, con tallas, porche y tejado abuhardillado. Sólo había luz en las ventanas de abajo. Escudriñó la calle.

Seguía tranquila.

—Sígueme.

Alfred Hermann casi nunca dormía. Había programado su mente hacía tiempo para que funcionara con menos de tres horas de descanso.

No era lo bastante mayor para haber luchado en la Segunda Guerra Mundial, pero albergaba vividos recuerdos de los nazis desfilando por las calles de Viena. En las décadas que siguieron combatió activamente a los soviéticos y cuestionó los regímenes títere que dominaron Austria. El dinero de Hermann venía del tiempo de los Habsburgo y había conseguido sobrevivir a dos siglos de política inestable. A lo largo de los últimos cincuenta años la fortuna de la familia se había multiplicado por diez, y gran parte de ese éxito era atribuible a la Orden del Vellochino de Oro. Relacionarse íntimamente con un grupo tan selecto del mundo entero tenía unas ventajas de las que ni su padre ni su abuelo disfrutaron. Sin embargo, estar a su frente proporcionaba unos beneficios aún mayores.

No obstante el ejercicio de su cargo tocaba a su fin.

A su muerte su hija lo heredaría todo. Y la idea no era reconfortante. Cierto, se parecía a él en ciertos aspectos: era audaz y decidida, valoraba el pasado y codiciaba, con un entusiasmo similar al suyo, el bien humano máspreciado: el conocimiento. Pero aún estaba sin pulir, a medio hacer. Y él tenía miedo de que no pasara de ahí.

Miró con fijeza a su hija, que, como él, dormía poco. La había llamado Margarete, como su madre. La chica admiraba la maqueta de la Biblioteca de Alejandría.

—¿La encontraremos? —preguntó en voz queda.

Él se acercó.

—Creo que Dominick está cerca.

Ella lo miró con sus entusiastas ojos grises.

—Sabre no es de fiar. Ningún norteamericano lo es.

Ya habían discutido eso antes.

—No me fío de nadie.

—¿Ni siquiera de mí?

Él sonrió. También habían discutido eso antes.

—Ni siquiera de ti.

—Sabre tiene demasiada libertad.

—¿Por qué lo envidias? Le damos tareas difíciles. No se puede hacer eso y

esperar que trabaje como nosotros queramos.

—Es un problema, con su ingenuidad norteamericana y demás, sólo que tú no lo sabes.

—Es un hombre decidido. Necesita un objetivo, y nosotros se lo proporcionamos. A cambio trabaja en pro de nuestros objetivos.

—Últimamente me da en la nariz que se esfuerza mucho por disimular su ambición, pero está ahí. Sólo hay que prestar atención.

Al anciano se le ocurrió mofarse de ella.

—¿No te sentirás atraída por él?

Ella se burló de la pregunta.

—Eso nunca ocurrirá. A decir verdad lo despediré en cuanto tú faltes.

Le sorprendió que su hija diera por sentado que heredaría todo lo que él poseía.

—No hay garantía alguna de que vayas a ser la Silla Azul. Esa elección la realizan las Sillas.

—Entraré a formar parte del Círculo, te lo aseguro. De ahí a donde tú estás no hay más que un paso.

Sin embargo él no estaba tan seguro. Sabía de los contactos de Margarete con las otras cuatro Sillas. Lo cierto es que él los había alentado a modo de prueba. Su riqueza superaba con mucho la del resto en edad, cantidad y alcance. Entidades financieras controladas por él poseían fuertes vínculos con numerosos miembros, incluidas tres de las Sillas. Ninguna de ellas querría que las demás conocieran esa vulnerabilidad, y el precio de su silencio siempre había sido la lealtad de los miembros. Él había manejado sus debilidades durante décadas, pero los intentos de su hija no habían sido convincentes. De manera que procedía hacer una advertencia:

—Cuando yo falte, es verdad, Dominick tendrá que ocuparse de ti, al igual que tú de él. Pero no tengas tanta prisa: hombres como él, con escasos sentimientos, ningún sentido ético y un corazón osado, es posible que te sean valiosos.

Esperó que ella estuviese escuchando, pero se temió, como siempre, que sus oídos continuaran taponados. Su madre había muerto cuando ella tenía ocho años y en su juventud parecía su viva imagen —«de su misma costilla», como gustaba de decir ella—, pero los años no habían hecho germinar tan tierna promesa. Su educación había empezado en Francia, continuado en Inglaterra y finalizado en Austria, y su experiencia empresarial se había pulido en las salas de juntas de las numerosas empresas de su padre.

Sin embargo los informes de éstas no habían sido alentadores.

—¿Qué harías si encontrases la biblioteca? —quiso saber ella.

Él ocultó su regocijo. Por lo visto su hija no quería seguir hablando ni de Sabre ni de ella.

—Resulta inimaginable pensar en las grandes ideas que encerrará.

—Te oí hablar de ellas ayer. Cuéntame más.

—Ah, el mapa de Piri Reis, de 1513, que se encontró en Estambul. Hablaba de eso. No sabía que escucharas.

—Siempre lo hago.

Él sonrió. Los dos sabían que no era así.

—Le contaba al canciller que el mapa lo dibujó en una piel de gacela un almirante turco que en su día fue pirata. Está lleno de increíbles detalles. Se ve el litoral suramericano, aunque los navegantes europeos aún no habían trazado el mapa de esa región. También aparece el continente antártico, mucho antes de que se cubriera de hielo. Sólo recientemente, mediante un georadar, hemos podido definir el contorno de esa costa. Sin embargo la representación de 1513 es tan buena como la nuestra. En el mapa, el cartógrafo hizo constar que utilizaba cartas de la época de Alejandro Magno, el de los dos cuernos, como decían en Asia. ¿Te lo imaginas? Tal vez navegantes de la Antigüedad visitaran la Antártida hace miles de años, antes de que el hielo se acumulara, y dejaron constancia de lo que vieron.

El cerebro de Hermann se planteaba qué otras cosas se habrían perdido en los ámbitos de la matemática, la astronomía, la geometría, la meteorología y la medicina.

—El conocimiento del que no queda constancia o se olvida o se embrolla hasta quedar irreconocible. ¿Has oído hablar de Demócrito? Suya es la noción de que todas las cosas estaban compuestas de un número finito de partículas discretas. En la actualidad las llamamos átomos, pero él fue el primero en mencionar su existencia y formular la teoría atómica. Escribió setenta libros (lo sabemos por otras referencias), pero no ha sobrevivido uno solo. Y pasaron siglos antes de que a otros hombres, en otras épocas, se les ocurriera lo mismo.

»Casi nada de lo que escribió Pitágoras ha perdurado. Maneto contó la historia de Egipto: ha desaparecido. ¿Y Galeno, el gran médico romano? Escribió quinientos tratados de medicina, de los cuales sólo conservamos fragmentos. Aristarco de Samos creía que el sol no la tierra, era el centro del universo. Pero Copérnico, que vivió diecisiete siglos más tarde, es el hombre al que la historia atribuye dicha revelación.

Le vinieron a la cabeza más nombres: Eratóstenes y Estrabón, geógrafos; Arquímedes, físico y matemático; Zenódoto y su gramática; el poeta Calimaco; Tales, el primer filósofo.

Todas sus ideas se habían esfumado.

—Siempre ha sido lo mismo —añadió—. El conocimiento es lo primero que se erradica cuando se llega al poder. La historia lo ha demostrado una y otra vez.

—Entonces ¿qué es lo que teme Israel? —preguntó ella.

Su padre sabía que al final Margarete intentaría que él abordara ese tema.

—Tal vez sea más miedo que realidad —apuntó su hija—. Cambiar el mundo resulta difícil.

—Pero puede hacerse. Hombres —se detuvo brevemente— y mujeres llevan siglos haciéndolo. Y la violencia no siempre ha ocasionado los cambios más colosales. Con frecuencia las responsables han sido simples palabras. La Biblia básicamente cambió al género humano, igual que el Corán. O la Constitución norteamericana. Miles de millones de personas rigen su vida por esas palabras, La sociedad se ha visto modificada por ellas. No son tanto las guerras, sino los tratados que siguen los que en verdad modifican el curso de la historia. El Plan Marshall cambió el mundo mucho más que la Segunda Guerra Mundial. Las palabras son las verdaderas armas de destrucción masiva.

—Has eludido mi pregunta —observó ella en broma, con un tono que le recordó a su esposa, fallecida hacía tiempo.

—¿Qué es lo que teme Israel? —repitió él.

—¿Por qué no me lo quieres decir?

—Quizá no lo sepa.

—Lo dudo.

Su padre se planteó contárselo todo, pero no había sobrevivido siendo tonto. La indiscreción había propiciado la caída de más de un triunfador.

—Digamos simplemente que siempre cuesta aceptar la verdad. A las gentes, a las civilizaciones e incluso a las naciones.

Stephanie entró en el jardín trasero y le sorprendió su cuidado aspecto. Abundaban las flores: vistosas áster, kirengeshoma, varas de oro, pensamientos y crisantemos. Una terraza mostraba muebles de hierro forjado, con más flores brotando de decorativas macetas.

Llevó a Cassiopeia hasta el grueso tronco de un alto arce, uno de los tres majestuosos árboles que daban sombra al jardín.

Consultó el reloj: 21:43.

Había llegado hasta allí movida por una mezcla de ira y curiosidad, pero el siguiente paso suponía cruzar la línea.

—Prepara esa pistola de aire —susurró.

Su compañera introdujo un dardo en la recámara.

—Espero que tomes nota de mi ciega obediencia a esta estupidez.

Ella sopesó el próximo movimiento.

Irrumpir en la casa sin duda era una opción; Cassiopeia poseía la habilidad necesaria. Pero llamar a la puerta sin más también funcionaría. A decir verdad le gustaba esa idea. Sin embargo, sus siguientes pasos quedaron marcados cuando la puerta de atrás se abrió y un bulto se dio un paseo entre las esbeltas columnas que sostenían una delgada arquería. La alta figura llevaba un albornoz anudado a la cintura, los pies enfundados en unas zapatillas que raspaban la terraza.

Stephanie señaló el arma y luego al hombre, y Cassiopeia apuntó y disparó.

Un ruido seco, y un silbido acompañó la trayectoria del dardo. El proyectil acertó al hombre, que pegó un grito mientras se llevaba la mano al hombro. Pareció toquetear el dardo y a continuación abrió la boca y cayó al suelo.

Stephanie corrió hacia él.

—Vaya, si que es rápido esto.

—De eso se trata. ¿Quién es?

Ambas miraron fijamente al hombre.

—Felicidades. Acabas de dispararle al fiscal general de Estados Unidos. Ahora ayúdame a meterlo en la casa.

JUEVES, 6 DE OCTUBRE

LONDRES

3:15

Sabre llevaba las últimas tres horas examinando lo que había copiado en su portátil del ordenador de George Haddad.

Y estaba pasmado.

Sin duda la información era la misma que le habría sacado al palestino, y sin el fastidio de tener que obligarlo a hablar. Al parecer Haddad había estado años investigando la Biblioteca de Alejandría, además de los míticos Guardianes, reuniendo una impresionante colección de datos.

Toda una serie de archivos tenía que ver con un conde inglés llamado Thomas Bainbridge, de quien había oído hablar a Alfred Hermann. Según Haddad, a finales del siglo XVIII Bainbridge visitó la Biblioteca de Alejandría y después escribió una novela sobre su experiencia que, de acuerdo con las notas, encerraba pistas sobre la ubicación de dicha biblioteca.

¿Había encontrado un ejemplar Haddad?

¿Era eso lo que se había llevado Malone?

Luego estaba la ancestral propiedad de Bainbridge, al norte de Londres. Al parecer Haddad había ido varias veces y creía que allí había más pistas, en particular en un cenador de mármol y algo llamado *La epifanía de san Jerónimo*. Sin embargo no había detalles que explicaran la importancia de ninguna de las dos cosas.

Después estaba la «búsqueda del héroe».

Una hora antes había dado con un relato de lo que había sucedido hacía cinco años en la Orilla Occidental, en el hogar de Haddad. Leyó las notas con interés y ahora repasaba mentalmente los sucesos con nerviosismo.

—¿Estás diciendo que la biblioteca aún existe? —le preguntó Haddad al Guardián.

—La hemos protegido durante siglos, hemos salvado lo que se habría perdido debido a la ignorancia y la codicia.

Haddad hizo un gesto con el sobre que su invitado le había dado.

—¿La búsqueda del héroe muestra el camino?

El hombre asintió.

—Para quienes comprenden, el sendero será evidente.

—¿Y si yo no entiendo?

—En tal caso no volveremos a vernos.

Él sopesó las posibilidades y repuso:

—Temo que lo que quiero saber sería mejor que continuara escondido.

—¿Por qué dice eso? No hay que temer al conocimiento. Estoy familiarizado con su trabajo. Yo también estudio el Antiguo Testamento, por eso me escogieron como Guardián. —El rostro del más joven se iluminó—. Poseemos fuentes que ni siquiera imagina: textos originales, correspondencia, análisis. De hombres que vivieron hace tiempo que sabían mucho más que usted y que yo. Mi dominio del hebreo antiguo no está a su altura. Verá, para un Guardián existen niveles de maestría, y el único modo de ascender es mediante los logros. Al igual que usted, me fascina la interpretación cristiana del Antiguo Testamento, la forma en que ha sido manipulado. Quiero saber más, y usted, señor, puede enseñarme.

—¿Y aprender le ayudará a ascender?

—Siempre que su teoría suponga un gran logro para ambos.

De manera que abrió el sobre.

Sabre bajó hasta donde se desvelaba lo que contenía el sobre. Por lo visto Haddad había escaneado el documento y lo había volcado al ordenador. Las palabras estaban escritas con una letra masculina muy inclinada, en latín. Por suerte, el árabe había traducido el mensaje. Sabre leyó la búsqueda del héroe, el supuesto camino que conducía a la Biblioteca de Alejandría.

Cuan extraños son los manuscritos, gran viajero de lo desconocido. Aparecen por separado, pero parecen uno a quienes saben que los colores del arco iris se tornan una única luz blanca. ¿Cómo encontrar ese único rayo? Es un misterio, pero ve a la capilla que hay junto al Tajo, en Belém, consagrada a nuestro santo patrón. Comienza el viaje en las sombras y térmalo en la luz, donde un astro que retrocede halla una rosa, atraviesa una cruz de madera y convierte la plata en oro. Encuentra el lugar de la dirección sin lugar, donde se encuentra otro lugar. Después, como los pastores del pintor Poussin, desconcertados por el enigma, serás bañado por la luz de la inspiración. Reorganiza las catorce piedras y después sírvete de la escuadra y el compás para dar con el camino. A mediodía siente la presencia de la luz roja, ve enrojecer de ira el anillo infinito de la serpiente. Pero cuidado con las letras. El peligro amenaza a quien llega a gran velocidad. Si tu rumbo es certero, la ruta será segura.

Sabre meneó la cabeza. Acertijos. No eran su fuerte. Y no tenía tiempo para pelearse con ellos. Había examinado cada uno de los archivos del ordenador, pero Haddad no había descifrado el mensaje.

Y eso era un problema.

Él ni era historiador ni lingüista ni un estudioso de la Biblia. Alfred Hermann era el supuesto experto, pero Sabre se preguntó cuánto sabría en realidad el austríaco. Los dos eran unos oportunistas que intentaban sacar el máximo partido de una situación única.

Sólo que por diferentes motivos.

Hermann trataba de forjar un legado, imprimir su sello en la Orden del Vellochino de Oro. Tal vez incluso facilitar la ascensión al poder de Margarete. Dios sabía que la chica necesitaba ayuda. Él sabía que la hija lo eliminaría cuando Hermann no estuviera. Pero si era capaz de adelantarse a ella, ir un paso por delante, permanecer fuera de su alcance, tal vez saliera airoso. Quería un pase, con todos los gastos pagados, a lo más alto: un asiento en la mesa, poder de negociación para ser un miembro de la Orden del Vellochino de Oro con todas las de la ley. Si la desaparecida Biblioteca de Alejandría albergaba lo que Alfred Hermann le había dicho que podía albergar, poseerla valía más que cualquier fortuna familiar.

Su móvil sonó.

La pantalla de cristal líquido le indicó que era su agente. Ya era hora. Lo cogió.

—Malone se ha puesto en marcha —informó—. Y tempranito. ¿Qué quieres que haga?

—¿Adonde ha ido?

—Ha cogido el metro en la estación Victoria y luego un tren al norte.

—¿Llega a Oxfordshire?

—Pasa por allí.

Por lo visto a Malone también le picaba la curiosidad.

—¿Has organizado la ayuda extra, como te pedí?

—Están aquí.

—Espera en la estación. Voy para allá.

Colgó.

Era hora de empezar con la fase siguiente.

Stephanie le arrojó a Brent Green un vaso de agua a la cara. Habían arrastrado su laxo cuerpo hasta la cocina y lo habían atado a una silla con cinta de embalar que Cassiopeia encontró en un cajón. El fiscal general salió de la inconsciencia y se sacudió el líquido de los ojos.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Stephanie.

Green no había vuelto en sí del todo, de manera que ella lo ayudó con otra

rociada.

—Ya basta —protestó Green, los ojos bien abiertos, el rostro y el albornoz empapados—. Supongo que tendrás un buen motivo para haber infringido tantas leyes federales.

Las palabras le salieron con lentitud, con el tono del director de una funeraria, ambas cosas normales tratándose de Green. Ella nunca lo había oído hablar ni rápido ni alto.

—Dímelo tú, Brent. ¿Para quién trabajas?

Green se miró las ataduras de las muñecas y los tobillos.

—Y yo que pensaba que nuestra relación estaba avanzando.

—Lo estaba hasta que me traicionaste.

—Stephanie, llevan años diciéndome que eres una bomba de relojería, pero siempre he admirado tu personalidad. Sin embargo empiezo a entender la queja.

Ella se acercó.

—No me fiaba de ti, pero te encaraste con Daley y pensé que quizá, sólo quizá, me hubiese equivocado.

—¿Tienes idea de lo que pasaría si el personal de seguridad se pasara a ver cómo estoy? Lo cual, dicho sea de paso, hace cada noche.

—Buen intento. Los despediste hace meses. Dijiste que no era necesario a menos que el nivel de amenaza aumentara, y no es el caso en este momento.

—Y ¿cómo sabes que no pulsé el botón de emergencia antes de que me derribarais en la terraza?

Ella se sacó del bolsillo el transmisor que llevaba.

—Yo pulsé el mío en los jardines, Brent, y ¿sabes lo que pasó? Nada.

—Tal vez ahora sea distinto.

Sabía que Green, al igual que todo el personal superior de la Administración, contaba con un dispositivo de emergencia que transmitía una señal en el acto a un equipo de seguridad cercano o al centro de mando del servicio secreto. También podía actuar de dispositivo de seguimiento.

—Observé tus manos —afirmó ella—. Vacías las dos. Estabas demasiado ocupado intentando averiguar qué te había picado.

El rostro de Green se endureció, y clavó la vista en Cassiopeia.

—¿Usted me disparó?

Ella hizo una graciosa reverencia.

—A su servicio.

—¿Qué sustancia química contiene?

—Un agente de efecto rápido que conseguí en Marruecos. Rápido, indoloro, efímero.

—Doy fe. —Green se volvió hacia Stephanie—. Ésta debe de ser Cassiopeia Vitt.

Conoció a tu marido, Lars, antes de que se suicidara.

—¿Cómo demonios sabes eso? —Ella no había mencionado lo sucedido a nadie en ese lado del océano Atlántico. Sólo Cassiopeia, Henrik Thorvaldsen y Malone lo sabían.

—Pregúntame lo que has venido a preguntar —dijo Green con tranquila determinación.

—¿Por qué me retiraste la seguridad? Me dejaste con el culo al aire ante los israelíes. Dime que lo hiciste.

—Lo hice.

La confesión la sorprendió. Estaba demasiado acostumbrada a oír mentiras.

—¿A sabiendas de que los saudíes intentarían matarme?

—Eso también lo sabía.

La ira se agolpó en su interior, y Stephanie reprimió el impulso de arremeter contra él y se limitó a decir:

—Estoy esperando.

—Señorita Vitt —dijo Green—, ¿está usted disponible para cuidar de esta mujer hasta que esto termine?

—¿Qué demonios te importa? —espetó Stephanie—. Tú no eres mi niñera.

—Alguien tiene que serlo. Llamar a Heather Dixon no fue muy inteligente.

No estás usando la cabeza.

—Como si me hiciera falta que me lo dijeras tú.

—Mírate. Aquí estás, agrediendo a la máxima autoridad policial de Estados Unidos con escasa o nula información. Tus enemigos, por otra parte, tienen acceso a gran cantidad de información, que están utilizando en su provecho.

—¿De qué demonios estás hablando? Y no has respondido mi pregunta.

—Es verdad, no lo he hecho. Querías saber por qué te retiré la seguridad. La respuesta es sencilla: me pidieron que lo hiciera y yo lo hice.

—¿Quién te lo pidió?

Los ojos de Green la examinaron con la mirada serena de un buda.

—Henrik Thorvaldsen.

BAINBRIDGE HALL, INGLATERRA

5:20

Malone admiró el cenador de mármol del jardín. Habían recorrido en tren unos veinte kilómetros desde Londres y luego habían tomado un taxi a Bainbridge Hall, que no se hallaba muy lejos. Malone se había leído todas las notas que Haddad había metido en la cartera y había hojeado la novela, intentando entender lo que estaba ocurriendo, recordando todas las conversaciones que él y Haddad habían mantenido a lo largo de los años. Sin embargo, había llegado a la conclusión de que su viejo amigo se había llevado a la tumba lo más importante.

Sobre ellos se alzaba un cielo aterciopelado. Una corriente de frío aire nocturno lo dejó helado. La cuidada hierba se extendía desde el jardín en un mar de peltre, las matas y los arbustos proveían islas en sombra. En una fuente próxima el agua borboteaba. Había decidido que la mejor forma de enterarse de algo era yendo antes de que amaneciera, y el conserje del hotel le había proporcionado una linterna.

Los jardines no estaban vallados y, hasta donde alcanzaba la vista, carecían de alarmas. La casa en sí, suponía, sería otra cuestión. Por lo que había leído en las notas de Haddad, la propiedad era un museo de poca importancia, uno de los cientos que poseía la corona británica. Varias de las habitaciones de la planta baja de la mansión se hallaban iluminadas, y a través de unos cristales sin cortinajes Malone distinguió lo que parecía ser una brigada de limpieza.

Su atención volvió a centrarse en el cenador.

El viento agitó los árboles y luego empujó las nubes. La luz de la luna se esfumó, pero los ojos de Malone ya estaban completamente acostumbrados a aquel fantasmagórico manto.

—¿Vas a decirme qué es esto? —inquirió Pam. Durante el viaje había estado inusitadamente callada.

Él dirigió la luz a la imagen grabada en el mármol.

—Es de un cuadro llamado *Los pastores de Arcadia II*. Thomas Bainbridge se tomó muchas molestias para que lo grabaran.

Le contó lo que Haddad había escrito sobre la imagen y después se sirvió del haz de luz para encontrar las letras de debajo.

D O.U.O.S.V.A.V.V. M

—¿Qué dijo de esas letras? —quiso saber Pam.

—Ni una palabra. Sólo que éste era un mensaje y que hay más en la casa.

—Lo que seguro explica por qué estamos aquí a las cinco de la mañana.

Él captó su irritación.

—No me gusta el jaleo.

Pam acercó los ojos al cenador.

—Me preguntó por qué separó la «d» y la «m» así.

Malone no tenía idea, pero había algo que sí sabía: la pastoril escena de *Los pastores de Arcadia II* representaba a una mujer que observaba a tres pastores reunidos en torno a un sepulcro de piedra, cada uno de los cuales señalaba unas letras grabadas: «*ET IN ARCADIA EGO.*» Sabía cuál era la traducción: Y yo en Arcadia.

Una enigmática inscripción que no tenía mucho sentido. Sin embargo había visto esas palabras antes. En Francia. En un códice del siglo XVI que describía lo que los templarios habían llevado a cabo en secreto meses antes de que fuesen arrestados en masa, en octubre de 1307.

«*Et in arcadia ego.*»

El anagrama de «*I tego arcana dei*»: Yo oculto los secretos de Dios.

Le habló a Pam de la frase.

—No lo dirás en serio —repuso ella.

Él se encogió de hombros.

—Sólo te digo lo que sé.

Tenían que examinar la casa. Escudriñó la planta baja desde el jardín, a una distancia prudencial, tras unos imponentes cedros. Las luces se encendían y apagaban a medida que los encargados de la limpieza hacían su trabajo. Las puertas de la terraza trasera estaban abiertas, sujetas por sillas. Vio que un hombre salía con dos bolsas de basura, que arrojó en un montón. Y luego desapareció dentro.

Malone consultó su reloj: las 5:40.

—No debe de faltarles mucho —dedujo—. Cuando se hayan ido tendremos un par de horas. Este sitio no abre hasta las diez. —Lo sabía por un letrero que había visto cerca de la entrada principal.

—No es preciso que te diga que esto es una estupidez.

—Siempre quisiste saber cómo me ganaba la vida, y nunca pude contártelo. Alto secreto y toda esa mierda. Es hora de que lo averigües.

—Me gustaba más cuando no sabía nada.

—No me lo creo. Recuerdo lo mucho que te sacaba de quicio.

—Al menos no tenía ninguna herida de bala.

Él sonrió.

—El rito iniciático. —Acto seguido la invitó a avanzar—. Tú primero.

Sabre vio que los bultos de Cotton Malone y su ex mujer se fundían con los árboles de Bainbridge Hall. Malone había ido directo a Oxfordshire. Bien. Todo se basaba en la curiosidad del ex agente. Su agente también había cumplido con su cometido: había contratado a los tres hombres que él había pedido y le había entregado a él un arma.

Respiró hondo unas cuantas veces y agradeció el fresco aire nocturno. Después se sacó la Sig Sauer del bolsillo de la chaqueta.

Había llegado la hora de reunirse con Cotton Malone.

Malone se aproximó a la puerta abierta, se situó a uno de los lados, al amparo de las sombras, y echó un vistazo dentro.

La habitación que había al otro lado era un recargado salón. Del abovedado techo caía una cascada de brillante luz que iluminaba el mobiliario dorado y las paredes revestidas de madera a las que daban vida tapices y cuadros. No había nadie a la vista, pero oyó el ronroneo de una enceradora y una atronadora radio más allá de los arcos.

A una señal de Malone entraron ambos.

Él no sabía cuál era la distribución de la casa, pero un letrero le dijo que se encontraba en la Sala Apolo. Recordó lo que Haddad había escrito: «El saloncito de Bainbridge Hall encierra una prueba más de la arrogancia de Bainbridge. Su título es especialmente deliberado: *La epifanía de san Jerónimo*. Fascinante y adecuado, ya que las grandes búsquedas a menudo comienzan con una epifanía.»

De modo que tenían que encontrar el saloncito.

Llevó a Pam hasta una de las salidas, que daba a un recibidor que tenía las líneas majestuosas del crucero de una catedral, los arcos uno tras otro. Curioso el brusco cambio de estilo y arquitectura. Una luz más tenue difuminaba los contornos de los muebles, convirtiéndolos en sombras grises. Bajo uno de los arcos distinguió un busto.

Cruzó el piso de mármol, tratando de no hacer ruido con sus suelas de goma, y descubrió el retrato de Thomas Bainbridge. El rostro, de mediana edad, estaba lleno de surcos y bolsas, la mandíbula apretada, la nariz picuda, los ojos fríos y entrecerrados. Por lo que había leído en las notas de Haddad, al parecer Bainbridge era un erudito en ciencias y literatura, así como un coleccionista: adquiría arte, libros y esculturas con criterio. También había sido un aventurero: había viajado a Arabia y Oriente Próximo en una época en que ambos lugares eran tan conocidos en Occidente como la luna.

—Cotton —dijo Pam en voz baja.

Él se volvió. Pam había ido a una mesa en la que había un montón de folletos.

—El plano de la casa.

Malone se acercó y cogió uno de la pila. No tardó en dar con la estancia que buscaba. Una vez se hubo orientado dijo:

—Por ahí.

La enceradora y la radio proseguían su particular duelo en la parte de arriba.

Salieron del oscuro recibidor y avanzaron por amplios corredores hasta llegar a una sala iluminada.

—¡Guau! —exclamó Pam.

También él estaba impresionado. El imponente espacio recordaba al vestíbulo del palacio de un emperador romano. Otro contraste asombroso con el resto de la casa.

—Este sitio es como un parque temático —afirmó él—. Cada habitación pertenece a una época y a un país distintos.

El generoso brillo de una araña iluminaba unas escaleras de mármol blanco por cuyo centro discurría una alfombra color granate. Por ellas se subía directamente a un peristilo de estriadas columnas jónicas. Una sinuosa barandilla de hierro negro bordeaba las columnas, de mármol rosado. Hornacinas en ambas plantas acogían bustos y estatuas como si de un museo se tratase. Malone alzó la vista: el techo no habría desentonado en la Catedral de San Pablo.

Meneó la cabeza.

Nada en el exterior de la mansión apuntaba tamaña opulencia.

—El saloncito está subiendo esas escaleras —dijo él.

—Es como si fuésemos a conocer a la reina —apuntó Pam.

Siguieron la elegante alfombra de aquella escalinata. En la parte superior una puerta de dos hojas con entrepaños se abría a una estancia a oscuras. Malone le dio a un interruptor y se encendió otra araña, hecha con colmillos de animales, que dejó a la vista un salón abarrotado, viejo y cómodo, las paredes ornadas con terciopelo verde.

—No me esperaba menos después de la entrada —aseguró él.

Cerró la puerta.

—¿Qué estamos buscando? —quiso saber Pam.

Malone estudió los lienzos de las paredes, en su mayor parte retratos de personajes de los siglos XVI y XVII. No reconoció a ninguno. Bajo los retratos se extendían hileras de estantes de arce. Su ojo de bibliófilo no tardó en darse cuenta de que los volúmenes eran meros adornos carentes de valor histórico o literario. Coronando las estanterías había bustos. Tampoco vio a nadie que conociera.

—*La epifanía de san Jerónimo...* —dijo él—. Quizás es uno de esos retratos.

Pam recorrió la estancia, escudriñando cada una de las imágenes. Él las contó: catorce. La mayoría de mujeres con elaborados vestidos o de hombres tocados con pelucas y ataviados con túnicas largas de las que se estilaban hacía trescientos años. Dos sofás y cuatro sillas formaban una «U» ante una chimenea de piedra. Malone

supuso que Thomas Bainbridge pasaría mucho tiempo allí.

—Ninguna tiene nada que ver con san Jerónimo —anunció Pam.

Él estaba perplejo.

—George decía que estaba aquí.

—Y puede que así fuera, pero ahora ya no está.

WASHINGTON, DC

Stephanie clavó la vista en Brent Green y su imperturbable expresión dio paso a una mirada de asombro.

—¿Que Thorvaldsen te dijo que me retiraras la seguridad? ¿Cómo es que lo conoces?

—Conozco a mucha gente. —Señaló sus ataduras—. Aunque en este momento estoy a tu merced.

—Retirarle la protección fue una estupidez —terció Cassiopeia—. ¿Y si no hubiese estado yo allí?

—Henrik dijo que estaba usted y que podía ocuparse de la situación.

Stephanie hizo un esfuerzo por controlar su ira.

—Se trataba de mi culo.

—Ése que arriesgaste tan tontamente.

—No tenía idea de que Dixon fuera a atacarme.

—Ahí quería llegar yo: no estás usando la cabeza. —Green apuntó de nuevo a las ataduras—. Éste es otro ejemplo de estupidez. En contra de lo que puedas pensar, el personal de seguridad se presentará aquí dentro de nada. Siempre lo hace. Puede que ansie tener privacidad, pero, a diferencia de ti, no soy insensato.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió ella—. ¿Por qué te has metido en esto? ¿Trabajas con Daley? Eso de antes entre tú y él qué fue, ¿una farsa en mi honor?

—No tengo ni tiempo ni paciencia para farsas.

Stephanie no se dejó impresionar.

—Estoy harta de mentiras. Al hijo de Malone se lo llevaron por mí culpa. En este momento Cotton está en Londres con unos ejecutores israelíes y no puedo dar con él, con lo que no puedo prevenirlo. Tal vez esté en juego la vida de George Haddad. Y luego me entero de que mi jefe me deja con el culo al aire sabiendo que los saudíes quieren matarme. ¿Qué se supone que he de pensar?

—Que tu amigo Henrik Thorvaldsen pensó por todos y te envió ayuda. Que tu otro amigo, yo, decidió que la ayuda tenía que arreglárselas sola. ¿Qué te parece? ¿Tiene sentido?

Ella sopesó sus palabras.

—Ah, una cosa más —añadió Green.

Stephanie lo fulminó con la mirada.

—A este amigo le preocupa mucho lo que te ocurra.

Malone estaba enojado. Había ido hasta Bainbridge Hall con la esperanza de obtener respuestas. Las notas de Haddad los habían llevado directamente allí. Y sin embargo no tenía nada.

—Puede que haya otro saloncito —sugirió Pam.

Pero él comprobó el folleto y concluyó que ése era el único espacio llamado así. ¿Qué se le estaba escapando? Entonces reparó en algo. Contiguo a una de las hornacinas, al lado de la ventana, donde una intrincada vidriera aguardaba el sol matutino, había un tramo de pared desnuda. Los retratos inundaban todo el espacio libre restante. Salvo aquel trozo. Y el tenue contorno de un rectángulo se distinguía con claridad en la pintura de la pared.

Malone corrió hasta él.

—Falta uno.

—Cotton, no pretendo causar problemas, pero esto podría ser una pérdida de tiempo.

El negó con la cabeza.

—George quería que viniéramos aquí.

Caminó dando vueltas, cavilando, y se dio cuenta de que no podían entretenerse. Un empleado podría sorprenderlos. Aunque llevaba las armas de Haddad y el larguirucho no quería usarlas.

Pam examinaba las mesas que había tras los dos sofás. En ellas libros y revistas se amontonaban decorativamente entre esculturas y macetas. Contemplaba uno de los pequeños bronce: un anciano de tez marchita y cuerpo musculoso vestido con un taparrabos. La figura estaba encaramada a una roca, el barbado rostro absorto en un libro.

—Tienes que ver esto —dijo.

Él se aproximó y vio lo que había grabado en la base de la estatua:

SAN JERÓNIMO DOCTOR DE LA IGLESIA

Había estado tan ocupado intentando buscar piezas complicadas que había pasado por alto lo evidente. Pam señaló un libro que había justo debajo:

—*La epifanía de san Jerónimo* —leyó.

Él miró el lomo.

—Tienes buen ojo.

Pam sonrió.

—Puedo ser útil.

Malone agarró el pesado bronce y lo levantó.

—Pues sélo y coge el libro.

Stephanie no sabía cómo tomarse el comentario de Brent Green.

—¿Qué quieres decir con eso de «le preocupa mucho»?

—Resulta algo difícil hablar de eso en este momento.

Y ella vio algo curioso en los ojos de Green: inquietud. Durante cinco años había sido el ariete de la Administración en más de una batalla con el Congreso, la prensa y grupos de presión. Era un profesional consumado, un abogado que llevaba los casos de la Administración a escala nacional. Pero también era profundamente religioso y, que ella supiera, su nombre nunca se había asociado a ningún escándalo.

—Digamos que no habría querido que los saudíes te mataran —añadió a media voz.

—No es que sea un gran consuelo en este momento.

—¿Qué hay de lo de su seguridad? —planteó Cassiopeia—. Me da la sensación de que no es un farol.

—Ve a la parte de delante y vigila la calle —ordenó Stephanie, dejando claro con la mirada que quería quedarse un instante a solas con Green.

Cassiopeia salió de la cocina.

—Muy bien, Brent. ¿Qué tienes que decir que no pudieras decir delante de ella?

—¿Cuántos años tienes, Stephanie, sesenta y uno?

—No hablo de mi edad.

—Tu marido lleva doce años muerto. Debe de ser duro. Yo no me he casado, así que no sé que se siente al perder a tu cónyuge.

—No es fácil. ¿Qué tiene esto que ver con nada?

—Sé que tú y Lars estabais separados cuando él murió. Es hora de que empieces a confiar en alguien.

—A ver, se me ocurre una idea: concertaré entrevistas y todo el mundo, incluidos los que intentaron matarme, tendrá la oportunidad de convencerme de su honradez.

—Henrik no intenta matarte, ni Cassiopeia tampoco, ni Cotton Malone. —Hizo una pausa—. Ni yo.

—Retiraste mi seguridad sabiendo que tenía problemas.

—Y ¿qué habría ocurrido si no hubiera actuado así? Tus dos agentes habrían irrumpido en la escena, se habría producido un tiroteo y ¿qué habríamos resuelto?

—Habría detenido a Heather Dixon.

—Y la habrían soltado por la mañana, después de que intervinieran, sin duda, el secretario de Estado y probablemente el propio presidente. Después te habrían despedido, y los saudíes te liquidaban cuando les viniera en gana. Y ¿sabes por qué? Porque a nadie le habría importado.

Lo que decía el condenado tenía sentido.

—Te moviste demasiado deprisa y no pensaste con detenimiento. —La mirada de Green se había suavizado, y ella vio algo más que no había visto antes: preocupación —. Antes te ofrecí mi ayuda, y la rechazaste. Ahora te diré lo que no sabes, lo que no te dije entonces.

Ella aguardó.

—Fui yo quien permitió que quedara expuesto el archivo sobre la Conexión Alejandría.

Malone abrió el libro de san Jerónimo, un fino volumen de tan sólo setenta y tres páginas amarillentas impreso en 1845. Lo hojeó y asimiló un puñado de detalles.

San Jerónimo vivió entre el 342 y el 420 de nuestra era. Hablaba latín y griego con soltura, y de joven no se esforzó mucho por controlar sus instintos hedonistas. Bautizado por el papa en el 360, dedicó su vida a Dios. Durante los sesenta años siguientes viajó, escribió tratados, defendió su fe y llegó a ser un conocido padre de la Iglesia. Primero tradujo el Nuevo Testamento y después, en el ocaso de su vida, tradujo el Antiguo al latín directamente del hebreo, dando lugar a la Vulgata, proclamada texto canónico de la Iglesia católica por el Concilio de Trento mil cien años más tarde.

Tres palabras llamaron la atención de Malone: «*Eusebius Hieronymus Sophronius.*»

El nombre completo de san Jerónimo.

A Malone le vino a la mente la novela que había en la cartera: *El viaje del héroe*, de Eusebius Hieronymus Sophronius.

Al parecer Thomas Bainbridge había escogido su pseudónimo con sumo cuidado.

—¿Hay algo? —preguntó Pam.

—Mucho. —Sin embargo su entusiasmo decayó, reemplazado por un agorero escalofrío—. Tenemos que salir de aquí.

Corrió hacia la puerta, apagó las luces y abrió. La sala de mármol parecía en calma. La radio aún sonaba en alguna habitación lejana, ahora retransmitiendo un acontecimiento deportivo, el gentío y el comentarista de lo más ruidosos. La enceradora había enmudecido.

Condujo a Pam hasta el arranque de la escalera.

En el salón de abajo irrumpieron tres hombres con sendas armas. Uno alzó la suya y disparó.

Malone tiró a Pam al suelo.

La bala arrancó un sonido metálico a la piedra, y ambos rodaron hasta situarse tras una de las columnas. Vio que Pam hacía una mueca de dolor.

—El hombro —se lamentó.

Otras tres balas intentaron alcanzarles. Malone empuñó la automática de Haddad

y se preparó. Hasta el momento ninguno de los disparos había ido acompañado de una réplica sonora, tan sólo de un sordo taponazo, como un ahuecar de almohadas. Silenciadores. Al menos él estaba en terreno elevado. Desde su ventajosa atalaya vio que dos pistoleros avanzaban hacia el lateral derecho del piso inferior mientras el otro permanecía a la izquierda. No podía permitir que esos dos tomaran esa posición —sus disparos podrían darles—, de modo que hizo fuego.

La bala no dio en el blanco, pero su cercanía hizo vacilar a los atacantes, lo cual bastó para que Malone afinara la puntería y acertara al que iba primero, que gritó y a continuación cayó al suelo. El otro pegó un saltó en busca de protección, pero Malone consiguió hacer un disparo más que obligó al perseguidor a salir disparado hacia la entrada del salón. La sangre que manaba del caído formó un charco de un rojo vivo en el blanco mármol.

Llegaron más disparos. La violencia crepitaba en el aire.

En el arma de Haddad quedaban cinco balas, pero Malone también llevaba la que le había quitado al larguirucho. Otros cinco proyectiles, tal vez. Percibió miedo en los ojos de Pam, si bien permanecía tranquila, teniendo en cuenta las circunstancias.

Malone se planteó entrar de nuevo en el saloncito. La puerta, si se la reforzaba con muebles, quizá les concediera unos minutos para escapar por una de las ventanas. Pero se encontraban en la segunda planta, y ello sin duda plantearía obstáculos adicionales. A pesar de todo, ésa quizá fuese su única escapatoria, a no ser que los de abajo quisieran exponerse y ofrecerle un blanco claro.

Cosa poco probable.

Uno de los hombres llegó hasta el arranque de la escalera mientras el otro lo cubría con cuatro disparos que se estrellaron contra la pared que quedaba tras ellos. Malone tenía que ahorrar munición y no podía disparar a menos que sirviera realmente de algo.

Entonces cayó en la cuenta de lo que estaban haciendo: para que él hiciera fuego contra uno tendría que asomarse por la columna, con lo cual quedaba expuesto al otro. De manera que optó por lo inesperado: se asomó por la derecha y lanzó un proyectil a la alfombra roja, por delante del asaltante que iba de avanzadilla.

El tipo abandonó la escalera y se puso a cubierto.

Pam se llevó la mano al hombro y él vio sangre. La herida se le había vuelto a abrir. Demasiado ajeteo. Sus azules ojos le devolvieron la mirada, aterrados.

Dos disparos resonaron en el salón.

Sin silenciador, de calibre grueso.

Acto seguido reinó el silencio.

—¡Hola! —gritó una voz de hombre.

Malone se asomó por la columna: abajo había un individuo alto, de cabello pelirrojo, entrecano. Tenía la frente ancha, la nariz pequeña y el mentón redondeado.

Estaba cuadrado y llevaba unos vaqueros y una camisa de loneta bajo una cazadora de cuero.

—Me dio la impresión de que necesitaba ayuda —aseguró, el arma en el costado derecho.

Los dos atacantes yacían en el suelo, la sangre acumulándose en el mármol.

Por lo visto también era un buen tirador.

Malone volvió a situarse tras la columna.

—¿Quién es usted?

—Un amigo.

—Disculpe mi escepticismo.

—Lo comprendo. Quédese ahí, la policía no tardará en llegar. Así podrá explicarle lo de estos tres muertos.

Malone oyó unos pasos que se alejaban.

—Ah, por cierto, bienvenido.

A él se le pasó algo por la cabeza.

—¿Y los de la limpieza? ¿Por qué no han venido corriendo?

Los pasos cesaron.

—Están inconscientes, arriba.

—¿Es cosa suya?

—No.

—¿Qué quiere?

—Lo mismo que muchos otros que han acudido aquí en mitad de la noche: busco la Biblioteca de Alejandría.

Malone no dijo nada.

—Tengo una idea: estoy en el Savoy, habitación 453. Poseo cierta información que dudo que usted posea, y es posible que usted cuente con algo que yo desconozca. Si quiere hablar, venga a verme. En caso contrario es probable que volvamos a vernos. Usted decide, pero juntos quizá podamos acelerar el proceso. Usted dirá.

Su firme taconeó se perdió por los pasillos de la casa.

—¿Qué demonios ha sido eso? —quiso saber Pam.

—Su forma de presentarse.

—Ha matado a dos hombres.

—Y le estoy agradecido.

—Cotton, tenemos que salir de aquí.

—A mí me lo vas a decir. Pero primero es preciso averiguar quiénes son esos tipos.

Salió de detrás de la columna y bajó a la carrera las escaleras de mármol. Pam fue tras él. Malone cacheó a los tres cadáveres, pero no encontró nada.

—Coge las armas —ordenó al tiempo que se metía en el bolsillo seis cargadores

más que les requisó a los muertos—. Estos tíos venían preparados para pelear.

—La verdad es que me estoy acostumbrando a ver sangre —admitió ella.

—Ya te dije que cada vez sería más fácil.

Acto seguido volvió a centrarse en el hombre: el Savoy; habitación 453; su forma de decir: «en mí puede confiar». Pam aún tenía el libro de san Jerónimo, y él llevaba la cartera de cuero que había cogido del apartamento de Haddad.

Pam dio media vuelta para marcharse.

—¿Adonde vas? —le preguntó él.

—Tengo hambre. Espero que el desayuno del Savoy sea bueno.

Él sonrió: su ex aprendía deprisa.

WASHINGTON, DC

Stephanie no estaba segura de poder aguantar mucho más. Su mirada se clavó en Brent Green.

—Explícate.

—Permitimos que los archivos quedaran expuestos. Hay un traidor, o traidora, entre los nuestros y lo queremos descubrir.

—¿Quiénes «permitimos»?

—El departamento de Justicia. Es una investigación de alto secreto; sólo estamos al tanto yo mismo y otras dos personas, mis dos ayudantes más cercanos. Y pondría mi vida en sus manos.

—A un mentiroso le importaría un comino esa confianza.

—Conforme, pero la fuga no está en Justicia, sino más arriba. Tendimos el cebo y picó.

Stephanie no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Y entre tanto arriesgaste la vida del hijo de Malone.

—Eso era impredecible. No sabíamos que a alguien, salvo a los israelíes y los saudíes, le importara un pito George Haddad. La fuga que intentamos atajar va directa a ellos, a ninguna otra parte.

—Que tú sepas.

Le vino a la cabeza la Orden del Vellochino de Oro.

—Si hubiese tenido la más mínima idea de que la familia de Malone se encontraba en peligro, no habría permitido que se empleara esa táctica.

Ella quería creerlo.

—A decir verdad, pensábamos que el paradero de Haddad era una información relativamente inofensiva. Dejar que los israelíes supieran que Haddad seguía vivo no parecía tan arriesgado, especialmente dado que en el archivo no había nada que indicase dónde se escondía.

—Excepto una pista que llevaba directamente hasta Cotton.

—Y supusimos que, si alguien se enfrentaba a él, Malone sabría qué hacer.

—¡Está fuera, Brent! —dijo ella casi a gritos—. Ya no trabaja para nosotros. No ponemos a ex agentes en peligro, sobre todo sin su conocimiento.

—Sopesamos los riesgos y decidimos que merecía la pena correrlos para dar con la fuga. El secuestro del muchacho lo cambió todo. Me alegro de que Cotton pudiera rescatarlo.

—Qué amable eres. Tendrás suerte si no te parte la nariz.

—Esta Casa Blanca da asco —musitó Green—. Es un puñado de capullos corruptos que se creen moralmente superiores.

Ella nunca había oído a Green hablar así.

—Anuncian a los cuatro vientos lo cristianos que son, lo buen norteamericanos que son, pero su lealtad es sólo para ellos mismos... y para el dólar. Se ha tomado una decisión tras otra, cada una de ellas envuelta en la bandera norteamericana, que no hace sino engordar los bolsillos de importantes empresas, entidades que han efectuado fuertes contribuciones a la causa de su partido. Me pone enfermo. Asisto a reuniones donde la política se expresa en términos de qué es bueno para la televisión, en lugar de qué es bueno para la nación. Guardo silencio. «No digas nada, ten espíritu de equipo.» Pero eso no significa que vaya a dejar que este país se vea comprometido. Presté un juramento, y a diferencia de muchos en esta Administración, ese juramento significa algo para mí.

—Entonces ¿por qué no desenmascararlos?

—Por ahora no sé de ninguno que haya infringido la ley. ¿Repugnantes, inmorales, codiciosos? Eso sí, pero no es ilegal. Te aseguro que si alguien, incluido el presidente, hubiese cruzado la línea, habría actuado. Pero nadie ha llegado tan lejos.

—Salvo la fuga.

—Precisamente la razón de mi interés: un dique se agrieta antes de romperse.

Ella no se dejó engañar.

—Afrontémoslo, Brent: te gusta ser la máxima autoridad policial, y no durarías mucho si fueras tras uno de ellos y fallases.

Green la miró con preocupación.

—Me gusta más que continúes con vida.

Ella le restó importancia a su comentario.

—¿Encontraste la fuga?

—Creo que...

Cassiopeia entró corriendo en la cocina.

—Tenemos visita: dos hombres acaban de aparcar al lado. Visten de traje y llevan intercomunicador. Del servicio secreto.

—Vienen a efectuar la comprobación nocturna —dijo Green.

—Debemos irnos —apuntó Cassiopeia.

—No —objetó Green—. Soltadme y me ocuparé de ellos.

Cassiopeia se dirigió hacia la puerta de atrás, y Stephanie tomó una decisión, similar a la que había tomado un centenar de veces. Y aunque ese día sus decisiones habían sido desastrosas, como solía decir su padre: «Bien o mal, qué más da. Lo importante es hacer algo.»

—Espera.

Stephanie se acercó a la encimera y rebuscó en un par de cajones hasta encontrar un cuchillo.

—Vamos a soltarlo. —Se aproximó a Green y dijo—: Espero saber lo que hago.

Sabre atravesó el bosque de Oxfordshire a la carrera para llegar hasta donde había dejado el coche. Estaba a punto de amanecer en la campiña inglesa. La neblina envolvía los campos que lo rodeaban, el aire era frío y húmedo. Estaba contento con su primer encuentro con Cotton Malone: lo justo para despertar su curiosidad y satisfacer cualquier paranoia. Cargarse a los hombres que había contratado para atacar a Malone se le antojaba una presentación perfecta. Les habría pegado un tiro a los tres de no haberse encargado Malone de uno.

Sin duda Malone habría registrado a los cadáveres después de que él se marchara, pero Sabre se había asegurado de que ninguno llevase documento alguno. Sus instrucciones habían sido que se enfrentaran a Malone y lo acorralaran. Pero cuando él eliminó al primero el juego cambió. No lo sorprendía: en Copenhague Malone había demostrado que sabía desenvolverse.

Menos mal que había encontrado la grabadora en el piso de Haddad. Eso, junto con la información que había sacado del ordenador, le había enseñado lo bastante para tentar a Malone a que se fiara de él. Ahora lo único que tenía que hacer era regresar al Savoy y esperar.

Malone acudiría.

Salió del bosque y divisó su coche. Tras él había aparcado otro vehículo, y vio a su agente yendo de un lado a otro.

—¡Hijo de puta! —chilló ella—. Has matado a esos hombres.

—¿Cuál es el problema?

—Yo los contraté. ¿A cuántos más crees que podré contratar si se sabe que nos cargamos a los nuestros?

—¿Quién va a saberlo? Aparte de ti y de mí.

—Maldito gilipollas: te vi desde fuera. Les disparaste por la espalda, no se lo olieron. Pensabas hacerlo desde un principio.

Sabre llegó a su coche.

—Siempre has sido muy lista.

—Que te den, Dominick. Esos hombres eran amigos míos.

Ahora él sentía curiosidad.

—¿Te acostaste con alguno de ellos?

—Eso no es asunto tuyo.

Él se encogió de hombros.

—Tienes razón.

—Se acabó, no aguanto más. Búscate a otro para que te ayude.

Se abalanzó, furiosa, hacia su coche.

—Ni lo sueñes —gritó Sabre.

Ella giró en redondo, esperando una reprimenda. No era la primera vez que discutían. Sin embargo ésta él le pegó un tiro en plena cara.

Nada ni nadie interferiría. Había invertido mucho en lo que había planeado. Estaba a punto de traicionar a uno de los cárteles económicos más poderosos del planeta. Si fracasaba, las consecuencias serían nefastas, de manera que no iba a fallar. No habría pistas que llevaran hasta él.

Abrió la portezuela del coche y entró.

Sólo restaba ocuparse de Cotton Malone.

En la cocina, con Cassiopeia al lado, Stephanie oyó que Brent Green abría la puerta principal y hablaba con los dos agentes del servicio secreto. O su intuición era acertada o no tardarían en detenerlas.

—Esto es una estupidez —susurró Cassiopeia.

—Es mi estupidez, y no os pedí ni a ti ni a Henrik que os implicarais.

—Eres una cabezota.

—Mira quién fue a hablar. Podrías haberte ido, así que yo diría que la cabezota eres tú.

Escuchó a Green hablar del tiempo que hacía esa noche y de que se le había derramado un vaso de agua en el albornoz. Ella había liberado a Green de la silla y observado divertida mientras se arrancaba la cinta de las muñecas y los tobillos. Lo que habrían dado los humoristas de los programas nocturnos por verlo estremecerse cuando el vello de brazos y piernas le salía con cada tirón. Pero el de Nueva Inglaterra se alisó con presteza el mojado cabello y salió de la cocina.

Stephanie oyó de nuevo lo que Green dijera con autentica convicción: «A este amigo le preocupa mucho lo que te ocurra.»

—Si nos vende estamos perdidas —musitó Cassiopeia.

—No lo hará.

—¿Qué te hace estar tan segura?

—Veinte años de errores.

Finalmente Green les dio las buenas noches a los agentes. Ella abrió la puerta batiente y vio que Green echaba una última ojeada a través de la persianilla. A continuación se volvió hacia ella y le dijo:

—¿Satisfecha?

Stephanie cruzó el comedor, y Cassiopeia fue tras ella.

—Muy bien, Brent. Y ahora ¿qué?

—Salvaremos tu pellejo y daremos con la fuga juntos.

—Por cierto, no has mencionado de quién se trata.

- No lo he hecho porque no lo sé.
- Creí que habías dicho que la habías identificado.
- Lo que empecé a decir fue que creo que tal vez hayamos identificado el problema.
- Soy toda oídos.
- Esto no te va a gustar.
- Prueba a ver.
- En este momento el principal enlace de los israelíes es Pam Malone.

TERCERA PARTE

7:40

Henrik Thorvaldsen detestaba volar, razón por la cual ninguna de sus empresas tenía aviones. Para encarar su desasosiego siempre iba en primera clase y salía temprano por la mañana. Los asientos más amplios, el servicio y la hora del día aliviaban su fobia. Gary Malone, por otra parte, parecía encantado con la experiencia. El chico se había comido todo el desayuno que le sirvió la azafata y la mayor parte del de Henrik.

—Pronto aterrizaremos —informó al muchacho.

—Esto es estupendo. Tendría que estar en casa, en el instituto, y ahora me encuentro en Austria.

Él y Gary se habían hecho amigos a lo largo de los últimos dos años. Cuando el chaval iba a ver a Malone en las vacaciones de verano se quedaba más de una noche en Christiangular. A padre e hijo les gustaba hacerse a la mar con el queche de doce metros que había amarrado en el muelle de la propiedad. Lo habían comprado hacía tiempo para cruzar el Sund e ir a Noruega y Suecia, pero ahora rara vez se utilizaba. Al hijo de Thorvaldsen, Cai, le encantaba navegar. Cuánto lo echaba de menos. Llevaba muerto casi dos años, abatido a tiros en Ciudad de México por no sabía qué motivo. Malone se hallaba allí en una misión e hizo lo que pudo, por eso habían acabado conociéndose ellos dos. Sin embargo él no había olvidado lo sucedido: tarde o temprano averiguaría la verdad sobre la muerte de su hijo. Esa clase de deudas había que saldarlas siempre. Con todo, pasar tiempo con Gary le daba una idea de la dicha que la vida le había negado cruelmente.

—Me alegro de que hayas podido venir —aseguró Thorvaldsen—. No quería dejarte en casa.

—Nunca he estado en Austria.

—Es un bonito lugar lleno de densos bosques, montañas nevadas y lagos alpinos. El paisaje es espectacular.

El día anterior había estado observando con atención, y al parecer Gary lo llevaba bien, sobre todo teniendo en cuenta que había visto morir a dos hombres. Cuando Malone y Pam salieron para Inglaterra, Gary comprendió por qué debían ir: su madre tenía que volver al trabajo, y su padre tenía que descubrir por qué peligraba la vida de Gary. Christiangular era un sitio conocido, y Gary se había quedado de buena gana. Sin embargo el día anterior, después de hablar con Stephanie, Thorvaldsen supo lo que había que hacer.

—Esta reunión a la que tienes que asistir ¿es importante? —preguntó el chico.

—Podría serlo. Tendré que acudir a varias sesiones, pero te encontraremos algo que hacer mientras yo esté allí.

—¿Qué hay de mi padre? ¿Sabe que estamos haciendo esto? No se lo dije a mi madre.

Pam Malone había telefoneado unas horas antes y charlado brevemente con su hijo, pero había colgado antes de que Thorvaldsen pudiera hablar con ella.

—Estoy seguro que uno de ellos llamará de nuevo, y Jesper les hará saber dónde nos encontramos.

Corría un riesgo llevando al muchacho con él, pero había decidido que era lo mejor. Si Alfred Hermann se hallaba detrás del primer secuestro, y Thorvaldsen creía firmemente que era así, tener a Gary en la asamblea, rodeado de hombres y mujeres influyentes del mundo entero, cada uno con sus propios empleados y personal de seguridad, parecía lo más seguro. Le daba vueltas a lo del secuestro. Por lo poco que le habían contado de Dominick Sabre, el norteamericano era un profesional y no tendía a contratar a tan pobre ayuda como los tres holandeses que habían fastidiado el rapto. Algo no casaba. Malone era bueno, concedido, pero las cosas se habían desarrollado con una precisión asombrosa. ¿Habrían montado todo aquello sólo por Malone? ¿Para animarlo a continuar? De ser así, ello significaba que Gary ya no estaba en peligro.

—¿Recuerdas lo que hablamos? —le dijo a Gary—. Lo de tener cuidado con lo que dices y escuchar.

—Sí.

Thorvaldsen sonrió.

—Estupendo.

Ahora sólo esperaba no haberse equivocado con Alfred Hermann.

VIENA
8:00

Hermann apartó el desayuno. Odiaba comer, sobre todo con gente, pero le encantaba el comedor del *château*. Él personalmente había escogido su diseño y su ornamentación neogótica, los marcos de las ventanas y el artesonado del techo exhibían los escudos de armas de ilustres cruzados y las paredes estaban llenas de lienzos que describían la toma cristiana de Jerusalén.

El desayuno fue espectacular, como de costumbre, y un ejército de camareros con chaqueta blanca sirvieron a los invitados. Su hija se hallaba sentada en el extremo opuesto de la larga mesa, los otros doce asientos ocupados por un selecto grupo de miembros de la Orden —el comité político— que había llegado el día anterior para asistir a la asamblea del fin de semana.

—Espero que todo el mundo esté disfrutando —dijo Margarete a los presentes. Públicamente se movía como pez en el agua.

Hermann reparó en que fruncía el ceño al ver su plato intacto, pero no dijo nada al respecto. La reprimenda vendría en privado: como si el apetito, en y por sí mismo, garantizase una vida larga y una buena salud. Ojalá fuera tan sencillo.

Varios miembros del comité parloteaban sobre el castillo y el exquisito mobiliario, advirtiéndole algunos de los cambios que él había efectuado desde la primavera anterior. Aunque aquéllos eran hombres y mujeres adinerados, juntos no reunían ni una cuarta parte de la fortuna de Hermann. No obstante cada uno de ellos era valioso de un modo u otro, así que les dio las gracias por darse cuenta y esperó. Al cabo dijo:

—Me interesaría saber qué va a decir el comité político a la asamblea en lo tocante al concepto 1.223.

Esa iniciativa, adoptada tres años antes en la asamblea de primavera, tenía que ver con un complejo plan para desestabilizar Israel y Arabia Saudí. Él se había adherido a la idea, razón por la cual había trabado relaciones con los gobiernos israelí y norteamericano, unas relaciones que, inesperadamente, lo habían conducido hasta George Haddad.

—Antes de eso —intervino el presidente del comité—, ¿podrías decirnos si tus esfuerzos están dando fruto? Nuestros planes habrán de sufrir modificaciones si no sales airoso.

Él asintió.

—Los acontecimientos se están sucediendo. Y de prisa. Pero si salgo airoso, ¿contamos con un mercado para la información?

Otro miembro afirmó con la cabeza.

—Hemos hablado con Jordania, Siria, Egipto y Yemen. Todos están interesados, al menos en mantener conversaciones.

Hermann estaba satisfecho. Había aprendido que el entusiasmo de un país árabe —ya fuera en materia de bienes, servicios o terror— aumentaba de forma directamente proporcional al desinterés de su vecino.

—Resulta arriesgado pasar por alto a los saudíes —opinó otro—. Mantienen vínculos con muchos de nuestros miembros. Las represalias podrían salirnos caras.

—Vuestros negociadores tendrán que asegurarse de que conservan la calma hasta que nos convenga tratar con ellos —respondió él.

—¿No es hora de que nos cuentes exactamente qué hay en juego? —inquirió otro miembro del comité.

—No —negó él—. Todavía no.

—Nos estás metiendo hasta el fondo en algo que, honestamente, Alfred, me plantea dudas.

—¿Qué dudas?

—¿Qué podría ser tan tentador para Jordania, Siria, Egipto y Yemen que excluya a Arabia Saudí?

—Eliminar a Israel.

El silencio se extendió por la habitación.

—Es cierto que ése es un objetivo común a todas esas naciones, pero también imposible. Ese Estado no va a desaparecer.

—Eso mismo se dijo de la Unión Soviética, y sin embargo cuando su razón de ser se puso seriamente en entredicho y luego fue desenmascarada como el fraude que era, mirad lo que ocurrió: se desintegró en cuestión de días.

—Y ¿tú puedes hacer que eso ocurra? —quiso saber otro.

—No malgastaría nuestro tiempo si lo creyera imposible. —Uno de los miembros, viejo amigo suyo, parecía frustrado con sus evasivas, de modo que decidió mostrarse un tanto conciliador—: Os diré algo: ¿y si se cuestionara la validez del Antiguo Testamento?

Algunos invitados se encogieron de hombros.

—¿Qué ocurriría?

—Ello podría cambiar radicalmente el debate de Oriente Próximo —replicó Hermann—. Los judíos están resueltos a sostener la corrección de su Torá, la Palabra de Dios y demás. Nadie los ha puesto nunca en tela de juicio. Se ha hablado, especulado, pero si se demostrara que la Torá está equivocada, imaginad qué pasaría con la credibilidad judía. Pensad en cómo podría incitar eso a otros Estados de

Oriente Próximo.

Lo decía en serio: ningún opresor había sido capaz de derrotar a los judíos. Muchos lo habían intentado: asirios, babilonios, romanos, turcos, la Inquisición. Incluso Martín Lutero los detestaba. Sin embargo los llamados Hijos de Dios se habían negado tercamente a rendirse. Posiblemente Hitler fuera el peor. Y sin embargo, tras él, el mundo se limitó a concederles su bíblica patria.

—¿Qué tienes contra Israel? —quiso saber otro de los miembros del comité—. He cuestionado desde el principio por qué estamos perdiendo el tiempo con esto.

En efecto, la mujer se había mostrado disconforme, junto con otros dos. Se encontraban en clara minoría y eran relativamente inofensivos, así que Hermann había permitido su discurso sólo para dar un barniz de democracia al proceso.

—Esto va mucho más allá de Israel. —Vio que atraía la atención de todos, incluida la de su hija—. Si actuamos bien, es posible que desestabilicemos tanto a Israel como a Arabia Saudí. En esto las dos naciones van unidas. Si somos capaces de generar el caos adecuado en ambos Estados, controlarlo y después elegir el momento apropiado para desatarlo, quizá podamos derrocar de manera irrevocable ambos gobiernos. —Miró al presidente del comité político—: ¿Habéis discutido cómo pueden aprovecharse del proceso nuestros miembros una vez que lo pongamos en marcha?

El aludido, mayor que él, asintió. Era amigo suyo desde hacía décadas y su nombre sonaba con fuerza para conseguir un asiento en el Círculo.

—El escenario previsto se basa en que palestinos, jordanos, sirios y egipcios quieran todo cuanto les proporcionemos...

—Eso no va a pasar —cortó otro, uno de los disidentes.

—Y ¿quién habría pensado que el mundo desplazaría a casi un millón de árabes y concedería a los judíos una patria? —apuntó Hermann—. En Oriente Próximo muchos dijeron que eso tampoco ocurriría. —Sus palabras sonaron bruscas, de manera que tiñó lo que iba a decir con un tono de transigencia—: Como mínimo, podemos derribar ese estúpido muro que han levantado los israelíes para salvaguardar sus fronteras y hacer tambalear sus manidas reivindicaciones. La arrogancia sionista sufriría lo bastante para mover a los Estados árabes circundantes a que actúen conjuntamente. Y no he mencionado a Irán, al que nada le gustaría más que borrar del mapa a Israel. Esto será una bendición para ellos.

—¿Qué podría causar todo eso?

—El conocimiento.

—¿Es una broma? ¿Todo esto se basa en que nosotros *sepamos* algo?

No esperaba que la discusión fuera a ser tan franca, pero ése era su momento. Según los estatutos de la Orden, el comité que se había reunido alrededor de su mesa de comedor estaba encargado de formular el programa político del colectivo, que a su

vez se hallaba íntimamente ligado a iniciativas del comité económico, ya que, para la Orden, política y ganancias eran sinónimos. El comité económico se había propuesto aumentar los ingresos de aquellos miembros que desearan efectuar fuertes inversiones en Oriente Próximo en al menos un treinta por ciento. Habían acometido un estudio, determinado una inversión inicial en euros, calculado posibles beneficios teniendo en cuenta las circunstancias económicas y políticas del momento y previsto varios escenarios. Al final se consideró que un treinta por ciento era factible. Sin embargo los mercados de Oriente Próximo estaban limitados en el mejor de los casos. La región entera podía explotar con el más insignificante de los incidentes. Cada día ofrecía una nueva posibilidad para el desastre. De manera que lo que el comité político buscaba era solidez. Los métodos tradicionales —sobornos y amenazas— no eran eficaces con gente acostumbrada a pegarse explosivos en el pecho; los hombres que controlaban las decisiones en lugares tales como Jordania, Siria, Kuwait, Egipto y Arabia Saudí eran demasiado ricos y fanáticos e iban demasiado protegidos. Así que la Orden comprendió que había que dar con una nueva moneda, una que Hermann creía poder tener en breve.

—El conocimiento es mucho más poderoso que cualquier arma —afirmó en un susurro.

—Todo se basa en el conocimiento —aseguró uno de los miembros.

Él se mostró conforme.

—El éxito dependerá de que seamos capaces de difundir lo que sepamos entre los compradores adecuados al precio adecuado en el momento adecuado.

—Te conozco, Alfred —dijo uno de los más ancianos—. Has planeado esto a conciencia.

Él sonrió.

—Las cosas por fin avanzan. Ahora los norteamericanos están interesados, y eso abre todo un abanico de posibilidades.

—¿Qué hay de los norteamericanos? —preguntó Margarete, en la voz un dejo de impaciencia.

Su pregunta lo irritó. Su hija debía aprender a no revelar lo que desconocía.

—Al parecer, en la cúpula del poder de Estados Unidos hay algunos que también quieren humillar a Israel. Consideran que será beneficioso para la política exterior norteamericana.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó alguien—. Árabes y árabes, además de árabes y judíos, llevan miles de años batallando. ¿Qué es eso tan aterrador?

Hermann se había fijado un noble objetivo tanto para él como para la Orden, pero una voz en su interior le decía que su diligencia estaba a punto de ser recompensada. Así que miró fijamente a los hombres y mujeres que tenía delante y repuso:

—Debería conocer la respuesta a esa pregunta antes de que termine el fin de

semana.

WASHINGTON, DC

3:30

Stephanie estaba sentada en una silla, exhausta, con Brent Green frente a ella, en el sofá. Se había repantigado, cosa que ella no le había visto hacer antes. Cassiopeia se había quedado dormida arriba. Al menos uno de ellos estaría descansado. Ella, sin duda, no. Parecía que habían pasado cuarenta y ocho días, en lugar de cuarenta y ocho horas, desde la última vez que había estado allí; la desconfianza en Green, el recelo de lo que éste tenía que decir, el enfado consigo misma por poner en peligro al hijo de Malone. Y aunque ahora Gary Malone se encontraba a salvo, su mente barajaba las mismas dudas respecto a Brent Green, sobre todo teniendo en cuenta lo que le había contado unas horas antes.

«El principal enlace de los israelíes es Pam Malone.»

Sostenía una Dr. Pepper *light* que había encontrado en la nevera de Green. Hizo un movimiento con la lata.

—¿De verdad bebes esto?

Él asintió.

—Sabes igual que el original, pero no tienen azúcar. Me pareció buena idea.

Ella sonrió.

—Eres un tipo raro, Brent.

—Sólo soy un hombre reservado que se guarda lo que le gusta.

Stephanie se sentía abatida y mentalmente agotada, e intentaba aplacar una profunda inquietud que pugnaba por apartar su atención de Green. Habían apagado a propósito todas las luces para comunicar a cualquiera que vigilase que el ocupante de la casa se había retirado.

—¿Estás pensando en Malone? —preguntó él en medio de la oscuridad.

—Tiene problemas.

—No puedes hacer nada hasta que llame.

Ella sacudió la cabeza.

—No me basta.

—Tienes a un agente en Londres. ¿Qué posibilidades hay de dar con Cotton?

Pocas. Londres era una ciudad grande, y ¿quién sabía si Malone se encontraba allí? Podía haberse ido a cualquier lugar de Gran Bretaña. Sin embargo ella no quería pensar en imposibles, de modo que soltó:

—¿Cuánto hace que sabes lo de Pam?

—No mucho.

A Stephanie le molestaba que la hubiesen dejado fuera, y decidió que si quería conseguir algo tendría que dar algo a cambio.

—Hay alguien más en todo esto.

—Te escucho. —El tono de Green indicaba que se había despertado su interés. Por fin ella sabía algo que él desconocía.

Stephanie le contó lo que Thorvaldsen le había revelado sobre la Orden del Vellochino de Oro.

—Henrik no me dijo ni palabra.

—Bueno, es un bombazo. —Bebió otro trago de refresco—. Él sólo cuenta lo que quiere que sepas.

—¿Secuestraron ellos al hijo de Malone?

—Son los primeros de mi lista.

—Eso explica algunas cosas —razonó Green—. Los israelíes se han mostrado inusualmente precavidos en toda esta operación. Expusimos la conexión con la esperanza de que su contacto aquí mordiera el anzuelo. Durante varios años, en privado, sus diplomáticos han solicitado información sobre George Haddad. No los engañamos del todo cuando Malone lo escondió. Examinaron cuidadosamente los restos del café, pero la bomba hizo un excelente trabajo. Con todo, incluso después de que ofreciéramos la conexión para que ellos la vieran, los israelíes se condujeron con hermetismo.

—Dime algo que no sepa.

—Que se llevaran al hijo de Malone nos desconcertó, por eso retrasé nuestra reunión la primera vez que llamaste para darme la noticia.

—Pensé que era sólo porque no te caía bien.

—Es verdad que hay que tener paciencia para aguantarte, pero he aprendido a adaptarme.

Ella sonrió.

Green cogió de la mesa un plato de cristal con cacahuets salados. Stephanie también tenía hambre, así que tomó un puñado.

—Sabíamos que Israel no era el culpable del rapto de Gary Malone —afirmó Green—. Y sentíamos curiosidad por saber por qué se quedaron tan quietos cuando pasó. —Hizo una pausa—. Luego, después de que tú me llamas, me contaron lo de Pam Malone.

Ella era toda oídos.

—Hace unos tres meses inició una relación con un hombre, un abogado de éxito en un bufete de Atlanta, un socio importante y un patriota judío, partidario de Israel. Seguridad Nacional cree que ayudó a financiar una de las facciones más combativas del gobierno israelí.

Ella sabía que el dinero norteamericano avivaba la política israelí desde hacía tiempo.

—No tenía idea de que te implicases tanto a diario.

—Te repito, Stephanie, que soy muchas cosas que desconoces. Tengo una imagen pública que se me exige, pero cuando acepté este empleo no tenía intención de ser un monigote. Soy la máxima autoridad policial de este país y hago mi trabajo.

Ella reparó en que Green no había comido nada; en vez de eso, el bulto de su mano izquierda hurgaba en la extendida derecha.

—¿Qué haces? —quiso saber ella.

—Buscar mitades.

—¿Por qué?

—Tienen más sal.

—¿Cómo dices?

—En un cacahuete entero el centro no está salado, pero si está partido y salado hay el doble de sal.

—Estás de coña.

Él escogió uno y se lo metió en la boca.

—¿Por qué una mitad tiene más sal que el fruto entero?

—¿Es que no prestas atención? —preguntó él divertido—. Dos mitades saladas contienen más sal que un cacahuete entero. —Se comió otro.

Stephanie fue incapaz de decidir si hablaba en serio o sólo quería exasperarla, pero él siguió buscando mitades.

—¿Qué haces con los enteros?

—Los dejo para el final. Pero te cambio uno entero por una mitad.

Le gustaba ese Brent Green, su punto guasón, su mordaz sentido del humor. De pronto le entró un afán protector.

—Quieres a esos idiotas arrogantes en la Casa Blanca lo mismo que yo. Has oído cómo hablan de ti: te llaman el ilustrísimo Green, ocultan cosas, te utilizan sólo para favorecer su imagen.

—Me gustaría creer que no soy tan insignificante.

—¿Qué hay de insignificante en darles por el culo? Si alguien lo necesita son ellos. Incluido el presidente.

—Estoy de acuerdo. —Se sacudió los restos de cacahuete de las manos mientras seguía masticando. Lo cierto es que Stephanie empezaba a valorar al hombre que tenía enfrente.

—Háblame más de Pam —le pidió.

—Ella y el abogado se ven desde hace unos tres meses. Sabemos que él se relaciona con Heather Dixon, han quedado varias veces.

Ella se sentía perpleja.

—Me estoy perdiendo algo. ¿Cómo iban a suponer los israelíes que Pam se mezclaría en todo esto? Ella y Malone llevan mucho tiempo separados, apenas hablan. Y tú mismo dijiste que no crees que ellos secuestraran a Gary.

—Los israelíes debían de saber algo que nosotros desconocíamos. Se adelantaron a todo esto, sabían que pasaría y sabían que Pam Malone se pondría en contacto con Cotton. Es lo único que tiene sentido. Se acercaron a ella adrede. Y ahora háblame de esa Orden del Vellochino de Oro. Creo que los israelíes también sabían que estaba involucrada y que se llevaría al chico en algún momento. Tal vez planearan hacerlo ellos.

—¿Pam es espía?

—Su grado de participación es un misterio. Y, por desgracia, el abogado de Atlanta al que veía murió antes de ayer. —Green se detuvo—. Le pegaron un tiro en un aparcamiento.

Nada nuevo. Oriente Próximo solía comerse a los suyos.

—¿Qué sabes de él? —preguntó Stephanie.

—Estamos estudiando su participación en una transacción de compraventa de armas. Tel Aviv afirma públicamente que intenta detener esta clase de tratos, pero en privado alienta la práctica. Tengo entendido que el abogado hacía todos los movimientos a través de Pam. Pasaba mucho tiempo con ella, le hacía regalos, esa clase de cosas. Para ser alguien que quiere que la gente crea que es dura, Pam Malone no es más que alguien solitario y vulnerable.

Ella captó algo en el tono de Green.

—Eso también te describe a ti, ¿eh?

Green no respondió en el acto, y ella se preguntó si no habría tocado un punto sensible. Al cabo replicó en voz queda:

—Más de lo que crees.

A Stephanie le apetecía explorar ese camino y estaba a punto de hacer una intentona cuando oyó pasos en la escalera. La silueta de Cassiopeia apareció en la puerta.

—Tenemos visita. Un coche acaba de aparcar junto a la acera.

Green se puso en pie.

—No he visto los faros.

—Ha venido a oscuras.

Stephanie estaba preocupada.

—Pensaba que estabas dormida.

—Alguien tiene que vigilar por vosotros.

El teléfono sonó.

No se movió nadie.

Sonó de nuevo.

Green atravesó la oscuridad, encontró el inalámbrico y lo cogió. Stephanie se percató de que fingía estar adormilado.

Instantes de silencio.

—Entonces ven, por supuesto. Bajo en un momento.

Green colgó.

—Larry Daley. Está fuera y quiere verme.

—Eso no es nada bueno —aseguró Stephanie.

—Puede. Pero marchaos, y veamos qué quiere ese mal bicho.

LONDRES

8:15

A Malone le encantaba el Savoy. Se había alojado en él varias veces a cuenta de los gobiernos norteamericanos y británico. Del Magellan Billet había que decir que los incentivos habían sido tan abundantes como los riesgos. Llevaba sin ir varios años, pero le alegró ver que el hotel, de estilo Victoriano tardío, todavía irradiaba su grandiosa mezcla de opulencia y atrevimiento. Sabía que una noche en una habitación con vistas al Támesis costaba más de lo que la mayoría del mundo ganaba en un año. Lo cual significaba que a su salvador, por lo visto, le gustaba viajar a lo grande.

Habían abandonado de prisa Bainbridge Hall y robado la furgoneta de la cuadrilla de limpieza, que habían dejado a escasos kilómetros de la estación de tren. Allí habían cogido el tren de las 6:30 de vuelta a Londres. En la estación Victoria reinaba la calma, y él había evitado los taxis, prefiriendo ir en metro al Savoy.

El hombro de Pam parecía estar bien. La hemorragia que sufriera en Bainbridge Hall se había detenido. Ya en el hotel pidió que le pusieran con la habitación 453.

—Se mueve usted de prisa —dijo la voz al otro extremo de la línea.

—¿Qué quiere?

—En este momento tengo hambre. Así que mi máxima prioridad es desayunar.

Malone captó el mensaje.

—Baje.

—¿En la cafetería dentro de diez minutos? Tienen un buen bufé.

—Allí estaremos.

El tipo que apareció en su mesa era el mismo de hacía dos horas, sólo que ahora lucía unos chinos verde oliva y una camisa marrón de sarga. Su rostro afeitado, apuesto, rebosaba buena voluntad y cortesía.

—Me llamo McCollum. James McCollum. Me llaman Jimmy.

Malone estaba demasiado cansado y era demasiado suspicaz para mostrarse amable, pero se puso en pie. El apretón de manos fue firme y seguro. Los ojos del otro, del color del jade, lo miraron con impaciencia. Pam no se levantó. Malone los presentó y, acto seguido, fue directo al grano.

—¿Qué hacía en Bainbridge Hall?

—Al menos podía darme las gracias por salvarle la vida. No tenía por qué hacerlo.

—Pasaba por casualidad, ¿no?

Los finos labios del hombre esbozaron una sonrisa.

—¿Siempre es usted así? ¿Sin preámbulos, sin rodeos?

—No responde a mi pregunta.

McCollum acercó una silla y se sentó.

—Me muero de hambre. ¿Y si vamos por algo de comer y se lo cuento todo?

Malone no se movió.

—¿Y si responde a mi pregunta?

—De acuerdo, como muestra de buena voluntad. Soy un buscador de tesoros que está sobre la pista de la Biblioteca de Alejandría. Llevo más de una década buscando lo que quiera que quede de ella. Me hallaba en Bainbridge Hall por esos tres tipos. Mataron a una mujer hace cuatro días, una excelente fuente de información, así que seguí su rastro con la esperanza de averiguar para quién trabajaban. Pero me llevaron hasta usted.

—Allí, en la propiedad, aseguró tener una información que yo no tengo. ¿Qué le hace pensar eso?

McCollum retiró la silla y se levantó.

—Dije que tal vez tuviera una información que usted no tenía. Mire, no tengo tiempo ni paciencia para esto. He estado antes en esa propiedad, usted no es el primero en pisarla. Cada uno de ustedes, aficionados, conoce una pizca de verdad mezclada con una buena dosis de fantasía. Estoy dispuesto a ofrecerle parte de lo que sé a cambio de lo poco que usted pueda saber. Eso es todo, Malone, nada más siniestro.

—Así que ¿disparó a dos hombres en la cabeza para demostrar que tiene usted razón? —inquirió Pam, y Malone vio la mirada del abogado escéptico.

Malone clavó la vista en ella.

—Les disparé para salvarles la vida. —Después echó una ojeada a su alrededor—. Me encanta este sitio. ¿Saben que el primer martini se sirvió aquí, en el Bar Americano? Hemingway, Fitzgerald, Gershwin, todos ellos bebían aquí. Este lugar está cargado de historia.

—¿Le gusta la historia? —le preguntó Pam.

—Es una necesidad profesional.

—¿Va a alguna parte? —quiso saber Malone.

McCollum estaba tieso, su actitud serena e imperturbable, aunque Malone había intentado desconcertarlo a propósito.

—Es usted demasiado desconfiado para mi gusto. Adelante, emprenda la búsqueda del héroe. Espero que le vaya bien.

El tipo estaba informado.

—¿Cómo sabe eso?

—Como le he dicho, llevo algún tiempo siguiendo esta pista. ¿Y usted?

¿Quiere que le diga lo que pienso? Que es un novato. Peor, un novato con ínfulas. He conocido a un montón de gente como usted. Creen que lo saben todo, cuando lo cierto es que no saben un carajo. Esa biblioteca ha permanecido oculta mil quinientos años por un motivo. —McCollum hizo una pausa—. Sabe, Malone, es usted como el asno que, en medio de una estupenda hierba alta, alarga el cuello para comer hierbajos al otro lado de la valla. Encantado de conocerlo. Me voy a sentar allí a desayunar.

Y cruzó la cafetería medio desierta.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó Cotton a Pam.

—Es arrogante, pero no se le puede tener en cuenta.

Él sonrió.

—Sabe algo. Y no vamos a descubrir nada aquí sentados.

Pam se puso en pie.

—Estoy de acuerdo, así que vayamos a desayunar con nuestro nuevo amigo.

Sabre se sentó a la mesa a esperar. Si había calculado bien ellos no tardarían en acudir. Malone no podría resistirse. Sus conocimientos tenían que limitarse a lo que George Haddad le había contado, lo cual, a juzgar por la cinta que había escuchado, no era mucho. Lo que se llevó del apartamento del palestino antes de salir corriendo quizá hubiese cubierto algunas lagunas, pero él apostaba a que las cuestiones vitales continuaban sin respuesta.

Cosa que también suponía un problema para él.

Se estaba obligando a relacionarse, algo nuevo. Estaba acostumbrado al silencio de sus propios pensamientos. Rara vez intimaba, salvo con alguna mujer de cuando en cuando, para llevársela a la cama. La mayor parte de las veces pagaba por ello. A profesionales, como él, que hacían su trabajo, decían por la noche lo que él quería oír y se iban por la mañana. La cruda realidad del peligro físico y la tensión mental, al menos en su caso, acallaban el sexo en lugar de estimularlo. Las graves consecuencias minaban el cerebro. A veces se acostaba con la ayuda que contrataba. Pero, como sucediera con la británica a la que había liquidado antes, en ocasiones ello traía consigo molestos efectos secundarios. En vez de romanticismo buscaba soledad.

Ya había representado ese papel antes, con otros, cuando necesitaba ganarse su confianza. Las palabras y los ademanes, su forma de caminar y conducirse, la voz jactanciosa eran de uno de los numerosos novios de su madre. Éste concretamente era un poli quemado de Chicago, la ciudad donde vivían cuando él tenía doce años. Recordaba cómo intentaba impresionarla el tipo a base de una seguridad en sí mismo apabullante. Recordaba un partido de béisbol de los White Sox y una excursión al lago. Más tarde supo que, como la mayoría de los amantes de su madre, el poli sólo

mostró el interés suficiente para impresionar a su madre. Una vez conseguían lo que de verdad querían, que solía medirse en noches pasadas en la cama de su madre, la atención cesaba. Él acabó odiando a todos sus pretendientes. Ni uno solo estuvo presente cuando él la enterró. Su madre murió sola y arruinada.

Y Sabre no estaba dispuesto a repetir el sino de su madre.

Se levantó y se dirigió al bufé.

Le encantaba el Savoy, habitaciones amuebladas con caras antigüedades y atendidas por un servicio de la vieja escuela. La clase de lujo del que solían disfrutar Alfred Hermann y el resto de la Orden del Vellochino de Oro. Él también quería gozar de ese privilegio. Con sus condiciones, no con las de ellos. Sin embargo para cambiar la realidad necesitaba a Cotton Malone y se preguntó si parte de lo que buscaba estaría en la cartera de cuero con la que cargaba. Por el momento había conseguido ir un paso por delante de su rival y por el rabillo del ojo le satisfizo ver que aún conservaba esa ventaja.

Malone y su ex mujer sorteaban las mesas, que se iban llenando rápidamente.

—Muy bien, McCollum —dijo Malone cuando se acercó—. Aquí nos tiene.

—¿Me cree?

—Claro. Es lo menos que puedo hacer.

Sabre soltó una risita forzada.

—Sólo espero que no sea lo *más* que puede hacer.

WASHINGTON, DC

Stephanie y Cassiopeia se retiraron a la cocina cuando Brent Green abrió la puerta principal. Volvieron a situarse cerca de la puerta batiente y oyeron que Green hacía pasar a Daley al comedor y los dos se sentaban a la mesa.

—Brent, debemos hablar de algunos problemas —empezó Daley.

—De éstos siempre hemos tenido, Larry.

—Tenemos un grave problema. Y digo *tenemos* porque he venido a ayudarte a resolverlo.

—Esperaba que fuese importante, teniendo en cuenta la hora que es, así que ¿por qué no me dices cuál es *nuestro* problema?

—Hace un rato se han encontrado tres cadáveres en una propiedad al norte de Londres, dos con sendas balas en la cabeza y el tercero con un proyectil en el pecho. A unos cuantos kilómetros hallaron otro cuerpo, el de una mujer, con un balazo en la cabeza. Un arma del mismo calibre hizo los disparos de la cabeza. Luego alguien robó una furgoneta de limpieza que se hallaba en la propiedad. A la cuadrilla la habían dejado inconsciente. La furgoneta se encontró, abandonada, en una población cercana. Un hombre y una mujer fueron vistos saliendo de ella y después tomando un tren a Londres. Las cámaras de vídeo de la estación Victoria confirmaron que Cotton Malone y su ex se bajaron de ese tren.

Stephanie comprendió adonde quería llegar.

—Supongo que insinúas que Malone mató a esas cuatro personas —dijo Green.

—Sin duda es lo que parece.

—Por lo visto, Larry, nunca has llevado un caso de asesinato.

—¿Y tú sí?

—A decir verdad seis. Cuando era ayudante del fiscal del estado. No tienes ni idea de si Malone disparó a esa gente.

—Tal vez no, Brent, pero tengo bastante para poner en danza a los británicos. Dejaré que sean ellos quienes se ocupen de los detalles.

Stephanie se dio cuenta de que eso podía plantearle un problema a Cotton y vio en los ojos de Cassiopeia que ella opinaba lo mismo.

—Los británicos han identificado a Malone. El único motivo por el que no han ido tras él es que nos han preguntado qué está haciendo allí. Quieren saber si es oficial. Tú no sabrás por casualidad cuál es la respuesta, ¿no?

El silencio flotó en el aire, y Stephanie imaginó la pétrea mirada en el rostro de

Green. La imperturbabilidad era lo que mejor se le daba.

—Eso no es de mi competencia. Y ¿quién dice que Malone está haciendo algo allí que nos concierne?

—Supongo que parezco estúpido.

—No siempre.

—Qué simpático, Brent. Humor. Algo nuevo en ti. Pero, como te iba diciendo, Malone está allí por algo, y cuatro personas han muerto por su culpa, independientemente de que apretara el gatillo o no. Y yo creo que tiene que ver con la Conexión Alejandría.

—Más saltos en la lógica. ¿Así es como actúa la Casa Blanca?

—Yo no involucraría a la Casa Blanca. En este momento no gozas precisamente de su favor.

—Si el presidente no quiere que siga en el cargo seguro que puede hacer algo al respecto.

—No estoy seguro de que baste con tu dimisión.

Stephanie comprendió que finalmente Daley abordaba el propósito de su visita.

—¿Qué tienes en mente? —inquirió Green.

—La cuestión es ésta: el número de votos para el presidente no es muy halagüeño. Ciertamente, nos quedan tres años y llevamos dos mandatos, pero nos gustaría salir con la cabeza bien alta. ¿A quién no? Y para asegurar votos nada mejor que una buena concentración alrededor de la bandera, y para conseguir una mejor concentración nada como un acto terrorista.

—Por una vez tienes razón.

—¿Dónde está Stephanie?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Tú dirás: hace uno o dos días estabas dispuesto a dimitir para apoyarla. Le digo que no meta al Billet en esto y ella moviliza a la puñetera agencia al completo. ¿Lo hizo con tu aprobación?

—No soy su niñera.

—El presidente la despidió. Ha sido destituida.

—¿Sin consultarme?

—Consultó consigo mismo y basta. Ella está fuera.

—Y ¿quién estará al frente del Magellan Billet?

—¿Qué te parece si te cuento una pequeña historia? No es mía, sino de uno de mis libros preferidos, *Hardball*, de Chris Matthews. No está en el mismo bando político que yo, pero así y todo es un tipo listo. Cuenta que el antiguo senador Bill Bradley asistía a una cena que daban en su honor. Bradley quería otra porción de mantequilla y era incapaz de conseguir que se acercara el camarero que llevaba la bandeja. Al final fue a hablar con él y le dijo que por lo visto no sabía quién era él.

«Soy Bill Bradley. Becario Rhodes, jugador profesional de baloncesto y senador de Estados Unidos, y me gustaría que me sirviera un poco más de mantequilla.» El camarero no se dejó impresionar y simplemente comentó que al parecer Bradley no sabía quién era *él*. De manera que se lo dijo: «Soy quien está a cargo de la mantequilla.» Como ves, Brent, el poder es lo que uno tiene. Así que, por ahora, yo soy quien está a cargo del Magellan Billet.

—¿Acaso no estabas en un *lobby* de empresas antes de entrar en la Casa Blanca? ¿Y antes de eso asesor político? ¿Qué te capacita para dirigir la sección de inteligencia más delicada del departamento de Justicia?

—El hecho de que el presidente valore mi opinión.

—Y que le besarás el culo siempre que se agache.

—No he venido hasta aquí para hablar de capacitación. La decisión se ha tomado, así que ¿dónde está Stephanie?

—Supongo que estará en su hotel.

—He ordenado su detención.

—Y ¿quién te echó una mano en Justicia?

—El gabinete de la Casa Blanca se ocupó de los detalles. Ha infringido unas cuantas leyes.

—¿Te importaría decirme cuáles?

—¿Qué te parece agredir a una ciudadana extranjera? Tengo a un miembro de la embajada israelí que jura que Stephanie intentó matarla. La mujer tiene un feo chichón en la cabeza que lo demuestra.

—¿Tienes intención de procesarla?

—Tengo intención de llevar su pobre culo hasta un lugar en el que no haya periodistas.

—Del que no volverá.

Más silencio.

—La vida te hace putas, Brent.

—¿Me incluye eso a mí?

—A decir verdad, sí. Por lo visto, no les caes bien a los israelíes, y se niegan a decir por qué. Puede que sea ese conservadurismo cristiano barato que gustas de predicar. —Daley hizo una pausa—. O tal vez sólo sea que eres un huevón. No sé.

—Es curioso el respeto que te merece mi cargo.

—Respeto a quienes me han colocado *a mí* en el cargo, como deberías hacer tú. Seamos claros: podríamos orquestar un buen ataque terrorista, y nadie a quien yo conozca derramaría muchas lágrimas si tú eres la víctima. Todos salimos ganando: matamos tres pájaros de un tiro y toda esa mierda. Tú desapareces, Israel está contento por una vez, y los votos a nuestro favor aumentan. Todo el mundo se vuelve hacia el presidente en busca de liderazgo. La vida es bella.

—Así que ¿has venido a amenazar al fiscal general de Estados Unidos?

—Vamos, vamos, ¿por qué dices eso? He venido a *hacerte llegar* la amenaza. Tienes derecho a saberlo para así adoptar las medidas de seguridad oportunas. Y Stephanie también. Por alguna razón los israelíes están cabreados con ella, pero, claro, tú no sabes dónde anda, así que no podemos prevenirla. Una verdadera lástima. Sin embargo contigo la cosa cambia. Considérate avisado.

—Imagino que los israelíes no participarían en un asesinato.

—Naturalmente que no. El suyo no es un Estado terrorista, pero esos tipos tienen iniciativa y pueden encargarse el trabajito a otros. Mantienen relaciones con, digamos, elementos indeseables. Por eso se te avisa.

Stephanie oyó que alguien se levantaba.

—Gajes del oficio, Brent.

—Y sí soy un buen chico y acato las órdenes esos «elementos indeseables» perderán interés en mí.

—No te sabría decir, pero es posible. ¿Por qué no lo intentas y lo vemos?

En la habitación se hizo un silencio largo, embarazoso. Stephanie se imaginó a dos leones cara a cara.

—¿Tanto valor tiene el legado del presidente? —preguntó Green.

—¿Crees que se trata de eso? Qué va. Se trata de *mi* legado, de lo que *yo pueda dar*. *Y esa clase de capital político vale más que el oro*.

Stephanie oyó pasos en la madera, alejándose de la cocina.

—Larry —dijo Green, alzando la voz.

Los pasos cesaron.

—No te tengo miedo.

—Pues deberías.

—Escoge a tu mejor tirador, porque yo voy a escoger al mío.

—Muy bien, Brent. Después irás a Vermont, en una caja a dos metros bajo tierra.

—No estés tan seguro.

Daley se rió.

—Lo curioso de todo esto es que los dos mayores cabrones que conozco bien podrían sacar de la mierda a esta Administración. Mira a ver si no hablas por hablar.

—Quizá te lleves una sorpresa.

—Sigue pensando así. Que pases un buen día.

Una puerta se abrió y se cerró.

—Se ha ido —anunció Green.

Stephanie salió de la cocina y dijo:

—Supongo que ya no puedes decirme lo que tengo que hacer.

Ella vio fatiga en sus grises ojos. Por su parte también estaba cansada.

—Al final has conseguido que te despidan.

—Ésa es la menor de nuestras preocupaciones —espetó Cassiopeia.

—Hay un traidor en este gobierno —aseguró Green—. Y tengo intención de dar con él.

—Le garantizo, señor fiscal general, que usted nunca ha tratado con esos «elementos indeseables» —afirmó Cassiopeia—. Daley tiene razón: los israelíes no harán el trabajo sucio, sino que enviarán a alguien. Y la gente a la que contratan supone un problema.

—En tal caso tendremos que andarnos con cuidado.

Stephanie casi sonrió. Brent Green poseía más valor del que imaginaba. Pero había algo más. Lo había intuido antes y ahora estaba segura.

—Tienes un plan, ¿no?

—Claro. Soy un tipo con recursos.

VIENA, AUSTRIA

10:50

Tras despedirse del comité político, Alfred Hermann se excusó y salió del comedor. Le habían dicho que por fin había llegado el invitado especial.

Recorrió los pasillos de la planta baja y entró en el amplio recibidor del *château* justo cuando Henrik Thorvaldsen hacía su aparición. Dibujó una sonrisa en su rostro y dijo en inglés:

—Henrik. Cuánto me alegro de verte.

Thorvaldsen también sonrió al ver a su anfitrión.

—Alfred. No iba a venir, pero decidí que me apetecía charlar con vosotros.

Hermann se aproximó, y los dos se dieron la mano. Conocía a Thorvaldsen desde hacía cuarenta años, y el danés no había cambiado mucho. La espalda tiesa, encorvada seguía allí, formando un grotesco ángulo como un trozo de hojalata remachada. Hermann siempre había admirado las disciplinadas emociones de Thorvaldsen, siempre estudiadas, moldeadas, como si repasase un programa memorizado. Y eso requería talento. Sin embargo Thorvaldsen era judío. Ni devoto ni manifiesto, pero así y todo hebreo. Peor aún, era amigo íntimo de Cotton Malone, y Hermann estaba convencido de que Thorvaldsen no había acudido a la asamblea para ver a los amigos.

—Me alegro de que hayas venido —afirmó Hermann—. Tengo muchas cosas que contarte.

Solían pasar tiempo juntos en la asamblea. Thorvaldsen era uno de los pocos miembros cuya fortuna podía rivalizar con la suya, y mantenía estrechos lazos con la mayor parte de los gobiernos europeos. Sus miles de millones de euros hablaban por sí mismos.

Los ojos del danés brillaron.

—Estoy deseando oírlas.

—Y ¿quién es éste? —preguntó Hermann al tiempo que señalaba al muchacho que se encontraba junto a Thorvaldsen.

—Gary Malone. Está pasando unas semanas conmigo mientras su padre anda fuera y decidí traerlo.

Fascinante. Thorvaldsen lo ponía a prueba.

—Estupendo. Hay un puñado de jóvenes que ha venido con los miembros. Me encargaré de que no les falte la diversión.

—Sabía que lo harías.

Entraron mayordomos con el equipaje y, a una señal de Hermann, llevaron las maletas a la segunda planta. Ya había designado qué habitación ocuparía Thorvaldsen.

—Ven, Henrik. Vayamos a mi despacho mientras se ocupan de vuestras maletas. Margarete tiene muchas ganas de verte.

—¿Y Gary?

—Que venga, no pasa nada.

Malone desayunaba e intentaba formarse un juicio sobre Jimmy McCollum, aunque albergaba serias dudas de que ése fuera su verdadero nombre.

—¿Va a decirme qué interés tiene en todo esto? —preguntó McCollum—. La Biblioteca de Alejandría no es precisamente el Santo Grial. Otros la han buscado, pero eran fanáticos o chiflados. Usted no parece lo uno ni lo otro.

—Usted tampoco —terció Pam—. ¿Qué interés tiene usted?

—¿Qué le ha pasado en el hombro?

—¿Quién ha dicho que me haya pasado algo?

McCollum se metió en la boca una porción de huevo.

—Lo sostenía como si lo tuviera roto.

—Tal vez sea así.

—De acuerdo, no va a decírmelo. —McCollum miró a Malone—. Veo aquí mucha desconfianza hacia alguien que les ha salvado el culo a los dos.

—Ella le ha hecho una buena pregunta: ¿qué interés tiene en la biblioteca?

—Digamos que, si encontrase algo, hay personas que recompensarían mis esfuerzos de muchas maneras. Personalmente creo que es una pérdida de tiempo, pero no puedo por menos de preguntarme el porqué de tantos asesinatos. Alguien sabe algo.

Malone decidió arrojarle algo de carnaza.

—Esa búsqueda del héroe que mencionó usted. La conozco. Son pistas que indican el camino a la biblioteca. —Hizo una pausa—. Supuestamente.

—Oh, es cierto, créame. Otros han ido. No he conocido a ninguno ni tampoco he hablado con ninguno, pero he oído hablar de la experiencia. La búsqueda del héroe es real, igual que los Guardianes.

Otra palabra clave. El tipo estaba bien informado. Malone centró su atención en un bollito que cortó y untó de mermelada de ciruela.

—¿Qué podemos hacer el uno por el otro?

—¿Y si me cuenta por qué fue a Bainbridge Hall?

—*La epifanía de san Jerónimo.*

—Vaya, eso es nuevo. ¿Le importaría explicarse?

—¿De dónde es usted? —soltó de pronto Malone.

McCollum soltó una risita.

—¿Todavía está intentando calarme? Muy bien, colaboraré. Nací en el gran estado de Kentucky, en Louisville. Y antes de que me lo pregunté le diré que no fui a la universidad, sino al ejército. Fuerzas especiales.

—Entonces si hago algunas comprobaciones daré con un recluta llamado Jimmy McCollum, ¿no? Es hora de que sea realista.

—Lamento tener que decirle que tengo un pasaporte y una partida de nacimiento en los que pone ese nombre. Estuve allí una temporada. Licenciado con honores. Pero ¿eso qué importa? A mi entender lo único que cuenta es el aquí y el ahora.

—¿Qué es lo que persigue? —quiso saber Malone.

—Espero que haya muchas cosas cuando se encuentre la biblioteca, pero yo sigo sin saber qué interés tiene usted.

—Esta búsqueda podría resultar ser un reto.

—Bueno, es lo primero con sentido que dice.

—Me refiero a que tal vez haya otros buscando.

—Cuénteme algo que no sepa.

—¿Qué le parecen los israelíes?

Malone captó una pizca de perplejidad en los vivaces ojos de McCollum, luego volvió la claridad, acompañada de una sonrisa.

—Adoro los retos.

Era hora de recoger el sedal.

—Tenemos *La epifanía de san Jerónimo*.

—De mucho le va a servir si desconoce su importancia.

Malone coincidió con él.

—Yo tengo la búsqueda del héroe —aseguró McCollum.

La revelación captó la atención de Malone, en particular dado que George Haddad no le había desvelado los detalles de ese viaje.

—Lo que quiero saber —añadió McCollum— es si tiene usted la novela de Thomas Bainbridge.

Pam seguía comiendo, en ese momento daba buena cuenta de un bol de fruta con yogur. Sin duda conocía la primera regla de la abogacía —nunca reveles lo que sabes—, pero Malone decidió que si quería recibir tendría que dar.

—La tengo. —Y, para tentar al otro añadió—: y más.

McCollum hizo una mueca de admiración.

—Sabía que había elegido bien cuando decidí salvarle el pellejo.

Hermann vio salir de su despacho a Thorvaldsen y su joven protegido. Margarete estaba a su lado. Habían disfrutado de una agradable visita de media hora.

—¿En qué piensas? —le preguntó Alfred a su hija.

—Henrik ha estado como siempre: tomando bastante más de lo que da.

—Él es así, igual que yo. —Y tú también deberías serlo, pensó—. ¿Has notado algo?

Ella meneó la cabeza.

—¿Nada en el muchacho?

—Parecía tener buenos modales.

Su padre decidió contarle parte de lo que ella no sabía.

—Henrik tiene algo que ver con una iniciativa en la que está inmerso el Círculo. Es de vital importancia con respecto a lo que hablamos en el desayuno.

—¿La Biblioteca de Alejandría?

Él asintió.

—Un conocido suyo, un hombre llamado Cotton Malone, forma parte de lo que está ocurriendo.

—¿Dirige Sabre la operación?

—Y muy bien. Todo está saliendo según lo previsto.

—El chico se apellida Malone. ¿También está metido en esto?

—Es el hijo de Cotton Malone.

El rostro de Margarete reflejó sorpresa.

—¿Por qué está aquí?

—Lo cierto es que traerlo ha sido muy inteligente por parte de Henrik. Con los miembros presentes, todos nos comportaremos mejor que nunca. Éste podría ser el lugar más seguro para ambos. Claro está que a veces sobrevienen accidentes.

—¿Le harías daño al chico?

Él la miró con dureza.

—Haré lo que sea preciso para salvaguardar nuestros intereses, y tú deberías estar dispuesta a hacer lo mismo.

Su hija no contestó, y él le concedió un instante. Al cabo ella dijo:

—¿Hace falta que sobrevenga un accidente?

A Alfred le alegró ver que Margarete empezaba a comprender la gravedad de la situación.

—Eso depende de lo que nuestro querido amigo Henrik tenga en mente.

—¿De dónde le viene ese nombre? ¿Cotton? —preguntó McCollum.

—A decir verdad es bastante... —comenzó Pam.

Malone la cortó.

—Es una larga historia. Podemos hablar de ello en otro momento. Ahora lo que me interesa es la búsqueda del héroe.

—¿Siempre es tan susceptible con su nombre?

—Soy susceptible con la pérdida de tiempo.

McCollum estaba terminando un plato de fruta. Malone se fijó en que el tipo comía de forma sana: copos de avena, fresas, zumo, un bollito de pan.

—Muy bien, Malone. Tengo la búsqueda. La conseguí de un invitado que murió antes de ir.

—¿Fue cosa suya?

—Esta vez no. Causas naturales. Lo encontré y robé la búsqueda. No me pregunte quién era porque no se lo voy a decir. Pero tengo las pistas.

—Y ¿sabe si son auténticas?

McCollum soltó una risita.

—En lo mío eso nunca se sabe hasta que se llega allí. Pero correré el riesgo.

—¿Qué necesita? —inquirió Pam. Había estado bastante callada durante el desayuno—. Es evidente que sabe más que nosotros. ¿Por qué malgastar el tiempo?

—Para ser sincero, tengo un problema. Llevo las últimas semanas peleándome con la búsqueda: es un acertijo. Y no soy capaz de resolverlo. Creí que tal vez ustedes dos pudieran ayudarme. A cambio, estoy dispuesto a compartir lo que sé.

—Y está dispuesto a pegarle un tiro a dos hombres en la cabeza —espetó Malone.

—Le habrían hecho eso mismo a usted. Lo cual, dicho sea de paso, debería darle que pensar. ¿Quién querría hacerlo?

«Excelente pregunta», pensó Malone. Nadie los había seguido desde Londres, de eso estaba seguro. No tenía sentido que los asesinos los estuvieran esperando en Bainbridge Hall, pues él había decidido acudir allí con escasas horas de antelación.

—Esta búsqueda —prosiguió McCollum— tiene mucha más envidia de lo que yo pensaba en un principio. Y ahora usted me dice que los judíos también están en el ajo.

—A un amigo mío lo mataron ayer, lo cual debería poner fin al interés de Israel.

—Ese amigo ¿sabía algo de la biblioteca?

—Por eso lo liquidaron.

—No es el primero.

Malone necesitaba saber algo.

—Supongo que querrá vender los manuscritos que encuentre, ¿no?

McCollum se encogió de hombros.

—Quiero sacar partido de las molestias que me he tomado. ¿Le importa?

—Si los manuscritos se conservan tendrían que ser protegidos y estudiados.

—No soy codicioso, Malone. Estoy seguro de que en algún lugar del emplazamiento habría algunas migajas que podría vender en pago de esas molestias.

—McCollum hizo una pausa—. Además de que se me reconociera el mérito por el hallazgo, claro está. Eso ya valdría algo por sí mismo.

—Fama y fortuna —apuntó Pam.

—La inmortalidad como recompensa —dijo McCollum—. Ambas cosas tienen sus aspectos satisfactorios.

Malone ya había oído bastante.

—Díganos las pistas.

McCollum estaba sentado frente a ellos, distante como una deidad, malicioso como un demonio. Al tipo había que vigilarlo; mataba con demasiada facilidad. Pero si poseía la búsqueda del héroe tal vez supusiera su única forma de avanzar.

McCollum se metió la mano en el bolsillo y sacó un papel.

—Así es como empieza.

Malone cogió el pequeño papel y leyó:

Cuan extraños son los manuscritos, gran viajero de lo desconocido. Aparecen por separado, pero parecen uno a quienes saben que los colores del arco iris se tornan una única luz blanca. ¿Cómo encontrar ese único rayo? Es un misterio, pero ve a la capilla que hay junto al Tajo, en Belém, consagrada a nuestro santo patrón.

—¿Dónde está el resto? —quiso saber.

McCollum se rió.

—Descifre esta parte y ya veremos. Vayamos paso a paso.

Malone se puso en pie.

—¿Adonde va?

—A ganarme el resto.

WASHINGTON, DC

5:30

Stephanie había hecho frente a muchas cosas, pero nunca a una detención. Larry Daley estaba subiendo la apuesta.

—Tenemos que golpear a Larry ahora —aseveró Stephanie.

Ella, Cassiopeia y Green se encontraban en la cocina de este último, que acababa de hacer café. Su aroma le recordó a Stephanie que tenía hambre.

—¿Qué tienes en mente? —inquirió Cassiopeia.

Ni una sola vez en doce años había puesto en peligro la seguridad del Billet. Se tomaba muy a pecho el juramento que había prestado. Sin embargo un abismo de dudas hacía que no estuviese segura de qué hacer a continuación. Finalmente decidió que sólo tenía una alternativa, y repuso:

—Estuvimos investigando a Daley.

La seriedad se apoderó del rostro de Green.

—Explícate.

—Quería saber qué le movía, de manera que asigné a una agente para que lo averiguara. Se lo trabajó, a ratos, durante casi un año. Me enteré de muchas cosas.

—No dejas de asombrarme, Stephanie. ¿Sabes lo que habría pasado si él se llega a dar cuenta?

—Supongo que me habrían despedido, así que ¿ahora qué importa?

—Está intentando matarte. Tal vez sepa que lo investigaste.

—Lo dudo. La agente era muy buena. No obstante, Daley está en un buen lío. Antes dijiste que no habías descubierto ninguna infracción de la ley. Pues yo sí. Montones. Financiación de campañas, sobornos, fraudes. Daley es el contacto entre personas acomodadas y la Casa Blanca, gente que no quiere que su nombre salga a la luz.

—¿Por qué no lo atacaste?

—Pensaba hacerlo. Pero entonces apareció lo de la filtración. Tenía que esperar.

—Y ahora que está al frente del Magellan Billet, ¿sabrá lo que hiciste? —preguntó Cassiopeia.

Ella negó con la cabeza.

—Tengo la información guardada bajo llave, y la agente que llevó la investigación fue trasladada hace meses. Sólo lo sabíamos ella y yo.

Green sirvió café en dos tazas.

—¿Qué quieres hacer?

—Aprovechando que tengo aquí a esta amiga tan habilidosa, he pensado que podríamos concluir la investigación.

—No me gusta cómo suena eso —afirmó Cassiopeia.

Green hizo un gesto y dijo:

—Poneos lo que queráis en el café.

—¿Tú no tomas? —preguntó Stephanie.

—No bebo café.

—Entonces ¿por qué tienes cafetera?

—Porque tengo invitados. —Se detuvo—. De cuando en cuando.

La solidez de Green, su masculina seriedad, dio paso por un instante a una sinceridad juvenil, y a ella le gustó.

—¿Alguien a quien yo conozca? —se interesó Stephanie.

Green esbozó una sonrisa.

—Eres una cajita de sorpresas —comentó ella.

—Como alguien más a quien todos nosotros conocemos —apuntó Cassiopeia, que bebía sorbos de café.

Green asintió, al parecer satisfecho con el cambio de tema.

—Henrik es un hombre asombroso. Siempre va un paso por delante. Pero ¿y tú, Stephanie? ¿Cómo pretendes cerrar la investigación?

La aludida saboreó el humeante líquido y permitió que un sorbo le calentara la garganta.

—Tenemos que ir a su casa.

—¿Por qué? —quiso saber Cassiopeia—. Aunque consiguiéramos entrar, seguro que su ordenador tiene una contraseña.

Stephanie sonrió.

—Eso no es un problema.

Green la miró con cierta curiosidad y no fue capaz de ocultar su sorpresa.

—Ya conoces la contraseña, ¿verdad?

Ella asintió y repuso:

—Es hora de pillar a ese hijo de puta.

Malone entró en el *business center* del Savoy. El amplio espacio estaba bien equipado, con ordenadores, faxes y fotocopiadoras. Le dijo al encargado lo que quería y no tardaron en conducirlo hasta un terminal. El importe sería cargado a la habitación de McCollum.

Se disponía a sentarse, pero Pam se lo impidió.

—¿Te importa? —preguntó ésta.

Malone decidió cederle el honor. Se había percatado de que ella sabía lo que él

quería hacer.

—¿Por qué no? Adelante.

Malone le entregó el papel donde estaba anotado el comienzo de la búsqueda y después se volvió hacia McCollum.

—Dijo que consiguió esto hace poco, ¿no?

—No. No mencioné cuándo. Buen intento, Malone.

—Necesito saberlo, es importante. ¿En los últimos meses?

Su benefactor vaciló y, acto seguido, asintió.

Malone le explicó lo que había deducido.

—Por lo que sé, los Guardianes llevan siglos invitando a gente a la biblioteca. Y deben adaptar la búsqueda a cada época. Apuesto a que incluso la adaptan al invitado. ¿Por qué no personalizarla? Se toman un montón de molestias en todo lo demás, ¿por qué no en esto?

McCollum afirmó con la cabeza.

—Tiene sentido.

Pam pulsó unas teclas.

—La primera parte: «Cuan extraños son los manuscritos, gran viajero de lo desconocido. Aparecen por separado, pero parecen uno a quienes saben que los colores del arco iris se tornan una única luz blanca. ¿Cómo encontrar ese único rayo?» —dijo Malone—. Esto es paja, sólo un modo de decir que hay mucha información. Pero la siguiente: «Es un misterio, pero ve a la capilla que hay junto al Tajo, en Belém, consagrada a nuestro santo patrón.» Por ahí empezaremos.

—Lo tengo —anunció Pam.

Él sonrió. Su ex iba por delante de él, y eso le gustaba.

—He efectuado una búsqueda con Tajo y Belém.

—¿No es demasiado fácil? —objetó McCollum.

—Los Guardianes no pueden permanecer ajenos al mundo. Internet existe, así que deben dar por sentado que sus invitados la utilizan.

Malone miró la pantalla. El sitio web que Pam había encontrado era de Portugal, una página de viajes y turismo que mencionaba lugares de interés en Lisboa y sus alrededores.

—Belém —informó Pam—. No está muy lejos de Lisboa, donde el río Tajo se une al mar. Belém es Belén en portugués.

Malone leyó la información relativa a esa lengua de tierra situada al suroeste del centro de Lisboa, el lugar del cual partían las carabelas portuguesas hacia oriente: Vasco De Gama a la India, Bartolomé Díaz a doblar el cabo de Buena Esperanza... Belém prosperó gracias a las riquezas —principalmente especias— que llegaron al país desde Extremo Oriente. El rey mandó construir allí un palacio de verano, y muchos ciudadanos acaudalados se establecieron allí. En su día era un municipio

separado. En la actualidad constituía un imán que atraía a los turistas a disfrutar de sus tiendas, cafés y museos.

—Enrique el Navegante guarda relación con el sitio —añadió Pam.

—Pasemos a lo de la capilla consagrada al santo patrón —propuso Malone.

Unos cuantos clicks de ratón y Pam señaló el monitor.

—Ahí la tienes.

Una gigantesca construcción de gastada piedra llenó la pantalla. Intrincadas agujas se alzaban hacia un cielo nublado. El estilo era una combinación de arquitectura gótica y renacentista con evidentes influencias moriscas. Llamativas imágenes salpicaban la pétreo fachada.

—El monasterio de Santa María de Belém —leyó Malone.

Pam fue bajando, y él leyó que era uno de los monumentos más conocidos de Portugal, a menudo llamado Monasterio de los Jerónimos. Muchos de los personajes más importantes del país, incluidos sus reyes y reinas, se hallaban enterrados allí.

—¿Cómo es que ha aparecido esto? —le preguntó a Pam.

—Escribí varias palabras clave y el motor de búsqueda fue directo ahí. En 1498, cuando Vasco De Gama volvió de su viaje tras descubrir la ruta a la India, el rey de Portugal aportó fondos para erigir el monasterio. La Orden de san Jerónimo tomó posesión del lugar en 1500, y la primera piedra se puso el 6 de enero de 1501.

Malone conocía la importancia de esa fecha de cuando era pequeño. Su madre era católica, y ellos iban a la iglesia con regularidad, sobre todo después de que falleciera su padre. El 6 de enero, la festividad de la Epifanía.

¿Qué había escrito Haddad en sus libretas?

«Las grandes búsquedas a menudo comienzan con una epifanía.»

—La capilla principal del monasterio se consagró a san Jerónimo —contó Pam—. Cotton, ¿recuerdas lo que dijo Haddad de él?

Lo recordaba. San Jerónimo fue uno de los primeros padres de la iglesia que, en el siglo IV, tradujo numerosos textos bíblicos al latín, incluido el Antiguo Testamento.

—Hay un enlace con más cosas sobre san Jerónimo —añadió ella, y la pantalla cambió con otro clic del ratón.

Los tres se pusieron a leer, y fue Malone quien lo vio primero.

—Es el santo patrón de las bibliotecas. Por lo visto, esta búsqueda empieza en Lisboa.

—No está mal, Malone.

—¿Nos hemos ganado el resto?

—Como le dije, los acertijos no son lo mío, y a ustedes dos parece que se les dan bien. Pero el resto es más complicado.

Él sonrió.

—¿Y si lo intentamos entre los tres y vemos adonde nos lleva?

VIENA
13:00

Thorvaldsen salió del baño y vio que Gary estaba deshaciendo el equipaje. Aparte de lo que llevaba puesto cuando lo secuestraron, el muchacho no tenía más ropa, así que el día anterior Jesper había ido a Copenhague a comprarle unas cuantas cosas.

—Esta casa es antigua, ¿no? —preguntó el chico.

—Lleva en pie desde hace generaciones, como Christiangularde.

—En Europa hay un montón de cosas antiguas, no como en casa.

Thorvaldsen esbozó una sonrisa.

—Llevamos algo más en el mundo.

—La habitación es estupenda.

También él opinaba que el cuarto era muy interesante. En la segunda planta, cerca de su anfitrión. Una novedad. Estaba decorado con mobiliario femenino, sin duda había pertenecido a una mujer con gusto.

—¿Te gusta la historia? —quiso saber el danés.

Gary se encogió de hombros.

—No me gustaba hasta hace dos veranos. Aquí es mucho más interesante, cuando se ve.

Thorvaldsen decidió que había llegado la hora de comentarle al chico cuál era la situación.

—¿Qué te han parecido nuestro anfitrión y su hija?

—No muy amables. Pero parece que les cae bien.

—Conozco a Alfred desde hace mucho, pero me temo que trama algo.

Gary se sentó en la cama.

—Creo que tal vez esté detrás de tu rapto.

Vio que el muchacho empezaba a comprender el aprieto en que se hallaban.

—¿Está seguro?

El danés meneó la cabeza.

—Por eso estamos aquí, para averiguarlo.

—Yo también quiero saberlo. Esos tipos le dieron un susto de muerte a mi madre, y eso no me gusta.

—¿Tienes miedo?

—No me habría traído si corriese peligro.

Le gustó la respuesta. El chaval era listo.

—Has visto morir a dos hombres. Pocos chicos de quince años pueden decir lo mismo. ¿Estás bien?

—El que se cargó mi padre se lo merecía. Intentó secuestrarme. Papá hizo lo que debía. ¿Qué va a hacer usted?

—No estoy seguro, pero durante los próximos días aquí habrá un montón de gente, gente poderosa de la que tal vez averigüe lo que queremos saber.

—¿Es como un club o algo por el estilo?

—Podría decirse que sí. Gente con intereses similares que se reúne para hablar de esos intereses.

Su móvil tintineó en la mesilla de noche, y él se acercó y vio el número: Jesper. Lo cogió.

—Tiene una llamada. De Tel Aviv.

—Pues pásamela ya mismo.

A los pocos segundos, después de establecer la conexión, oyó decir a una grave voz de barítono:

—Henrik, ¿qué te traes entre manos?

—¿A qué te refieres?

—No te hagas el tonto. Cuando llamaste ayer sospeché algo, Pero ahora estoy paranoico perdido.

El día anterior había llamado al despacho del primer ministro israelí. Como había donado millones para causas judías y financiado a multitud de políticos israelíes, incluido el actual primer ministro, su llamada no había sido pasada por alto. Sólo había hecho una simple pregunta: ¿qué interés tiene Israel en George Haddad? No había hablado directamente con el primer ministro a propósito, sino que había encauzado la pregunta a través de su jefe de gabinete, que ahora, notó, estaba nervioso. De manera que inquirió:

—¿Conoces la respuesta a mi pregunta?

—El Mosad nos dijo que nos metiéramos en nuestros asuntos.

—¿Así es como le hablan a sus dirigentes?

—Sólo cuando quieren que nos metamos en nuestros asuntos.

—Así que ¿no hay respuesta?

—No he dicho eso. Quieren muerto a George Haddad y quieren pararle los pies a Cotton Malone. Al parecer Malone y su ex mujer van camino de Lisboa en este momento, y eso después de que la otra noche cuatro personas murieran en un museo del norte de Londres. Curiosamente los británicos saben que Malone tuvo algo que ver en esos asesinatos, pero no han hecho nada. Lo han dejado salir del país sin más. Los nuestros opinan que es porque los americanos dieron luz verde a lo que hizo. Creen que Norteamérica ha vuelto a entrometerse... en lo tocante a George Haddad.

—¿Cómo es que saben eso tus empleados?

—Tienen, línea directa con Malone. Saben exactamente dónde está y qué hace. Además, contaban con esto desde hace algún tiempo.

—Parece que hay mucho movimiento por ahí.

—Por no decir otra cosa. El primer ministro y yo apreciamos tu amistad. Eres un mecenas de esta nación. Por eso te hemos llamado. El Mosad va a eliminar a Malone, ya han enviado a unos agentes rumbo a Lisboa. Si puedes prevenirlo, hazlo.

—Ojalá pudiera, pero no tengo forma.

—Pues que Dios lo proteja. Va a necesitarlo.

La conexión se interrumpió, y él colgó el teléfono.

—¿Algún problema? —preguntó Gary.

Thorvaldsen recobró la compostura.

—Sólo un asunto de poca importancia con una de mis empresas. Tengo negocios que dirigir, ¿sabes?

El muchacho pareció aceptar la explicación.

—Ha dicho que hemos venido a una especie de club, pero no me ha dicho qué tiene eso que ver conmigo.

—A decir verdad es una pregunta excelente. Te responderé mientras damos un paseo. Ven, te enseñaré la propiedad.

Alfred Hermann oyó cerrarse la puerta de la habitación de Thorvaldsen. El micrófono que había instalado en la estancia funcionaba a la perfección. Margarete se sentó frente a él mientras desconectaba el altavoz.

—Ese danés es un problema —dijo ella.

Había tardado lo suyo en darse cuenta. A todas luces Thorvaldsen se encontraba allí para investigar, pero Hermann sintió curiosidad por la llamada telefónica. Su viejo amigo no había dicho gran cosa que apuntara a su naturaleza, y él dudaba de que tuviera algo que ver con los negocios.

—¿Es verdad? —quiso saber Margarete—. ¿Te llevaste al chico?

Su padre le había permitido escuchar por una razón, de manera que asintió.

—Formaba parte de nuestro plan. Pero también dejamos que lo rescataran. En este momento Dominick cultiva las semillas que plantamos.

—¿La biblioteca?

Él asintió.

—Creemos que andamos sobre la pista.

—Y ¿pretendes confiar a Sabre esa información?

—Es nuestro emisario.

Ella meneó la cabeza en señal de contrariedad.

—Padre, es un oportunista codicioso. Llevo años diciéndotelo.

La paciencia de Hermann se agotó.

—No te he puesto al corriente de lo que está sucediendo para que discutamos. Necesito tu ayuda.

Vio que su hija captaba la tensión de su voz.

—Claro. No pretendía extralimitarme.

—Margarete, el mundo es un lugar complicado. Uno ha de servirse de los recursos que están a su alcance. Céntrate. Ayúdame a manejar esto y deja que Dominick se ocupe de lo suyo.

Ella respiró hondo y soltó el aire, con los dientes apretados, algo que solía hacer cuando estaba nerviosa.

—¿Qué quieres que haga?

—Ve a dar una vuelta y tropiézate con Henrik. Aquí se cree a salvo. Haz que se sienta así.

WASHINGTON, DC

10:30

A Stephanie no le gustaba su nueva imagen. Su cabello rubio plateado ahora era caoba claro, el resultado de un tinte rápido aplicado por Cassiopeia. Maquillaje distinto, ropa nueva y unas gafas claras completaban el cambio. No era perfecto, pero bastaba para ocultarse en público.

—Llevo ni se sabe cuánto sin ponerme unos pantalones de lana Geraldine —le confesó a Cassiopeia.

—He pagado una fortuna por ellos, así que cuídalos.

Ella sonrió.

—Como si no pudieras permitirte.

Una blusa con cuello redondo y una chaqueta azul marino redondeaban el conjunto. Iban en un taxi que avanzaba a duras penas entre el tráfico de la mañana.

—Casi no te reconozco —aseguró Cassiopeia.

—¿Me estás diciendo que me visto como una vieja?

—A tu armario no le vendría mal una puesta al día.

—Puede que, si sobrevivo a esto, deje que me lleves de compras.

Los ojos de su amiga brillaron divertidos. A Stephanie le caía bien esa mujer; su seguridad en sí misma podía ser contagiosa.

Se dirigían a casa de Larry Daley, que vivía en Cleveland Park, un bonito barrio residencial no muy lejos de la catedral episcopaliana. En su día refugio veraniego de washingtonianos que querían escapar del calor de la ciudad, en la actualidad acogía estafalaria tiendas, modernos cafés y un popular teatro *art déco*.

Stephanie le dijo al taxista que parara a tres manzanas de la dirección y pagó la carrera. El resto del camino lo hicieron andando.

—Daley es un capullo arrogante —afirmó Stephanie—. Como cree que nadie lo vigila, guarda unos archivos. Una solemne tontería, en mi opinión, pero lo hace.

—¿Cómo te acercaste a él?

—Es un mujeriego. Sencillamente le di la oportunidad.

—¿Secretos de alcoba?

—De los peorcitos.

La casa era otro antiguo refugio Victoriano. En un principio ella se había preguntado cómo podía permitirse Daley la sin duda astronómica hipoteca, pero después supo que la vivienda era alquilada. Una pegatina en una de las ventanas de la

planta baja anunciaba que la propiedad estaba protegida por una alarma. A esa hora, alrededor de mediodía, Daley se encontraría en la Casa Blanca, donde pasaba al menos dieciocho horas. A la prensa conservadora le encantaba alabar su dedicación al trabajo, pero Stephanie no se dejaba engañar. Lo cierto es que Daley no quería perderse nada ni un solo momento.

—Te propongo un trato —propuso ella.

En los labios de Cassiopeia afloró una sonrisa maliciosa.

—¿Quieres que entre?

—Yo me ocuparé de la alarma.

Sabre se estaba adaptando a la personalidad de Jimmy McCollum. No había utilizado ese nombre en mucho tiempo, pero lo consideró prudente, dado que Malone bien podía comprobarlo. Figuraba en documentos del Ejército. Tenía una partida de nacimiento, una tarjeta de la seguridad social y más, puesto que se había cambiado el nombre ya en Europa. El de Dominick Sabre aportaba cierta confianza y un halo de misterio. Los tipos que lo habían contratado no sabían gran cosa de él, de manera que era importante que su nombre fuese lo suficientemente atractivo. Se había topado con él en un cementerio alemán, un aristócrata fallecido en la década de 1880.

Ahora volvía a ser Jimmy McCollum.

Su madre lo llamó James, como el padre de ella, al cual él llamaba Big Daddy, uno de los pocos hombres de su vida que le habían mostrado respeto. A su propio padre no lo conoció, y tampoco creía que su madre supiera a ciencia cierta a cuál de sus amantes culpar. Aunque había sido una buena madre, que lo trataba con amabilidad, iba de hombre en hombre, se casó tres veces y despilfarró su dinero. Él se marchó de casa a los dieciocho años para entrar en el Ejército. Su madre quería que fuese a la universidad, pero los estudios no le interesaban. Al igual que su madre, se sentía atraído por las grandes oportunidades.

No obstante, a diferencia de ella, él había conseguido aprovechar las que se le habían presentado: el Ejército, las fuerzas especiales, Europa, las Sillas.

Había trabajado para otros durante dieciséis años, cumpliendo sus órdenes, aceptando sus migajas, sintiéndose satisfecho con sus míseros elogios.

Había llegado el momento de trabajar para él mismo.

¿Arriesgado? Sin duda.

Pero el Círculo respetaba el poder, admiraba la inteligencia y sólo negociaba con la fuerza. Sabre quería formar parte de él, tal vez incluso ocupar una silla. Más aún, si la desaparecida Biblioteca de Alejandría albergaba lo que creía Alfred Hermann, quizá pudiera ejercer su influencia en el mundo.

Lo cual significaba poder.

En sus manos.

Tenía que encontrar la biblioteca.

Y el hombre que estaba sentado al otro lado del pasillo en el vuelo de TAP de Londres a Lisboa iba a mostrarle el camino.

Cotton Malone y su ex mujer habían desentrañado la primera parte de la búsqueda del héroe en cuestión de minutos. Sabre confiaba en que pudieran descifrar el resto. Y, cuando lo hubiesen hecho, los eliminaría.

Sin embargo no era ningún estúpido. No cabía duda de que Malone sería precavido.

Así que él tendría que ser impredecible.

Stephanie miraba mientras Cassiopeia forzaba la puerta trasera de la casa de Larry Daley.

—Menos de un minuto —alabó—. No está mal. ¿Te lo enseñaron en Oxford?

—La verdad es que lo hice allí por primera vez. Un mueble bar, si mal no recuerdo.

Stephanie abrió la puerta y aguzó el oído.

De un pasillo contiguo llegaban pitidos. Corrió hasta el teclado de seguridad e introdujo un código de cuatro dígitos con la esperanza de que el idiota de Daley no hubiese cambiado el número.

El pitido cesó y la luz roja pasó a verde.

—¿Cómo lo sabías?

—Me lo dijo mi agente.

Cassiopeia sacudió la cabeza.

—¿Tan idiota es?

—A veces piensa con lo que no debe. Él creía que ella estaba allí sólo para complacerlo.

Stephanie estudió el interior, iluminado por la luz del sol. Decoración moderna, negro, plata, blanco y gris. Arte abstracto en las paredes. Nada decía nada ni transmitía nada. De lo más adecuado.

—¿Qué buscamos? —inquirió Cassiopeia.

—Por aquí.

Stephanie recorrió un corto pasillo y llegó hasta el despacho. Su agente había informado de que Daley lo descargaba todo en memorias USB protegidas con una contraseña, que nunca guardaba datos ni en el portátil ni en el ordenador de la Casa Blanca. La prostituta a la que contrató su agente para seducir a Daley lo supo una noche en que Daley trabajaba con el ordenador mientras ella se lo trabajaba a él.

Le contó a Cassiopeia lo que sabía.

—Por desgracia no sé dónde esconde esas memorias USB.

—¿Demasiado ocupada?

Stephanie sonrió.

—Cada cual tiene su trabajo. Y no lo critiques. Las prostitutas son una de las fuentes de información más provechosas.

—Y tú dices que yo soy retorcida.

—Hemos de encontrar dónde esconde las memorias.

Cassiopeia se dejó caer en una silla de madera que acogió su escaso peso con chirridos y crujidos.

—Tiene que estar a la vista.

Stephanie hizo inventario: en la mesa había un cartapacio, un portaplapiceros, fotos de Daley con el presidente y el vicepresidente y una lámpara. Unas estanterías que iban del suelo al techo ocupaban dos de las paredes. La habitación tendría unos cuatro metros cuadrados. El suelo, al igual que el del resto de la casa, era de madera noble.

No había muchos escondrijos.

Los libros de las estanterías llamaron su atención. A Daley parecían entusiasmarle los tratados políticos. Había muchos, alrededor de un centenar. Ediciones en rústica y tapa dura, muchas de las cubiertas manoseadas, lo que indicaba que los había leído. Ella meneó la cabeza.

—Un entendido en política moderna. Y lo lee todo.

—¿Por qué esa actitud hacia él?

—Porque siempre que ando a su alrededor me entran ganas de darme una ducha después. Por no mencionar que intentó despedirme desde el primer día. —Hizo una pausa—. Y al final lo ha conseguido.

Una llave se introdujo en la cerradura de la puerta principal.

Stephanie volvió la cabeza. Sus ojos recorrieron el pasillo y se detuvieron en la parte delantera de la casa.

La puerta se abrió, y ella oyó la voz de Larry Daley. Y luego otra voz. De mujer: Heather Dixon.

A una señal de Stephanie, ambas corrieron por el pasillo y se metieron en uno de los dormitorios.

—Deja que desactive la alarma —dijo Daley.

Unos segundos de silencio.

—Qué raro —comentó él.

—¿Algún problema?

Stephanie lo supo en el acto: había olvidado volver a activar el sistema después de entrar.

—Estoy seguro de que la conecté antes de salir —aseguró Daley.

De nuevo unos momentos de silencio. A continuación Stephanie oyó el clic de una bala al entrar en una recámara.

—Echemos un vistazo —propuso Dixon.

LISBOA
15:30

Malone contemplaba el monasterio de Santa María de Belém. Él, Pam y Jimmy McCollum habían ido en avión de Londres a Lisboa y después tomado un taxi que les llevó del aeropuerto hasta el río.

Lisboa estaba encaramada en lo alto de una amplia sucesión de colinas desde las que se dominaba el estuario del Tajo, que más bien parecía un mar. Era un lugar de amplios bulevares simétricos y bonitas plazas llenas de árboles. Uno de los mayores puentes en suspensión del mundo salvaba el poderoso río y conducía hasta una imponente estatua de Cristo con los brazos extendidos que abarcaba la ciudad desde la orilla oriental. Malone había ido allí muchas veces y siempre le recordaba a San Francisco, tanto por su urbanismo como por los frecuentes terremotos, varios de los cuales habían dejado su huella.

Todos los países poseían cosas espléndidas: Egipto, las pirámides; Italia, San Pedro; Inglaterra, Westminster; Francia, Versalles. Por el taxista que los cogió en el aeropuerto supo que el orgullo nacional de Portugal era la abadía que tenía ante sus ojos. Su fachada de piedra caliza blanca era espectacular, estaba envejecida como el marfil antiguo y combinaba elementos moriscos, bizantinos y del gótico francés en una exuberante decoración que parecía insuflar vida a los altísimos muros.

Había gente por todas partes. Un torrente de turistas, cámara en mano, entraba y salía. Al otro lado de un concurrido bulevar y de las vías del tren, frente a la impresionante fachada sur, los autocares turísticos esperaban en batería, como barcos amarrados en un puerto. Un letrero informaba a los visitantes de que la abadía se erigió en el año 1500 en cumplimiento de una promesa hecha por el rey Manuel I a la Virgen María y se levantó donde antes se hallaba un antiguo albergue de marineros construido por Enrique el Navegante. Colón, Vasco De Gama y Magallanes rezaron allí antes de emprender sus respectivos viajes. A lo largo de los siglos la ingente estructura había hecho las veces de convento, asilo y orfanato. Ahora era Patrimonio de la Humanidad y había sido objeto de una restauración que le había devuelto gran parte de su pasada gloria.

—La iglesia y la abadía están consagradas a san Jerónimo —oyó que decía en italiano una de las guías turísticas a un grupo—. Resulta simbólico, en el sentido de que tanto san Jerónimo como este monasterio supusieron nuevos puntos de partida de la Cristiandad. Desde aquí zarparon barcos para descubrir el Nuevo Mundo y llevar

allí a Cristo. San Jerónimo tradujo la antigua Biblia al latín, para que más personas pudiesen descubrir tan maravilloso texto.

Malone supo que McCollum también entendía a la mujer.

—¿Habla italiano? —le preguntó.

—Lo suficiente.

—Tiene usted muchas dotes.

—Se hace lo que se puede.

A Malone no se le pasó por alto la hosquedad del otro.

—Bueno, ¿qué es lo siguiente en esta búsqueda?

McCollum sacó otro papel en el que estaba escrito parte del primer extracto y más frases crípticas.

Es un misterio, pero ve a la capilla que hay junto al Tajo, en Belém, consagrada a nuestro santo patrón. Comienza el viaje en las sombras y termínalo en la luz, donde un astro que retrocede halla una rosa, atraviesa una cruz de madera y convierte la plata en oro. Encuentra el lugar de la dirección sin lugar, donde se encuentra otro lugar. Después, como los pastores del pintor Poussin, desconcertados por el enigma, serás bañado por la luz de la inspiración.

Malone le pasó la hoja a Pam y dijo:

—Muy bien, vayamos a ver qué hay.

Siguieron a un tropel de turistas hasta la entrada. Un letrero anunciaba que entrar en la iglesia era gratis, pero para visitar el resto de las construcciones había que pagar.

En el interior de la iglesia, en lo que se denominaba el coro bajo, el abovedado techo era de escasa altura y provocaba una imponente sensación de lóbreguez. A su izquierda se hallaba el cenotafio de Vasco de Gama. Sencillo y solemne, rebosaba de símbolos náuticos. Otra tumba, la del poeta Luís de Camões, descansaba a su derecha junto con una pila bautismal. Los desnudos muros de ambos cubículos incrementaban la austeridad y la grandeza. La gente abarrotaba los espacios, las cámaras disparaban y los guías turísticos resaltaban monótonamente la importancia de los fallecidos.

Malone se adentró en la nave, y la escasa luz inicial del coro bajo dio paso a un luminoso prodigio: seis esbeltas columnas, cada una de ellas con profusión de flores esculpidas, se alzaban hacia el cielo. El sol de la tarde se colaba por una sucesión de vidrieras, y luz y sombras se perseguían por los muros de piedra caliza, agrisados por los años. La bóveda del techo se asemejaba a un haz de nervios, las columnas parecidas a los soportes de un dosel. Malone percibió las influencias árabes y reparó en filigranas bizantinas. Un millar de detalles se multiplicaban a su alrededor.

Extraordinario.

Más extraordinario aún, pensó, era que los antiguos hubiesen tenido el valor de construir algo tan imponente en el tembloroso suelo lisboeta.

Los bancos de madera que en su día acogieran a monjes ahora sólo acomodaban a curiosos. Un tenue murmullo resonaba en la nave, acallado periódicamente por una voz sosegada procedente de un sistema de megafonía que pedía silencio en diversos idiomas. Malone localizó la admonitoria fuente: un sacerdote ante un micrófono, en el altar menor con forma de cruz. Nadie parecía prestar atención a la advertencia, en particular los guías, que seguían con sus discursos.

—Este sitio es magnífico —observó Pam.

Malone coincidía con ella.

—El letrero de fuera dice que cierra a las cinco. Tenemos que sacar entradas para ver el resto.

—Yo iré por ellas —se ofreció McCollum—. Pero la pista sólo nos lleva hasta aquí, hasta la iglesia, ¿no?

—No lo sé. Para asegurarnos echaremos un vistazo a todo.

McCollum se abrió paso entre la maraña de gente para ir al pórtico.

—¿Tú qué opinas? —preguntó Pam, todavía con el papel en la mano.

—¿De él o de la búsqueda?

—Ambas cosas son un problema.

Malone sonrió. Ella estaba en lo cierto. Sin embargo, con respecto a la búsqueda dijo:

—Parte de ella tiene sentido ahora: «Comienza el viaje en las sombras y termínalo en la luz.» Eso es la entrada: ahí atrás es como un sótano que después se convierte en un luminoso desván.

El sacerdote volvió a pedir al gentío que guardara silencio, y nuevamente nadie le hizo el menor caso.

—El suyo es un trabajo duro —comentó Pam.

—Como el niño que apunta los nombres cuando el profesor sale del aula.

—Muy bien, señor Genio —comenzó ella—. ¿Y lo de «donde un astro que retrocede halla una rosa, atraviesa una cruz de madera y convierte la plata en oro. Encuentra el lugar de la dirección sin lugar, donde se encuentra otro lugar»?

Malone ya estaba pensando en ello, su atención fija en el presbiterio, delante, donde un muro servía de telón de fondo al altar mayor, el conjunto coronado por la combinación de una cúpula semiesférica, una bóveda de cañón y un techo de piedra. Columnas jónicas y corintias se elevaban simétricamente en tres de los lados del presbiterio, enmarcando unos receptáculos de piedra abovedados que exhibían unos sarcófagos reales con bajorrelieves. Cinco tablas vestían el muro cóncavo, y todo ello convergía en el majestuoso sagrario barroco que ocupaba el centro, elevado por encima del altar mayor.

Malone sorteó a los turistas rezagados y se dirigió al extremo del altar menor. Cordones de terciopelo impedían la entrada al presbiterio. Un nuevo letrero le informó de que el sagrario, de plata, era obra del orfebre João de Sousa, y que databa de entre 1674 y 1678. Incluso desde quince metros de distancia el sagrario, profusamente labrado, parecía espléndido.

Malone dio media vuelta y observó, al fondo de la nave, más allá de las columnas y los bancos, el coro bajo, por donde habían entrado.

Entonces lo vio: en el coro alto, tras una gruesa balaustrada de piedra, a unos quince metros sobre el piso de la iglesia. En lo alto, un enorme ojo lo miraba. La ventana circular tendría un diámetro de tres metros o más. Parteluces con tracería partían de su centro. Las nervaduras del techo serpenteaban hacia ella y parecían desvanecerse en aquel resplandor carente de sombras, brillante como el foco de un escenario, que bañaba de luz el interior de la iglesia.

Era un adorno habitual en numerosas iglesias medievales, se lo llamaba «rosetón» por su caprichosa forma.

Mirando justo al oeste. Por donde declina el día. Resplandeciente como el sol.

Pero había más.

En medio de la balaustrada del coro superior se veía una gran cruz. Malone se adelantó y observó que ésta encajaba perfectamente en el rosetón, los brillantes rayos de luz la atravesaban y se perdían en la nave.

«Donde un astro que retrocede halla una rosa, atraviesa una cruz de madera y convierte la plata en oro».

Por lo visto habían encontrado el sitio.

VIENA
16:30

Thorvaldsen admiraba el espectáculo de flores, agua y estatuas de mármol del enorme jardín, obra de varias generaciones. Paseos sombreados serpenteaban desde el *château* hasta herbosos claros; y se hallaban flanqueados por estatuas, bajorrelieves y fuentes. Con frecuencia las influencias francesas daban paso a un patente gusto italiano.

—¿Quiénes son los propietarios de esto? —preguntó Gary.

—Los Hermann son una familia muy arraigada en Austria, igual que la mía en Dinamarca. Es bastante adinerada y poderosa.

—¿Él es amigo suyo?

Interesante pregunta, teniendo en cuenta las sospechas que albergaba.

—Hasta hace unos días eso pensaba, pero ahora no estoy tan seguro.

Al danés le satisfacía la curiosidad del muchacho. Y sabía que Malone no era su padre. Cuando Malone volvió de llevar a Gary a su casa tras la visita estival, le contó lo que Pam le había revelado. Thorvaldsen fingió no saber nada la primera vez que la vio, unas noches antes, aunque supo en el acto quién era. La presencia de esa mujer en su casa junto con Malone vaticinaba problemas, razón por la cual apostó a Jesper a la puerta del despacho. Pam Malone estaba muy nerviosa, aunque por suerte se había tranquilizado. A esas alturas ya debía encontrarse en Georgia. Sin embargo, la llamada de Tel Aviv le informó de que «al parecer Malone y su ex mujer van camino de Lisboa en este momento».

¿Qué estaba pasando? ¿Por qué iban allí? Y ¿dónde estaba Las Garras del Águila?

—Hemos venido aquí a ayudar a tu padre —le explicó Thorvaldsen a Gary.

—Mi padre no dijo nada de ir a ninguna parte. Me pidió que me quedase y tuviese cuidado.

—Pero también que hicieras lo que yo te dijese.

—Pues cuando me chille espero que asuma su responsabilidad.

El danés sonrió.

—Con mucho gusto.

—¿Ha visto matar alguna vez a alguien?

Thorvaldsen sabía que el recuerdo del martes debía ser inquietante, por mucho que el chico quisiera ser valiente.

—Varias.

—Mi padre le disparó al tipo ese en la cabeza. Pero ¿sabe qué? Me dio igual.

El danés meneó la cabeza al oír la bravata.

—Ten cuidado, Gary. No te acostumbres nunca a matar, por mucho que alguien pueda merecerlo.

—No me refería a eso, sino a que era una mala persona. Amenazó con matar a mamá.

Pasaron ante una columna de mármol coronada por una estatua de Diana. La brisa mecía los árboles y hacía temblar las sombras proyectadas en la ondeante hierba.

—Tu padre hizo lo que debía. No le gustó, simplemente lo hizo.

—Y yo también lo habría hecho.

A la genética podían darle: Gary era hijo de Malone. Y aunque el muchacho sólo tenía quince años, ciertamente era posible suscitar su indignación —como ocurría con su padre—, sobre todo si un ser querido se veía amenazado. Gary sabía que sus padres habían ido a Londres, pero no que su madre seguía involucrada en aquel asunto. Merecía conocer la verdad.

—Tu madre y tu padre van camino de Lisboa.

—¿De eso iba la llamada que recibió en la habitación?

El danés asintió, y le hizo sonreír la resolución con la que el chaval encaraba las noticias.

—¿Por qué continúa mamá con él? No dijo que fuera a quedarse cuando llamó la otra noche. No se llevan bien.

—No lo sé. Tendremos que esperar a que uno de los dos vuelva a llamar.

No obstante también él quería saber a toda costa la respuesta a esa pregunta. Más adelante vio el lugar al que se dirigían: un belvedere de mármol rematado por hierro dorado. La balaustrada daba a un lago cristalino, su argéntea superficie era serena y umbrosa.

Entraron en él y el danés se acercó a la balaustrada.

Enormes macetas llenas de flores aromáticas adornaban el interior. Como siempre, Hermann se había asegurado de que todo fuese modélico.

—Alguien viene —informó Gary.

Thorvaldsen no se volvió, no era preciso. La vio mentalmente: baja, regordeta, resoplando mientras caminaba. Mantuvo la mirada fija en el lago y disfrutó del dulce olor de la hierba y las flores.

—¿Viene deprisa la dama?

—¿Cómo ha sabido que era una mujer?

—Ya aprenderás que no se puede ganar una contienda si tu enemigo no es predecible en algún aspecto.

—Es la hija del señor Hermann.

El danés siguió admirando el lago, observando a una familia de patos que se

dirigía hacia la orilla.

—No le digas nada de nada. Escucha y habla poco. Así descubrirás lo que quieras saber.

Oyó un resonar de pies en el suelo de piedra del belvedere y se giró cuando Margarete estaba cerca.

—En casa me dijeron que vendrías aquí —explicó—. Y me acordé de que éste era uno de tus lugares preferidos.

Él sonrió al ver la evidente satisfacción de la chica.

—Aquí hay intimidad. Está lejos del castillo, y los árboles dan tranquilidad. Me gusta mucho este sitio. Era el favorito de tu madre, si mal no recuerdo.

—Mi padre lo construyó especialmente para ella. Mi madre pasó su último día de vida aquí.

—¿La echas de menos?

—Murió cuando yo era pequeña, así que no estábamos muy unidas. Pero mi padre sí que la echa de menos.

—¿No echas de menos a tu madre? —inquirió Gary.

Aunque el chico había infringido la norma, a Thorvaldsen no le importó. Lo cierto es que también él sentía curiosidad.

—Claro que sí, sólo que no estábamos unidas... como madre e hija.

—Parece que te interesan los negocios familiares y la Orden.

Thorvaldsen vio que las ideas desfilaban por su cabeza. La chica había heredado más el tosco aspecto austríaco de su padre que la belleza prusiana de su madre. No era especialmente atractiva: cabello oscuro, ojos castaños y nariz fina y prominente. Pero ¿quién era él para juzgar, teniendo en cuenta su espalda deformada, su cabello greñado y su curtida piel? Se preguntó si tendría pretendientes, pero decidió que aquella mujer no se daría nunca a nadie: era una interesada.

—Soy el único Hermann que queda. —Y añadió una sonrisa que pretendía ser reconfortante, pero que rezumaba irritación.

—¿Significa eso que vas a heredar todo esto?

—Claro, ¿por qué no iba a ser así?

Él se encogió de hombros.

—No sé qué piensa tu padre. Sin embargo, me he dado cuenta de que en este mundo no hay nada seguro.

Thorvaldsen vio que a ella no le hacían gracia sus insinuaciones. Sin darle tiempo a reaccionar preguntó:

—¿Por qué intentó tu padre hacerle daño a este chico?

La repentina pregunta tuvo por respuesta una mirada de desconcierto. A todas luces Margarete tampoco sabía ocultar sus emociones, a diferencia de su padre.

—No sé de qué me hablas.

Él se preguntó si Hermann le habría ocultado sus planes.

—Entonces no tienes idea de lo que está haciendo *die Klauen der Adler*, ¿no?

—Él no es cosa... —Se contuvo.

—No te preocupes, querida. Estoy al tanto de su existencia. Sólo me preguntaba si lo estabas tú.

—Ese hombre es un problema.

Thorvaldsen supo que ella se hallaba al margen de todo. Daba con facilidad demasiada información.

—No podría estar más de acuerdo. Pero, como tú dices, no es cosa ni tuya ni mía, sino del Círculo.

—Desconocía que los miembros supieran de su existencia.

—Sé muchas cosas. En particular lo que está haciendo tu padre. También eso es un problema.

Ella pareció captar la firmeza de su tono, y su mofletudo rostro esbozó una sonrisa nerviosa.

—No olvides dónde estás, Henrik. Éste es territorio Hermann. Estamos al mando de lo que ocurre aquí, así que no deberías preocuparte.

—Interesante observación. Procuraré no olvidarla.

—Creo que tal vez tú y mi padre debierais seguir con esta conversación. —Dio media vuelta para marcharse, y al hacerlo él se apresuró a levantar un brazo.

De entre los cipreses, cargados con el peso de la edad, salieron tres hombres vestidos con uniforme de camuflaje. Se acercaron corriendo y llegaron justo cuando Margarete salía del belvedere.

Dos de ellos la agarraron, y el tercero le tapó la boca con la mano.

Ella se resistió.

—Henrik —dijo Gary—. ¿Qué hace aquí Jesper?

El tercer hombre era el mayordomo. Por otras visitas, Thorvaldsen sabía —a diferencia de lo que presumía Margarete— que el grueso de la seguridad se hallaba en la casa. Las ciento y pico hectáreas de la propiedad no estaban ni valladas ni controladas.

—Estáte quieta —le dijo a la chica.

Ésta dejó de forcejear.

—Vas a irte con estos caballeros.

Ella sacudió violentamente la cabeza.

El danés contaba con que se resistiera, así que asintió y la mano que cubría su boca fue sustituida por un pañuelo con el suficiente anestésico como para provocar un sueño profundo. Bastaron unos segundos para que los vapores hicieran efecto. Su cuerpo se relajó.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Gary—. ¿Por qué le hace daño?

—No le estoy haciendo daño, pero te aseguro que ellos te lo habrían hecho a ti si tu padre no hubiese actuado. —Se dirigió a Jesper—: Ponla a buen recaudo, como hablamos.

Su empleado asintió. Uno de los hombres se echó el robusto cuerpo de Margarete al hombro y los tres desaparecieron entre los árboles.

—¿Sabía que iba a venir aquí? —inquirió Gary.

—Como te he dicho, es bueno conocer a tu enemigo.

—¿Por qué se la lleva?

Al danés le gustaban las lecciones, y echaba de menos enseñar a Cai, su hijo muerto.

—Uno no conduce un coche sin tener seguro. Lo que estamos a punto de hacer también entraña riesgos, y ella es nuestro seguro.

WASHINGTON, DC

Stephanie se quedó de piedra: Heather Dixon estaba armada y en guardia. Los ojos de Cassiopeia recorrieron la habitación, y ella supo que su compañera buscaba algo que pudiese servirle de arma.

—¿Qué ocurre? —oyó que Daley le preguntaba a Dixon.

—La alarma está desconectada, lo que significa que hay alguien aquí.

—¿No crees que es elucubrar demasiado?

—¿Conectaste la alarma antes de salir?

Otra vez hubo un silencio. Stephanie supo que estaban atrapadas.

—No lo sé —respondió Paley—. Puede que lo olvidara. No sería la primera vez.

—¿Y si echo un vistazo para asegurarme?

—No tengo tiempo para que juegues a los soldaditos, y esa arma en tu mano me está poniendo cachondo. Estás muy sexy.

—Qué zalamero estás hoy. Así me sacarás lo que quieras.

Más silencio, seguido de un gemido medio ahogado.

—Cuidado con la cabeza. El chichón me duele.

—¿Estás bien? —inquirió Daley.

Una cremallera.

—Baja el arma —pidió él.

Por la escalera resonaron pasos.

Stephanie miró a Cassiopeia y susurró:

—No me lo puedo creer.

—Al menos sabemos dónde están los dos.

Cierto, aunque la idea no era muy consoladora.

—Tengo que comprobar esto.

Cassiopeia la agarró por el brazo.

—Déjalos.

A diferencia de las últimas doce horas, en las que había tomado decisiones cuando menos discutibles, ahora pensaba con claridad: sabía lo que había que hacer.

Salió del dormitorio. Al otro lado una escalera conducía a la parte superior, la puerta principal estaba a su derecha. Entró en el despacho. Oyó murmullos, risas y el sonido del suelo puesto a prueba.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Stephanie.

—¿Acaso no te enteraste en la investigación?

Ella negó con la cabeza.

—No sabía ni una palabra. Debe de ser reciente.

Cassiopeia desapareció por el pasillo. Ella se detuvo un instante y vio, en una de las sillas, la misma pistola con la que Heather Dixon la había apuntado.

Cogió el arma y salió del despacho.

Malone contempló el rosetón y consultó el reloj: las cinco menos veinte. En el mes en que estaban el sol empezaría a ponerse en los próximos noventa minutos.

—El edificio tiene una orientación este-oeste —le dijo a Pam—. Esa ventana está ahí para atrapar el sol poniente. Tenemos que subir.

Vio que en una puerta una flecha apuntaba al coro alto. Fue hacia ella y encontró, pegada al muro norte de la iglesia, una ancha escalera de piedra abovedado que le daba aspecto de túnel.

Siguió a la multitud que subía.

Llegaron al coro.

Había dos hileras de bancos de madera con altos respaldos, enfrentadas, los bancos estaban adornados con festones y arabescos. Sobre ellos colgaban enormes cuadros barrocos de distintos apóstoles. El pasillo que quedaba entre los bancos llevaba al muro occidental de la iglesia y al rosetón, a unos nueve metros más arriba.

Malone miró hacia arriba: motas de polvo flotaban en los haces de luz.

Se volvió y estudió la cruz que se alzaba en el otro extremo del coro alto. Él y Pam se aproximaron a la balaustrada, y él admiró el dramático realismo de la talla de Cristo. Un letrero en la base proporcionaba información en dos idiomas:

CRISTO NA CRUZ
CRISTO EN LA CRUZ

C. 1550

ESCULTURA EM MADEIRA POLICROMA
ESCULTURA EN MADERA POLICROMADA

—«Donde un astro que retrocede halla una rosa, atraviesa una cruz de madera» —recordó Pam—. Es esto.

Él asintió, pero ya estaba pensando en las siguientes palabras: «y convierte la plata en oro».

Miró de nuevo el brillante rosetón y siguió los brumosos rayos hasta la cruz y luego hasta la nave. Abajo, la luz dibujaba una franja en el suelo de damero de un pasillo central. La gente pululaba por allí sin prestar atención. La luz continuaba hacia el este, hasta el altar menor, y dibujaba una tenue línea brillante en la alfombra

roja.

McCollum apareció por el coro bajo y recorrió el pasillo central hacia la parte delantera de la iglesia.

—Se preguntará dónde estamos —dijo Pam.

—No irá a ninguna parte. Parece que nos necesita.

McCollum se detuvo en la última de las seis columnas y echó un vistazo. Después se giró y los divisó. Malone extendió la mano y le indicó que esperara allí, y después le mostró el índice: bajarían dentro de un minuto.

Le había dicho la verdad a McCollum: se le daban bien los acertijos. En un primer momento ése había resultado un tanto confuso, pero ahora, mirando el conjunto de tallas, nervaduras y arcos, las armoniosas líneas y piedras entretejidas que el tiempo, la naturaleza y el abandono apenas habían alterado, sabía la solución.

Sus ojos siguieron los rayos del sol poniente, que atravesaban el presbiterio, dividían en dos el altar mayor y convergían en el sagrario de plata.

Que lanzaba destellos dorados.

No se había dado cuenta cuando estaban abajo, cerca. O quizás el sol no se hubiese colocado aún en el ángulo adecuado. Sin embargo la transformación era evidente ahora.

«La plata en oro.»

Vio que Pam también se percataba.

—Es asombroso —comentó—. Cómo hace eso la luz.

Estaba claro que la ubicación del rosetón tenía por fin que el sol poniente iluminara, al menos durante unos minutos, el sagrario. Al parecer el sagrario de plata se había colocado deliberadamente allí, retirando un cuadro que debía acompañar a los cinco que lo rodeaban, lo que rompía la simetría que tanto apreciaban los constructores medievales.

Malone pensó en la última parte de la búsqueda: «Encuentra el lugar de la dirección sin lugar, donde se encuentra otro lugar.»

Y se encaminó a las escaleras.

Una vez abajo se acercó a los cordones de terciopelo que impedían acceder al presbiterio. Reparó en la combinación de mármol negro, blanco y rojo, que confería un aire de nobleza al lugar; resultaba más que apropiado, pues el presbiterio hacía las veces de mausoleo de la familia real.

El sagrario se hallaba a unos nueve metros.

Pero estaba prohibido aproximarse a él. El sacerdote que estaba en el altar menor anunció por megafonía que la iglesia y el monasterio cerrarían en cinco minutos. Muchos de los grupos de turistas ya se estaban marchando.

Malone había visto antes que había una imagen grabada en la puerta del sagrario,

tras la cual se guardaban en su día las hostias consagradas. Tal vez aún albergara un cáliz. Aunque aquél era un edificio Patrimonio de la Humanidad, más una atracción turística que una iglesia, la nave sin duda se utilizaba para servicios religiosos en días señalados, igual que la Catedral de San Pablo y la abadía de Westminster. Lo cual explicaría por qué se mantenía a la gente apartada de lo que a todas luces era el eje de la construcción.

McCollum se acercó.

—Tengo las entradas.

Malone señaló el sagrario.

—Necesito echar un vistazo más de cerca, sin todos esos testigos.

—Va a ser difícil. Supongo que dentro de unos minutos nos echarán a todos.

—No parece usted de los que se someten a la autoridad.

—Tampoco usted.

Malone pensó en Aviñón y en lo que él y Stephanie hicieron allí una lluviosa noche de junio.

—Pues busquemos un sitio para escondernos hasta que la gente se haya ido.

Stephanie volvió al despacho de puntillas. Tenía que dar con el escondrijo de Daley antes de que arriba acabara la cosa. Confió en que ni Dixon ni Daley tuvieran prisa, aunque la voz de Daley traslucía urgencia.

Cassiopeia ya estaba rebuscando sin hacer ruido.

—El informe decía que nunca dejaba las memorias en la mesa. Ni se los llevaba. Siempre le pedía a la chica que fuera subiendo, que él iría enseguida —explicó en un susurro.

—Estar aquí es tentar la suerte.

Stephanie se detuvo y aguzó el oído.

—Parece que todavía están ocupados.

Cassiopeia abrió despacio los cajones del escritorio y palpó en busca de escondrijos, aunque Stephanie dudaba que fuese a encontrar nada: demasiado obvio. Su mirada barrió de nuevo las estanterías y se paró en uno de los tratados políticos, un volumen delgado, color marrón, con letras azules: *Hardball*, de Chris Matthews.

Recordó la historia que Daley le había contado a Green cuando se jactaba de su recién adquirida autoridad en el Magellan Billet.

¿Qué fue lo que dijo?

«El poder es lo que uno tiene.»

Stephanie cogió el libro, lo abrió y descubrió que el último tercio de las páginas estaba pegado. En él había un hueco en cuyo interior descansaban cinco memorias USB, cada una de ellas identificada con un número romano.

—¿Cómo lo has sabido? —susurró Cassiopeia.

—La verdad es que me asusta haberlo sabido: estoy empezando a pensar como ese idiota.

Cassiopeia echó a andar hacia la parte de atrás de la casa, hacia la puerta trasera, pero Stephanie la agarró por el brazo y le señaló la principal. Su compañera la miró perpleja, con una expresión que decía: ¿para qué buscarnos problemas?

Junto a la puerta principal el teclado de la alarma indicaba que el sistema seguía desactivado. Stephanie empuñó el arma de Dixon.

—¡Larry! —exclamó.

Silencio.

—¡Larry! ¿Podría hablar un momento contigo?

En la planta superior se oyeron pasos y Daley apareció en la puerta del dormitorio, los pantalones puestos, el pecho al descubierto.

—Me encanta tu nuevo peinado, Stephanie. ¿Una nueva imagen? Y la ropa... No está mal.

—Es en tu honor.

—¿Qué haces aquí?

Ella le enseñó el libro.

—He venido por tu alijo.

El juvenil rostro de Daley reflejó sobresalto.

—Así me gusta. Es hora de que empieces a sudar. ¿Y Heather? —Alzó la voz—. Me decepciona tu gusto para las amantes.

Dixon salió desnuda de la habitación, sin atisbo de vergüenza.

—Estás muerta.

Stephanie se encogió de hombros.

—Eso aún está por ver. De momento tengo tu arma. —Se la mostró.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Daley.

—Todavía no lo he decidido. —Sin embargo quería saber algo—: ¿Lleváis mucho tiempo juntos?

—Eso no es de tu incumbencia —le espetó Dixon.

—Simple curiosidad. Sólo os he interrumpido para haceros saber que ahora hay mucho más en juego que *mi* pellejo.

—Parece que sabes bastante —respondió Daley—. ¿Quién es tu amiga?

—Cassiopeia Vitt —repuso Dixon.

—Me halaga que me conozcas.

—Gracias por el dardo en el cuello.

—No se merecen.

—Es hora de que volváis a la cama —dijo Stephanie.

—No lo creo. —Dixon empezó a bajar las escaleras, pero Stephanie la apuntó con la automática—. No me presiones, Heather, acabo de perder mi empleo y se ha

ordenado mi detención.

La israelí se detuvo, tal vez presintiendo que ése no era momento para lanzar desafíos.

—A la habitación —ordenó Stephanie.

Dixon vaciló.

—Ya.

Una vez allí, Stephanie cogió la ropa y los zapatos de la israelí.

—Tú no te atreverías a salir para ir por nosotras —le dijo Stephanie a Daley—, pero ella puede que sí. Esto al menos la retrasará.

Y se fueron.

VIENA
18:40

Thorvaldsen se puso el hábito de color carmesí. Todos los miembros debían llevarlo en la asamblea. La primera sesión comenzaría a las siete, y a él no le apetecía lo más mínimo: demasiado parloteo, por lo general, y demasiada poca acción. Él nunca había necesitado a nadie para alcanzar sus metas. Sin embargo disfrutaba del compañerismo que se vivía tras las reuniones.

Gary estaba sentado en una de las mullidas sillas.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó el danés en un tono jovial.

—Parece un rey.

La regia túnica llegaba hasta los tobillos y era de terciopelo, el lema de la Orden recamado con hilo de oro: «*JE L'AY EMPRINS*». Me he atrevido. El atuendo databa del siglo XV, de la primigenia Orden del Vellochino de Oro.

Echó mano del collar: oro macizo con un pedernal esmaltado negro que formaba llamas. Del centro pendía la ornada piel del carnero de oro.

—Se le regala a cada nuevo miembro cuando es iniciado. Constituye nuestro símbolo.

—Parece caro.

—Lo es.

—¿Tan importante es esto para usted?

El danés se encogió de hombros.

—Es algo de lo que disfruto, pero no una religión.

—Papá me dijo que era judío.

Él asintió.

—Yo no sé mucho de los judíos, sólo que en la Segunda Guerra Mundial murieron millones. Es algo que no acabo de entender.

—No eres el único. Los que no son judíos llevan siglos tratando de aceptar nuestra existencia.

—¿Por qué odia la gente a los judíos?

Thorvaldsen se había planteado esa pregunta muchas veces, junto con los filósofos, teólogos y políticos que llevaban siglos debatiéndola.

—Para nosotros todo empezó con Abraham. Tenía noventa y nueve años cuando Dios se le apareció e hizo un pacto con él, designó al pueblo elegido, el que heredaría la tierra de Canaán. Pero, por desgracia, ese honor traía consigo responsabilidades.

El danés vio que el muchacho estaba interesado.

—¿Has leído la Biblia alguna vez?

Gary negó con la cabeza.

—Pues deberías. Es un gran libro. Por una parte Dios les dio a los israelitas una bendición: serían el pueblo elegido. Pero lo que determinó su destino en último término fue su respuesta.

—¿Qué pasó?

—El Antiguo Testamento dice que se rebelaron, quemaron incienso, atribuyeron su buena suerte a los ídolos, caminaron siguiendo los dictados de su corazón... Así que, como castigo, Dios los dispersó entre los no judíos.

—¿Y por eso los odia la gente?

Thorvaldsen terminó de abrocharse el manto.

—Es difícil de decir, pero los judíos han sido perseguidos desde entonces.

—Parece que Dios tiene mal genio.

—El Dios del Antiguo Testamento es muy distinto al del Nuevo.

—No estoy seguro de que me guste ése.

—No eres el único. —El danés hizo una pausa—. Los judíos fueron los primeros en insistir que el hombre es responsable de sus actos. Si la vida te iba mal, la culpa no era de los dioses, sino *tuya*. Y eso nos hizo diferentes. Los cristianos llevaron la cosa más allá: fue el propio hombre el causante de que fuera expulsado del Paraíso, pero como Dios amaba al hombre, lo redimió con la sangre de Su hijo. El Dios judío es severo; la justicia es Su objetivo. El Dios cristiano es misericordioso. Hay una gran diferencia.

—Dios debería ser bueno, ¿no?

Thorvaldsen sonrió y después echó una ojeada a la elegante estancia. Era hora de abordar el quid de la cuestión:

—Dime, ¿qué piensas de lo que ocurrió en el belvedere?

—No estoy seguro de que al señor Hermann le haga mucha gracia que se haya llevado a su hija.

—Lo que te pasó a ti no les hizo gracia a tus padres. La diferencia estriba en que ella es una adulta y tú un adolescente.

—¿Por qué está pasando todo esto?

—Imagino que pronto lo sabremos.

De pronto la puerta se abrió, y Alfred Hermann entró como una furia. También él lucía un espléndido hábito con un collar de oro, su manto adornado con seda azul.

—¿Tienes a mi hija? —preguntó con el rostro iracundo.

Thorvaldsen se mostró inflexible.

—Sí.

—Y es evidente que sabes que en esta habitación hay micrófonos.

—Para eso no había que ser muy listo.

El danés notó que la tensión aumentaba. Hermann pisaba un territorio desconocido.

—Henrik, no voy a tolerar esto.

—¿Qué piensas hacer? ¿Pedirle a Las Garras del Águila que se ocupe de mí? Hermann titubeó.

—Eso es lo que quieres, ¿no?

Thorvaldsen se acercó al otro.

—Cruzaste la línea cuando secuestraste a este joven. —Señaló a Gary.

—¿Dónde está Margarete?

—A buen recaudo.

—No tienes agallas para hacerle daño.

—Tengo agallas para hacer lo que sea necesario. Deberías saberlo.

La intensa mirada de Hermann lo atravesó como si fuese un gancho. Thorvaldsen siempre había pensado que el huesudo rostro del austríaco era más de granjero que de aristócrata.

—Creía que éramos amigos.

—Yo también lo creía. Pero, por lo visto, eso no significó nada cuando apartaste a este muchacho de su madre y le destrozaste la librería a su padre.

La primera sesión de la asamblea estaba a punto de empezar, razón por la cual había elegido con sumo cuidado el momento para efectuar su revelación. Hermann, la Silla Azul, debía mostrar en todo momento disciplina y seguridad. No podía permitir que los otros miembros conocieran sus apuros personales.

Ni tampoco podía llegar tarde.

—Hemos de irnos —anunció finalmente Hermann—. Esto no ha terminado, Henrik.

—Estoy de acuerdo. Para ti no ha hecho más que empezar.

WASHINGTON, DC

13:30

—¿No crees que le apretaste demasiado las clavijas a Daley? —le preguntó Green a Stephanie.

Ella y Cassiopeia iban en la limusina de Green, la parte posterior estaba insonorizada y aislada de la delantera mediante una mampara de plexiglás. Green las había recogido en el centro, después de que se marcharan de la casa de Daley.

—No habría venido por nosotras. Heather habría podido ponerse la ropa de él, pero no los zapatos. Dudo que nos hubiese perseguido descalza y desarmada.

Él no parecía convencido.

—Supongo que habrá una razón para que le hicieras saber a Daley que estabais allí, ¿no?

—A mí también me gustaría saberlo —apuntó Cassiopeia—. Pudimos salir sin que se diera cuenta.

—Y yo seguiría en el punto de mira. De esta manera ha de tener cuidado. Tengo algo que quiere, y si algo es Daley es un negociante.

Green señaló el ejemplar de Hardball.

—¿Tan vital es?

Stephanie cogió el portátil que le había pedido a Green que llevara, introdujo una de las memorias en un puerto y tecleó «aunt b's» en el espacio destinado a la contraseña.

—¿Tu chica también se enteró de eso? —inquirió Cassiopeia.

La aludida asintió.

—Es un restaurante de Maryland. Daley va mucho los fines de semana. Sir-ven comida casera. Es uno de sus preferidos. A mí me chocó. Creía que Daley era aficionado a los restaurantes de postín.

La pantalla mostró una lista de archivos, cada uno de ellos identificado con una palabra.

—Miembros del Congreso —explicó ella. Hizo clic en uno—. Averigüé que Daley maneja como nadie fechas y horas. Cuando presiona a un miembro para sacarle un voto posee información precisa sobre cada contribución en metálico que ha recibido dicho miembro. Curioso, ya que él nunca envía dinero directamente. Prefiere que el trabajo sucio lo hagan quienes les atrae la idea de medrar en la Casa Blanca. Eso me hizo pensar que guardaba archivos. Nadie tiene tan buena memoria. —Señaló

la pantalla—. Ahí tenéis un ejemplo. —Contó—: Catorce pagos a este tipo por un total de ciento ochenta y siete mil dólares a lo largo de un período de seis años. Ahí están la fecha, el lugar y la hora de cada pago. —Sacudió la cabeza—. Nada asusta más a un político que los detalles.

—¿Estamos hablando de sobornos? —quiso saber Green.

Ella asintió.

—Pagos en efectivo, para gastos personales. No lo bastante para llamar la atención, pero sí para mantener abiertas las líneas de comunicación. Sencillo y eficaz, pero es la clase de capital político que Daley reúne, el que utiliza esta Casa Blanca. Han conseguido aprobar algunas leyes bastante majas.

Green clavó la vista en la pantalla.

—Debe de haber un centenar o más de miembros.

—Daley es eficaz, para qué negarlo. La pasta se reparte entre ambos bandos políticos.

Stephanie abrió otro archivo y apareció un listado de senadores. Unos treinta.

—También cuenta con un grupo de jueces federales. Se ven en apuros económicos, como todo el mundo, y él les envía a la gente adecuada para echarles una mano. Encontré a uno en Michigan que habló. Estaba al borde de la ruina hasta que apareció uno de sus amigos con dinero. Finalmente su conciencia pudo más, sobre todo después de que Daley quisiera que dictaminara de determinada manera. Por lo visto, un abogado que trabajaba en un caso era un importante contribuyente del partido y necesitaba ciertas garantías de que saldría victorioso.

—Los tribunales federales son un semillero de corrupción —musitó Green—. Llevo años diciéndolo. Dale a alguien un cargo vitalicio y te buscarás problemas. Demasiado poder y poca supervisión.

Stephanie agarró otra memoria USB.

—Una de estas basta para acusar a varios de esos pájaros.

—Una descripción elocuente.

—Es por las togas negras: son como buitres, encaramados a una rama a la espera de apurar los huesos.

—Qué poco respeto por nuestra judicatura —observó él, risueño.

—El respeto hay que ganarlo.

—¿Puedo decir algo? —terció Cassiopeia—. ¿Por qué no lo hacemos público? Despertaría mucho interés. No es como suelo hacer las cosas, pero creo que en este caso funcionaría.

Green meneó la cabeza.

—Como dijo usted antes, yo no sé mucho de los israelíes. Pero usted no entiende la maquinaria de relaciones públicas de esta administración: es experta en urdir tramas. Complicarían el asunto hasta desvirtuarlo, y nosotros perderíamos a Daley y

al traidor.

—Tiene razón —convino Stephanie—. No funcionaría. Tenemos que encargarnos nosotros.

El tráfico detuvo el coche, y el móvil de Green sonó suavemente. Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó el aparato y miró la pantalla.

—Esto podría ser interesante. —Pulsó dos teclas y le habló al altavoz—: Esperaba tu llamada.

—Apuesto a que sí —repuso Daley.

—Puede que después de todo no acabe en esa caja en Vermont.

—Eso es lo bueno del ajedrez, Brent, cada movimiento es una aventura. Muy bien, reconozco que el tuyo ha sido bueno.

—Agradéceselo a Stephanie.

—Estoy seguro de que está ahí, así que bien hecho, Stephanie.

—Muchas gracias, Larry.

—Eso no cambia gran cosa —dejó claro Daley—. Los elementos que mencioné siguen nerviosos.

—Pues tendrás que tranquilizarlos —sugirió Stephanie.

—¿Quieres hablar? —preguntó Daley.

Stephanie iba a responder, pero Green levantó la mano.

—¿Para qué?

—Podría estar muy bien. Hay mucho en juego.

Ella no pudo resistir la tentación.

—¿Más que tu culo?

—Mucho más.

—Mentiste cuando dijiste que no sabías nada de la Conexión Alejandría, ¿no? —quiso saber Green.

—«Mentir» es una palabra muy dura. Lo que hice fue ocultar datos por el bien de la seguridad nacional. ¿Es ése el precio que voy a tener que pagar?

—Creo que es razonable, teniendo en cuenta las circunstancias.

Stephanie sabía que Daley comprendería que ellos podían divulgar sus secretos. Tanto ella como Green tenían contactos en los medios de comunicación, y a esos contactos les encantaría manchar a ese gobierno.

—De acuerdo. —El tono de Daley traslució resignación—. ¿Cómo queréis hacer esto?

Stephanie sabía la respuesta:

—En un lugar público, con montones de gente.

—No es buena idea.

—Sólo lo haremos así.

El teléfono enmudeció un instante antes de que Daley dijera:

—Decidme dónde y cuándo.

LISBOA
19:40

Malone despertó sentado contra una áspera pared de piedra.

—Son más de las siete y media —le dijo al oído Pam.

—¿Cuánto tiempo he estado grogui?

—Una hora.

Él no le veía la cara. Los envolvía una oscuridad absoluta. Recordó su situación.

—¿Va todo bien por ahí? —preguntó en voz baja a McCollum.

—Estupendamente.

Habían salido de la iglesia justo antes de las cinco y subido deprisa al coro alto, donde otro acceso daba al claustro. Los visitantes habían tardado en salir, aprovechando el sol de media tarde para hacer unas últimas fotos de la opulenta ornamentación de estilo árabe. La galería superior no ofrecía ningún refugio seguro, pero al recorrer el muro norte de la iglesia en la parte de abajo encontraron once puertas de madera. Un letrero explicaba que aquellos compactos espacios en su día fueron confesionarios.

Aunque las puertas estaban cerradas, McCollum se las ingenió para abrir una gracias a un orificio que había bajo el cerrojo. McCollum utilizó una impresionante navaja que se sacó del bolsillo para abrir el cerrojo, que volvió a correr cuando hubieron entrado. Malone no sabía que McCollum fuese armado. Era imposible que hubiese subido el arma al avión, pero había facturado una pequeña bolsa en el aeropuerto de Londres, que ahora se hallaba en una taquilla del aeropuerto lisboeta. También Malone había dejado la cartera de Haddad en una taquilla de Lisboa. El hecho de que McCollum no mencionara la navaja no hizo más que aumentar las sospechas de Malone.

Tras la puerta, una grada de hierro daba a otro oscuro cubículo. Una puerta en el segundo espacio comunicaba con la iglesia, lo que permitía la entrada al penitente.

Malone había crecido siendo católico y recordaba algo similar, aunque de factura más sencilla, en su iglesia. Nunca había entendido por qué no podía ver al sacerdote que lo absolvía de sus pecados. Cuando lo preguntó, las monjas que le daban clase se limitaron a contestar que era preciso que siempre existiera una separación. Malone acabó aprendiendo que a la Iglesia católica le encantaba decir lo que había que hacer, pero no le gustaba demasiado dar explicaciones, lo cual explicaba en parte por qué él ya no era practicante.

Consultó la esfera luminosa del TAG de Pam. Casi las ocho. Era pronto, pero el lugar ya llevaba cerrado tres horas.

—¿Se oye algo fuera? —le preguntó en voz queda a McCollum.

—Ni un ruido.

—Vamos —susurró él en la oscuridad—. No tiene sentido que sigamos más aquí.

Oyó que la navaja de McCollum volvía a introducirse y después un chirrido de metal contra metal.

La puerta del confesionario crujió al abrirse.

Malone se puso en pie, aunque tuvo que agacharse debido a la escasa altura del techo. Todos salieron a la galería inferior. El fresco aire nocturno fue muy agradable después de pasar tres horas en lo que no dejaba de ser un armario. Al otro lado del claustro, en las galerías superior e inferior, unas luces emitían una luz tenue, la intrincada tracería que había entre los arcos apenas se veía. Malone se asomó por el arco más cercano y alzó la vista al cielo. La penumbra del umbroso claustro parecía acentuada por la noche sin estrellas.

Fue directo a la escalera que llevaba al coro alto, con la esperanza de que la puerta que daba a la iglesia —la que había usado antes para encontrar el coro desde la nave— continuara abierta.

Le satisfizo descubrir que así era.

La quietud de la nave era sepulcral. Los focos de fuera, que bañaban de luz la fachada externa, dejaban las vidrieras a contraluz. Un puñado de débiles bombillas rompía la densa oscuridad únicamente en el coro bajo.

—Este sitio es distinto de noche —comentó Pam.

Malone asintió. Estaba en guardia. Se dirigió al presbiterio y saltó los cordones de terciopelo. Ya en el altar mayor, subió cinco peldaños y se plantó ante el sagrario.

Se volvió y miró de nuevo el extremo más alejado del coro alto. El iris del rosetón le devolvió la mirada, esta vez privado de la vida que le insuflaba el sol.

McCollum pareció prever lo que él necesitaría y apareció a su lado con una vela y cerillas.

—El candelero, cerca de la pila bautismal. Lo vi antes.

Malone cogió la vela y McCollum encendió la mecha. La acercó al sagrario y escudriñó la imagen de la puerta: la Virgen María estaba sentada con el niño en el regazo, san José tras ella, los tres coronados por halos. Tres barbados, uno arrodillado ante el niño, rendían homenaje. Otros tres hombres, uno —cosa rara— luciendo lo que parecía un yelmo, miraban. Sobre la escena, con las nubes apartadas, brillaba una estrella de cinco puntas.

—Es la Natividad —oyó decir a Pam desde detrás.

Él asintió.

—Eso parece. Los tres reyes magos siguiendo la estrella para adorar al recién

nacido rey.

Recordó lo que debían buscar allí, donde la plata se convertía en oro: «Encuentra el lugar de la dirección sin lugar, donde se encuentra otro lugar.»

El acertijo suponía un reto.

—Tenemos que salir de aquí, pero también necesitamos sacarle una foto a esto. Dado que ninguno de nosotros tiene una cámara, ¿alguna sugerencia?

—Después de comprar las entradas fui arriba —dijo McCollum—. Hay una tienda de regalos llena de libros y postales. Seguro que allí encontramos una foto.

—Bien pensado —alabó Malone—. Usted primero.

McCollum subió las escaleras que conducían a la galería superior, satisfecho de haber elegido bien. Cuando Alfred Hermann le encomendó encontrar la biblioteca, su mente no tardó en perfilar el plan definitivo, y la supresión del equipo de vigilancia israelí en Alemania consolidó su proceder.

Hermann jamás habría autorizado que se provocara deliberadamente a los judíos, y habría sido imposible explicar por qué habían sido necesarios esos asesinatos: ni más ni menos que para desequilibrar a la otra parte durante los escasos días que él necesitaba para alcanzar su meta.

Si era posible.

Y podía serlo.

Él nunca habría descifrado la búsqueda del héroe solo, e implicando a otro que no fuera Malone sólo habría conseguido aumentar el riesgo de ser descubierto. Había decidido que convertir a Malone en su supuesto aliado era la única solución viable.

Arriesgado, pero el movimiento había resultado ser muy provechoso. Media búsqueda parecía resuelta.

Llegó a la parte de arriba y entró en la galería, giró a la izquierda y fue directo hacia unas puertas de cristal que estaban fuera de lugar en aquel entorno medieval. Su móvil, que guardaba en el bolsillo del pantalón, había registrado calladamente cuatro llamadas de Alfred Hermann. Se planteó ponerse en contacto con él y calmar el nerviosismo del viejo, pero al cabo determinó que sería una tontería: demasiadas preguntas a las que él podía dar pocas respuestas. Había estudiado la Orden largo y tendido, en particular a Alfred Hermann, y creía conocer sus puntos fuertes y débiles.

Por encima de todo los miembros eran hombres de negocios.

Y antes de exprimir a los israelíes o los saudíes o los americanos, la Orden del Vellocino de Oro tendría que negociar con él.

Y no les saldría barato.

Malone siguió a Pam y McCollum por la galería superior, con su bóveda nervada,

admirando el trabajo. Por los retazos que les había oído antes a los guías, la Orden de san Jerónimo, que tomó posesión del monasterio en 1500, era una congregación dedicada a la oración, la contemplación y el pensamiento reformista. Carecían de misión evangélica o pastoral, preferían centrarse en vivir una vida cristiana ejemplar, como su santo patrón, el propio Jerónimo, sobre el cual Malone había leído algo en el libro de Bainbridge Hall.

Se detuvieron ante las puertas de cristal, adaptadas a uno de los elaborados arcos. Al otro lado se encontraba la tienda.

—Seguro que no tiene alarma —aventuró McCollum—. ¿Qué se podría robar? ¿Recuerdos?

Las puertas eran de grueso cristal, con bisagras de metal negras y tiradores cromados.

—Se abren hacia fuera —dijo Malone—. No podemos romperlas de una patada, ese cristal mide más de un centímetro de grosor.

—¿Por qué no miras a ver si están abiertas? —propuso Pam.

Él asió uno de los pomos y tiró. La puerta se abrió.

—Entiendo por qué tus clientes valoran tu opinión.

—¿Por qué iban a cerrarlas? —respondió ella—. Este sitio es una fortaleza. Y él tiene razón ¿qué hay que se pueda robar? Las puertas en sí valen más que los artículos.

Malone sonrió al escuchar su lógica. Parte de la hosquedad de su ex había vuelto, pero él se alegraba. Lo mantenía alerta.

Entraron. El oscuro lugar, que olía a cerrado, le recordó al peculiar confesionario de antes, así que abrió la puerta noventa grados y la afianzó, como estaba cuando los visitantes entraban y salían.

Una ojeada le dijo que la tienda medía unos cuarenta metros cuadrados, con tres altos expositores contiguos en una pared, estantes de libros en las otras dos y un mostrador con una caja registradora en la cuarta. El centro lo ocupaba un soporte independiente atestado de libros.

—Necesitamos luz —dijo Malone.

McCollum se aproximó a otras dos puertas de cristal que daban a una escalera a oscuras. Tres interruptores sobresalían de la pared.

—Estamos en el monasterio —razonó Malone—. La luz no se verá desde fuera. De todas formas encienda y apague de prisa, y veamos lo que pasa.

McCollum le dio a uno de los interruptores, y cuatro minúsculos halógenos que iluminaban las vitrinas de cristal cobraron vida. Unos apretados haces de luz enfocaban hacia abajo, lo cual era más que suficiente.

—Eso bastará —dijo él—. Ahora busquemos las fotos.

En lo alto del mostrador central había una pila de volúmenes en tapa dura, en

portugués e inglés, titulados *Los Jerónimos. La abadía de Santa María*. Hojas satinadas, abundante texto, fotos. Tras ellos, dos libros más finos tenían más imágenes que palabras. Malone hojeó el primer montón mientras Pam hacía lo propio con el otro. McCollum se encargó de los otros estantes. Cuando llevaba miradas unas tres cuartas partes de uno de los libros, Malone encontró un capítulo que trataba del presbiterio y una fotografía en color de la puerta de plata del sagrario.

Llevó el libro a la luz. La imagen era un primer plano detallado.

—Lo tengo.

Leyó algo más acerca del sagrario, procurando discernir si la información sería útil, y se enteró de que era de madera revestida de plata. Para colocarlo en el presbiterio fue preciso retirar el cuadro central, que posteriormente desapareció. La imagen de ese lienzo desaparecido había sido grabada en la puerta del sagrario, completando así el ciclo iconográfico de las tablas, todas las cuales se centraban en la Epifanía. La puerta mostraba a Gaspar, uno de los reyes magos, adorando al recién nacido. El libro mencionaba que la Epifanía se consideraba la sumisión de lo secular a lo divino, y los tres reyes magos simbolizaban el mundo como se conocía entonces: Europa, Asia y África.

Entonces dio con un pasaje interesante:

Al parecer un extraño fenómeno ocurre en ciertos momentos del año, cuando los rayos del sol inciden de manera extraordinaria en la iglesia. Durante veinte días antes del equinoccio de primavera y treinta días después del equinoccio de otoño, desde la hora de vísperas hasta el ocaso, los dorados rayos solares, que entran por el oeste y salvan una distancia de 450 pasos, atraviesan en línea recta el coro y la iglesia, y llegan hasta el sagrario, convirtiendo la plata en oro. Uno de los párrocos de Belém, gran estudioso de la historia, observó hace tiempo que «el sol parece pedirle a su Creador permiso para ausentarse de tan ilustre cometido unas cuantas horas de la noche, prometiendo volver de nuevo y brillar al amanecer».

Malone les leyó el párrafo y dijo:

—Por lo visto los Guardianes están bien informados.

—Y calculan bien —apuntó Pam—: Han pasado dos semanas desde el equinoccio de otoño.

Malone arrancó la foto del libro y pensó en el resto de la pista:

—«Encuentra el lugar de la dirección sin lugar, donde se encuentra otro lugar.»

Es lo siguiente. Y más complicado.

—Cotton, seguro que ya has visto la relación.

Así era, y le satisfizo ver que el cerebro de Pam también estaba en

funcionamiento.

—«Donde un astro que retrocede halla una rosa, atraviesa una cruz de madera y convierte la plata en oro. Encuentra el lugar.» —Ella señaló la imagen del libro—. La puerta del sagrario, Belém, la Natividad. Recuerda lo que leímos esta tarde en Londres. Y ¿qué escribió Haddad? «Los grandes viajes a menudo comienzan con una epifanía.»

—Creo que vas a llegar al final —observó Malone.

Entonces se oyó ruido de cristales rotos, a lo lejos.

—Viene del claustro —aseguró McCollum.

Malone fue directo al interruptor y apagó los halógenos. La oscuridad volvió a engullirlos, y sus ojos necesitaron un instante para adaptarse.

Más estrépito.

Malone se deslizó hasta la puerta abierta y determinó la procedencia del sonido: el extremo más alejado del claustro, en diagonal, abajo.

Vio movimiento en la penumbra y divisó a tres hombres que salían de otras puertas de cristal.

Cada uno de ellos con un arma.

Se desplegaron en abanico por la galería inferior.

WASHINGTON, DC
14:45

Stephanie le entregó al empleado la entrada y pasó al Museo Nacional del Aire y el Espacio. Green no las había acompañado, ya que la presencia del fiscal general en un lugar público no habría pasado inadvertida. Stephanie había elegido ese sitio por las numerosas paredes transparentes del edificio, su fama de ser el museo más visitado del mundo, la abundancia de personal de seguridad y los detectores de metal. Dudaba que a esas alturas Daley fuera a recurrir a algo oficial que pudiera suscitar preguntas embarazosas, pero podía llevarse a Heather Dixon y a los amigos árabes de ésta.

Se abrieron paso entre la multitud y echaron un vistazo al interior del museo: unas tres manzanas de acero, mármol y cristal. Con más de treinta metros, los techos eran vertiginosos, lo cual creaba un efecto hangar. Allí se exhibía la historia de la aeronáutica, desde el vuelo de los hermanos Wright hasta la nave espacial *Apollo 11* pasando por el *Spirit of St. Louis*, de Lindbergh.

—Hay un montón de gente —comentó Cassiopeia.

Dejaron atrás un cine IMAX ante el cual había una larga cola y entraron en el concurrido Salón del Espacio. Daley se hallaba cerca de un módulo lunar de tamaño real, similar a una araña, que se exponía como había estado en la Luna, con un astronauta en equilibrio sobre la escalerilla de descenso.

Daley parecía tranquilo, considerando las circunstancias. Ni un solo cabello fuera de sitio gracias a su gel fijador.

—Otra vez con ropa —dijo ella al aproximarse.

—Te subestimé, Stephanie. Un error que no volveré a cometer.

—¿Te has dejado en casa a tus escoltas?

Stephanie sabía que Daley rara vez iba a alguna parte sin guardaespaldas.

—A todos menos a uno.

Hizo un gesto y ella y Cassiopeia se volvieron. Heather Dixon apareció por el otro extremo.

—No hay trato, Larry —dijo ella.

—¿Quieres información sobre la Conexión Alejandría? Ella será quien te la proporcione.

Dixon se dirigía hacia ellos esquivando el gentío. Un grupo de ruidosos niños estaban apiñados en torno al módulo lunar, acodados en la barandilla de madera que

rodeaba el artefacto. Daley las llevó cerca de un estrecho pasillo en la parte posterior, paralelo a una pared de cristal, al otro lado la bulliciosa cafetería del museo.

—Sigues estando muerta —le espetó Dixon.

—No he venido aquí para que me amenacen.

—Y yo sólo estoy aquí porque mi gobierno me lo ha ordenado.

—Lo primero es lo primero —afirmó Daley.

Dixon sacó un dispositivo electrónico del tamaño de un teléfono móvil y lo encendió. A los pocos segundos movió la cabeza:

—Están limpias.

Stephanie sabía cómo funcionaba el aparato. Los agentes del Billet los utilizaban rutinariamente. Agarró el detector y apuntó con él a Dixon y Daley.

Negativo también.

Se lo devolvió a Dixon.

—Muy bien, ya que estamos solos, habla.

—Eres una zorra —escupió Dixon.

—Estupendo. Y ahora ¿podrías ir al grano?

—Lo bueno si breve... —terció Daley—. Hace treinta años George Haddad leía un ejemplar de una gaceta de Arabia Saudí, publicada en Riad, estudiaba la toponimia del oeste de Arabia y la traducía al hebreo antiguo. Por qué lo hacía es algo que desconozco. Es como entretenerse a ver cómo crece la hierba. Sin embargo empezó a darse cuenta de que algunos de los lugares eran bíblicos.

—El hebreo antiguo es un idioma complicado —intervino Cassiopeia—. No tiene vocales. Es difícil de interpretar y está lleno de ambigüedades. Uno ha de saber lo que se hace.

—¿Eres experta? —inquirió Dixon.

—No.

—Haddad *era* un experto —aseguró Daley—, y ése es el problema: esos topónimos bíblicos que él observó se concentraban en una franja de unos seiscientos cincuenta kilómetros de largo y ciento sesenta de ancho, en la parte occidental de Arabia Saudí.

—¿Asir? —preguntó Cassiopeia—. ¿Donde está La Meca?

Daley asintió.

—Haddad se pasó años examinando otros lugares, pero no encontró una concentración similar de topónimos bíblicos en hebreo antiguo en ninguna otra parte del mundo, incluida la propia Palestina.

Stephanie sabía que el Antiguo Testamento era el testimonio de los primeros judíos, así que, si los topónimos del actual oeste de Arabia, traducidos al hebreo antiguo, eran ubicaciones bíblicas. Las implicaciones políticas podían ser enormes.

—¿Estás diciendo que en Tierra Santa no había judíos?

—Pues claro que no —negó Dixon—. Estábamos allí. Lo único que dice es que Haddad creía que el Antiguo Testamento relataba la vida de los judíos en el oeste de Arabia. Antes de que los judíos se fueran al norte, hasta lo que conocemos como Palestina.

—¿La Biblia se originó en Arabia? —inquirió Stephanie.

—Es una forma de decirlo —respondió Daley—. Las conclusiones de Haddad se confirmaron cuando empezó a cotejar la geografía. Durante más de un siglo los arqueólogos han intentado encontrar sitios en Palestina que encajen con las descripciones bíblicas, pero nada concuerda. Haddad descubrió que sí se comparan sitios del oeste de Arabia, traducidos al hebreo antiguo, con la geografía bíblica, todos ellos casan.

Stephanie todavía se mostraba escéptica.

—¿Por qué nadie se ha dado cuenta antes? Seguro que Haddad no es el único que sabe hebreo antiguo.

—Otros se la dieron —replicó Dixon—. Tres, entre 1948 y 2002.

Stephanie captó lo tajante del tono de Dixon.

—Pero tu gobierno se ocupó de ellos, ¿no? ¿Por eso había que eliminar a Haddad?

Dixon no respondió.

Cassiopeia intervino.

—Todo esto viene por la argumentación de que Dios hizo un pacto con Abraham y le entregó Tierra Santa, ¿no? El Génesis afirma que el pacto pasó de Isaac, hijo de Abraham, a los judíos.

—Durante siglos se ha supuesto que la tierra que Dios otorgó a Abraham se halla en lo que conocemos como Palestina —dijo Daley—. Pero ¿y si no fuese así? ¿Y si la tierra que Dios identificó estuviese en otra parte? ¿En algún lugar lejos de Palestina? ¿En el oeste de Arabia?

Cassiopeia soltó una risita.

—Estás chiflado. ¿Quieres decir que el Antiguo Testamento tiene allí sus raíces? ¿En el corazón del Islam? ¿La tierra de los judíos, la que Dios les prometió, incluye La Meca? Hace unos años unos islamistas la armaron gorda en el mundo entero por una viñeta de Mahoma. ¿Te imaginas lo que harían con esto?

Daley parecía impasible.

—Por eso saudíes e israelíes querían muerto a Haddad. Según él, las pruebas de su teoría se encontraban en la desaparecida Biblioteca de Alejandría. Y eso se lo dijo alguien que se hacía llamar Guardián.

—Lo mismo que a los otros tres individuos —aclaró Dixon—. A cada uno de ellos lo visitó un emisario, que se hacía llamar Guardián, que les ofreció la forma de dar con la biblioteca.

—¿Qué clase de pruebas se podrían encontrar? —quiso saber Stephanie.

Daley empezaba a impacientarse.

—Hace cinco años Haddad les dijo a las autoridades palestinas que creía que se podían utilizar antiguos documentos para confirmar sus conclusiones. Un solo Antiguo Testamento escrito antes de la llegada de Cristo, en su hebreo original, podría resultar decisivo.

En la actualidad no hay ninguno anterior al siglo X. Haddad sabía por otros escritos que se han conservado que en la Biblioteca de Alejandría existían textos bíblicos. Dar con uno de ellos puede que sea la única manera de demostrar su teoría, ya que los saudíes no permitirán que se realicen investigaciones arqueológicas en Asir.

Stephanie recordó lo que Green le contó la madrugada del martes.

—Por eso arrasaron esas aldeas. Tenían miedo. No querían que se encontrase nada.

—Y por eso te quieren muerta —aclaró Dixon—. Te estás entrometiendo en sus asuntos. Y no quieren correr riesgos.

Stephanie contempló el Salón del Espacio. Los cohetes expuestos apuntaban al techo. Colegiales nerviosos correteaban. Ella lanzó una mirada furiosa a Dixon.

—¿Tu gobierno se cree todo esto?

—Por eso murieron esos tres hombres. Por eso Haddad estuvo en el punto de mira.

Stephanie señaló a Daley.

—Él no es amigo de Israel. Utilizaría cualquier cosa para someter a tu gobierno.

Dixon rompió a reír.

—Stephanie, desvarías.

—No cabe duda de que le mueve eso.

—No tienes ni idea de qué me mueve —le espetó Daley, cada vez más indignado.

—Sé que eres un mentiroso.

Daley la miró con incertidumbre. Casi parecía confuso, lo cual la sorprendió, de manera que preguntó: — ¿Qué está pasando, Larry?

—Más de lo que tú crees.

LISBOA
20:45

Malone entró de nuevo en la tienda, pero con la atención fija en los tres hombres armados que avanzaban por la galería inferior con movimientos disciplinados. Profesionales. Estupendo.

Utilizó momentáneamente como escudo una de las vitrinas de cristal contiguas a la puerta, Pam a su lado, y volvió a asomarse al claustro. McCollum se hallaba agachado tras el mostrador central.

—Ellos están abajo y nosotros arriba. Eso debería darnos unos minutos. La iglesia y las galerías son grandes, les llevará su tiempo registrarlas. ¿Están cerradas éstas? — le preguntó a McCollum mientras señalaba las otras puertas de cristal.

—Me temo que sí. Por ellas se baja y se sale, así que deben de cerrarlas por precaución.

A Malone no le gustó la posición en que se encontraban.

—Tenemos que salir de aquí.

—Cotton —dijo Pam, y él se fijó de nuevo en la galería superior. Uno de los tipos había aparecido por la escalera y empezaba a dirigirse hacia la tienda de regalos.

McCollum se situó tras él y susurró:

—Llévela a la registradora y métanse detrás del mostrador.

Alguien capaz de dispararles en la cabeza a dos hombres y disfrutar después del desayuno se merecía cierto respeto, así que decidió no discutir. Cogió a Pam del brazo y se la llevó hacia el mostrador.

Vio que McCollum empuñaba la navaja.

Los tres expositores se sucedían dejando un hueco en medio lo bastante ancho para que cupiera McCollum. La oscuridad lo protegería, al menos hasta que fuera demasiado tarde para que su víctima pudiera reaccionar.

El tipo armado se acercó más.

Stephanie estaba perdiendo la paciencia con Larry Daley.

—¿Qué es eso de más-de-lo-que-yo-me-creo?

—En la Administración hay quien quiere demostrar la teoría de Haddad — contestó él.

Ella recordó lo que Daley le había dicho a Brent Green cuando creía que estaban

a solas.

—Incluido tú.

—Eso no es verdad.

No coló.

—Baja de las nubes, Larry. Sólo estás aquí porque tengo esa información que te compromete.

Daley se quedó como si nada.

—Es hora de que te enfrentes a la realidad, Stephanie. Nuestros chicos de la prensa conseguirán que lo que hagas parezca una patraña urdida por una empleada fuera de control que intentaba salvar su cargo. Claro que no nos libraremos de cierto bochorno, preguntas, pero no tienes bastante para hundirme, ni a mí ni a nadie. Yo no le di un solo centavo a nadie. Todo el mundo jurará y perjuraré que no recibió ni un centavo. Es una batalla que perderás.

—Tal vez. Pero tú estarás quemado. Tu carrera habrá terminado.

Daley se encogió de hombros.

—Gajes del oficio.

Cassiopeia escudriñaba el salón, y Stephanie percibió su nerviosismo, de manera que le dijo a Daley:

—Ve al grano.

—El grano es que queremos que todo esto termine —respondió Dixon—. Pero alguien de *tu* gobierno no lo quiere.

—Es cierto, él. —Y Stephanie señaló a Daley.

Cassiopeia se acercó al módulo lunar y al aluvión de chavales que se aglomeraba alrededor.

—Stephanie —dijo Daley—, me echaste la culpa de la filtración sobre la Conexión Alejandría, pero no distingues a tus amigos de tus enemigos. Odias a esta administración, crees que el presidente es un idiota. Sin embargo hay otros mucho peores. Gente peligrosa.

—No —puntualizó ella—. Son todos unos fanáticos. Gente leal al partido que lleva años hablando más de la cuenta. Ahora están en situación de hacer algo.

—Y por el momento Israel encabeza su lista.

—Déjate de acertijos, Larry. Dime lo que quieres que sepa.

—El vicepresidente está detrás de esto.

¿Había oído bien?

—Anda ya.

—Posee contactos con los saudíes; llevan mucho tiempo financiándolo. Tiene mucho mundo: unos mandatos en el Congreso, tres años de secretario del Tesoro, ahora la vicepresidencia. Quiere llegar a lo más alto, no lo oculta, y los leales al partido le han prometido el nombramiento. Cuenta con amigos que necesitan cultivar

buenas relaciones con los saudíes, y esos amigos serán los que le proporcionen dinero. Él y el presidente discrepan en lo tocante a Oriente Próximo. Mantiene estrechos vínculos con la familia real saudí, pero lo guarda en secreto. Públicamente les ha dado por el culo unas cuantas veces, pero se aseguró de que los saudíes supieran de la Conexión Alejandría, en señal de agradecimiento por su buena voluntad.

Lo que Stephanie estaba oyendo no casaba con lo que había dicho Brent Green, ya que el propio fiscal general había asumido la culpa de la filtración.

Cassiopeia volvió.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Stephanie.

—Acaba con esto.

—¿Algún problema?

—Un mal presentimiento.

—Demasiadas intrigas en tu vida —le dijo Dixon a Cassiopeia.

—Demasiadas mentiras en la tuya.

Stephanie se encaró con Daley.

—Pensaba que hace unos minutos habías dicho que en la Administración hay quien *quiere* demostrar la teoría de Haddad, y ahora aseguras que el vicepresidente entregó la información a los saudíes. Ellos querrían que esa información desapareciera. ¿Con qué me quedo?

—Stephanie, lo que te llevaste de mi casa me hundiría. Trabajo en la sombra, siempre ha sido así. Pero alguien ha de hacerlo. ¿Me quieres a mí o a quien de verdad está detrás de todo esto?

Ésa no era una respuesta a su pregunta.

—Os quiero a todos vosotros.

—Imposible. ¿Quieres escuchar para variar? Puedes pasarte el día entero golpeando un tronco con un hacha, y es posible que al final lo cortes, pero introduce una cuña en el centro y siempre se partirá.

—Sólo estás intentando salvar el pellejo.

—Díselo —le instó Daley a Dixon.

—Tu gobierno está dividido. Aún eres amiga nuestra, pero hay quienes quieren que eso cambie.

Stephanie no se dejó impresionar.

—Siempre es así. Todo tiene dos caras.

—Esto es diferente —puntualizó Dixon—. Están pasando más cosas. Y Malone se encuentra en Portugal.

Eso atrajo su atención.

—El Mosad tiene intención de encargarse de él allí.

Daley se pasó una mano por el cabello.

—Stephanie, hay dos facciones en el ajo: una árabe y una judía. Las dos quieren lo mismo y, por una vez, lo quieren por la misma razón. El vicepresidente está unido a los árabes...

Una alarma resonó en el museo y a continuación una voz apagada anunció por megafonía que había que desalojar el edificio en el acto.

Stephanie agarró a Daley.

—No es cosa mía —se apresuró a decir él.

McCollum estaba completamente inmóvil. Necesitaba que el del arma entrase en la tienda.

Lo haría.

Tenía que hacerlo.

McCollum se preguntó dónde andarían los otros dos. Un movimiento al otro lado de las puertas de cristal cerradas le dio la respuesta.

Interesante; era evidente que aquellos tres conocían el lugar y también que la tienda de regalos era su destino.

¿Habrían visto las luces?

A su izquierda, los dos pistoleros comprobaron las puertas y, al descubrir que estaban cerradas, retrocedieron y dispararon al cristal.

Sólo fue un golpeteo, como un martillo aporreando un clavo. El metal chocó contra el cristal y le arrancó un ruido sordo, pero no lo rompió: era a prueba de balas.

El tercer tipo entró por la puerta, el arma por delante. McCollum esperó el instante preciso de indecisión, ese en que su objetivo tenía que evaluar la situación, y se lanzó hacia delante, le dio una patada al *arma* y, acto seguido, le rodeó el cuello con la navaja y se lo rajó. El tipo no tuvo ni tiempo de comprender lo que pasaba.

Unas boqueadas, y el hombre se desplomó.

Más disparos contra las puertas de cristal cerradas, además de unas cuantas patadas. Pero no consiguieron nada. Después oyó pasos: los dos atacantes bajaban la escalera.

Cogió el arma del muerto.

La alarma seguía atronando, y cientos de personas corrían hacia las entradas del museo. A Daley aún lo retenía Stephanie.

—El vicepresidente tiene aliados —le informó él—. No puede hacer esto solo.

Ella era toda oídos.

—Stephanie, Brent Green trabaja con él. No es tu amigo.

Ella clavó la mirada en Heather Dixon, que corroboró:

—Te está diciendo la verdad. ¿Quién más sabía que venías aquí? Si te

quisiéramos muerta, no habríamos quedado aquí.

Stephanie había creído tener el control, pero ya no estaba tan segura. En efecto, sólo Green sabía que se hallaban allí... si Dixon y Daley decían la verdad.

Soltó a Daley, que añadió:

—Green está conchabado con el vicepresidente, desde hace algún tiempo. Le han prometido la vicepresidencia. Es su única manera de ascender.

Un nuevo aviso ordenaba desocupar el edificio, y un guarda de seguridad salió de la cafetería y los conminó a salir.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Daley.

—Sólo es una medida de precaución. Tenemos que desalojar el edificio.

A través de las paredes de cristal más apartadas Stephanie vio que la gente se dispersaba por la calzada y los árboles que separaban el museo del paseo.

Una medida de precaución.

Se dirigieron hacia las entradas principales. La gente seguía saliendo por las puertas, parloteando y con cara de preocupación. La mayor parte eran adolescentes y familias, y hablaban de lo que podría estar pasando.

—Vayamos por otra parte —propuso Cassiopeia—. Seamos al menos un poco impredecibles.

Stephanie se mostró conforme. Se alejaron. Daley y Dixon permanecieron tiesos, como si trataran de convencerlas de que decían la verdad.

—¡Stephanie! —llamó Daley.

Ella se volvió.

—Soy el único amigo que tienes. Ven a verme cuando te des cuenta.

Stephanie no le hizo caso, aunque detestaba la sensación de incertidumbre que la invadía.

—Hemos de irnos —advirtió Cassiopeia.

Avanzaron por más galerías rebosantes de relucientes aviones, dejaron atrás una tienda de regalos ya sin apenas clientes. Cassiopeia parecía resuelta a utilizar una de las salidas de emergencia. Una buena jugada, ya que las alarmas ya se habían activado.

Delante, tras una vitrina atestada de aviones en miniatura, apareció un hombre. Alto, vestido con un sobrio traje oscuro. Levantó la mano derecha. Stephanie divisó un fino cable que le salía del oído izquierdo.

Ella y Cassiopeia se detuvieron y se giraron. Tras ellas había otros dos hombres, ataviados y equipados de manera similar. Stephanie se fijó en su aspecto y sus ademanes: servicio secreto.

El primero le habló al micro de la solapa, y la alarma del edificio cesó.

—¿Podemos hacer esto de manera sencilla, señora Nelle?

—¿Por qué?

El tipo se acercó.

—Porque el presidente de Estados Unidos quiere hablar con usted.

LISBOA
21:30

Malone abandonó el mostrador y se agachó junto a McCollum, que registraba los bolsillos del muerto. Había visto cómo el supuesto cazador de tesoros mataba a su atacante con la precisión de un experto.

—Esos dos están dando la vuelta por la iglesia y vienen hacia aquí —informó.

—Comprendo —repuso McCollum—. Aquí hay un par de cargadores y otra arma. ¿Tiene idea de quiénes son?

—Israelíes. Por fuerza.

—Pensé que había dicho que estaban fuera.

—Y yo que usted había dicho que era un aficionado. Acaba de hacer gala de una gran habilidad.

—Uno hace lo que debe cuando su culo está en peligro.

Malone vio algo más unido a la muñeca del muerto. Soltó el dispositivo metálico: un receptor.

Él lo había utilizado en muchas ocasiones para seguir a un objetivo controlado electrónicamente. Activó la pantalla de vídeo y vio que una señal intermitente indicaba que el objetivo estaba cerca.

—Tenemos que irnos —dijo Pam.

—Pues va a ser un problema —respondió Malone—. La única forma de salir es por esa galería, pero a estas alturas los otros dos deben de estar cerca de las escaleras. Tenemos que bajar por otra parte.

Se metió en el bolsillo el receptor y, armas en ristre, salieron los tres de la tienda.

Los dos pistoleros surgieron de un arco que se hallaba a unos treinta metros y empezaron a disparar.

Por el claustro resonaron unos ruidos semejantes a los que hacen los globos al reventar.

Malone se agachó, empujando a Pam consigo. Se sirvió del ángulo que le ofrecía la arquitectura del claustro para cubrirse.

—Vayan por ahí —propuso McCollum—. Yo los mantendré ocupados.

Un banco de piedra recorría el perímetro exterior, uniendo los arcos y formando como una balaustrada. Agazapados, Malone y Pam echaron a correr. McCollum ya estaba disparando a los dos tiradores.

Las balas silbaban y rebotaban en la piedra, unas detrás, otras delante. Malone

comprendió lo que estaba pasando: sus sombras, proyectadas por las luces que iluminaban tenuemente la galería, los delataban. Agarró a Pam, se detuvo y se pegó al suelo. Después abrió fuego y se cargó las luces de tres balazos.

Ahora la oscuridad los envolvía.

McCollum había dejado de disparar.

Y los pistoleros también.

A una señal de Malone, ambos reanudaron la marcha, aún agachados, protegiéndose con los arcos, la tracería y el banco de piedra.

Llegaron al extremo de la galería.

Delante, a su derecha, se extendía la siguiente galería. No había puertas. Al fondo se veía una pared, y justo a su izquierda se alzaban otras puertas de cristal, una abierta de par en par, como invitándolos a entrar. Un letrero informaba de que se trataba del refectorio.

Hizo un gesto y entraron.

Tres golpes sordos acribillaron el cristal. Ni una sola lo atravesó: los cristales también eran blindados. Loado fuera el que había elegido las puertas.

—Cotton, tenemos un problema —anunció Pam.

Él escrutó el refectorio: en medio de una oscuridad quebrada únicamente por las tenues luces que se colaban por las ventanas vio un amplio rectángulo coronado por un techo nervado, parecido al de la iglesia. Una cornisa baja de piedra ceñía la estancia, y debajo discurría un vistoso mosaico de azulejos. No había ninguna puerta, y las ventanas se hallaban a tres metros de altura: imposible llegar hasta ellas.

Sólo entrevió dos aberturas.

Una estaba al fondo, y cuando corrió los quince metros que lo separaban de ella constató que en su día tal vez había sido una chimenea, pero ahora tan sólo era un hueco decorativo.

La otra era más pequeña, de alrededor de un metro veinte por un metro y medio, y daba a un cuartucho. El refectorio había sido el comedor de la abadía, así que quizá fuese allí donde se preparaba la comida.

Pam estaba en lo cierto: tenían un problema.

—Súbete ahí —le ordenó él.

Ella no discutió, y se acomodó como pudo en una repisa adosada al muro.

—Debo de haber perdido el juicio para estar aquí.

—Es un poco tarde para darse cuenta.

Malone tenía la vista fija en las puertas que daban a la galería superior. Una sombra aumentó de tamaño. Vio que Pam se encontraba a salvo en el hueco y él se subió a la repisa, pegando la espalda a la oscuridad todo lo posible.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó ella al oído.

—Lo que debo.

McCollum vio que los hombres se dividían: uno fue en pos de Malone y el otro se metió en el arco por el que se volvía a la iglesia. Decidió que estaría mejor en terreno elevado, así que avanzó con cautela hacia la misma puerta, con la esperanza de que llevara al coro alto, donde antes se hallaban Malone y su ex mujer.

Le gustaba la caza, sobre todo cuando la presa suponía un desafío. Se preguntó quiénes serían esos tipos. ¿Israelíes, como pensaba Malone? Tenía sentido. Sabía por Jonah que habían enviado a unos ejecutores a Londres, pero a George Haddad ya lo habían despachado. Había oído el encuentro en la cinta, y Malone se lo había confirmado. Entonces ¿qué hacían allí los israelíes? ¿Iban por él? poco probable. Pero, si no iban por él, ¿por quién iban?

Dio con la puerta y entró.

A su izquierda, la escalera bajaba a la iglesia. En la penumbra oyó pasos, debajo.

Se metió en el coro, se paró donde la balaustrada confluía con el muro de piedra y miró abajo con cuidado. En la fachada sur de la iglesia las altas ventanas resplandecían con la luz del exterior. La figura ennegrecida de un hombre con un arma en la mano avanzaba por el pasillo que formaban los bancos. Caminaba hacia el coro bajo.

McCollum hizo dos disparos.

Los ahogados estallidos retumbaron en la cavernosa nave. Uno acertó, y el hombre pegó un grito, se tambaleó y se dio contra un banco. McCollum apuntó de nuevo, lo que no era fácil en la penumbra, y con dos disparos más el hombre cayó al suelo.

No estaba mal.

Se desprendió del cargador y lo sustituyó por otro que se sacó del bolsillo.

Dio media vuelta para marcharse. Era hora de dar con Malone.

Ante sus narices apareció un arma.

—Tire la pistola —le ordenó una voz en inglés.

Él vaciló e intentó encontrarle un rostro a la voz, pero la oscuridad sólo le reveló una sombra. Entonces cayó en la cuenta de que el tipo llevaba una capucha. El frío agujonazo del cañón de otra arma se clavó en su cuello.

Dos problemas.

—Por última vez, tire el arma —insistió el primero.

No tenía elección. Dejó caer su arma ruidosamente al suelo.

La pistola que le apuntaba a la cara bajó, y acto seguido algo giró en el aire y se estrelló contra su cabeza. Antes de que su cerebro registrara algún atisbo de dolor el mundo enmudeció.

Malone empuñó la automática y se dispuso a esperar. Se arriesgó a asomar la cabeza por el hueco en el que se ocultaban él y Pam.

La sombra seguía aumentando de tamaño a medida que se acercaba el pistolero.

Él se preguntó si su atacante sabría que por allí no había salida. Supuso que no. De lo contrario, no estaría ahí. Lo más sencillo era aguardar en la galería. Sin embargo había aprendido hacía tiempo que a muchos de quienes se ganaban la vida matando los perdía la impaciencia. Querían hacer el trabajo y largarse. Esperar sólo incrementaba las posibilidades de error.

Pam respiraba con dificultad, cosa que él comprendía perfectamente. Él también estaba jadeando. Se dijo que se calmara. «Piensa, estate preparado.»

La sombra ahora se extendía por la pared del refectorio. El arma en ristre.

Su visión inicial fue la de una estancia oscura y vacía desprovista de mobiliario. La oscuridad del fondo llamaría su atención de inmediato, seguida del otro hueco de la pared. Pero Malone no esperó: salió de su escondrijo y disparó.

La bala pasó rozando su blanco y rebotó en el muro. El tirador pareció aturdido un instante, pero se recuperó deprisa y apuntó con su arma a Malone. En ese mismo instante pareció darse cuenta de que quedaba expuesto.

Iba a ser un duelo.

Malone hizo fuego de nuevo y el proyectil acertó al hombre en el muslo.

El pistolero profirió un grito de dolor, pero no cayó al suelo.

Malone le hundió una tercera bala en el pecho, y el pistolero se tambaleó y se desplomó de espaldas.

—Es usted difícil de matar, Malone —dijo una voz al otro lado de la entrada.

Reconoció la voz: Adán, del apartamento de Haddad. Sí, eran israelíes. Pero ¿cómo habían dado con él?

Oyó pasos que se alejaban.

Titubeó y a continuación corrió hacia la entrada con la intención de terminar lo que había empezado en Londres.

Se detuvo y echó un vistazo.

—Por aquí, Malone —lo invitó Adán.

El aludido observó el claustro. En el otro extremo estaba Adán, bajo uno de los arcos. Su rostro era inconfundible.

—Es un buen tirador, pero no tanto. Ahora sólo estamos usted y yo.

Malone vio que Adán desaparecía por la puerta que bajaba a la iglesia.

—Pam, no te muevas —ordenó—. Si no me haces caso esta vez tendrás que

vértelas sola con los pistoleros.

Malone echó a correr por la galería, ¿Dónde estaba McCollum? No cabía duda de que dos matones estaban fuera de combate, y antes él sólo había visto a tres. ¿Habría matado Adán a McCollum? «Sólo estamos usted y yo.» Eso era lo que había dicho el israelí.

Decidió que seguir a Adán a la iglesia sería una estupidez. Tenía que hacer lo inesperado. De manera que se subió al repecho de la galería y miró hacia abajo. La ornamentación que decoraba el claustro era impresionante y muy sólida. Se metió el arma en el cinturón y se descolgó, asiéndose a la parte superior del borde. Apoyó los pies en una gárgola que sobresalía y que ocultaba un canalón. Manteniendo el equilibrio, se agarró bien a la piedra y, con un impulso, se acomodó en un saliente de uno de los soportes del arco. De allí a la hierba del jardín del claustro había menos de dos metros.

De pronto Adán salió de la iglesia y echó a correr por la galería del fondo.

Malone disparó. La bala erró el blanco, pero puso sobre aviso a su presa.

Adán desapareció de su vista, protegiéndose por el murete del claustro, que le llegaba por la cintura.

El israelí se dejó ver e hizo un disparo.

Malone saltó a la galería inferior. Cayó entre dos pilares. Se quedó sin aliento. Sus cuarenta y ocho años no daban para mucho más, independientemente de lo que hubiera hecho antaño. Se situó tras un banco y examinó con cuidado el claustro.

Adán corría de nuevo.

Malone se puso en pie y se lanzó hacia la izquierda» dio la vuelta a una esquina y fue directo hacia Adán. Su objetivo se esfumó por unas puertas de cristal encajadas entre dos intrincados arcos y flanqueadas por estatuas.

Malone se dirigió a ellas y se detuvo al llegar.

Un letrero identificaba el oscuro espacio como la sala capitular, donde en su día celebraban sus reuniones los monjes.

Decidió abrir una de las puertas y mantuvo el cuerpo tras la otra, que lo protegería si había tiros.

No hubo ningún disparo.

Un inmenso sepulcro ocupaba el centro del imponente espacio.

Lo barrió con la mirada. Nada. Sus ojos se fijaron en las ventanas: la de la derecha estaba rota, en el suelo se veían cristales, y en las alturas se perdía una cuerda de la que alguien tiraba desde el exterior.

Adán se había largado.

Unos pasos aporrearon la piedra, y vio que Pam y McCollum se dirigían hacia él. Salió a la galería y le preguntó a McCollum:

—¿Qué le ha pasado?

—Me golpearon en la cabeza. Dos tipos, arriba, en el coro. Me cargué a uno en la iglesia y luego me noquearon.

—¿Por qué sigue con vida?

—No lo sé, Malone. ¿Por qué no se lo pregunta a ellos?

Malone hizo cálculos: tres fuera más los dos que, por lo visto, habían abordado a McCollum. ¿Cinco? Sin embargo él sólo había visto a tres.

Apuntó con el arma a McCollum.

—Esos tipos irrumpen aquí, vienen por nosotros, intentan matarnos a mí y a Pam, pero a usted le dan en la cabeza y se largan. Curioso, ¿no le parece?

—¿Qué quiere decir, Malone?

Éste sacó el receptor del bolsillo.

—Trabajan para usted y han venido a quitarnos de en medio para que no tuviera que hacerlo usted.

—Le aseguro que si lo quisiera muerto ya lo estaría.

—Fueron directos a la tienda de regalos, la rodearon como si fueran buitres. Conocían el lugar. —Sostuvo en alto el receptor—. Y nos estaban siguiendo. Maté a uno arriba y estuve a punto de liquidar al tercero, pero se largó. Es el escuadrón de ejecutores más raro que he visto en mi vida.

Encendió el dispositivo y apuntó con él a McCollum. Subió el volumen y un suave silbido metálico indicó que el receptor había encontrado su objetivo.

—Lo seguían a usted, y esto nos lo confirmará.

—Adelante, Malone. Haga lo que tenga que hacer.

Pam había permanecido a un lado, callada, y Malone le espetó:

—¿No te dije que te quedaras arriba?

—Lo hice, hasta que vino él. Y, Cotton, tiene un buen chichón en la cabeza.

Él no se dejó impresionar.

—Es lo bastante duro para hacer la pantomima y dejarse golpear por los matones que ha contratado.

Dirigió el receptor a McCollum, pero el rítmico pitido permaneció constante.

—¿Satisfecho? —preguntó éste.

Malone movió el dispositivo a izquierda y derecha, pero el pitido no se alteró. McCollum no era la fuente. Pam se adelantó para escrutar el interior de la sala capitular.

Y el pitido cambió.

McCollum también se dio cuenta.

Malone seguía apuntando con la pistola a McCollum, conminándolo a que no se moviera. Dirigió el aparato hacia Pam y la intensidad del ritmo aumentó.

Ella también lo oyó, y se volvió.

Malone bajó el arma y dio dos pasos al frente, moviendo el aparato. El ritmo se

debilitó, y después se tornó firme cuando Malone apuntó directamente a Pam.

Ella puso cara de asombro y preguntó:

—¿Qué es esto?

—Te seguían a ti, así es como encontraron a George. Por ti. —La ira lo invadió.

Bajó el receptor, se metió la pistola en el bolsillo y se puso a cachear a Pam.

—¿Qué demonios estás haciendo? —chilló ella.

Era evidente que estaba nerviosa, pero él no se anduvo con chiquitas.

—Pam, si me obligas a desnudarte y rebuscar encontraré lo que llevas, así que dime dónde está.

Ella parecía no comprender.

—¿Dónde está ¿qué?

—Lo que quiera que siga el receptor.

—El reloj —dijo McCollum.

Malone se giró: McCollum señalaba la muñeca de Pam.

—Por fuerza. Tiene una fuente de energía y es lo bastante grande para alojar un emisor.

Él agarró la muñeca de Pam y sin miramientos le quitó el reloj y lo arrojó al suelo de la galería. Después alzó el receptor y apuntó con él al reloj: un firme pitido le dijo que, en efecto, el reloj era el emisor de la señal. A continuación volvió el dispositivo hacia Pam y el pitido cesó.

—Oh, Dios mío —musitó ésta—. Por mi culpa mataron a ese anciano.

Malone entró en el *business center* del Ritz Four Seasons. Habían abandonado el monasterio por la entrada principal. Como las puertas se podían abrir desde dentro, la portada era la salida más rápida.

Después dieron la vuelta al edificio y descubrieron por dónde se habían colado Adán y sus compatriotas. Las elegantes ventanas de la sala capitular, ornadas con antigua tracería de piedra, eran las únicas que carecían de barrotes. Se hallaban a unos dos metros del suelo y daban a una oscura calle lateral. Dos frondosos árboles proporcionaban una cobertura excelente.

Acto seguido caminaron unas manzanas hacia el barrio comercial de Belém, y cogieron un tranvía hasta el centro de Lisboa. Desde allí tomaron un taxi para salvar los escasos kilómetros que los separaban del hotel. Nadie dijo nada durante el trayecto. Malone continuaba perplejo. Cuando pensaba que McCollum era la amenaza, resulta que el peligro estaba mucho más cerca. Arrojó el reloj a una hilera de setos de boj que rodeaba el jardín del claustro.

Tenía que pensar.

De manera que entraron en uno de los salones de conferencias del *business center* y cerraron la puerta. En la mesa aguardaban un teléfono y un ordenador, además de bolígrafos y papel. Le gustaba eso del Four Seasons: bastaba con decirles lo que uno quería y allí lo tenía.

—Cotton —se apresuró a decir Pam—, ese reloj fue un regalo. Te lo dije. Del hombre al que he estado viendo.

Sí recordaba que ella le había contado eso en Londres. Un TAG. Caro. Él se había quedado impresionado.

—¿Quién es?

—Un abogado que trabaja para otro bufete. Es un socio importante.

—¿Cuánto hace que sois pareja? —Sonó como si le importara, pero no era así.

—Unos meses. Vamos, ¿cómo iba a saber él que pasaría todo esto? Me regaló el reloj hace semanas.

Él quería creerla, pero no era la primera vez que utilizaban a la esposa de un agente. Cogió el teléfono y se puso en contacto con Atlanta, con el Magellan Billet. Le dijo a la voz del otro extremo quién era y qué quería, y le pidieron que esperara. A los dos minutos una voz de hombre le dijo:

—Cotton, soy Brent Green. Me han pasado su llamada.

—Necesito hablar con Stephanie.

—No se encuentra disponible. Esto está bastante revuelto. Tendrá que hablar

conmigo.

—¿Qué hace el fiscal general metido en los asuntos del Billet? Suele mantenerse al margen.

—Es complicado, Cotton. Stephanie ha sido relevada de su cargo, y ambos estamos en medio de una batalla.

A Malone no le sorprendió.

—Y tiene que ver con lo que yo ando haciendo aquí.

—Exactamente. Alguien de la Administración puso en peligro a su hijo.

—¿Quién?

—No estamos seguros, eso es lo que intenta averiguar Stephanie. ¿Puede decirme qué está pasando ahí?

—Lo pasamos en grande, una fiesta tras otra. Lisboa es un desmadre.

—¿Tiene alguna razón para ser sarcástico?

—Se me ocurre un montón, pero quiero que haga algo: investigar a un tipo llamado James McCollum. Afirma haber estado en el Ejército, fuerzas especiales. — Le dio a Green una descripción física—. Necesito saber si existe, y su historial. — Mientras efectuaba la petición miraba fijamente a McCollum, pero éste ni se inmutó—. ¿Qué pasa con Stephanie?

—Tardaría demasiado en explicárselo, pero tenemos que saber qué está haciendo. Eso podría ayudarla.

—No sabía que le preocupara tanto.

—No acierto a entender por qué todo el mundo cree que esa mujer me cae mal. A decir verdad tiene muchos puntos fuertes. Sin embargo en este momento se encuentra en apuros. Llevo varias horas sin saber nada de ella ni de la señorita Vitt.

—¿Cassiopeia está ahí?

—Con Stephanie. La envió su amigo, Henrik Thorvaldsen.

Green tenía razón. Aquello estaba muy revuelto.

—También tengo un problema con mi ex mujer. Por lo visto, los israelíes la han estado siguiendo.

—Lo sabemos. Un tipo al que veía en Atlanta era simpatizante de los israelíes. El Mosad le pidió que le diera unas cosas: un reloj, un guardapelo, un anillo ostentoso. Todos localizables por GPS. Siempre podía llevar algo de eso encima.

—Lo que significa que los israelíes sabían lo que le pasaría a mi hijo, así que se prepararon para aprovechar el movimiento.

—Es una conclusión acertada. ¿Sigue intacta la Conexión Alejandría?

—No sabía que estuviese al tanto de eso.

—Ahora lo estoy.

—Los israelíes se ocuparon de ella ayer, de una vez por todas, y hace un rato estuvieron a punto de acabar con nosotros. —Ahora sí que necesitaba pensar—. Debo

irme. ¿Tiene un número al que pueda llamarle directamente? —Green se lo dio—. No se mueva, le llamaré en breve.

—Cotton —dijo Green—. Ese abogado al que veía su ex ha muerto. Le pegaron un tiro hace unos días. El Mosad limpió su rastro.

Él captó el mensaje.

—Yo la vigilaría de cerca —le advirtió el fiscal—. También es un cabo suelto.

—O algo más.

—En cualquier caso es un problema.

Malone colgó, y Pam lo miró con fijeza.

—Tu amante ha muerto. Israel se encargó de él. Colaboraba con ellos.

La conmoción le descompuso el rostro, pero a él le importó un bledo. Aquel hombre había contribuido a poner en peligro a Gary.

—Es lo que pasa cuando tienes de mascota a una serpiente de cascabel. Me preguntaba cómo nos localizaron en el hotel en Londres. Es imposible que nos siguieran desde el apartamento de Haddad.

Él vio lo afectada que estaba Pam, pero no había tiempo para atender a sus sentimientos. Preocuparse por las cosas sin solución podía acarrear la muerte. Se encaró con McCollum:

—Ya me ha oído. Le estoy investigando.

—¿Ha terminado con el teatrillo? Recuerde que aún tengo el resto del texto de la búsqueda, y no sabemos adonde ir desde aquí.

—¿Quién lo dice? —Sacó la foto que había arrancado del libro de la tienda de regalos y la desplegó—. «Encuentra el lugar de la dirección sin lugar, donde se encuentra otro lugar.» Vale, hemos dado con el sitio donde la plata se convierte en oro. ¿Qué tiene una dirección pero no un lugar? —Señaló el ordenador—. Montones de direcciones y ningún lugar asociado a ellas. Direcciones web. —Se sentó ante el aparato—. Los Guardianes debían tener una manera de controlar las pistas. No me parecen de los que sueltan algo y lo dejan ahí sin más. Cuando un invitado o un extraño hubiese llegado hasta aquí tendrían que contar con una forma de detener la búsqueda si lo deseaban. ¿Qué mejor modo que depositar las pistas finales en un sitio web que pudiesen controlar?

Tecleó «belém.com», pero lo dirigieron a un sitio comercial lleno de propaganda. Probó con «belém.net» y se encontró con más de lo mismo. Después escribió «belém.org», y la pantalla se volvió blanca y en ella apareció una pregunta en letras negras:

«¿QUÉ BUSCAS?»

El cursor parpadeaba bajo la pregunta, sobre una línea negra destinada a la

respuesta. Malone puso: «la biblioteca de Alejandría». La pantalla titiló y cambió.

«¿NADA MÁS?»

Él escribió lo que pensaba que querrían oír:

«CONOCIMIENTO.»

La pantalla volvió a cambiar.

«28° 41' 25" N»

«33° 38' 26" E»

Malone sabía lo que representaban esos números: «Encuentra el lugar de la dirección sin lugar, donde se encuentra otro lugar.»

—Éste es el otro lugar.

—Coordenadas de GPS —apuntó McCollum.

Él coincidía, pero tenía que ubicarlas sobre el terreno, de manera que encontró un sitio web de mapas e introdujo las coordenadas.

A los pocos segundos apareció un mapa.

Él reconoció la forma en el acto: un triángulo isósceles invertido, una cuña que separaba África de Asia, hogar de una combinación única de montañas y desiertos rodeados por el estrecho golfo de Suez al oeste; el golfo de Aqaba, más estrecho aún, al este; y el mar Rojo al sur: el Sinaí.

Las coordenadas del GPS identificaban un lugar en la región más meridional, en las montañas, cerca del vértice del triángulo invertido.

—Creo que hemos dado con el sitio.

—Y ¿cómo pretende llegar hasta allí? —le planteó McCollum—. Es territorio egipcio, patrullado por Naciones Unidas, cercano a Israel.

Malone echó mano del teléfono.

—No creo que sea un problema.

CUARTA PARTE

VIENA
22:30

Thorvaldsen estaba sentado en el gran salón del *château*, pendiente del desarrollo de la asamblea de invierno de la Orden. Él, al igual que los otros miembros, ocupaba una antigua silla dorada. Se encontraban alineados en filas de ocho, el Círculo de cara a ellos, Alfred Hermann en la silla central, sobre ella una seda azul. Todo el mundo parecía tener muchas ganas de hablar, y la discusión no había tardado en centrarse en Oriente Próximo y lo que el comité político había propuesto la primavera anterior. Entonces los planes sólo eran provisionales, pero ahora las cosas habían cambiado. Y no todo el mundo estaba de acuerdo.

Lo cierto es que había más disconformidad de la que esperaba Alfred Hermann. La Silla Azul ya había intervenido dos veces en el debate, lo cual era poco común. Thorvaldsen sabía que, por regla general, Hermann permanecía en silencio.

—Desplazar a los judíos es imposible y ridículo —apuntó uno de los hombres desde las filas. Thorvaldsen lo conocía, era un noruego con intereses en la pesca en el Atlántico Norte—. El libro de las Crónicas deja claro que Dios escogió Jerusalén y santificó allí el templo. Conozco la Biblia. En Reyes se asegura que Dios le dio a Salomón una tribu para que David lo adorara en Jerusalén, la ciudad que Él mismo había elegido. La restitución del moderno Israel no fue un accidente. Muchos creen que medió la inspiración divina.

Otros miembros se sumaron a la observación con pasajes de la Biblia extraídos de las Crónicas y los Salmos.

—¿Y si lo que citáis es falso?

La pregunta vino de la cabecera del salón. Hermann se puso en pie.

—¿Recordáis cuándo se creó el Estado de Israel?

Nadie respondió.

—El 14 de mayo de 1948, a las cuatro y treinta y dos de la tarde. David Ben Gurión, que se hallaba en el Museo de Tel Aviv, dijo que «en virtud del derecho natural e histórico del pueblo judío» quedaba constituido el Estado de Israel.

—El profeta Isaías escribió que «una nación nace toda de una vez» —observó uno de los miembros—. Dios mantuvo su promesa, el pacto de Abraham, y a los judíos les fue devuelta su tierra.

—Y ¿cómo sabemos de la existencia de este pacto? —inquirió Hermann—. Sólo por una fuente: el Antiguo Testamento. Muchos de vosotros habéis recurrido hoy a

ese texto. Ben Gurión habló del «derecho natural e histórico del pueblo judío». También él se refería al Antiguo Testamento, que es la única prueba de ese derecho divino. Sin embargo su autenticidad es bastante dudosa.

Los ojos de Thorvaldsen recorrieron la estancia.

—Si yo tuviese documentos con décadas de antigüedad traducidos de vuestros respectivos idiomas por gente que lleva muerta mucho tiempo y que ni siquiera hablaba vuestra lengua, ¿no cuestionaríais su autenticidad? ¿No querríais más pruebas que una traducción no contrastada ni autenticada? —Hermann hizo una pausa—. Sin embargo, hemos aceptado el Antiguo Testamento como la incuestionable Palabra de Dios. Su texto acabó dando forma al Nuevo Testamento, y sus palabras aún tienen consecuencias geopolíticas.

Los presentes parecían esperar a que Hermann finalizara su argumentación.

—Hace siete años un hombre llamado George Haddad, un palestino estudioso de la Biblia, escribió un artículo que publicó la Universidad de Beirut. En él postulaba que el Antiguo Testamento, tal y como estaba traducido, era erróneo.

—Menuda premisa —espetó otro miembro, una mujer corpulenta, que se levantó—. Yo me tomo la Palabra de Dios más en serio que usted.

Hermann parecía divertido.

—¿De veras? ¿Qué sabe usted de esa Palabra de Dios? ¿Conoce su historia? ¿A su autor? ¿A su traductor? Esas palabras fueron escritas hace miles de años, por escribas desconocidos, en hebreo antiguo, una lengua que lleva más de dos mil años muerta. ¿Qué sabe usted del hebreo antiguo?

La mujer no dijo nada, y Hermann asintió.

—Su falta de conocimiento es comprensible. Se trataba de un idioma en el que la importancia de las palabras se transmitía más por el contexto que por la grafía. La misma palabra podía tener, y de hecho tenía, distintos significados, dependiendo de cómo se utilizara. Los eruditos judíos no tradujeron esas palabras al hebreo de su época hasta siglos después de que se escribiera por primera vez el Antiguo Testamento, y no obstante esos eruditos ni siquiera hablaban hebreo antiguo. Simplemente interpretaron el significado o, peor aún, cambiaron el significado. Después pasaron siglos, y más estudiosos, esta vez cristianos, tradujeron las palabras de nuevo. Tampoco ellos hablaban hebreo antiguo, de manera que también interpretaron. Con el debido respeto a sus creencias, de la Palabra de Dios no sabemos nada.

—Usted no tiene fe —aseveró la mujer.

—En esto, no, ya que nada tiene que ver con Dios. Es la obra del hombre.

—¿Qué opinaba Haddad? —preguntó un hombre, el tono evidenciaba su interés.

—Postulaba, y no se equivocaba, que la primera vez que se contaron las *historias* del pacto que Dios hizo con Abraham, los judíos ya habitaban la Tierra Prometida, la

actual Palestina. Naturalmente esto sucedió muchos, muchos siglos después de que se efectuara la supuesta promesa. Según el relato bíblico, la Tierra Prometida se extendía desde el río de Egipto hasta el Eufrates. Se dan muchos nombres, pero cuando Haddad cotejó los topónimos bíblicos, traducidos al hebreo antiguo, con ubicaciones actuales, descubrió algo extraordinario. —Hermann se detuvo, satisfecho consigo mismo—. Tanto la Tierra Prometida de Moisés como la tierra de Abraham se hallaban en el oeste de Arabia Saudí, en la región de Asir.

—¿Dónde está La Meca? —preguntó alguien.

Hermann asintió, y Thorvaldsen vio que muchos de los miembros captaban de inmediato lo que aquello significaba.

—Eso es imposible —afirmó uno.

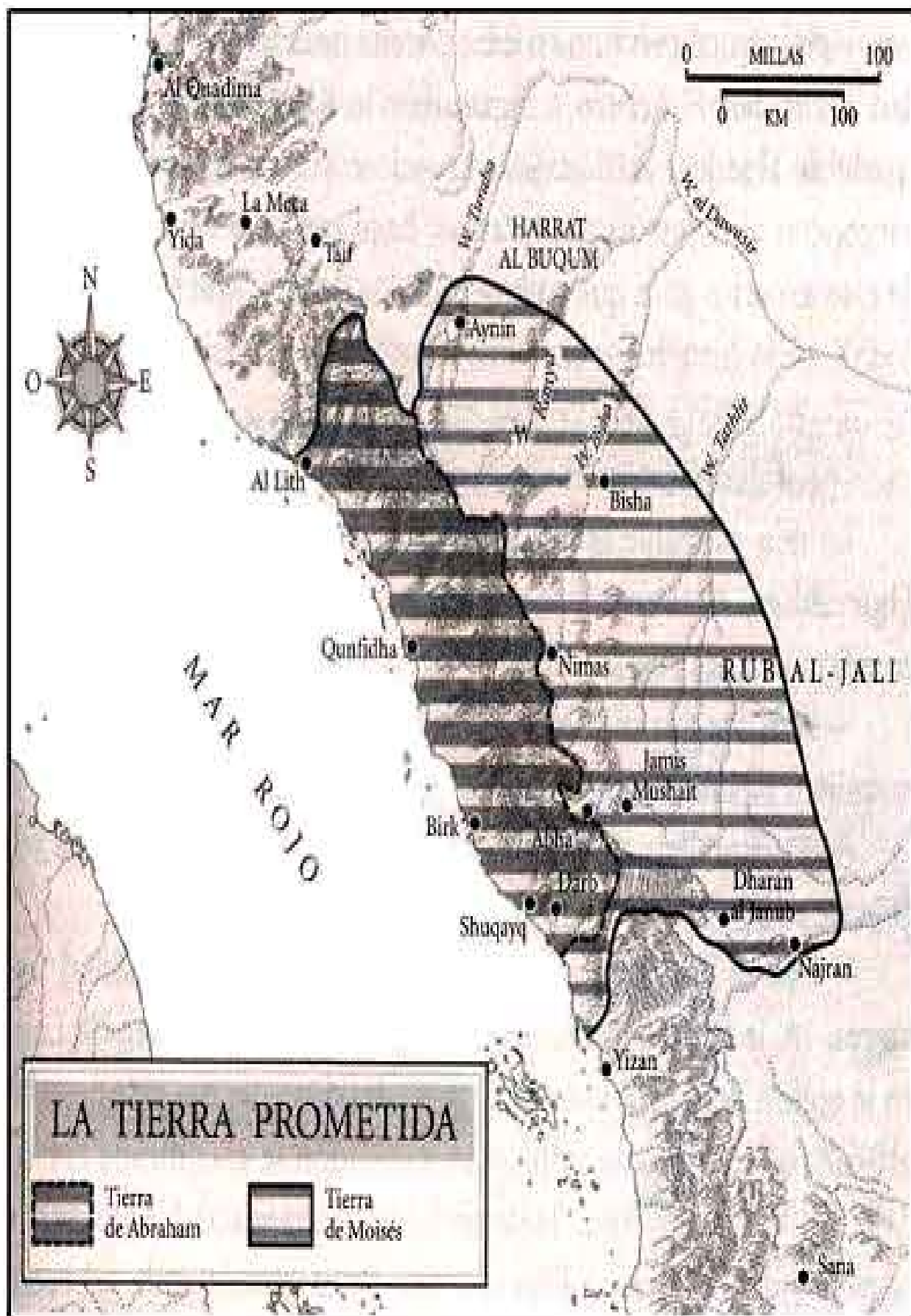
—Lo cierto es que os lo puedo demostrar —contestó Hermann.

A una señal suya, una pantalla bajó de un soporte instalado en el techo y apareció un proyector. Instantes después vieron un mapa del oeste de Arabia Saudí, el mar Rojo serpenteando a lo largo de una costa dentada. Una escala métrica mostraba que la zona medía aproximadamente cuatrocientos kilómetros de largo y trescientos de ancho. Hacia el este, a un centenar de kilómetros de la costa, se extendían regiones montañosas que se allanaban en los bordes del desierto Arábigo, en la zona central.



—Sabía que entre vosotros habría escépticos. —Hermann sonrió mientras una

risita nerviosa se extendía por la asamblea—. Esto es Asir en la actualidad. —Hizo un nuevo gesto y la pantalla cambió.



»Si se proyectan en el mapa los límites de la Tierra Prometida bíblica,

sirviéndonos de los lugares que George Haddad identificó, la línea discontinua perfila la tierra de Abraham, y la continua la tierra de Moisés. Las ubicaciones bíblicas en hebreo antiguo casan perfectamente con ríos, poblaciones y montañas de esta región. Muchas incluso conservan el nombre en hebreo antiguo, adaptado al árabe, como es natural. Pregúntaos, ¿por qué nunca se han encontrado en Palestina pruebas paleográficas ni arqueológicas que confirmen los lugares bíblicos? La respuesta es sencilla: porque esos lugares no están allí. Se hallan a cientos de kilómetros al sur, en Arabia Saudí.

—¿Y por qué nadie se ha dado cuenta antes?

Thorvaldsen agradeció la pregunta, ya que él había estado pensando en lo mismo.

—Sólo queda viva una media docena de estudiosos que de verdad entienden el hebreo antiguo. Por lo visto ninguno de ellos, aparte de Haddad, era lo bastante curioso para investigar. Sin embargo, con el objeto de asegurarme, hace tres años contraté a uno de esos expertos para que corroborara los descubrimientos de Haddad. Y así lo hizo, hasta el último detalle.

—¿Podemos hablar con su experto? —preguntó un miembro.

—Por desgracia era anciano y falleció el año pasado.

Lo más probable es que lo ayudaran a irse a la tumba, pensó Thorvaldsen. A Hermann sólo le faltaba que un segundo erudito enredara más las cosas.

—Pero tengo un informe detallado por escrito que se puede examinar. Resulta bastante convincente.

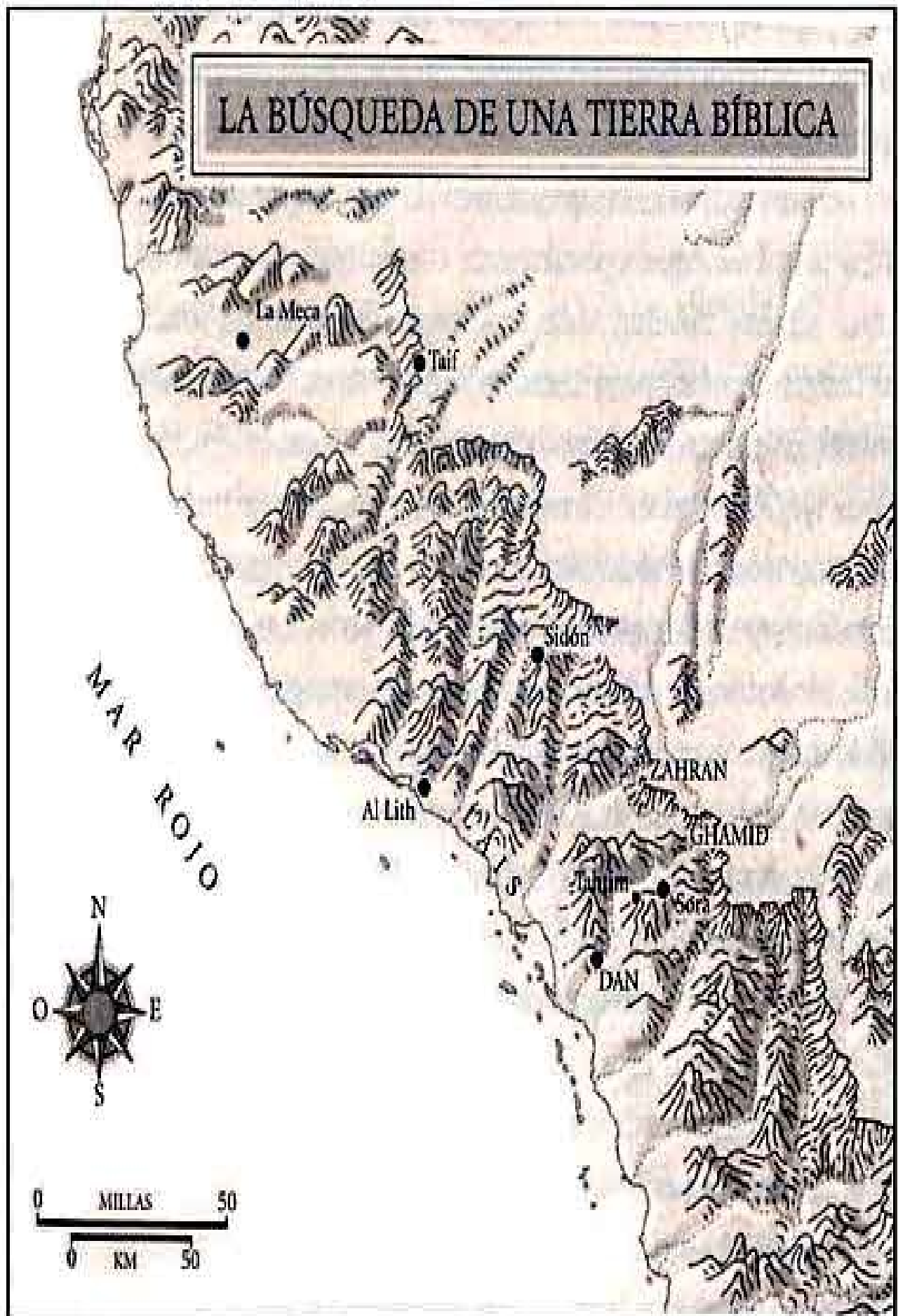
En la pantalla surgió otra imagen, un segundo mapa de la región de Asir.

—Éste es un ejemplo que demuestra la teoría de Haddad. En Jueces, 18, la tribu israelita de Dan se establece en la aldea de Lais, en la región del mismo nombre. La Biblia dice que esa aldea estaba próxima a otra llamada Sidón. Cerca de Sidón se encontraba la ciudad fortificada de Sora. Historiadores cristianos del siglo IV de nuestra era identificaron Dan con una aldea situada en la cabecera del río Jordán. En 1838 un equipo inspeccionó y encontró un montículo del que declararon era lo que quedaba de la bíblica Dan. En la actualidad ese sitio es la ubicación aceptada de Dan. Incluso existe un asentamiento israelí moderno, llamado Dan, que se alza en ese mismo sitio hoy en día.

Thorvaldsen se percató de que Hermann parecía disfrutar, como si llevase mucho tiempo preparándose para ese instante. Pero se preguntó si su imprevista jugada con Margarete no habría acelerado los planes de su anfitrión.

—Los arqueólogos se han pasado los últimos cuarenta años investigando el montículo y no han encontrado una sola prueba que confirme que ése es el bíblico Dan. —Hermann hizo un gesto y la pantalla cambió otra vez. En el mapa aparecieron unos nombres—. Esto es lo que Haddad descubrió: la bíblica Dan se puede identificar fácilmente con una aldea del oeste de Arabia llamada alDanadina, que se encuentra

en una región costera llamada al-Lith, cuya población principal también se llama al-Lith. Traducido, ese nombre es idéntico a la palabra bíblica Lais. Y, además, en la actualidad, cerca de ella hay un pueblo llamado Sidón. Más cerca incluso de al-Danadina se halla al-Sur, que, traducido, es Sora.



Thorvaldsen tenía que admitir que las coincidencias geográficas eran intrigantes.

Se quitó sus gafas de montura al aire y se llevó la mano al caballete de la nariz, pensando mientras se lo frotaba.

—Y existen más correlaciones topográficas. En el segundo libro de Samuel, 24, 6, la aldea de Dan se encontraba cerca de una tierra llamada Tahtim. En Palestina no hay ningún lugar con ese nombre, pero en el oeste de Arabia la aldea de al-Danadina se halla próxima a una cordillera costera llamada Yabal Tahyatayn, que es la forma árabe de Tahtim. No puede ser accidental. Haddad escribió que si los arqueólogos excavaran en esta zona encontrarían pruebas para sustentar la presencia de un antiguo asentamiento judío. Pero eso nunca ha ocurrido, ya que los saudíes prohíben tajantemente cavar. A decir verdad, hace cinco años, cuando se enfrentaban a una posible amenaza procedente de las eruditas conclusiones de Haddad, los saudíes arrasaron algunas aldeas de esa zona, haciendo que resulte casi imposible encontrar pruebas arqueológicas definitivas.

Thorvaldsen notó que, a medida que la asamblea prestaba más atención, Hermann cobraba más confianza en sí mismo.

—Y hay más: en todo el Antiguo Testamento, Jordán equivale al hebreo *yarden*, pero ese nombre no se describe en ningún momento como un río. Lo cierto es que esa palabra significa «descender», un desnivel en el terreno. Sin embargo traducción tras traducción describe el Jordán como un río, y su paso como un suceso trascendental. El palestino río Jordán no es ninguna gran vía fluvial; los habitantes de ambas riberas llevan siglos cruzándolo sin esfuerzo. Pero aquí —señaló en el mapa— se encuentran las grandes montañas del oeste de Arabia, imposibles de cruzar salvo por unos pocos pasos, y así y todo es difícil. En cada ejemplo del Antiguo Testamento en que se habla del Jordán, la geografía y la historia casan con esta zona de Arabia.

—¿El Jordán es una cadena montañosa?

—Ninguna otra traducción del hebreo antiguo tiene sentido.

El anciano estudió los rostros que lo miraban y añadió:

—Los topónimos se transmiten como si de una tradición sagrada se tratase. En la memoria del pueblo sobreviven nombres antiguos, Haddad descubrió que eso era especialmente cierto en Asir.

—¿No ha habido descubrimientos que relacionan Palestina con la Biblia?

—Los ha habido, pero ninguno de los hallazgos desenterrados hasta la fecha demuestra nada. La estela moabita, encontrada en 1868, habla de guerras libradas entre Moab e Israel, como se menciona en Reyes. Otro hallazgo que se encontró en el valle del Jordán en 1993 cuenta lo mismo. Sin embargo, ninguno dice que Israel se ubicara en Palestina. Documentos asirios y babilonios refieren conquistas en Israel, pero ninguno indica dónde se hallaba ese Israel. En Reyes se asevera que ejércitos de Israel, Judá y Edom marcharon siete días por un árido desierto, pero el valle tectónico de Palestina, al que se suele considerar ese desierto, se atraviesa en no más de un día

y tiene abundante agua.

Ahora las palabras de Hermann fluían con profusión, como si hubiese contenido esas verdades demasiado tiempo.

—No queda un solo resto del templo de Salomón, nunca se ha encontrado nada, aunque en Reyes se asegura que el rey empleó «grandes piedras escogidas para los cimientos de la casa, piedras labradas». ¿Cómo es que no se ha encontrado ninguna? Lo que ha ocurrido es que los estudiosos han permitido que sus ideas preconcebidas influyeran en sus interpretaciones. Querían que Palestina fuese la tierra de los judíos del Antiguo Testamento, así que pusieron los medios. La realidad es muy diferente. La arqueología sí ha demostrado una cosa: que la Palestina del Antiguo Testamento la componían gentes que vivían en aldeas, en su mayoría agricultores primitivos, con escasas muestras de una cultura desarrollada. Era una sociedad rústica, no los extremadamente astutos israelitas de la era postsalomónica. Ése es un hecho científico.

—Pero en Salmos se dice: «La verdad brotará de la tierra.» —argumentó un miembro.

—¿Qué quiere decir? —quiso saber alguien.

Hermann agradeció la pregunta.

—Independientemente de que los saudíes se negaran a permitir cualquier investigación arqueológica, Haddad pensaba que aún existen pruebas de su teoría. Ahora mismo estamos intentando localizar esas pruebas. Si su teoría se puede corroborar (al menos lo bastante para poner en tela de juicio la validez de las promesas del Antiguo Testamento), pensad en las consecuencias. No sólo Israel, sino también Arabia Saudí, se desestabilizarían. Y todos nos hemos visto perjudicados por la corrupción de ese gobierno. Imaginad lo que harían los musulmanes radicales si su lugar más sagrado es la bíblica patria judía. Sería similar a la Explanada del Templo, en Jerusalén, reclamada por las tres religiones principales. Ese sitio lleva miles de años engendrando discordias. Esta revelación sobre Arabia provocaría el caos.

Thorvaldsen ya había permanecido bastante tiempo callado. Se puso en pie.

—No creerás que esas revelaciones, aun cuando se probaran, tendrían un efecto tan trascendental, ¿no? ¿Qué más hay que tanto interesa al comité político?

Hermann lo miró con un desdén que sólo ellos dos comprendieron. Se habían cebado con Cotton Malone, llevándose a su hijo, y ahora él se cebaba en Hermann. Claro está que la Silla Azul nunca revelaría esa debilidad. Thorvaldsen había jugado sabiamente su mejor carta, allí, en la asamblea, donde Hermann había de ser cauteloso. Sin embargo, algo le dijo que el austriaco todavía se guardaba un as en la manga. Y la sonrisa que afloró a los finos labios del anciano hizo que Thorvaldsen vacilara.

—Cierto, Henrik, hay algo más, algo que también involucrará en la lucha a los

cristianos.

VIENA
22:50

Alfred Hermann cerró la puerta de sus habitaciones y se quitó el hábito y el collar. El peso de ambos cargaba sus fatigados miembros. Dejó la ropa en la cama, satisfecho con la asamblea. Al cabo de tres horas, los miembros finalmente habían comenzado a entender. El plan de la Orden era vasto e ingenioso a un tiempo. Ahora necesitaba respaldar su afirmación de que la prueba llegaría pronto.

Sin embargo, empezaba a preocuparse. Llevaba demasiado tiempo sin tener noticias de Sabre.

El nerviosismo le revolvía el estómago. Era una sensación desconocida. Para ganar fuerza había acelerado sus planes. Aquél bien podía ser su último gran empeño sentado en la Silla Azul. El ejercicio de su cargo tocaba a su fin. A la Orden del Vellochino de Oro le interesaba el éxito. Más de un gobierno se había visto desestabilizado, algunos incluso habían sido derrocados, para que la Orden pudiese prosperar. Lo que había tramado quizá pudiera doblegar a unos cuantos más, tal vez incluso a los mismísimos americanos, si jugaba bien sus cartas.

Había intuido que Thorvaldsen podría ser un problema, razón por la cual había ordenado a Sabre prepararle un informe financiero. Sentado en la Schmetterlinghaus el día anterior, mientras veía a Sabre aceptar obedientemente el cometido, jamás habría pensado que el danés fuese tan agresivo. Se conocían desde hacía tiempo, lo cual no quería decir que fuesen buenos amigos, pero sin duda eran parecidos. Sin embargo, de alguna manera, el danés había relacionado de prisa lo ocurrido en Copenhague con él y la Orden.

Él no esperaba que hubiese pista alguna.

Lo cual le hacía pensar en Sabre. ¿Habría sido descuidado? ¿O lo habría hecho a propósito?

Le daba vueltas a las advertencias que Margarete le había hecho sobre Sabre. «Demasiada libertad. Demasiada confianza.» ¿Por qué no había llamado su acólito? Lo último que sabía era que Sabre iba camino de Londres, vía Rothenburg, para dar con George Haddad. Lo había llamado varias veces, en vano. Necesitaba a Sabre. Allí. Ahora.

Llamaron suavemente a la puerta. Él cruzó la habitación y abrió.

—Es hora de que hablemos más —le dijo Thorvaldsen.

Hermann estaba de acuerdo.

Thorvaldsen entró y cerró la puerta.

—No puedes ir en serio con todo esto, Alfred. ¿Tienes idea de lo que podría causar tu plan?

—Hablas como un judío, Henrik. Ése es tu defecto: te ciegan las supuestas promesas de Dios, vuestro presunto derecho.

—Hablo como un ser humano. ¿Quién sabe si el Antiguo Testamento es correcto? Te aseguro que yo no tengo ni idea. Pero el mundo islámico no tolerará que se supiera que su lugar más sagrado fue manchado por el judaísmo. Reaccionará con violencia.

—A los saudíes se les dará la oportunidad de negociar antes de dar a conocer la información —repuso Hermann—. Así es como funcionamos, lo sabes. La violencia será culpa suya, no nuestra. Nuestro objetivo sólo es obtener beneficios. El comité político cree que pueden conseguirse numerosas concesiones con las que saldrán ganando nuestros miembros. Y yo estoy de acuerdo.

—Es una locura —aseguró Thorvaldsen.

—Y ¿qué pretendes hacer?

—Lo que sea necesario.

—No tienes agallas para librar esta batalla, Henrik.

—Puede que te sorprenda.

Hermann albergaba dudas, de manera que decidió lanzar un desafío:

—Quizá debieras preocuparte más por ti mismo. He comprobado tu situación financiera. No sabía cuan frágil puede ser el negocio del cristal. El éxito de tu Adelgade Glasvaerker depende de numerosos factores inestables.

—¿Y crees que puedes influir en ellos?

—Estoy bastante seguro de que puedo crear problemas.

—Mis activos netos igualan tranquilamente a los tuyos.

El austriaco sonrió.

—Sin embargo, aprecias tu reputación. Sería impensable que una de tus empresas fuese considerada un fracaso.

—Inténtalo si quieres, Alfred.

Éste era consciente de que ambos poseían miles de millones de euros, en su mayor parte reunidos por sus antepasados, de que ambos los habían administrado bien. Y ninguno de los dos era tonto.

—Recuerda que tengo a tu hija —apuntó Thorvaldsen.

El otro se encogió de hombros.

—Y yo os tengo a ti y al muchacho.

—¿De veras? ¿Estarías dispuesto a arriesgar la vida de tu hija?

Hermann todavía no había decidido cuál era la respuesta a esa pregunta, de manera que inquirió:

—¿Tiene eso que ver con Israel? Sé que te consideras un patriota.

—Y yo sé que tú eres un intolerante.

El comentario provocó la ira de Hermann.

—Nunca me habías hablado así antes.

—Siempre he sabido cómo pensabas, Alfred. Tu antisemitismo es evidente. Intentas ocultarlo (al fin y al cabo en la Orden hay varios judíos), pero es obvio.

Había llegado el momento de dejarse de fingimientos.

—Tu religión es un problema, siempre lo ha sido.

Thorvaldsen se encogió de hombros.

—No más que el cristianismo. Nosotros simplemente dejamos de luchar y nos limitamos a observar mientras los cristianos mataban a su antojo en nombre de Cristo resucitado.

—No soy un hombre religioso y lo sabes, Henrik. Esto es sólo cuestión de política y beneficios. Y a los judíos de la Orden, lo que les importa es eso mismo. Ni uno solo expresó su oposición en la asamblea. Israel es un impedimento para el progreso. A los sionistas les aterroriza la verdad.

—¿A qué te referías con lo de involucrar a los cristianos?

—Si se encuentra la Biblioteca de Alejandría, existen textos que bien podrían poner en evidencia que la Biblia entera es un fraude.

El danés no parecía convencido.

—Tal vez te encuentres con que ese resultado es difícil de alcanzar.

—Te lo aseguro, Henrik, he pensado en esto detenidamente.

—¿Dónde está Las Garras del Águila?

Hermann le dirigió una mirada de aprobación.

—Bien hecho. Pero él escapa a tu control.

—Pero no al tuyo.

El austríaco decidió ir al grano.

—No vas a salir victorioso en esto. Tienes a mi hija, pero eso no me detendrá.

—Quizá deba expresarme con claridad: mi familia soportó la ocupación nazi de Dinamarca. A muchos los mataron, y nosotros matamos a muchos ademanos. Me he enfrentado a desafío tras desafío, y personalmente me importa un bledo Margarete. Es arrogante, consentida y poco inteligente. Me importan mi amigo Cotton Malone, su hijo y mi patria adoptiva. Si me veo obligado a matarla, lo haré.

Hermann se había preocupado por las amenazas procedente del exterior, pero el problema más acuciante había surgido de dentro. Había que aplacar a ese hombre, al menos durante un tiempo.

—Puedo enseñarte algo.

—Tienes que detener esto.

—Aquí hay más en juego que favorecer nuestros intereses comerciales.

—Muy bien, enséñamelo.

—Haré que lo preparen.

MARYLAND

16:50

Stephanie iba en el asiento de atrás de una ranchera, con Cassiopeia a su lado. Entraron por la verja principal sin detenerse, el coche pasó a toda velocidad ante guardias armados. Se habían dirigido al norte desde Washington, hacia el accidentado paisaje de Maryland. Ella supo en el acto adonde iban: a Camp David, el refugio presidencial para los fines de semana.

Pasaron ante más guardias y otro control, y el vehículo paró ante una elegante cabaña de madera circundada de árboles y con un porche cubierto. Al bajar las recibió el fresco de la tarde. A una señal del agente del servicio secreto del museo la puerta principal se abrió.

De la cabaña salió el presidente, Robert Edward Daniels hijo.

Stephanie sabía que el presidente nunca utilizaba su verdadero nombre. Hacía tiempo que se hacía llamar Danny. De espíritu sociable y con una potente voz de barítono, Danny Daniels había sido bendecido con un don divino para ganar elecciones. Había sido gobernador durante tres mandatos y senador durante uno antes de llegar a la presidencia. Su reelección el año anterior para un segundo mandato había resultado sencilla.

—Stephanie, me alegro de que hayas venido —la saludó Daniels mientras bajaba los escalones del porche.

El presidente llevaba unos vaqueros, una camisa de sarga y unas botas. Ella hizo acopio de valor y se adelantó.

—¿Acaso tenía elección?

—La verdad es que no, pero así y todo me alegro de que hayas venido. Me han dicho que has tenido algunos problemillas.

Daniels añadió una risita burlona, pero ella no estaba de humor, ni siquiera aunque se tratase del líder del mundo libre.

—Gracias a su gente.

Él alzó las manos fingiendo rendirse.

—Bueno, eso aún está por ver. Ni siquiera has oído lo que tengo que decir. ¿Y esa nueva imagen? ¿El pelo y la ropa? Me gusta.

Sin darle ocasión de responder, se volvió hacia Cassiopeia.

—Usted debe de ser la señorita Vitt. He oído hablar mucho de usted. Tiene una vida fascinante. ¿Qué hay de ese castillo que está reconstruyendo en Francia? Me

encantaría verlo.

—Debería ir, yo se lo enseñaré.

—Me han dicho que lo está levantando igual que hace seiscientos años. Increíble.

Stephanie comprendió que Daniels le estaba mandando un mensaje: ellas se hallaban allí y él estaba informado, así que a relajarse tocaban.

Muy bien, era hora de ver adonde llevaba todo aquello.

—A diferencia de lo que piensas, Stephanie —comenzó Daniels—, no soy ningún idiota.

Estaban sentados en el porche delantero de la cabaña, cada uno en una mecedora de madera de alto respaldo. Daniels mecía la suya con energía, los tablones del piso sufrían bajo el uno noventa de su corpachón.

—No creo haberle llamado nunca idiota —respondió ella.

—Mi padre solía decirle a mi madre que nunca la había llamado zorra a la cara.

—La fulminó con la mirada—. Lo cual también era verdad.

Ella no dijo nada.

—Me tomé muchas molestias para sacarte de ese museo. Es uno de mis lugares preferidos. Me encantan los aviones y el espacio. Cuando era joven me los estudié de cabo a rabo. ¿Sabes qué es lo bueno de ser presidente? Puedes ir a ver un lanzamiento siempre que quieras. —El presidente cruzó las piernas y se retrepó en la mecedora—. Tengo un problema, Stephanie. Y gordo.

—Ya somos dos. Estoy en paro y, según su viceconsejero de seguridad nacional, detenida. Por cierto, ¿no fue usted quien me despidió?

—Sí. Larry me lo pidió, y yo accedí. Pero era preciso hacerlo para que estuvieses aquí hoy.

Cassiopeia se echó hacia delante.

—Tenía mis dudas, pero ahora lo sé: usted colabora con los israelíes, ¿no? He estado intentado atar cabos, y ahora tiene sentido. Ellos acudieron a usted.

—Me han dicho que su padre era uno de los hombres más listos de España. Levantó un imperio económico de la nada, el que ahora dirige usted.

—No es mi punto fuerte.

—Sin embargo tengo entendido que es usted una excelente tiradora, valiente como el que más y con el coeficiente intelectual de un genio.

—Y en este momento estoy en medio de un lío político.

Daniels entrecerró los ojos con aire divertido.

—Un lío, eso es exactamente. Y tiene razón, Israel se puso en contacto conmigo. Están molestos con Cotton Malone.

Stephanie sabía que Daniels sentía debilidad por Malone. Dos años antes éste se había visto envuelto en un juicio por asesinato en ciudad de México. La víctima era

un supervisor de la DEA, compañero de habitación de Daniels en la facultad, al que básicamente ejecutaron. Ella había mandado a Malone a conseguir una condena, pero durante un almuerzo se vio en medio de un fuego cruzado cuyo resultado fue la muerte del fiscal mexicano y del hijo de Henrik Thorvaldsen. Cai. Malone les disparó a los agresores y volvió a casa con una bala en el hombro, pero consiguió la condena. Cuando quiso retirarse prematuramente a cambio de lo que había hecho, Daniels en persona se lo permitió.

—¿Y usted, señor? —preguntó ella—. ¿También está molesto con Malone?

—¿«Señor»? Vaya, esto sí que es nuevo. Las escasas ocasiones en que hemos coincidido nunca habías utilizado esa palabra.

—No sabía que prestara tanta atención.

—Stephanie, presto mucha atención a muchas cosas. Por ejemplo, hace un rato Cotton Malone llamó al Magellan Billet. Como tú estabas ocupada, pasaron la llamada a Brent Green.

—Creía que Daley estaba al mando.

—También yo. ¿Por qué haría eso Green?

—¿Cómo sabe que lo hizo? —intervino Cassiopeia.

—Sus teléfonos están pinchados.

¿Había oído bien Stephanie?

—¿Le han intervenido los teléfonos?

—Como lo oyes. A él y a otros cuantos. Y sí, uno de ellos es Larry Daley.

La incertidumbre se apoderó de ella, y obligó a su cerebro a centrarse. Por lo visto aquel puzzle tenía muchas piezas.

—Stephanie, llevo toda la vida trabajando para estar aquí. Es una posición desde la que realmente se puede hacer algo, y yo he hecho muchas cosas: la tasa de desempleo es la más baja de los últimos treinta años, la inflación es inexistente, los tipos de interés son moderados, e incluso hace dos años hice aprobar una reducción de impuestos.

—Con Larry Daley amañando las cosas es difícil perder. —Stephanie no lo pudo evitar. Aquel hombre sería el presidente, pero en ese momento no estaba dispuesta a oír más sandeces.

Daniels se mecía en silencio, contemplando el denso bosque.

—¿Te acuerdas de *Rocky III*?

Ella no contestó.

—Me encantaban esas películas. A Rocky siempre le sacudían hasta llegar al límite, luego sonaba esa música tan buena, con trompetas y demás, y él lo veía todo con claridad, cobraba nuevas fuerzas y le daba lo suyo al otro tío.

Stephanie escuchaba divertida.

—En *Rocky III* él descubre que Mickey, su entrenador, ha estado organizando

combates fáciles, con los que conseguir victorias seguras, para que Rocky conserve el título y no salga herido. Stallone lo hacía genial. Quiere pelear con Mr. T, pero Mickey dice que no, que lo matará. Rocky se pone hecho una furia cuando cae en la cuenta de que tal vez no sea todo lo bueno que él piensa. Naturalmente Mickey muere y al final Rocky noquea a Mr. T.

En las palabras del presidente se percibía un tono de respeto.

—Daley es mi Mickey —dijo casi en un susurro—. Él amañó mis combates. Y yo soy como Rocky.

—¿Y usted no lo sabía? —le preguntó Stephanie.

Él movió la cabeza en una extraña mezcla de enfado y perplejidad.

—Yo mismo intentaba pillarlo cuando descubrí que tú estabas investigando. Valerte de una buscona... Imaginativo. Mi gente no fue tan creativa. Debo decir que cuando me lo contaron la opinión que tenía de ti cambió.

Stephanie tenía que saber algo.

—¿Cómo supo que lo estaba haciendo?

—A mis muchachos les encantan los teléfonos y el vídeo, así que escucharon y observaron. Sabíamos lo de las memorias USB, y también conocíamos su escondite, así que sólo estábamos esperando.

—Esa investigación se realizó hace meses. ¿Por qué no hizo nada?

—¿Por qué no lo hiciste tú?

La respuesta era evidente.

—Yo no puedo despedirlo. Usted, sí.

Daniels apoyó los dos pies en el suelo y se meció en el borde del asiento.

—El escándalo es complicado, Stephanie. Nadie en este país se creería que yo no sabía lo que hacía Daley. Tenía que quitarlo de en medio, pero sin dejar huellas.

—Así que era necesario que lo hiciese el propio Daley —apuntó Cassiopeia.

Daniels la miró.

—Ésa era la mejor forma, pero Larry es especialista en supervivencia. Y he de decir que se le da bien.

—¿Qué puede utilizar contra usted?

La audacia de Stephanie pareció satisfacerlo en lugar de enfadarlo.

—Aparte de esas comprometedoras fotos mías con una cabra, no mucho.

Ella sonrió.

—Tenía que preguntar.

—Cierto. Ahora entiendo lo que dicen de ti, que puedes ser exasperante. ¿Y si volvemos a mi pregunta, ésa que ninguna de las dos cree que es importante? ¿Por qué quería hablar Brent Green directamente con Cotton?

Ella recordó lo que Daley le había dicho en el museo.

—Daley me dijo que Brent quiere ser el próximo vicepresidente.

—Con lo que llegamos al propósito de esta reunión —Daniels se echó hacia atrás y comenzó a balancearse de nuevo—. Me gusta hacer de bueno de la película, es lo que tiene haber crecido en las montañas de Tennessee. Ése es uno de los motivos por los que me gusta tanto Camp David. Me recuerda a mi casa. Pero ahora es hora de ejercer de presidente. Alguien accedió a nuestros archivos protegidos y consiguió echar un vistazo a la Conexión Alejandría. Después filtraron esa información a dos gobiernos extranjeros, y ahora ambos andan alborotados. Los israelíes están cabreados de veras. Sí, públicamente parece que nos llevamos como el perro y el gato, pero en privado me caen bien esos chicos. Nadie, y quiero decir nadie, va a joder a Israel mientras yo esté de guardia. Por desgracia en mi administración hay quien piensa de otra manera.

A Stephanie le entraron ganas de preguntar quién, pero decidió dejarlo hablar.

—Algo se ha puesto en marcha, y todo empezó cuando se llevaron al hijo de Cotton Malone. Por suerte esos tipos no saben con quién se enfrentan. Él les dará su merecido. Y eso nos permite a nosotros hacer lo que nos interesa. Uno de mis tíos solía decir: «¿Quieres matar serpientes? Es fácil: prende fuego a la maleza y espera a que salgan. Entonces podrás aplastarles la cabeza.» Eso es lo que vamos a hacer.

Cassiopeia hizo un gesto negativo.

—Como decía, señor presidente, tiene usted un buen lío. Yo sólo llevo metida en él uno o dos días, pero no tengo ni idea de quién dice la verdad.

—¿Incluido yo?

Los ojos verde esmeralda de Cassiopeia se entrecerraron.

—Incluido usted.

—Eso está bien. Debería recelar de vosotras. —Su voz sonó sincera—. Pero necesito vuestra ayuda. Por eso te despedí, Stephanie. Necesitabas libertad de movimientos, y ahora la tienes.

—Para hacer ¿qué?

—Dar con mi traidor.

VIENA
23:20

Thorvaldsen llevó a Gary de la segunda planta del castillo a la primera. No había sabido más de Alfred Hermann desde la conversación que habían mantenido un rato antes. Gary había pasado la tarde con algunos de los otros invitados. Dos miembros habían acudido con sus hijos adolescentes, y Hermann había dispuesto que cenaran en el invernadero, en la parte posterior de la mansión.

—Ha estado bien —comentó el chico—. Las mariposas se te posan en el plato.

El danés había ido varias veces a la Schmetterlinghaus y también la encontraba fascinante. Incluso se planteaba incorporar una a Christiangularde.

—Son unas criaturas extraordinarias que necesitan grandes cuidados.

—Ese sitio era como una selva.

Ninguno de los dos podía dormir. Por lo visto Gary también era un noctámbulo, así que se dirigieron a la biblioteca de la mansión.

Thorvaldsen había oído antes que Hermann tenía intención de reunirse con el comité económico. Las deliberaciones durarían un buen rato, lo cual le daría a él tiempo para leer y prepararse. La asamblea del día siguiente sería decisiva, así que en el debate habría que ser preciso. Todo el mundo se marcharía el domingo, la asamblea nunca se prolongaba. El personal y los comités limitaban las cuestiones a aquellas que requerían el voto colectivo, y a continuación éstas se exponían, discutían y resolvían. De esta forma, los planes de la Orden quedaban fijados durante los meses que faltaban hasta la primavera.

De modo que debía estar preparado.

La oscura biblioteca tenía dos alturas y estaba revestida de relucientes paneles de madera de nogal. Una chimenea de mármol negro, flanqueada por estatuillas barrocas y coronada por un tapiz francés, dominaba una pared. Las tres restantes las recorrían estanterías empotradas del suelo al techo. Un fresco muy realista cubría la estancia de tal modo que daba la impresión de que la biblioteca se abría al cielo.

Una escalera de caracol llevaba hasta las estanterías superiores. Thorvaldsen se agarró a la ornada barandilla de hierro e inició un lento ascenso por los estrechos peldaños.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Gary cuando se vieron arriba.

—Quiero leer una cosa.

Conocía el atril de la biblioteca de Hermann, el cual exhibía una magnífica Biblia.

El austriaco se jactaba de que la edición era una de las primeras. Thorvaldsen se aproximó al antiguo volumen y admiró sus tapas.

—La Biblia fue el primer libro que salió de la imprenta cuando ésta finalmente se perfeccionó, en el siglo XV. Gutenberg hizo muchas Biblias, y ésta es una de ellas. Como te dije antes, deberías leerla.

Gary miró fijamente el libro, y Thorvaldsen supo que el muchacho no comprendía su importancia, de modo que le explicó:

—Estas palabras cambiaron el curso de la historia de la humanidad, modificaron el desarrollo social del género humano y forjaron sistemas políticos. Éste y el Corán tal vez sean los dos libros más importantes del mundo.

—¿Cómo pueden ser las palabras tan importantes?

—No se trata sólo de las palabras, Gary, sino de lo que hacemos con ellas. Después de Gutenberg iniciara la impresión a gran escala, los libros se difundieron rápidamente. No eran baratos, pero para el año 1500 sí habituales. Tener más acceso a la información trajo consigo un debate más fundamentado, una crítica de la autoridad más generalizada. La información cambió el mundo, lo convirtió en un lugar distinto. —Señaló la Biblia—. Y este libro lo cambió todo.

Abrió con cuidado la cubierta.

—¿Qué idioma es ése? —preguntó Gary.

—Latín.

El danés echó una ojeada al índice.

—¿Lo entiende?

Él sonrió al percibir el tono de incredulidad.

—Me lo enseñaron de pequeño. —Le dio unos golpecitos al muchacho en el pecho—. Tú también deberías aprenderlo.

—Si lo hiciera ¿para qué me serviría?

—En primer lugar para leer esta Biblia. —Señaló el índice—. Treinta y nueve libros. Los judíos veneran los cinco primeros: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Relatan la historia del antiguo pueblo de Israel desde la creación del mundo hasta la entrega a Moisés de las Tablas de la Ley en el Sinaí, pasando por el diluvio universal, el éxodo de Egipto y la travesía por el desierto. Toda una epopeya.

Él sabía que esos escritos significaban mucho para los judíos, al igual que la siguiente división, los profetas —Josué, Jueces, Samuel y Reyes—, que referían la historia de los israelitas desde el paso del río Jordán hasta la conquista de Canaán, el auge y la caída de sus numerosos reinos y su derrota a manos de los asirios y los babilonios.

—Estos libros nos cuentan la historia del pueblo de Israel durante miles de años antes de Cristo —le dijo a Gary—. Eran un pueblo cuyo destino iba ligado directamente a Dios y a las promesas que éste hizo.

—Pero eso fue hace mucho tiempo, ¿no?

Thorvaldsen asintió.

—Hace cuatro mil años. Sin embargo, árabes y judíos luchan desde hace siglos para intentar demostrar su verdad.

Hojeó despacio el Génesis y dio con el pasaje que había ido a analizar:

—«Dijo Yavé a Abram: “Alza tus ojos, y desde el lugar donde estás mira al norte y al mediodía, al oriente y al occidente. Toda esa tierra que ves te la daré yo a ti y a tu descendencia para siempre”» —Hizo una pausa—. Estas palabras le han costado la vida a millones de personas.

Releyó de nuevo en silencio las cinco palabras más importantes.

—¿De qué se trata? —preguntó Gary.

Él clavó la vista en el chico. ¿Cuántas veces le había preguntado Caí eso mismo? Su hijo había aprendido latín, leído la Biblia y practicado su religión. Era un buen muchacho, pero terminó siendo víctima de la violencia sin sentido.

—La verdad es importante —respondió, más para sí que para Gary.

«Desde el lugar donde estás.»

—¿Ha sabido algo de mi padre? —quiso saber Gary.

Él lo miró y negó con la cabeza.

—Nada. Ha ido a buscar algo muy parecido a lo que nos rodea: una biblioteca, una que podría encerrar la clave para entender estas palabras bíblicas.

Un alboroto en la parte de abajo captó su atención. La puerta de la biblioteca se abrió, y se oyeron voces. Reconoció una. Era la de Alfred Hermann.

Thorvaldsen hizo una señal y ambos retrocedieron hasta donde las estanterías superiores se veían interrumpidas por el hueco de una ventana. La parte inferior estaba débilmente iluminada por varias lámparas distintas; la galería de arriba, por focos encastrados en el techo. Le indicó a Gary que no hiciera ruido, y el muchacho asintió.

El danés aguzó el oído. El otro hombre hablaba en inglés. Era americano.

—Esto es importante, Alfred. A decir verdad, es más que importante, es vital.

—Me hago cargo de tu situación —respondió Hermann—, pero no es más vital que lo nuestro.

—Malone va camino del Sinaí. Dijiste que no pasaría nada.

—Y así es. ¿Te apetece un coñac?

—¿Intentas tranquilizarme?

—Intento servirte un coñac.

Thorvaldsen le dijo a Gary que no se moviera mientras él salía del hueco para echar un vistazo al otro lado de la ornada barandilla de hierro. Abajo estaba Alfred Hermann con una licorera, y a su lado había un hombre más joven, de cincuenta y pocos años, vestido con un traje oscuro, la cabeza coronada por una poblada mata de

cabello rubio. Iba bien afeitado, el rostro vigoroso, angelical; perfecto para un retratista o un actor.

Lo cual no se alejaba mucho de la realidad.

Thorvaldsen conocía a ese hombre. Era el vicepresidente de Estados Unidos.

CAMP DAVID, MARYLAND

Stephanie asimiló las palabras del presidente.

—¿Cómo que *su* traidor?

Daniels la miró con inquietud.

—Alguien de este gobierno me está fastidiando: llevan a cabo sus propias políticas, promueven sus propios objetivos, y piensan que soy demasiado vago, patético o idiota para darme cuenta. Bueno, no hace falta ser un genio para saber quién es el cabecilla: mi presuntamente leal vicepresidente, un capullo ambicioso.

—Señor presidente... —empezó a decir Stephanie.

—Vaya, otra novedad, «señor presidente». Puede que nuestra relación esté avanzando.

—Abrigaba mis dudas respecto a usted y a esta administración.

—Ése es el problema con los burócratas de carrera. Nosotros, los políticos, vamos y venimos, pero vosotros seguís y seguís, lo que significa que tenéis con qué comparar. Por desgracia para mí, Stephanie, resulta que esta vez tienes razón: estoy rodeado de traidores. Mi vicepresidente quiere mi puesto tan desesperadamente que no puede soportarlo. Y para conseguirlo está dispuesto a hacer un trato con el diablo. —Daniels se detuvo, y ella no interrumpió el hilo de sus pensamientos—. La Orden del Vellocino de Oro.

¿Había oído bien?

—Está allí, en este momento, reuniéndose con su líder, un hombre llamado Alfred Hermann.

Stephanie había subestimado a Danny Daniels; igual que a Brent Green. Ambos hombres estaban bastante informados. Cassiopeia se balanceaba en su mecedora, pero ella veía que escuchaba con atención. Le contó a Cassiopeia lo que sabía de la Orden.

—Mi padre era miembro —comentó ella.

No lo había mencionado antes, cuando habían estado hablando.

—Durante muchos años él y Henrik asistieron a sus asambleas. Yo decidí no ingresar en ella a su muerte.

—Bien hecho —alabó Daniels—. Se ha relacionado a ese grupo con diversas inestabilidades a escala mundial. Y son buenos, no dejan huellas. Claro que las figuras clave suelen terminar muertas. Como cualquier banda que se precie, cuentan con un brazo ejecutor, un hombre llamado Las Garras del Águila. Típico de los europeos: un mercenario con un nombre grandilocuente. Ellos son quienes se

llevaron al hijo de Malone.

—¿Y lo dice ahora?

—Sí, Stephanie, ahora. Una de las prerrogativas de ser el líder del mundo libre es que puedo hacer básicamente lo que me venga en gana. —Le dirigió una mirada escrutadora—. Están pasando muchas cosas. Deprisa y en varios frentes. He hecho cuanto he podido, dadas las circunstancias.

Ella lo obligó a rebobinar.

—¿Qué está haciendo el vicepresidente con la Silla Azul?

—¿«Silla Azul»? Me alegra ver que también tú estás informada. Eso esperaba. El vicepresidente está vendiendo su alma. Ante todo, la Orden va tras la Biblioteca de Alejandría. Busca probar una teoría, y aunque yo pensaba que toda esa historia era de lo más rara, por lo visto tiene bastante enjundia.

—¿Qué dicen los israelíes? —se interesó Cassiopeia.

—No quieren que se encuentre nada. Punto. Que las cosas sigan como hasta ahora. Al parecer la Orden lleva décadas presionando a la casa real saudí y ahora ha decidido darle un giro al asunto: sacar de quicio a judíos y árabes. La verdad es que la jugada no es mala. Todo el mundo sabe que nosotros hemos hecho lo mismo. Pero esto va a ir a más. Los fanáticos son impredecibles, ya sean árabes, israelíes o —hizo una pausa— americanos.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Stephanie.

—Deja que te diga algo más que no sabes: Cotton hizo una segunda llamada a Green. Necesitaba un favor, así que Green aprobó un transporte aéreo militar para Malone, su ex mujer y un tercer hombre con rumbo al Sinaí, imagínate. En este momento van para allá. Nosotros suponemos que ese tercer hombre es el sicario contratado por la Orden. Malone también le pidió a Green que comprobara una identidad, cosa que, dicho sea de paso, el fiscal general pasó por alto. Así que la comprobamos *nosotros*. El nombre que Cotton dio fue James McCollum. La descripción no encaja, pero había un tipo llamado así que estuvo en el Ejército, en las fuerzas especiales, y ahora es un mercenario independiente. Parece que tiene el currículum perfecto para trabajar para la Orden, ¿no?

—¿Cómo entró en contacto con Malone? —preguntó Cassiopeia.

Daniels sacudió la cabeza.

—No lo sé, pero me alegro de que sea Cotton quien está con él. Por desgracia no podemos hacer nada para ayudarlo.

—Podríamos contactar por radio con el transporte —sugirió Cassiopeia.

El presidente hizo un gesto negativo.

—Imposible. No podemos permitir que nadie sepa que estamos enterados. Quiero a *mis* traidores. Y para cogerlos hemos de guardar silencio.

—Y los candidatos son Larry Daley y Brent Green —concluyó Stephanie.

Daniels ladeó la cabeza.

—El ganador del concurso se llevará un viaje con todos los gastos pagados a una prisión federal. Después de recibir una patada mía en el culo. —Acto seguido pareció recuperar la costumbre de mandar—. Vosotras dos sois todo lo que tengo para dar con la respuesta a la pregunta del día. No puedo involucrar a ningún otro servicio por razones obvias. Permití que todo esto se pusiera en marcha para que tuvieseis una oportunidad. Stephanie, sabía que ibas por Daley, pero por suerte no hiciste nada. Ahora hemos de averiguar la verdad.

—¿Cree que el fiscal general está implicado? —inquirió Cassiopeia.

—No tengo ni idea. Brent borda el papel de santurrón» y puede que sea un cristiano meapilas temeroso de Dios, pero también es un hombre que no quiere dejar un cargo con poder e influencia para pasar a ser la imagen *consultiva* de un bufete de abogados de Washington. Por eso ha permanecido en mi segundo mandato. Caray, todo el mundo abandonó el barco, mejoró su currículum con su experiencia en el gobierno y sacó tajada de sus contactos. Menos Brent.

Stephanie sintió la necesidad de decir:

—Me contó que fue él quien filtró la Conexión Alejandría porque buscaba al traidor.

—Es posible que lo hiciera. No lo sé. Lo que sí sé es que mi viceconsejero de seguridad nacional ha estado sobornando al Congreso, mi vicepresidente conspira con uno de los hombres más ricos del mundo, y dos naciones de Oriente Próximo, que por lo general se desprecian, están colaborando para impedir que se encuentre una biblioteca que tiene más de dos mil años de antigüedad. Te parece un buen resumen, ¿Stephanie?

—Sí, señor presidente. Nos hacemos una idea.

—Pues encontrad a mi traidor.

—¿Alguna sugerencia?

Él sonrió al oír la resuelta pregunta.

—Lo he estado pensando bien. Vamos a comer algo. Luego vosotras dos dormiréis un rato, parecéis rendidas. Aquí podéis descansar con tranquilidad.

—Esto no puede esperar a mañana —objetó ella.

—Es preciso. ¿Sabes cómo se prepara una buena sémola? Impidiendo que cueza. Se deja hacer poco a poco en la cazuela, con la tapa puesta y el fuego bajo. Eso es lo que hace que un cereal basto sea una delicia. Dejemos estar esto unas cuantas horas y os diré lo que tengo en mente.

VIENA

Thorvaldsen mantuvo el oído atento a la conversación que se desarrollaba abajo. El hecho de que el vicepresidente norteamericano se encontrase allí, en el *château* de Hermann, planteaba multitud de posibilidades nuevas. Miró de prisa a Gary y se llevó un dedo a los labios, dándole a entender que continuara callado.

Debajo se oyó un tintineo de copas.

—Por nuestra amistad —brindó Hermann.

—Eso es lo que me gusta de ti, Alfred, la lealtad. Algo que escasea en los tiempos que corren.

—Quizá tu superior opine lo mismo.

El otro soltó una risita.

—Daniels es un idiota. Tiene una visión simplista de la vida y el mundo.

—Y ¿tú dirías que eres leal?

—Completamente. He sufrido a Danny Daniels cinco años enteros. Hice lo que quería, sonreí, lo defendí, me llevé algunos palos por él. Pero ya no aguanto más. Ni los americanos tampoco.

—Espero que ese tiempo no fuera una pérdida.

—Estos años he estado formando coaliciones, haciendo amigos, apaciguando a enemigos. Tengo todo lo que necesito...

—Salvo dinero.

—Yo no diría tanto. He recibido generosas aportaciones para poner en marcha las cosas. Mis amigos árabes están siendo muy generosos.

—La Orden también sabe apreciar a quienes le muestran su apoyo. Tu presidente no ha sido muy benévolo con los negocios internacionales. Parece que le gustan los aranceles, las restricciones comerciales, la transparencia bancaria.

—Ése es otro gran problema. Te aseguro que hay muchos en Washington que opinan de forma distinta a Daniels.

Los sonidos que llegaron de la parte inferior indicaron que los dos hombres se habían sentado. Thorvaldsen se acercó aún más a la barandilla. Hermann ocupaba una silla, y el vicepresidente uno de los sofás. Ambos tenían una copa en la mano.

—Israel intenta averiguar qué está pasando —informó el vicepresidente.

—Lo sé —repuso Hermann—. Tengo un colaborador que, mientras nosotros hablamos, se está ocupando de eso.

—Mi jefe de gabinete me dijo que en Alemania ha desaparecido un equipo de

vigilancia israelí y que en Rothenburg encontraron muerto a uno de sus funcionarios de Asuntos Exteriores, del que se sospechaba que vendía información. Enviaron a Londres unos ejecutores. Curiosamente Tel Aviv quería que lo supiéramos.

—Nuevamente, amigo mío, estoy al tanto.

—Entonces sin duda sabrás que uno de nuestros ex agentes, Cotton Malone, va camino del Sinaí con su ex mujer y otro hombre.

Por toda respuesta obtuvo silencio.

—Sentíamos curiosidad —prosiguió el vicepresidente—, así que sacamos las huellas del otro tipo de una barandilla que tocó cuando subía al avión militar en Lisboa. Es un americano: James McCollum. ¿Lo conoces?

—Alias Dominick Sabre. Trabaja para nosotros.

—Y, como eres mi amigo, Alfred, voy a decirte con todo respeto que eres un mentiroso de mierda. Lo he visto en tus ojos: no sabías que tu hombre iba al Sinaí.

Otra pausa.

—No se le exige que me mantenga informado. Los resultados son lo único que importa.

—Entonces dime, ¿qué está haciendo con Cotton Malone? ¿Va en busca de esa biblioteca?

—Has dicho el Sinaí. Sin duda, por la ubicación, es posible. Se encuentra lo bastante cerca de Alejandría para poder transportar los manuscritos en la antigüedad, y además está aislado. Allí ya existían rutas comerciales tanto antes como después de Cristo. Los faraones minaron la tierra en busca de cobre y turquesas. Egipto conocía bien el Sinaí.

—Y tú conoces la historia.

—El conocimiento es bueno. Sobre todo aquí.

—Alfred, éste no es ningún ejercicio intelectual. Lo que intento es cambiar de raíz la política exterior norteamericana. Daniels y yo nos hemos peleado por ello. Ahora puedo hacer algo al respecto. Es hora de que les mostremos a los árabes la misma consideración que siempre le hemos tenido a Israel. Y al igual que tú con tu sicario, también a mí me interesan únicamente los resultados. Tú y tus adláteres queréis beneficios; yo quiero estar al mando.

—Y nosotros queremos que consigas ese cargo.

—En tal caso dime, Alfred, ¿cuándo va a morir el presidente de Estados Unidos?

Un escalofrío recorrió la corva espalda de Thorvaldsen cuando éste oyó las palabras del vicepresidente.

—Parece que empieza a gustarte la idea —observó Hermann.

—Me has convencido.

—Y está organizado —aseguró Hermann—. El inesperado viaje de Daniels a Kabul tendrá un final espectacular.

—Cuando esté en el aire haré que lo confirmen todo por la vía de la que hemos hablado —dijo el vicepresidente—. Sale este próximo jueves. Sólo lo saben cuatro personas: él, yo y nuestros respectivos jefes de gabinete. Ni siquiera el presidente afgano sabe que va. Se le comunicará justo antes de que aterrice. La idea es que sea una maniobra de los servicios de comunicación y prensa de la Casa Blanca. Se trata de dar un empujón a los votos con un viaje para animar a las tropas.

—Los misiles ya están allí —afirmó Hermann—. El trato se cerró con uno de los principales lugartenientes de Bin Laden. Se mostró sumamente agradecido. Éste será el primer golpe significativo que asestan a Norteamérica en varios años. Ya hemos negociado antes con esos diablos, siempre manteniendo las distancias y con cautela, pero satisfactoriamente.

—Así y todo me preocupa eso de que los árabes maten a Daniels. Sin embargo mis amigos de Arabia me dicen que la mayoría de ellos también están hartos de Bin Laden. Les encantaría quitarlo de en medio. Sus numeritos hacen que resulte mucho más difícil cambiar la opinión mundial. No pueden unirse a nosotros mientras apoyemos completamente a Israel. Pero con Daniels fuera y la promesa de un cambio de política colaborarán con nosotros para coger a Bin Laden.

—Mi comité político piensa que los árabes se mostrarán más que dispuestos a negociar.

—¿Están al tanto de esto? —inquirió el vicepresidente, la sorpresa reflejada en su voz.

—Naturalmente que no. Ellos sólo analizan escenarios teóricos, y uno de ellos es un cambio en la política exterior americana. Llevamos mucho tiempo con ganas de que pase.

—Sabes, Alfred, ¿sabes qué es lo que me preocupa?

Hermann se rió.

—No hay rastro. Los emisarios que negociaron el trato con Bin Laden se reunirán con Alá la próxima semana. Ese colaborador que has mencionado se ocupará de ello personalmente. Nada relacionará a nadie.

—Confías mucho en ese hombre —observó el vicepresidente.

—Nunca nos ha decepcionado.

—Es fundamental que no empiece a hacerlo ahora. Estaré en Chicago el día en que Daniels se marche. La Casa Blanca no hará comunicado alguno. Será como si el presidente estuviese en Washington, trabajando, y lo siguiente que se sabrá es que está en Afganistán. Yo estaré oculto hasta que regrese. El procedimiento habitual después del 11-S.

—¿Qué harás después de que derriben el avión? —quiso saber Hermann.

—Prestar juramento y gobernar los siguientes tres años. Después me presentaré candidato, conseguiré cuatro años más y me iré.

—Quiero que comprendas que, si logramos localizar la biblioteca desaparecida, lo que *nosotros* hemos planeado dará comienzo de inmediato.

—Pues claro. Cuando antes, mejor. Necesito mantener fuera de juego a Israel y a los árabes. Yo los golpearé y tú los rematarás. Los saudíes tendrán que negociar. No se pueden permitir que su país se desmorone. Y quiero que bajen los precios del petróleo tanto como tú. Unos dólares por barril supondrán miles de millones en nuestro PIB. Movilizaré a Norteamérica para que tome represalias por la muerte de Daniels, a eso nadie se opondrá. El mundo entero se unirá a nosotros. Los árabes se verán en la cuerda floja, suplicando amistad. Entonces subirán a bordo y todos saldremos ganando.

—Mi comité político cree que podría producirse una desestabilización generalizada.

—¿A quién le importa? Mis votos se dispararán. Nada activa más a los norteamericanos que una manifestación alrededor de la bandera. Y tengo previsto encabezar una para los siete años siguientes. Los árabes son mercaderes: verán que ha llegado la hora de negociar, sobre todo si con ello se perjudica a Israel.

—Me da la impresión de que lo tienes todo muy meditado.

—Apenas he pensado en otra cosa los últimos meses. He intentado hacer cambiar a Daniels, pero en lo tocante a Israel es inflexible. Esa maldita nación del tamaño de algunos condados americanos será la ruina de todos nosotros. Y no tengo la menor intención de dejar que eso ocurra.

—La próxima vez que nos veamos serás el presidente de Estados Unidos —dijo Hermann.

—Alfred, además de los terroristas que se encargarán de ello, tú y yo somos las dos únicas personas de este planeta que saben lo que se avecina. Me he asegurado de ello.

—Igual que yo.

—Pues entonces hagámoslo realidad y disfrutemos con la recompensa.

Hermann se cansó de analizar al hombre que tenía enfrente. Ciertamente, era el vicepresidente de Estados Unidos, pero no era distinto de los otros miles de políticos del mundo entero que había comprado y vendido, hombres y mujeres ávidos de poder y carentes de conciencia. A los norteamericanos les gustaba describirse como si estuvieran por encima de ese reproche, pero la ambición le resultaba irresistible a cualquiera que hubiese saboreado sus frutos. Aquel hombre que estaba en su biblioteca, aquella noche de la asamblea de invierno, no constituía ninguna excepción. Hablaba de elevados objetivos políticos y cambios en la política exterior, pero se había mostrado dispuesto desde el principio a traicionar a su país, a su presidente y a él mismo.

Gracias a Dios.

La Orden del Vello de Oro medraba con las debilidades morales de la gente.

—Alfred —decía el vicepresidente—, ¿de verdad es posible que existan pruebas de que Israel no tiene ningún derecho bíblico a Tierra Santa?

—Naturalmente. El Antiguo Testamento era un importante objeto de estudio en la Biblioteca de Alejandría. El Nuevo Testamento, que apareció cuando se acercaba el final de la biblioteca, también fue estudiado en detalle. Lo sabemos por manuscritos que se han conservado. Es razonable suponer que todavía existen textos y análisis de la Biblia en su lengua original, el hebreo antiguo.

Recordó lo que Sabre le había comunicado desde Rothenburg: Israel había matado a otros tres invitados por los Guardianes, cada uno de los cuales se hallaba inmerso en el estudio del Antiguo Testamento. El propio Haddad había recibido una invitación. Y por eso se había movilizado Israel para matar al palestino.

Debía existir una relación.

—Hace poco estuve en Inglaterra —comentó el vicepresidente—, y me enseñaron la Biblia del Sinaí. Me dijeron que databa del siglo IV, que era uno de los primeros Antiguos Testamentos que se conservan. Está escrita en griego.

—Ahí tienes un ejemplo perfecto —contestó el austríaco—. ¿Conoces la historia?

—Algo.

Hermann le habló a su invitado de un estudioso alemán, Tischendorf, que en 1844 recorría Oriente en busca de antiguos manuscritos. Visitó el monasterio de Santa Catalina, en el Sinaí, y reparó en un cesto que contenía cuarenta y tres viejas páginas escritas en griego antiguo. Los monjes le dijeron que iban a alimentar el fuego con ellas, como habían hecho antes con otras. Tischendorf determinó que las páginas eran de la Biblia, y los monjes le permitieron quedárselas. Quince años más tarde volvió a

Santa Catalina en nombre del zar. Le mostraron las páginas que quedaban de la Biblia, y él se las ingenió para volver a Rusia con ellas. Después de la revolución, los comunistas vendieron el manuscrito a los británicos, que lo conservan hasta el día de hoy.

—El Codex Sinaiticus, o la Biblia del Sinaí, es uno de los primeros manuscritos de la Biblia que se conservan —contó Hermann—. Hay quien ha especulado con que el propio Constantino la encargó. Pero no olvides que está escrita en griego, de manera que fue traducida del hebreo por alguien que nos es completamente desconocido, a partir de un manuscrito original igualmente desconocido. Así que ¿qué nos dice todo esto en realidad?

—Que los monjes de Santa Catalina siguen mosqueados, más de cien años después, porque nunca les devolvieron la Biblia. Llevan décadas pidiendo a Estados Unidos que interceda ante los británicos. Por eso fui a verla. Quería saber a qué venía tanto jaleo.

—Aplaudo a Tischendorf por llevársela. Esos monjes la habrían quemado o echado a perder. Por desgracia gran parte de nuestro conocimiento ha corrido una suerte similar. Sólo cabe esperar que los Guardianes hayan sido más cuidadosos.

—¿De verdad te crees todo eso?

Hermann sopesó si decir más. Las cosas avanzaban deprisa, y aquel hombre, que pronto sería presidente, tenía que comprender la situación. Se puso en pie.

—Deja que te enseñe algo.

A Thorvaldsen lo invadió la preocupación en el mismo instante en que Alfred Hermann se levantó de la silla y dejó en la mesa su copa. Se arriesgó a mirar de nuevo abajo y vio que el austríaco echaba a andar por el piso de madera noble hacia la escalera de caracol, el vicepresidente tras él. Inspeccionó deprisa la pasarela superior y descubrió que no había otra forma de bajar que la escalerilla. Más huecos de ventana interrumpían las estanterías de las tres paredes restantes, pero era imposible que él y Gary pudiesen refugiarse en ellos.

Los descubrirían en el acto.

Sin embargo Hermann y el vicepresidente rodearon la escalera y se detuvieron ante una vitrina de cristal.

Hermann señaló la iluminada vitrina. Dentro había un antiguo códice, la tapa de madera picada como si la hubiesen atacado los insectos.

—Se trata de un manuscrito también del siglo IV, un tratado sobre primeras enseñanzas religiosas escrito por san Agustín. Mi padre lo adquirió hace décadas. Carece de relevancia histórica (existen copias), pero es impresionante.

Apretó un botón camuflado como uno de los tornillos de acero inoxidable. Por un eje situado en una esquina separó del resto el tercio superior del expositor. En los dos tercios inferiores descansaban nueve hojas de quebradizo papiro.

—Éstas, en cambio, son muy valiosas. También las compró mi padre, hace decenios, a la misma persona que le vendió el códice. Algunas las escribió Eusebius Hieronymus Sophronius, que vivió en los siglos IV y V. Un gran padre de la Iglesia. Tradujo la Biblia del hebreo al latín vulgar, que recibió el nombre de la Vulgata, la cual terminó siendo la versión definitiva. La historia lo llama por otro nombre: san Jerónimo.

—Eres un hombre extraño, Alfred. Te estimulan las cosas más raras. ¿Qué importancia podrían tener hoy esas páginas viejas y arrugadas?

—Te aseguro que poseen gran relevancia. La suficiente para cambiar nuestra forma de pensar, tal vez. Algunas también las escribió san Agustín. Éstas son cartas entre san Jerónimo y san Agustín.

Vio que aquello seguía sin impresionar al norteamericano.

—¿Tenían correo por aquel entonces?

—Una forma primitiva: los viajeros llevaban y traían mensajes. Algunos de los mejores testimonios de esa época se encuentran en la correspondencia.

—Vaya, qué interesante.

Hermann fue al grano.

—¿Alguna vez te has preguntado cómo nació la Biblia?

—La verdad es que no.

—¿Y si todo fuese una mentira?

—Es cuestión de fe, Alfred. ¿Qué importancia tiene?

—Mucha. ¿Y si los padres de la Iglesia, hombres como san Jerónimo y san Agustín, que forjaron el pensamiento religioso, decidieron cambiar las cosas? No olvides la época: cuatrocientos años *después* de Cristo, mucho *después* de que Constantino hiciera oficial la religión cristiana, en un tiempo en que la iglesia surgía y eliminaba filosofías contrarias a sus enseñanzas. Justo entonces iniciaba su andadura el Nuevo Testamento, varios evangelios reunidos que conformaban un mensaje unificado: principalmente que Dios era bueno y compasivo, y que Cristo había llegado. Pero estaba el Antiguo Testamento, el que utilizaban los judíos. Los cristianos querían que también formara parte de su religión. Por suerte para esos primeros padres de la iglesia, los textos del Antiguo Testamento eran escasos, y todos ellos estaban escritos en hebreo antiguo.

—Pero has dicho que ese san Jerónimo tradujo la Biblia al latín.

—Ahí quería llegar. —Metió la mano en la vitrina y sacó una de las curtidas páginas—. Éstas están en latín vulgar, la lengua más conocida en tiempos de san Jerónimo. —Bajo los pergaminos había unas hojas mecanografiadas. Las extrajo—.

Mandé traducir las cartas. A tres expertos distintos, para asegurarme. Quiero leerte algo. Creo que así entenderás a qué me refiero.

»Soy consciente del talento que es necesario para persuadir al orgulloso de cuan grande es la virtud de la humildad, la cual nos eleva, no mediante la arrogancia humana, sino mediante la gracia divina. Nuestro cometido consiste en garantizar que el espíritu humano se enaltezca y el mensaje se transmita con claridad a través de las palabras de Cristo. Tu sabiduría, que me fue ofrecida cuando comencé con este cometido, ha resultado acertada. Esta obra en la que trabajo será la primera interpretación de las antiguas Escrituras en una lengua al alcance de casi todos. Parece lógico que exista una relación entre el antiguo texto y el nuevo, y se me antoja contraproducente que las Escrituras entren en conflicto; ello sólo colocaría la filosofía judía en una posición superior, ya que su existencia es muy anterior a nuestra fe. Desde la última vez que hablamos he hecho más progresos en el antiguo texto. Avanzar es muy complicado con tantos dobles sentidos. Una vez más solicito tu consejo sobre un punto crítico: en el antiguo texto Jerusalén es la ciudad sagrada. La palabra *yeruwshalaim* se utiliza a menudo para identificar su ubicación, sin embargo he reparado en que en ninguna parte del texto antiguo se usa *iyir yeruwshalayim* que claramente significa “ciudad de Jerusalén”. Permíteme que ejemplifique el problema. En hebreo, en Reyes, Yavé dice a Salomón: “Jerusalén, la ciudad/capital que yo he elegido en él.” Más adelante Yavé afirma: “Para que la ciudad en Jerusalén, que guarda la memoria de David ante mí, la ciudad que yo he elegido para poner allí mi nombre, sea preservada.” Hermano, ¿ves el dilema? El antiguo texto habla de Jerusalén no como una ciudad, sino como un territorio. Siempre se trata de “la ciudad en Jerusalén”, no Jerusalén en sí. A decir verdad, Samuel habla de ella como si fuese una región cuando en hebreo dice: “El rey se dirigió con su gente a Jerusalén, contra los jebuseos que habitaban la tierra.” Le he estado dando vueltas a la traducción con la esperanza de descubrir algún error, pero en hebreo guarda la coherencia en todo momento. La palabra *yeruwshalaim*, Jerusalén, siempre hace referencia a un lugar que comprende distintas ciudades, no a una sola ciudad llamada así.

Hermann dejó de leer y miró al vicepresidente.

—San Jerónimo le escribió esto a san Agustín cuando traducía el Antiguo Testamento del hebreo al latín. Deja que te lea lo que san Agustín le escribió a san Jerónimo en un momento determinado.

Dio con otra de las traducciones.

—Docto hermano, tu labor parece a un tiempo ardua y gloriosa. Cuan extraordinario ha de ser revelar lo que hace tanto tiempo recogieron los escribas, y todo con la divina guía de nuestro glorioso Señor. Sin duda eres consciente de las dificultades que todos soportamos en estos tiempos tan peligrosos. Los dioses paganos se van apagando, y el mensaje de Cristo florece. Sus palabras de paz, misericordia y amor suenan a verdad. Muchos están descubriendo nuestro nuevo mensaje sencillamente porque se encuentra disponible, lo cual hace que tu esfuerzo por dotar de vida a las antiguas palabras resulte tanto más importante. Tus cartas explicaban claramente el problema al que te enfrentas. Sin embargo, el futuro de esta Iglesia, de nuestro Dios, recae en nosotros. Adaptar el mensaje del antiguo texto al del nuevo no es ningún pecado. Como decías, las palabras poseen tantos dobles sentidos que, ¿quién puede decir cuál es el correcto? Ciertamente ni tú ni yo. Me pides consejo, de modo que te lo daré: haz que las viejas palabras sean fieles a las nuevas, ya que si las viejas son distintas de las nuevas nos arriesgaremos a confundir a los fieles y avivar el fuego de las discordias, el mismo que nuestros numerosos enemigos no dejan de alimentar. El tuyo es un gran cometido. Que todos puedan leer las antiguas palabras significará mucho. Eruditos y rabinos dejarán de tener el control de tan importante texto. Así que, hermano, trabaja con ahínco y siéntete bien sabiendo que tienes en tus manos la obra del Señor.

—¿Estás diciendo que cambiaron a propósito el Antiguo Testamento? —inquirió el vicepresidente.

—Así fue. Sólo esta referencia a Jerusalén constituye un buen ejemplo. La traducción de san Jerónimo, que sigue aceptándose como correcta hoy en día, habla de Jerusalén como una ciudad. En la versión del libro de los Reyes de san Jerónimo pone: «Jerusalén, la ciudad que yo he elegido», justo lo contrario a lo que el propio san Jerónimo escribió en esa carta: «Jerusalén, la ciudad/capital que yo he elegido en ella.» Existe una gran diferencia, ¿no crees? Y esta descripción de Jerusalén se utiliza en toda la traducción de san Jerónimo. El Jerusalén del Antiguo Testamento se convirtió en la ciudad palestina porque así lo quiso san Jerónimo.

—Esto es una locura, Alfred. Nadie va a tragárselo.

—No es necesario que se lo *trague* nadie. Cuando encontremos la prueba no habrá forma de negarlo.

—¿Qué clase de prueba?

—Un manuscrito del Antiguo Testamento escrito antes de Cristo debería ser

definitivo. Así podremos leer las palabras sin el filtro cristiano.

—Que tengas suerte.

—Te propongo algo: yo dejo en tus manos el gobierno de Norteamérica y tú dejas esto en las mías.

Thorvaldsen vio que Hermann devolvía las hojas a la vitrina y cerraba el compartimento. Los dos hombres aún permanecieron unos minutos en la biblioteca antes de marcharse. Era tarde, pero él no tenía sueño.

—Van a matar al presidente —dijo Gary con nerviosismo.

—Lo sé. Vamos, tenemos que irnos.

Bajaron la escalera de caracol.

En la biblioteca todavía había luz. El danés recordó cuánto le gustaba a Hermann jactarse de que allí había unos veinticinco mil libros, muchos de ellos primeras ediciones, con cientos de años de antigüedad.

Condujo a Gary hasta la vitrina. El muchacho no había visto lo que él. Metió la mano debajo y buscó el interruptor, pero no encontró nada. Agacharse resultaría complicado, una de las desventajas de tener la espalda deforme.

—¿Qué buscas? —le preguntó el chico.

—Hay una forma de abrir esta vitrina. Mira a ver si hay un botón debajo.

Gary se puso de rodillas y empezó a buscar.

—No creo que sea evidente. —Thorvaldsen tenía la atención dividida entre la vitrina y la puerta. Confiaba en que no entrase nadie—. ¿Ves algo?

Acto seguido se oyó un clic, y la vitrina se separó un tanto, como a un cuarto de su altura.

Gary se levantó.

—Era uno de los tornillos. Muy bien disimulado, ni se nota.

—Buen trabajo.

Abrió el compartimento secreto y vio las rígidas hojas de papiro. Las contó: nueve. Echó una ojeada a las estanterías y vio unos atlas de gran tamaño. Los señaló y pidió:

—Tráeme uno de esos libros grandes.

Gary sacó un volumen, y él introdujo con sumo cuidado los papiros y las traducciones entre las páginas, tanto para esconderlos como para protegerlos.

Cerró de nuevo la vitrina.

—¿Qué son? —preguntó Gary.

—Lo que vinimos a buscar, espero.

VIERNES, 7 DE OCTUBRE

9:15

Malone se apoyó en el mamparo del oscuro Hércules. Brent Green se había movido deprisa: los había metido en un vuelo de aprovisionamiento de las fuerzas aéreas que salía de Inglaterra rumbo a Afganistán. Una escala en Lisboa, en la base de Montijo, supuestamente para efectuar una reparación sin importancia, les había permitido subir a bordo discretamente. Dentro tenían ropa para cambiarse, y Malone, Pam y McCollum lucían uniformes de campaña en distintos tonos de beis, verde y marrón, con las correspondientes botas y paracaídas. A Pam le inquietaba el paracaídas, pero aceptó la explicación de Malone de que formaba parte del equipo habitual.

La duración del vuelo de Lisboa al Sinaí era de ocho horas, y Malone consiguió dormir un poco. Se acordaba, sin nostalgia, de otros vuelos, y el olor del aceitoso combustible que flotaba en el aire le traía recuerdos de cuando era más joven: estar más tiempo fuera que en casa, cometer errores que todavía le dolían...

A Pam no le gustaron las tres primeras horas del vuelo. Comprensible, dado que la comodidad era la menor de las preocupaciones del Ejército. Sin embargo al final se calmó y se quedó dormida.

McCollum era otro cantar.

Parecía a sus anchas, y se puso el paracaídas con la precisión de un experto. Quizá sí hubiera estado en las fuerzas especiales. Malone no había tenido noticias de Green en lo tocante al historial de McCollum, no obstante dentro de poco lo que averiguara no tendría mucha importancia. Estaban a punto de perder el contacto, de hallarse en mitad de ninguna parte.

Miró por la ventanilla: un terreno árido, polvoriento, que se extendía en todas direcciones, una meseta irregular que poco a poco se iba elevando a medida que la península del Sinaí se estrechaba y dibujaba rocosas montañas graníticas marrones, grises y rojizas. La zarza ardiente y la teofanía de Jehová supuestamente se dieron allí abajo. El desierto grande y terrible del Éxodo. Monjes y eremitas lo habían elegido como refugio durante siglos, como si estar a solas los acercara más al Cielo. Tal vez fuera así. Curiosamente aquello le recordó la frase de Sartre.

«El infierno son los demás.»

Se apartó de la ventanilla y vio que McCollum dejaba de hablar con el jefe de carga y se dirigía hacia él. Pam se hallaba a tres metros, en el otro lado, aún

durmiendo. Malone tomaba una de las comidas preparadas de las raciones militares —filete de ternera con champiñones— y bebía agua embotellada.

—¿Ha comido? —le preguntó a McCollum.

—Mientras ustedes dormían: fajitas de pollo. No están mal. Cómo olvidar las raciones de campaña.

—Parece que está como en casa.

—No es la primera vez que estoy en un sitio así.

Ambos se habían quitado los tapones de los oídos, que no aislaban gran cosa del constante zumbido de los motores. El aparato estaba lleno de cajas con piezas de repuesto destinadas a Afganistán. Malone supuso que cada semana habría numerosos vuelos similares. Antaño las rutas de abastecimiento dependían de caballos, carros y camiones, ahora el cielo y el mar constituían las vías más rápidas y seguras.

—También usted da la impresión de conocer esto —observa McCollum.

—Me trae recuerdos.

Malone tenía cuidado con lo que decía. Daba igual que McCollum los hubiese ayudado a salir de Belém de una pieza: seguía siendo un extraño, y había matado con profesionalidad y sin remordimientos. ¿Por qué no se libraba de él? Porque tenía el texto de la búsqueda del héroe.

—Tiene buenos contactos —alabó McCollum—. ¿El propio fiscal general ha organizado esto?

—Tengo amigos, sí.

—Seguro que es de la CIA, inteligencia militar o algo por el estilo.

—Nada de eso. A decir verdad estoy retirado.

McCollum soltó una risita.

—Todavía sigue con eso. Me gusta, retirado. Muy bien. Está metido hasta arriba en algo.

Malone terminó de comer y vio que el jefe de carga lo miraba. Recordó lo susceptibles que podían ser en lo tocante a cómo deshacerse de las raciones. El militar hizo una señal y Malone comprendió: debía tirarla en el recipiente que había al otro extremo.

Después, el jefe de carga abrió y cerró cuatro veces la mano: faltaban veinte minutos.

Él asintió.

VIENA

8:30

Thorvaldsen se sentó en la Schmetterlinghaus y abrió el atlas. Él y Gary se habían despertado hacía una hora, se habían duchado y tomado un desayuno ligero. El danés había ido a la casa de las mariposas no sólo para evitar las escuchas electrónicas, sino también para esperar lo inevitable. Sólo era cuestión de tiempo que Hermann descubriera el hurto.

Los miembros de la Orden tenían la mañana libre, ya que la próxima reunión de la asamblea no se celebraba hasta media tarde. Thorvaldsen había guardado el atlas con los pergaminos bajo la cama durante la noche, y ahora estaba impaciente por saber más. Aunque sabía latín, su conocimiento del griego antiguo era nulo. Agradeció que Hermann hubiese encargado las traducciones.

Gary se sentó frente a él en otra silla.

—Anoche dijo que esto tal vez fuera lo que habíamos venido a buscar.

El danés decidió que el muchacho merecía saber la verdad.

—Te secuestraron para obligar a tu padre a encontrar algo que escondió hace años. Creo que eso y estos papeles están relacionados.

—¿Qué son?

—Cartas entre dos eruditos: san Agustín y san Jerónimo. Vivieron en los siglos IV y V y contribuyeron a formular la religión cristiana.

—La historia... Me está empezando a gustar y todo, pero hay tantas cosas...

Henrik sonrió.

—Y el problema hoy en día es que poseemos muy pocos documentos de esa época. Las guerras, la política, el tiempo y la incuria han destruido la información. Pero estos escritos son el reflejo directo de la mente de dos hombres doctos.

Sabía algo de ambos. San Agustín nació en África, de madre cristiana y padre pagano. Siendo ya adulto se convirtió al cristianismo y dejó constancia de sus excesos de juventud en *Las confesiones*, un libro cuya lectura, como sabía Thorvaldsen, aún era obligatoria en muchas universidades. Llegó a ser obispo de Hipona, líder intelectual del catolicismo africano y poderoso defensor de la ortodoxia. Se le atribuía la formulación de gran parte del pensamiento inicial de la Iglesia.

Jerónimo también era hijo de una familia pagana y llevó una juventud disipada. Asimismo era culto, y se lo llegó a considerar el más intelectual de todos los padres de la iglesia. Vivió como un ermitaño y dedicó treinta años de su vida a traducir la Biblia. Desde entonces se lo relacionaba con las bibliotecas, hasta tal punto que terminó siendo su patrón.

Por lo poco que había oído Thorvaldsen la noche anterior, esos dos hombres, que vivían en distintas partes del mundo antiguo, al parecer se mantuvieron en contacto durante el período de tiempo en que san Jerónimo daba forma a la obra de su vida. Hermann había hecho ver al vicepresidente la manipulación bíblica, pero él necesitaba entender la situación por completo. Así que dio con las traducciones y empezó a examinarlas, leyendo los pasajes en inglés en voz alta.

—Mi docto hermano Agustín, hubo un tiempo en que creí que la Septuaginta era una obra maravillosa. Leí ese texto en la Biblioteca de Alejandría. Conocer los pensamientos de esos escribas que relataban las tribulaciones de los israelitas insufló vida a la fe que hacía tiempo inundaba mi alma. Sin embargo esta dicha se ha visto empañada por la confusión. En mi trabajo de adaptación del texto antiguo queda claro que en la Septuaginta se tomaron muchas libertades. Pasaje tras pasaje es incorrecto. Jerusalén no es un único lugar, sino una región que abarca numerosos lugares. El más sagrado de los ríos, el Jordán, no es un río, sino una cadena de montañas. En cuanto a los nombres de lugares, la mayoría está mal. La traducción griega no se corresponde con el hebreo. Es como si todo el mensaje hubiese sido alterado no por ignorancia, sino a conciencia.

«Jerónimo, amigo mío, la tuya es una labor complicada, que se ve más complicada aún debido a nuestra gran misión. Lo que has descubierto no es novedad. También yo he pasado mucho tiempo en la Biblioteca de Alejandría. Muchos de nosotros hemos examinado con detenimiento los manuscritos. Leí un relato de Herodoto, que visitó Palestina en el siglo V antes de nuestro Señor. Descubrió que la región que se halla bajo dominio persa estaba poblada por sirios. No vio presencia de israelitas ni judíos. Ni Jerusalén ni Judá. Me pareció singular, habida cuenta de que el texto antiguo menciona que por aquel entonces se reconstruía el templo judío en Jerusalén y Judá disfrutaba de la categoría de una gran provincia. De haber existido, el docto griego se habría dado cuenta, ya que goza de la reputación de ser un aplicado observador. Descubrí que es un romano, Estrabón, el que identifica por vez primera el antiguo Israel con lo que llamamos Palestina. Su *Historia* constituye un minucioso relato que tuve el privilegio de leer en la biblioteca. La obra de Estrabón se completó veintitrés años después del nacimiento de nuestro Señor, de manera que el romano escribió en vida de Cristo, Él apunta que la primera vez que se llamó Judea a Palestina fue en época de Alejandro Magno, y que la palabra griega que designaba una nación judía era *Ioudaia*. Eso fue sólo un siglo antes del nacimiento de nuestro Señor, de manera que los judíos de Palestina se establecieron en algún momento entre las visitas de

Herodoto y Estrabón, entre las cuales medían unos cuatrocientos años. El propio Estrabón habló de un nutrido grupo de israelitas que huyó de una tierra en el sur y se instaló en Palestina. No tenía claro de qué tierra se trataba, pero razonaba que, dada la proximidad de Egipto y su fácil acceso, el éxodo a Palestina debió de iniciarse allí. Sin embargo nada demuestra esa conclusión. Estrabón anotó que la fuente de su relato eran los judíos de Alejandría, entre los cuales había pasado mucho tiempo. Hablaba hebreo con fluidez y comentó en su *Historia* que él también había encontrado errores en la Septuaginta. Escribió que los eruditos de la Biblioteca de Alejandría, que tradujeron el antiguo texto al griego, se limitaron a relacionar dicho texto con lo que sabían por los judíos en aquella época. Estrabón asimismo dijo que los judíos de Alejandría habían olvidado su pasado y parecían sentirse cómodos creando uno nuevo.

»Mi docto hermano Agustín, he leído los escritos de Flavio Josefo, un romano de origen judío que escribió con gran conocimiento de causa. Vivió un siglo después de que naciera nuestro Señor y claramente identifica Palestina con la tierra del antiguo texto, argumentando que la región es el único lugar que conocía donde existía una entidad política judía. En una época más reciente, Eusebio de Cesárea, bajo el patrocinio de nuestro eminentísimo emperador Constantino, señaló nombres del texto antiguo en lugares de Palestina. He leído su obra *Sobre los nombres de los lugares en las Sagradas Escrituras*, pero después de estudiar un texto escrito en hebreo está claro que la afirmación de Eusebio es errónea. Al parecer ha aplicado libremente significados a nombres de lugares y en algunos casos ha hecho simples conjeturas. Con todo, su obra reviste gran importancia, y sirve de guía a peregrinos piadosos y crédulos.

»Jerónimo, amigo mío, hemos de aplicarnos a esta obra con gran diligencia. Nuestra religión apenas se está formando y ya recibe amenazas de todas partes. Tu empeño es crucial para nuestra existencia. Contar con el texto antiguo traducido al latín vulgar permitirá que muchos lean esas palabras. Te insto a no modificar lo que iniciaron los creadores de la Septuaginta. Jesucristo nuestro Señor vivió en Palestina. Para el mensaje que estamos formulando en este nuevo testamento hemos de ofrecer una sola voz. Reconozco lo que has dicho: que el texto antiguo no parece ser el testimonio de los israelitas y que no encaja en Palestina. ¿Por qué debería importar? Nuestro propósito es muy distinto del de los creadores de la Septuaginta. Nuestro nuevo testamento ha de ser una confirmación del antiguo. Sólo así el significado de nuestro mensaje gozará de mayor autoridad que el antiguo. Unir el antiguo con el nuevo demostrará cuan vital

fue nuestro Señor y cuan importante es Su mensaje. No es preciso enmendar los errores que has observado en la Septuaginta. Tal como escribes, los judíos que ayudaron a esos traductores habían olvidado su pasado. No conocían nada de su existencia tiempo atrás, solo lo que ocurría a su alrededor por aquel entonces. De modo que, en tus traducciones, la Palestina que conocemos debería seguir siendo la Palestina de ambos testamentos. Esta es tu labor, querido hermano, nuestra misión. El futuro de nuestra religión, de Jesucristo nuestro Señor, está en nuestras manos, y Él nos inspira para que hagamos su voluntad.

Thorvaldsen dejó de leer.

Ante sí tenía a dos padres de la iglesia, tal vez los más brillantes de todos, planteándose cómo manipular la traducción del Antiguo Testamento. Era evidente que san Jerónimo tenía conocimiento de un manuscrito escrito en el hebreo original y había observado errores en la traducción al griego. San Agustín sabía de Herodoto y Estrabón, el primero conocido como «el padre de la historia»; el segundo, de la geografía. Uno griego, el otro romano. Hombres que vivieron en siglos distintos y básicamente cambiaron el mundo. La *Geografía* de Estrabón aún se conservaba y se la consideraba uno de los textos antiguos más preciosos, un libro que daba a conocer el mundo y su época, pero su *Historia* había desaparecido.

No existía ningún ejemplar.

Sin embargo san Agustín lo había leído.

En la Biblioteca de Alejandría.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Gary.

—Mucho.

Si la Iglesia de los primeros tiempos había falseado la traducción del Antiguo Testamento, adaptando sus palabras a sus propósitos, las implicaciones podían ser catastróficas.

Hermann tenía razón: sin duda los cristianos tomarían parte en la lucha. Su cerebro daba vueltas a lo que planeaba el austríaco. Sabía por conversaciones que habían mantenido a lo largo de los años que él no era creyente. Para Hermann la religión era un instrumento político, y la fe un apoyo para los débiles. Disfrutaría sobremanera viendo a las tres religiones principales combatir las implicaciones de que el Antiguo Testamento que conocían estaba lleno de falsedades.

Las páginas que Thorvaldsen sostenía eran muy valiosas. Formaban parte de las pruebas de Hermann. Pero éste necesitaría más, razón por la cual tenía tanta importancia la Biblioteca de Alejandría. Si seguía en pie, quizá fuese la única fuente capaz de arrojar luz sobre el asunto. Sin embargo, eso era problema de Malone, dado que por lo visto iba camino del Sinaí.

Le deseó buena suerte a su amigo.

Luego estaba el presidente de Estados Unidos. Habían planeado su muerte para el próximo jueves.

Y *ése* era problema de Thorvaldsen.

Sacó el móvil de un bolsillo y marcó un número.

PENÍNSULA DEL SINAI

Malone despertó a Pam, que se incorporó en el asiento y se quitó los tapones de los oídos.

—Hemos llegado —le anunció.

Ella se sacudió el sueño y se animó.

—¿Estamos aterrizando?

—Hemos llegado —repitió él, haciéndose oír por encima del rugido del motor.

—¿Cuánto tiempo he estado fuera de combate?

—Unas horas.

Ella se levantó, el paracaídas aún a la espalda. El Hércules daba sacudidas y se abría paso por el aire de la mañana.

—¿Cuánto falta para aterrizar?

—Saldremos en breve. ¿Has comido algo?

—Imposible, tenía el estómago en la garganta. Pero por fin se ha asentado.

—Bebe un poco de agua. —Le señaló la botella.

Ella la abrió y dio unos sorbos.

—Esto es como ir en un furgón.

Malone sonrió.

—Es una buena forma de definirlo.

—¿Solías volar en estos chismes?

—Sí.

—Tu trabajo era duro.

Era la primera vez que hacía un reconocimiento semejante de su antiguo empleo.

—Yo me lo busqué.

—Estoy empezando a entender. Sigo alucinada con lo del reloj. Qué idiota fui al pensar que le gustaba a ese tipo.

—Puede que fuera así.

—Claro. Me utilizó, Cotton.

La confesión pareció dolorosa.

—Utilizar a la gente forma parte de esto. —Hizo una pausa y añadió—: Una parte que nunca me gustó.

Ella bebió más agua.

—Yo te utilicé, Cotton.

Era cierto, lo había hecho.

—Debí contarte lo de Gary, pero no lo hice. Así que ¿quién soy yo para juzgar a nadie?

No era el momento de mantener esa charla, pero Malone vio que ella estaba afectada por todo lo que había sucedido.

—No te agobies. Acabemos con esto y después ya hablaremos.

—No me agobio, sólo quería que supieras lo que sentía.

Eso también era una novedad.

En la parte de atrás del avión un molesto chirrido acompañó la apertura de la rampa posterior. El viento se coló en la zona de carga.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Tienen cosas que hacer. Recuerda que nosotros venimos de paquete. Ve hacia allí y detente donde está el jefe de carga.

—¿Por que?

—Porque nos lo han pedido. Yo voy contigo.

—¿Cómo está nuestro amigo? —preguntó ella.

—Tenemos que vigilarlo.

Malone la vio dirigirse a popa y, acto seguido, fue al mamparo opuesto y le dijo a McCollum:

—Hora de irnos.

Malone se había fijado en que McCollum los había visto hablar.

—¿Lo sabe?

—Todavía no.

—Es un poco cruel, ¿no?

—No si la conociera.

McCollum meneó la cabeza.

—Recuérdeme que no lo cabree.

—Un buen consejo, sí.

Vio que el otro captaba el mensaje.

—Claro, Malone. Sólo soy el tipo que le salvó el pellejo.

—Que es por lo que está aquí.

—Muy generoso por su parte, considerando que tengo el texto de la búsqueda.

Malone cogió la mochila en la que había metido lo que le dejó George Haddad y el libro de san Jerónimo, que había recuperado del aeropuerto antes de dejar Lisboa. Se afianzó el bulto al pecho.

—Y yo tengo esto, así que estamos iguales.

McCollum también llevaba cosas que quizá necesitaran: agua, raciones, un GPS. Según el mapa había una aldea a unos cinco kilómetros de donde se dirigían. Si no encontraban nada, podían ir hasta allí y dar con la forma de recorrer los treinta kilómetros que la separaba de un aeropuerto, cerca del monte de Moisés y el

monasterio de Santa Catalina, ambos populares focos turísticos.

Se pusieron las gafas y el casco, y enfilaron a popa.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Pam cuando Malone se acercó.

Había que reconocer que el uniforme le sentaba bien.

—Tienen que realizar una operación con paracaídas.

—¿Con esta carga? ¿La van a dejar caer en alguna parte?

En esas ocasiones la velocidad descendía a 120 nudos, si no recordaba mal, y el morro se inclinaba hacia arriba.

Le puso a Pam un casco y le cerró a toda prisa la correa del cuello.

—¿Qué haces? —La confusión teñía su voz.

Tras colocarle unas gafas Malone contestó:

—Han bajado la rampa posterior. Todos tenemos que hacer esto, por seguridad.

Malone comprobó sus arneses y se aseguró de que las cuatro correas estuviesen unidas al mosquetón. Antes se había cerciorado del estado de las suyas. Después se enganchó a la línea estática e hizo lo propio con Pam.

Vio que McCollum ya se había enganchado.

—¿Cómo vamos a aterrizar con esta rampa abierta? —chilló ella.

Él la miró y repuso:

—No vamos a aterrizar.

Malone vio que ella comprendía lo que quería decir.

—Estás de broma. No esperarás que me...

—Tú límitate a esperar y disfruta del paseo. Este paracaídas es lento, para primerizos. Cuando llegues al suelo será como caer desde una altura de un metro más o menos.

—Cotton, eres un puto tarado. El hombro todavía me duele. No voy a...

El jefe de carga les indicó que se hallaban cerca de las coordenadas de GPS que él les había proporcionado. No había tiempo para discusiones: Malone la agarró por detrás y la obligó a avanzar.

Ella intentó zafarse.

—Cotton, por favor. Que no, por favor.

A continuación la empujó por la rampa.

Los gritos de Pam no tardaron en debilitarse.

Malone sabía lo que su ex estaba viviendo: los primeros cinco metros eran pura caída Libre, como ser ingrávido. Tendría la sensación de que el corazón le latía en la parte posterior de la garganta. Lo cierto es que era un buen subidón. Luego, cuando se abriera el paracaídas, notaría un tirón.

Observó que Pam se mecía en el cielo. Su cuerpo pegó una sacudida cuando el paracaídas cogió aire.

Cinco segundos después se hallaba flotando camino del suelo.

—Se va a cabrear —le dijo al oído McCollum.

Él mantuvo la vista fija en el descenso.

—Ya, pero siempre he querido hacerlo.

McCollum disfrutó de su salto. El aire de la mañana y el moderno paracaídas contribuían a que el descenso fuese lento. Malone le había hablado de los casquetes, muy distintos de los que él recordaba de la época en que uno caía como una piedra y rezaba para no romperse una pierna.

Él y Malone habían saltado después de Pam, que no había tardado en desaparecer por el este. Que llegaran al suelo sin sufrir ningún percance no era asunto de la tripulación. Su trabajo estaba hecho.

Miró el implacable terreno de abajo: una vasta llanura de arena y piedras se desplegaba en todas direcciones. Había oído a Alfred Hermann hablar del sur del Sinaí, supuestamente el desierto más sagrado del planeta, heraldo de la civilización, el nexa entre África y Asia. Pero marcado por las batallas. El territorio más asediado del mundo: sirios, hititas, asirios, persas, griegos, romanos, cruzados, turcos, franceses, ingleses, egipcios e israelíes lo habían invadido. Había oído muchas veces hablar a Alfred Hermann de la importancia de la región, y ahora estaba a punto de verla por sí mismo.

Estaría a unos trescientos metros del suelo. Pam Malone planeaba más abajo; Malone más arriba. La quietud resonaba en sus oídos, un fuerte contraste con el ruido incesante del avión. Recordaba el silencio de otras veces que había saltado. El rugido de los motores se desvanecía en una nada profunda. Sólo el viento rompía la tranquilidad, pero ese día no soplaba.

A unos cuatrocientos metros al este, el yermo paisaje era sustituido por desolados montículos graníticos sin carácter alguno, tan sólo un revoltijo de picos y riscos. ¿Estaría ahí la biblioteca? Todo apuntaba a que así sería.

Continuó bajando.

Cerca de la base de una de las dentadas elevaciones, divisó una construcción achaparrada. Con las cuerdas de dirección, guió su trayectoria hacia donde estaba a punto de aterrizar Pam Malone, un claro sin pedruscos. Bien.

Miró hacia arriba y vio que Malone lo seguía.

Podía resultar más duro de matar de lo que pensaba en un principio. Pero al menos iba armado. Había conservado el arma del monasterio, igual que Malone, además de algunos cargadores. Cuando despertó en la iglesia, después de que lo dejaran inconsciente, su arma seguía allí, lo cual se le antojó curioso.

¿Por qué lo habían golpeado?

¿Y qué importancia tenía eso?

En cualquier caso, él estaba preparado.

Malone encaminó su descenso. El jefe de salto de la base área de Lisboa le había dicho que los nuevos paracaídas eran distintos, y tenía razón. La bajada era lenta, suave. No les había hecho mucha gracia lo de Pam —una novata que ni siquiera sabría que iba a saltar hasta que fuera demasiado tarde—, pero como la orden de colaborar había llegado directamente del Pentágono nadie dijo nada.

—Cotton, eres un capullo —oyó gritar a Pam—. Un capullo de mierda.

Él miró hacia abajo: su ex mujer se encontraba a unos ciento cincuenta metros del suelo.

—Tú dobla las rodillas cuando toques tierra —le aconsejó—. Lo estás haciendo muy bien, el paracaídas se encargará de todo.

—¡Que te follen! —le respondió ella.

—Solíamos hacerlo y no funcionó. Prepárate.

La vio caer y resbalar por el suelo, el paracaídas tras ella. Observó que McCollum soltaba la mochila y que caía de pie en el suelo.

Malone tensó las cuerdas y frenó hasta casi detener su descenso. Soltó su mochila y notó que sus botas rozaban la arena. También quedó de pie.

Hacía tiempo que no saltaba, pero le satisfizo comprobar que todavía podía hacerlo. Liberó el arnés y se desembarazó de las correas mientras McCollum hacía lo propio.

Pam aún estaba en el suelo. Malone fue hacia ella, a sabiendas de lo que se le venía encima.

Su ex mujer se levantó de un salto.

—Maldito hijo de perra. Me has tirado de ese puto avión. —Intentó abalanzarse hacia él, pero no había soltado el arnés, y, al inflarse, el paracaídas actuó de ancla, limitando sus movimientos.

Malone se hallaba fuera de su alcance.

—¿Es que te has vuelto loco? —le chilló—. No me dijiste que iba a saltar de un puto avión.

—¿Cómo creías que íbamos a llegar hasta aquí? —le preguntó él con tranquilidad.

—¿Conoces la palabra «aterrizar»?

—Esto es territorio egipcio. Ya es bastante malo que hayamos tenido que saltar de día, pero hasta yo me di cuenta de que hacerlo de noche sería cruel.

La rabia inundaba los azules ojos de ella, con una intensidad que él nunca había visto antes.

—Teníamos que llegar sin que se enterasen los israelíes. Aterrizar habría resultado imposible. Espero que todavía anden siguiendo ese reloj tuyo que los llevará a ninguna parte.

—Eres un imbécil, Cotton, un puñetero imbécil. Me tiraste de ese avión.

—Sí, ¿y?

Ella se puso a toquetear el arnés, tratando de separarse del paracaídas, que la retenía.

—Pam, ¿quieres calmarte?

Ella continuó buscando la forma de desasirse y finalmente se dio por vencida.

—Teníamos que venir aquí —insistió él—. El transporte era perfecto; sólo teníamos que saltar. No se ha enterado nadie. Este territorio es bastante árido, hay menos de tres personas por kilómetros cuadrado. Dudo que nos hayan visto. Como ya te dije, querías saber lo que yo hacía. Pues bien, es esto.

—Debiste dejarme en Portugal.

—No era buena idea. Los israelíes podrían considerarte un cabo suelto. Te convenía venir con nosotros.

—No. No te fíes de mí, así que me conviene estar donde puedas vigilarme.

—Eso también se me pasó por la cabeza.

Ella guardó silencio un instante, como si empezara a comprender.

—De acuerdo, Cotton —respondió en un tono sorprendentemente tranquilo—. Me has convencido. Estamos aquí de una pieza. Y ahora ¿te importaría quitarme esta cosa?

Él se aproximó y le soltó el arnés.

Ella levantó los brazos y dejó que la mochila del paracaídas cayera al suelo. Acto seguido hundió la rodilla derecha en la entrepierna de Malone.

Un dolor electrizante le subió por la columna hasta el cerebro. Sus piernas temblaron, y él se desplomó.

Se quedó sin aliento.

Hacía mucho que no sentía esa agonía.

Se colocó en posición fetal y aguardó a que pasara el dolor.

—Espero que esto te haya sentado bien —espetó Pam mientras se alejaba.

VIENA
9:28

Hermann entró en su biblioteca y cerró la puerta. Había dormido mal, pero no podía hacer gran cosa hasta que Thorvaldsen cometiera un error. Cuando eso sucediera él estaría preparado. Quizá Sabre no estuviese allí, pero Hermann aún tenía a un puñado de hombres que harían exactamente lo que él quisiera. Su jefe de seguridad, un italiano, había dejado claro en más de una ocasión que le gustaría ocupar el puesto de Sabre. Él nunca se había tomado en serio la solicitud, pero con Las Garras del Águila lejos necesitaba ayuda, de manera que le dijo al hombre que estuviese listo.

Primero probaría con la diplomacia, siempre era preferible. Quizá pudiese razonar con Thorvaldsen cuando el danés comprendiera que demostrarle al mundo que el Antiguo Testamento había sido manipulado podía ser una eficaz arma política... si se manejaba adecuadamente. En numerosas ocasiones a lo largo de la historia el caos y la confusión habían reportado beneficios. Cualquiera cosa que zarandeaba a Oriente Próximo repercutía en los precios del crudo. Saber lo que se avecinaba sería impagable; controlar su alcance, inimaginable. Los miembros de la Orden estaban allí para cosechar enormes ganancias.

Y su nuevo aliado en la Casa Blanca también se beneficiaría.

Pero para conseguir todo ello necesitaba a Sabre.

¿Qué estaba haciendo en el Sinaí?

Y con Cotton Malone.

Ambas cosas le parecían buena señal. El plan de Sabre era engatusar a Malone para que fuera en busca de la Conexión Alejandría. Después el éxito dependía de Malone. O bien averiguarían lo que pudieran y luego eliminarían a Malone o bien unirían fuerzas para ver adonde les llevaba el ex agente. Por lo visto Sabre había escogido esto último.

Hermann llevaba varios años pensando qué ocurriría cuando él faltara, pues sabía que Margarete sería la ruina de la familia. Lo peor de todo es que no se daba cuenta de su ineptitud. Él había intentado aleccionarla, pero todos sus esfuerzos habían sido en vano. La verdad era que le agradaba que Thorvaldsen se la hubiese llevado. Tal vez así se librara del problema. Aunque lo dudaba. El danés no era un asesino, por mucho que quisiera dárselas de bravucón.

Lo cierto es que Sabre había terminado cayéndole bien. Ese hombre prometía;

sabía escuchar y actuaba con rapidez, pero nunca de cualquier manera. A menudo pensaba que Sabre podría ser un excelente sucesor. Ya no quedaban más Hermann, y él había de asegurarse de que su fortuna perdurara.

Pero ¿por qué no había llamado Sabre?

¿Estaría pasando algo más?

Apartó sus dudas y se concentró en su preocupación más inmediata. La asamblea volvería a reunirse más tarde. El día anterior había tentado a los miembros con el plan, y ese día les haría entender su argumento.

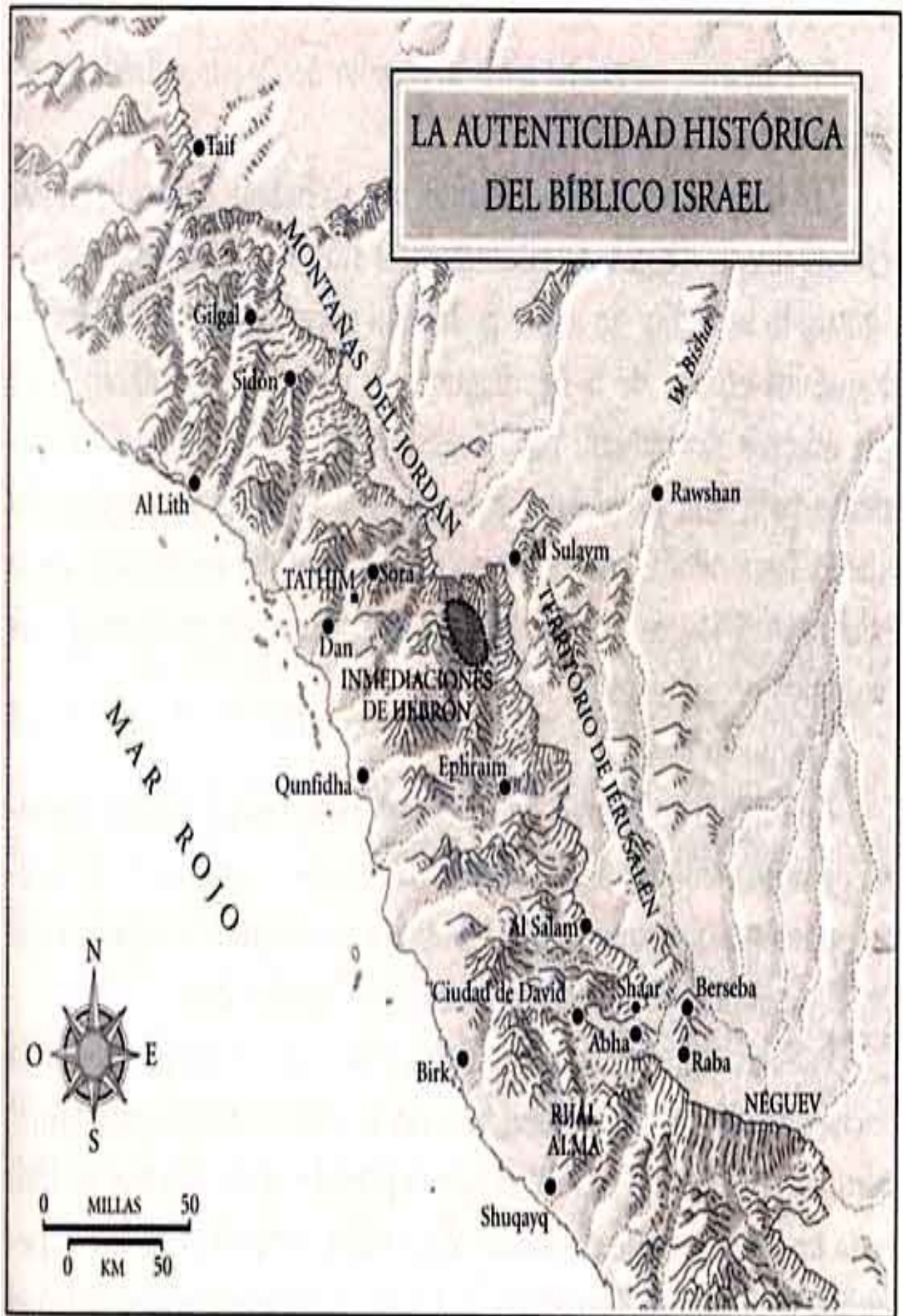
Se acercó hasta un folio embutido en la parte inferior de una estantería. En su interior guardaba el mapa que había encargado tres años antes. El mismo estudioso al que contratara para confirmar la teoría de Haddad sobre el Antiguo Testamento también había plasmado en un mapa las conclusiones del palestino. Según le había dicho, sitio tras sitio encajaba a la perfección con la geografía de Asir.

Pero él quería verlo por sí mismo.

Comparando puntos de referencia bíblicos con topónimos hebreos, tanto en el Antiguo Testamento como sobre el terreno, su experto había localizado lugares bíblicos como Gilgal, Sidón, al Lith, Dan, Hebrón, Berseba y la ciudad de David.

Sacó el mapa.

Ya lo tenía cargado en el ordenador del salón de reuniones. Los miembros de la Orden pronto verían lo que él llevaba tiempo admirando.



Incluso se había resuelto la cuestión de las veintiséis puertas de Jerusalén, de las

que se habla en Crónicas, Reyes, Zacarías y Nehemías. Una ciudad amurallada no tendría más de cuatro puertas, una en cada dirección, de modo que veintiséis resultaba discutible desde el principio. Sin embargo la palabra hebrea que se utilizaba en el Antiguo Testamento para «puerta» era *shaar*, un término que, como tantos otros, poseía un doble sentido, uno de los cuales era «pasaje» o «paso de montaña». Curiosamente había veintiséis aberturas identificadas en la cadena de montañas de la zona de Asir, en Arabia. Hermann recordaba su propio asombro cuando le explicaron esa realidad. Las puertas del Rey, la Prisión, la Fuente, el Valle y todas las demás cuyos descriptivos nombres menciona el Antiguo Testamento se podían relacionar con una precisión casi absoluta —por su proximidad a aldeas que todavía existían— con pasos de la zona de Asir.

En Palestina no existía nada ni remotamente parecido: la prueba parecía incontrovertible.

Los sucesos del Antiguo Testamento no habían ocurrido en Palestina, sino a cientos de kilómetros al sur. Y san Jerónimo y san Agustín lo sabían, y sin embargo habían permitido deliberadamente que los errores de la Septuaginta no sólo se perpetuaran, sino que además florecieran, modificando más aún el Antiguo Testamento para que los pasajes pareciesen la profecía irrefutable del Nuevo Testamento. Los judíos no disfrutarían del monopolio de la Palabra de Dios. Si querían que su nueva religión prosperase, los cristianos necesitaban un nexo.

Así que lo crearon.

Una Biblia en hebreo de antes de Cristo podía resultar decisiva, pero un ejemplar de la *Historia* de Estrabón también respondería numerosas preguntas. Si la Biblioteca de Alejandría todavía existía, él esperaba que una o ambas cosas se conservaran.

Fue hacia la vitrina que le había enseñado al vicepresidente la noche anterior. Al norteamericano no le había parecido para tanto, pero ¿a quién le importaba? El nuevo presidente de Estados Unidos vería los estragos que causarían. Con todo, esperaba que los papeles afectaran más a Thorvaldsen. Metió la mano debajo y pulsó el botón de apertura. Abrió la vitrina y, por un instante, no creyó lo que vieron sus ojos: nada.

Las cartas y las traducciones habían desaparecido. ¿Cómo? El vicepresidente no había sido. El propio Hermann lo había visto salir de su propiedad en un desfile de vehículos. Nadie más conocía la existencia del escondite.

Sólo había una explicación posible: Thorvaldsen.

La ira lo mandó directo a su escritorio. Cogió el teléfono y llamó al jefe de seguridad. A continuación abrió un cajón y agarró su arma.

Al diablo con Margarete.

PENÍNSULA DEL SINAI

Malone aún tenía flojera en las piernas, y la entropierna le dolía. Pam no había dicho gran cosa desde el rodillazo, y McCollum se había mantenido sabiamente al margen. No obstante Malone no se podía quejar: él se lo había buscado. Ella había reaccionado en consecuencia.

Miró en todas las direcciones de aquella serenidad yerma. El sol calentaba ya como un horno. Sacó el GPS de la mochilla y determinó que las coordenadas exactas —28° 41' 25" N, 33° 38' 26" E— se hallaban a menos de un kilómetro y medio.

—Muy bien, McCollum, y ahora ¿qué?

Éste se sacó un papel del bolsillo y leyó en voz alta: «Después, como los pastores del pintor Poussin, desconcertados por el enigma, serás bañado por la luz de la inspiración. Reorganiza las catorce piedras y después sírvete de la escuadra y el compás para dar con el camino. A mediodía siente la presencia de la luz roja, ve enrojecer de ira el anillo infinito de la serpiente. Pero cuidado con las letras. El peligro amenaza a quien llega a gran velocidad. Si tu rumbo es certero, la ruta será segura.» Y aquí se acaba el texto —terminó McCollum.

Malone analizó mentalmente las crípticas palabras.

Entre tanto, Pam se dejó caer en el suelo y bebió algo de agua.

—En el cenador de Inglaterra había una imagen de Poussin, ¿Qué era? Una especie de tumba con algo escrito en ella. Por lo visto Thomas Bainbridge también dejó algunas pistas.

Él estaba pensando en lo mismo.

—¿Vio esa construcción cuando descendíamos? —le preguntó Malone a McCollum—. Al oeste, a unos cuatrocientos metros. Es lo que indican las coordenadas.

—Parece que el camino está claro.

Malone se echó la mochila al hombro y Pam se levantó. Le preguntó:

—¿Has terminado con los numeritos?

Ella se encogió de hombros.

—Tírame de otro avión y verás lo que pasa.

—¿Ustedes dos siempre son así? —quiso saber McCollum.

Malone echó a andar.

—Sólo cuando estamos juntos.

Malone se acercó a la construcción que había visto desde el aire. No era gran cosa: achaparrada, con un tejado de tejas destrozado y los cimientos desmoronándose como si los reclamara la tierra. Las paredes exteriores eran igual de altas que de largas, interrumpidas tan sólo por dos ventanas peladas a unos tres metros. La puerta era una gruesa hoja de cedro que pendía ladeada de unas bisagras de hierro negro.

La abrió de una patada.

Los recibió una lagartija, que corrió a refugiarse por el piso de tierra.

—Cotton.

Éste se giró. Pam le señalaba otro montículo. Él se aproxima haciendo crujir con cada paso la seca arena.

—Se parece a la tumba de esa imagen de Bainbridge Hall —observó ella.

Bien pensado. Él escudriñó el rectángulo, que tenía cuatro enormes sillares de altura y una piedra redondeada en lo alto. Examinó los lados en busca de algo grabado, en especial *Et in arcadia ego*. Nada, lo cual no era de extrañar, ya que el desierto habría borrado cualquier vestigio hacía tiempo.

—Estamos en las coordenadas exactas y esto se parece mucho a la tumba del cenador.

Malone recordó el texto de la búsqueda: «Después, como los pastores del pintor Poussin, desconcertados por el enigma, serás bañado por la luz de la inspiración.»

Se apoyó en las malparadas piedras.

—¿Y ahora qué, Malone? —preguntó McCollum.

Al norte se alzaban unas lomas que iban cobrando altura poco a poco hasta tornarse unas áridas montañas donde se abrían unos senderos. El fulgor del cielo aumentaba a medida que el sol se aproximaba al mediodía.

Malone siguió rumiando el texto.

«Reorganiza las catorce piedras y después sírvete de la escuadra y el compás para dar con el camino. A mediodía siente la presencia de la luz roja, ve enrojecer de ira el anillo infinito de la serpiente.»

En Belém todo había sido bastante obvio: una mezcla de historia y ciencia aplicada, al parecer el sello de los Guardianes. Al fin y al cabo la idea era que el invitado saliera airoso. Sin embargo esa parte suponía un desafío.

Pero no era imposible.

Inspeccionó el ruinoso edificio y la improvisada tumba.

Entonces las vio y las contó: catorce.

McCollum se planteó matarlos sin más allí mismo. ¿Estaría lo bastante cerca para averiguar el resto él solo? Malone lo había llevado hasta allí y, tal como esperaba, había echado mano de sus recursos para conducirlos de Inglaterra a Portugal y luego

hasta allí.

Sin embargo se dijo que debía tener paciencia.

Él nunca habría descifrado la búsqueda solo, y mucho menos tan deprisa. A esas alturas el viejo lo estaría buscando. La asamblea estaba reunida, así que esperaba que eso lo distrajera hasta el día siguiente. Pero sabía las ganas que tenía Hermann de enterarse de si esa pista era prometedora. También conocía los otros planes del anciano y cuan crítica sería su propia participación en la próxima semana. Se habían servido de tres emisarios para negociar con Bin Laden; él los había ido a ver a los tres, había matado a dos y había dejado con vida a uno.

Esa persona y la biblioteca serían sus monedas de cambio.

Eso suponiendo que allí hubiera algo que encontrar.

En caso contrario, mataría a Malone y a su ex, y confiaría en salir del apuro contando unas mentiras.

Malone miraba fijamente uno de los lados de la ruinosa construcción. A unos tres metros se encontraba una de las desnudas aberturas. Dio la vuelta hasta el otro lado y observó la otra, que se hallaba a una altura similar.

Volvió con McCollum y Pam y anunció:

—Creo que lo tengo. La construcción es cuadrada, igual que las dos aberturas.

—«Sírvete de la escuadra y el compás» —recordó Pam.

Él apuntó arriba y dijo:

—Esas dos aberturas son la clave.

—¿A qué se refiere? —inquirió McCollum—. Va a ser algo difícil subir hasta allí.

—No lo creo. Eche un vistazo. ¿Se ha fijado en las piedras?

Pam se acercó a una de ellas, se agachó y la tocó.

—Cuadrada, de unos treinta centímetros de lado, ¿no?

—Yo diría que sí. Acuérdate de la pista: «Reorganiza las catorce piedras y después sírvete de la escuadra y el compás para dar con el camino.» Hay catorce piedras desperdigadas por aquí.

Pam se puso en pie.

—Es evidente que esta búsqueda entraña un esfuerzo físico. No todo el mundo podría cargar con esos pedruscos. Supongo que con ellas se alcanzará la ventana, ¿no?

Malone dejó la mochila en el suelo, al igual que McCollum, que dijo:

—Sólo hay una manera de averiguarlo.

Necesitaron veinte minutos para recoger las catorce piedras cuadradas y formar con ellas una pirámide achatada: seis abajo, luego cinco y por último tres. Si fuese preciso, una de esas tres se podía superponer a las otras dos para conseguir más altura, pero en opinión de Malone la pila ya era lo suficientemente alta.

Subió y, una vez arriba, mantuvo el equilibrio.

McCollum y Pam se aseguraron de que la torre permaneciera estable.

Él miró por el cuadrado que se abría en la desmoronada pared. Por la abertura opuesta, a unos seis metros, divisó unas montañas que se alzaban a menos de un kilómetro de distancia. «A mediodía siente la presencia de la luz roja, ve enrojecer de ira el anillo infinito de la serpiente.»

La construcción había sido orientada deliberadamente de este a oeste.

Esa construcción no era una vivienda. No. Al igual que el rosetón de Belém, también con orientación este-oeste, era un «compás», o sea, como una brújula.

«Sírrete de la escuadra y el compás para dar con el camino.»

Consultó su reloj. Eso es lo que haría dentro de una hora.

MARYLAND

7:30

Stephanie conducía la ranchera que les había proporcionado el presidente. Daniels también les había dado dos pistolas del servicio secreto con cargadores extra. Ella no estaba muy segura de dónde iban a meterse, pero por lo visto el presidente quería que estuviesen preparadas.

—Eres consciente de que es probable que el coche esté controlado electrónicamente, ¿no? —comentó Cassiopeia.

—Esperemos.

—Y te das cuenta de que toda esta historia es una locura, ¿no? No sabemos de quién fiarnos, incluido el presidente de Estados Unidos.

—Sin duda. Somos peones en un tablero de ajedrez. Pero un peón puede comerse al rey si se coloca adecuadamente.

—Stephanie, somos el cebo.

Ella estaba de acuerdo, pero no dijo nada.

Entraron en una población pequeña que se encontraba a unos cincuenta kilómetros al norte de Washington, una de las incontables ciudades dormitorio que rodeaban la capital. Siguiendo las indicaciones que le habían dado, reconoció el nombre del restaurante, que se hallaba bajo un manto de frondosos árboles y exhibía una cristalera por fachada: Aunt B's.

Uno de los sitios preferidos de Larry Daley.

Aparcó y entraron. Las recibió un acre olor a patatas fritas con beicon y manzana. Entusiastas comensales atacaban un humeante bufé. Pasaron ante el cajero y vieron a Daley, sentado, solo.

—Comed algo —sugirió—. Invito yo.

Ante sí tenía un plato de huevos, sémola y una chuleta de cerdo.

Tal y como habían convenido, Cassiopeia ocupó otra mesa desde donde podía vigilar la sala, y Stephanie se sentó con Daley.

—No, gracias. —Reparó en un letrero cerca del bufé con dos enormes cerdos rodeados del eslogan: «Recupera la grasa en Aunt B's.» Ella lo señaló—. ¿Por eso comes aquí? ¿Para recuperar la grasa?

—Me gusta el sitio. Me recuerda a la comida de mi madre. Sé que te cuesta creerlo, pero soy una persona.

—¿Por qué no estás dirigiendo el Billet? Ahora estás al mando.

—Estoy en ello. Tenemos un problema más acuciante.

—Como salvar el culo.

Él cortó un trozo de la chuleta.

—Esto está buenísimo. Deberías comer algo, necesitas recuperar algo de grasa, Stephanie.

—Es muy amable por tu parte que te hayas fijado en mi esbelta figura. ¿Dónde está tu novia?

—Ni idea. Supongo que se acostaba conmigo para ver qué podía sacarme. Que fue nada. Yo hacía lo mismo. En contra de lo que puedas pensar, no soy tan idiota.

A instancias de Daniels había llamado a Daley dos horas antes y le había propuesto que se vieran. Él había accedido encantado. Lo que no entendía era por qué Daniels había interrumpido el encuentro en el museo si de verdad quería que ella hablara con Daley. Sin embargo, se limitó a añadir esa pregunta a la cada vez más larga lista que tenía.

—No terminamos nuestra conversación.

—Es hora de que te enfrentes a la realidad, Stephanie. Te puedes quedar con mis memorias USB. Utilízalas, me da igual. Si yo caigo, el presidente caerá conmigo. Lo cierto es que quería que las encontrases.

A ella le costaba creerlo.

—Sabía lo de tu investigación. En cuanto a la puta que me enviaste, no soy tan idiota. ¿Acaso crees que es la primera vez que una mujer intenta sonsacarme? Sabía que andabas fisgando, así que te facilité que encontrases lo que buscabas. Pero te tomaste tu tiempo.

—Buen intento, Larry, pero no cuele.

Él cogió con el tenedor un trozo de huevo con sémola y dio cuenta de él.

—Sé que no te vas a creer nada de esto, pero, para variar ¿podrías olvidar que me odias y escuchar?

A eso había ido.

—He estado escarbando y me he encontrado un montón de mierda, cosas raras. No formo parte del sanctasanctórum, pero estoy lo bastante cerca para saber lo que se cuece. Cuando me enteré de que me estabas investigando supuse que, llegado el momento, harías algo. Y cuando lo hicieras podríamos negociar.

—¿Por qué no me pediste ayuda sin más?

—Venga ya. No soportas estar en la misma habitación que yo. ¿Ibas a ayudarme? Intuí que, cuando te asomaras a la ventana y vieses lo que estaba pasando, te mostrarías mucho más receptiva. Como lo estás ahora.

—¿Todavía sobornas a miembros del Congreso?

—Sí. Yo y otros mil. Joder, debería ser deporte olímpico.

Stephanie miró a Cassiopeia y vio que no había nada de qué preocuparse.

Familias y parejas de ancianos ocupaban las numerosas mesas.

—Olvida todo eso, es la menor de nuestras preocupaciones —aseguró Daley.

—No sabía que fuesen *nuestras* preocupaciones.

—Están pasando muchas más cosas. —Bebió unos sorbos de zumo de naranja—.

Mierda, le echan un montón de azúcar. Pero está bueno.

—Si siempre comes así ¿cómo es que estás tan delgado?

—El estrés: la mejor dieta del mundo. —Dejó el vaso en la mesa—. Hay una conspiración en marcha, Stephanie.

—Para hacer ¿qué?

—Cambiar de presidente.

Eso era nuevo.

—Es lo único que tiene sentido. —Daley apartó el plato—. El vicepresidente está en Europa asistiendo a una cumbre económica, pero me han dicho que la otra noche salió del hotel a una hora avanzada y fue a reunirse con un hombre llamado Alfred Hermann. Supuestamente una visita de cortesía. Pero el vicepresidente no es un tipo cortés, no hace las cosas porque sí. Ya se ha reunido antes con Hermann, lo he comprobado.

—Y has descubierto que Hermann dirige una organización llamada la Orden del Vellochino de Oro.

Daley la miró con cara de asombro.

—Sabía que serías de utilidad. Así que ya lo sabes...

—Lo que quiero saber es por qué todo eso es tan importante.

—Ese grupo tiene influencias políticas y contactos en todo el mundo. Hermann y el vicepresidente son amigos desde hace algún tiempo. He oído hablar de él y la Orden, pero el vicepresidente suele reservarse la opinión. Sé que quiere ser presidente. Se prepara para presentar su candidatura, pero creo que es posible que esté buscando un atajo.

Daniels no había dicho nada al respecto.

—¿Aún tienes esas memorias USB que te llevaste de mi casa?

Ella asintió.

—En una hay unas grabaciones digitales de conversaciones telefónicas. Sólo unas cuantas, pero muy jugosas. Con el jefe de gabinete del presidente, un capullo de campeonato. Fue él quien le pasó la Conexión Alejandría directamente a Alfred Hermann.

—Y ¿cómo has conseguido enterarte de eso?

—Estaba allí.

Stephanie puso cara de póquer.

—Con él. Así que registré todo el encuentro. Conocimos a Hermann en Nueva York, hace cinco meses. Se lo di todo. Ahí fue cuando metí a Dixon.

Eso también era nuevo.

—Aja. Fui a verla y le conté lo que estaba pasando con la conexión. Y lo de la reunión con Hermann.

—No fue muy buena idea.

—En el momento me lo pareció. Los israelíes fueron los únicos aliados que pude hacer. Pero pensaron que el asunto de Hermann era un truco para causarles problemas, así que lo único que saqué fue a Dixon de niñera. —Tomó más zumo—. Lo cual no estuvo nada mal.

—Me estoy poniendo enferma.

Daley meneó la cabeza.

—Alrededor de un mes después nos vimos a solas el jefe de gabinete del vicepresidente y yo. Como es un huevón, le gusta fanfarronear. Eso es lo que suele meter a los tipos así en líos. Tomamos unas copas y él hizo algunos comentarios. A esas alturas yo ya sospechaba algo, así que me llevé una grabadora de bolsillo. Esa noche me hice con un buen material.

Cassiopeia se levantó de la mesa y se dirigió a la cristalera. Fuera, los coches entraban y salían del umbroso aparcamiento.

—Habló de la vigésimo quinta enmienda. La había estado estudiando, fijándose en detalles. Me preguntó qué sabía yo de ella, que no era gran cosa. Fingí que no me interesaba y que estaba bebido.

Stephanie sabía que esa enmienda a la Constitución rezaba así: «En caso de que el presidente sea depuesto de su cargo, o en caso de su muerte o renuncia, el vicepresidente será nombrado presidente.»

PENÍNSULA DEL SINAI

Malone consultó el reloj: 11:58. Ya había echado un vistazo por las dos aberturas y no había visto nada. Pam y McCollum estaban debajo, mientras él guardaba el equilibrio en la cúspide de las catorce piedras.

Llegó el mediodía, y a lo lejos se oyó un carillón.

—Resulta inquietante —afirmó Pam—. Aquí, en mitad de ninguna parte.

Él coincidió con su ex mujer.

—Suenan lejos.

Como si viniera del cielo, pensó. El sol brillaba implacable en lo alto, y él tenía el cuerpo y el uniforme empapados en sudor.

Volvió a mirar a través de las aberturas.

Lo que tal vez fuesen cuevas de ermitaños salpicaban la montaña cual ojos negros. Entonces reparó en algo: en uno de los montículos se perfilaba una senda pedregosa. ¿Un camino de camellos? Se había informado en Lisboa antes de salir y había averiguado que las montañas de esa región ocultaban fértiles hondonadas que los beduinos del lugar llamaban *farsh*. Por regla general allí había una fuente de agua que atraía a los escasos habitantes del lugar y a los viajeros. El monasterio de Santa Catalina, situado en el sur, cerca del monte de Moisés, ocupaba un *farsh*. Malone supuso que habría más a su alrededor.

Vio cómo desaparecían las sombras y el color de las graníticas montañas cambiaba del gris al granate. El sinuoso sendero adoptó la forma de una serpiente. Las dos aberturas enmarcaban la imagen como si de un cuadro se tratara.

«Ve enrojecer de ira el anillo infinito de la serpiente.»

—¿Ves algo? —inquirió Pam.

—Mucho.

Stephanie fulminó con la mirada a Larry Daley.

—¿Me estás diciendo que el vicepresidente planea matar al presidente?

—Eso es exactamente lo que creo que va a pasar.

—Y ¿cómo es que eres la única persona de este mundo que se ha dado cuenta?

—No lo sé, Stephanie. Puede que sólo sea un tipo listo, pero sé que va a pasar algo.

Ella necesitaba más información. Por eso la había enviado Daniels.

—Larry, sólo intentas salvar el culo.

—Stephanie, eres como el tipo que busca un cuarto de dólar que ha perdido bajo una farola. Alguien pasa y le pregunta qué hace, y él responde: «Busco una moneda que he perdido.» El otro le dice: «¿Dónde la perdió?» Y el tipo señala a lo lejos y contenta: «Por allí.» Perplejo, el otro pregunta: «¿Por qué está buscando aquí?» Y nuestro hombre replica: «Porque aquí es donde está la luz.» Ésa eres tú, Stephanie. Deja de buscar donde está la luz y busca donde debes.

—Pues dame algo concreto.

—Ojalá pudiera. Se trata de la suma de pequeños detalles: reuniones que el vicepresidente ha evitado y que un candidato no se saltaría, cabrear a gente que va a necesitar, despreocuparse del partido. Nada definitivo, pequeñeces que un adicto a la política como yo notaría. Sólo hay un puñado de personas en la cúpula que estarían al tanto de esas cosas. Y esos tipos son reservados.

—¿Es Brent Green uno de esos tipos?

—No lo sé. Brent es un hombre extraño, muy suyo. Ayer intenté presionarlo, lo amenacé, pero no perdió la calma. Quería ver cómo reaccionaba. Luego, cuando apareciste en mi casa, supe que tenías que ser mi aliada.

—Puede que hayas escogido mal, Larry. No creo una palabra de lo que dices. Matar a un presidente no es fácil.

—Todos los asesinos de presidentes, ya sea que lo intentaran o sólo aspiraran a hacerlo, estaban desquiciados o chiflados o tuvieron suerte. Imagina lo que podrían hacer unos profesionales.

Eso era verdad.

—¿Dónde están las memorias USB? —quiso saber.

—Las tengo yo.

—Eso espero, porque si no es así estamos en apuros. Sabrán que les sigo la pista, y resultaría imposible explicar por qué grabé esas conversaciones con el jefe de gabinete del vicepresidente. Necesito esas memorias, Stephanie.

—Ni lo sueñes. Tengo una idea, Larry: ¿por qué no te entregas, confiesas haber sobornado a muchos congresistas y solicitas protección federal? Así podrás soltarle todas estas sandeces a todo el que quiera escucharlas.

Él se retrepó en su silla.

—Sabes, creí que por una vez tú yo podríamos sostener una conversación civilizada, pero no, prefieres dártelas de listilla. Hice lo que debía, Stephanie, porque es lo que quería el presidente.

Ahora estaba interesada.

—¿Sabía él lo de tus sobornos?

—¿Cómo crees que mi prestigio aumentó tan deprisa en la Casa Blanca? Él quería que se aprobaran cosas y yo me aseguraba de que así fuera. Este presidente ha

caído en gracia en el Congreso, lo que también explica la facilidad con que consiguió un segundo mandato.

—¿Tienes pruebas de su participación?

—¿Que si grabé a Daniels? No. Alguien debe hacer que las cosas pasen.

Así es la vida. Soy el hombre de Daniels. Yo lo sé y él lo sabe.

Stephanie miró a Cassiopeia y recordó lo que ésta le había dicho cuando iban hacia allí. Ciertamente no sabían de quién fiarse, incluido el presidente.

Daley se levantó de la mesa y dejó unos dólares de propina.

—El otro día tú y Green pensabais que todo esto tenía que ver con el legado de Daniels. Te dije lo que querías oír para engañarte. —Daley meneó la cabeza—. Esto tiene que ver con que Daniels siga respirando. Me haces perder el tiempo, me ocuparé de esto de otra manera.

Malone subía por la abrupta montaña a la cabeza. Águilas y otras pequeñas rapaces surcaban el cielo. La dorada luz le atravesaba el cerebro y bañaba su sudoroso cuerpo. Una fina capa de piedras revestía el sendero; la reseca superficie era una capa de arena y sedimentos.

Siguió el serpenteante camino hasta lo alto, donde tres enormes rocas habían caído tiempo atrás, creando un túnel en la cima. A pesar del sol, el pasadizo era fresco. Malone agradeció la sombra. El otro extremo se veía a unos diez metros.

De pronto divisó un destello rojizo.

—¿Has visto eso? —preguntó Malone.

—Sí —contestó Pam.

Se detuvieron y lo vieron de nuevo.

Entonces él cayó en la cuenta de lo que estaba pasando: el sol de mediodía penetraba entre los huecos de las rocas y teñía el túnel de carmesí.

Un fenómeno curioso.

«Ve enrojecer de ira el anillo infinito de la serpiente.»

—Parece que por aquí hay un montón de serpientes rojas airadas —comentó.

Sin embargo a medio camino vio unas palabras grabadas en el granito. Paró. Estaban en latín. Las tradujo en voz alta:

—«No te acerques. Quita las sandalias de tus pies, que el lugar en que estás es tierra santa.» —Conocía el pasaje—. Del Éxodo. Lo que Dios le dijo a Moisés en la zarza ardiente.

—¿Aquí es donde fue? —preguntó Pam.

—Nadie lo sabe. El lugar aceptado por las tres religiones es el monte que hay a unos treinta kilómetros al sur de aquí, Jebel Musa. Pero ¿quién sabe? —respondió Malone.

Al final del túnel lo recibió una repentina bofetada de aire caliente, y sus ojos se

clavaron en un recodo, un *farsh* moteado de cipreses. Unas mullidas nubes blancas se perseguían, cual matojos rodantes, por el límpido cielo. Los ojos de Malone se entrecerraron como los de una lagartija con la cegadora luz.

Pegadas a la pared del montículo más alejado, entre riscos, se alzaban unas construcciones que se solapaban como si formaran parte de la roca. Sus colores — amarillo, marrón y blanco— se fundían con el paisaje. Las atalayas parecían flotar. Los esbeltos conos verdes de los cipreses contrastaban con las tejas naranja oscuro de los tejados. Tamaño y forma no seguían ninguna lógica. El conjunto le recordó a Malone al anárquico encanto de una aldea de pescadores italiana encaramada a la falda de una colina.

—¿Es un monasterio? —le preguntó Pam.

—El mapa indicaba que en esta región hay tres. Ninguno es un gran secreto.

Un sendero de peldaños de piedra conducía hasta el monasterio. El descenso era pronunciado, los peldaños iban de tres en tres, entre inclinados tramos de roca lisa. Abajo, un camino atravesaba el *farsh*, pasaba ante un pequeño lago entre cipreses y zigzagueaba hasta la entrada del monasterio.

—Ése es el sitio.

Stephanie siguió con la mirada a Daley, que abandonó el restaurante. Cassiopeia se acercó, se sentó a su mesa y le preguntó:

—¿Te has enterado de algo útil?

—Asegura que Daniels estaba al tanto de todo lo que él hacía.

—¿Qué iba a decir?

—Daley no mencionó que la otra noche estuvimos en Camp David.

—Salvo los agentes y Daniels, nadie nos vio.

Cierto. Habían dormido en la cabaña con dos agentes fuera. No había nadie más, aparte del presidente. Cuando despertaron tenían ya la comida preparada. El propio Daniels llamó y les dijo que quedaran con Daley, así que éste o no lo sabía o no había querido comentarlo.

—¿Por qué querría el presidente que nos reuniéramos con Daley a sabiendas de que Daley podía desmentir lo que él nos había contado? —preguntó, más a sí misma que a Cassiopeia.

—Añade esa pregunta a la lista.

Stephanie vio por los cristales que Daley avanzaba con dificultad por la gravilla del aparcamiento hacia su Land Rover. El tipo nunca le había caído bien, y cuando por fin confirmó que jugaba sucio nada la satisfizo más.

Ya no estaba tan segura.

Daley llegó hasta su coche, al fondo del aparcamiento, y entró. Ellas también tenían que irse. Era hora de dar con Brent Green y ver lo que había averiguado.

Daniels no les había mencionado que hablasen con Green, pero ella creía que era lo mejor.

Sobre todo en ese momento.

Una explosión sacudió el edificio.

Su conmoción inicial se vio sustituida por la certeza de que el restaurante estaba intacto. Los gritos se apagaron cuando todo el mundo empezó a darse cuenta de que el edificio seguía en su sitio.

Todo estaba en orden.

Excepto fuera.

Stephanie miró por el cristal y vio que las llamas consumían el Land Rover de Larry Daley.

PENÍNSULA DEL SINAI

Malone se aproximó a la puerta de madera revestida de metal. Las abrasadas paredes de granito rojo, apoyados por enormes contrafuertes, descendían hasta fundirse con unas terrazas donde cipreses, naranjos, limoneros y olivos montaban guardia. Un viento caliente levantaba arena.

Allí no parecía haber nadie.

Sobre la puerta Malone vio más palabras en latín, esta vez de Salmos 118, 20. Lo leyó:

ÉSTA ES LA PUERTA DE YAVÉ;
ENTRAN POR ELLA LOS JUSTOS.

—¿Qué hacemos? —preguntó Pam. Malone se había percatado de que lo árido del terreno casaba con su genio, que empeoraba por momentos.

—Supongo que para eso está la cuerda —respondió él mientras la señalaba.

En lo alto de la puerta una campana de hierro descansaba en el interior de una pequeña espadaña. Fue hacia ella y tiró. La campana sonó varias veces. Estaba a punto de llamar de nuevo cuando en la misma puerta se abrió un ventanuco y se asomó un joven barbado que lucía un sombrero de paja.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó en inglés.

—Hemos venido a ver la biblioteca —contestó McCollum.

—Esto sólo es un monasterio, un lugar de recogimiento. No tenemos biblioteca.

Malone se había preguntado cómo se aseguraban los Guardianes de que quien se presentaba en la puerta era un invitado. Hacer el viaje podía llevar mucho tiempo, y en ningún punto de la búsqueda habían encontrado dificultades serias, de manera que debía de haber un último reto, uno que no se especificaba en la búsqueda.

—Somos invitados y hemos completado la búsqueda —aseguró—. Queremos acceder a la biblioteca.

La puerta del ventanuco se cerró.

—Menuda grosería —soltó Pam.

Malone se enjugó el sudor de la frente.

—No van a abrir sin más al primero que se presente.

El ventanuco volvió a abrirse y el joven preguntó:

—¿Cómo se llama?

McCollum iba a responder, pero Malone lo agarró por el brazo.

—Déjeme a mí —susurró. Alzó la vista y dijo—: George Haddad.

—¿Quiénes son sus acompañantes?

—Mis colegas.

Los ojos del joven lo miraban de hito en hito, como si intentasen decidir si él era de fiar.

—¿Me permite que le haga una pregunta?

—Cómo no.

—Dígame, ¿cómo han llegado hasta aquí?

—Primero fuimos a Belém y al monasterio de los Jerónimos, luego entramos en belém.org y finalmente llegamos aquí.

El ventanuco se cerró.

Malone oyó que retiraban unas trancas tras la puerta y a continuación la sólida madera se abrió unos centímetros y el de la barba salió. Llevaba unos pantalones holgados que se estrechaban en la pantorrilla, un jubón rojizo metido por dentro y una cuerda a modo de cinturón. Unas sandalias protegían sus pies.

Se detuvo ante Malone y se inclinó.

—Bienvenido, George Haddad. Ha completado la búsqueda. ¿Le gustaría visitar la biblioteca?

—Sí.

El joven sonrió.

—Pues pase y encuentre lo que busca.

Cruzaron la puerta en pos de él, en fila india, y entraron en un oscuro pasillo de imponente piedra que mantenía a raya al sol. Caminaron treinta pasos, giraron a la derecha y volvieron a ver la luz del día en el interior, una lozana explanada de césped con cipreses, palmeras, parras, flores en la que incluso había un pavo real.

Lo que parecía una flauta dejaba escapar una balsámica melodía. Malone vio su origen: un músico encaramado a uno de los balcones, que sostenían gruesas ménsulas de madera. Las construcciones estaban apiñadas, cada una de ellas de distinto tamaño y composición. Malone entrevió patios, escaleras, barandillas de hierro, arcos abovedados, tejados puntiagudos y angostos pasajes. Un acueducto en miniatura encauzaba el agua de un extremo al otro. Todo parecía haber surgido por casualidad. Le recordó a una aldea medieval.

Siguieron a Sombrero de Paja.

Aparte del flautista, Malone no vio a nadie, aunque el complejo estaba limpio y ordenado. El sol luchaba contra las cortinas de las ventanas, pero él no divisó movimiento alguno tras los cristales. En los banales crecían exuberantes matas cargadas de tomates. Una cosa llamó su atención: paneles solares discretamente afianzados a los tejados y algunas antenas parabólicas, todas ellas bien disimuladas en los tejadillos de madera o piedra. «Es como Disney World —pensó Malone—,

donde las cosas necesarias pasaban inadvertidas a primera vista.»

Sombrero de Paja se detuvo ante una puerta de madera que abrió con una enorme llave de latón. Entraron en un refectorio, el umbroso espacio decorado con frescos de Moisés. Olía a embutido y col agria. La madera del techo, cuyo color alternaba entre el chocolate y el amarillo mantequilla, se veía interrumpida por un panel con forma de diamante azul celeste moteado de estrellas doradas.

—Sin duda el viaje habrá sido largo —comentó Sombrero de Paja—. Tenemos comida y bebida.

En una de las mesas había una bandeja con pan negro y cuencos con tomates, cebollas y aceite. Otro recipiente contenía dátiles, y tres más enormes granadas. Un hervidor humeaba, y Malone creyó oler a té.

—Muy amable de su parte —dijo éste.

—Sí, mucho —añadió McCollum—. Pero nos gustaría ver la biblioteca.

El huesudo rostro del joven reveló irritación, pero sólo un instante.

—Es preferible que coman y descansen. Y tal vez quieran asearse antes de entrar.

McCollum dio un paso adelante.

—Hemos completado la búsqueda. Nos gustaría ver la biblioteca.

—A decir verdad, el señor Haddad ha completado la búsqueda y se ha ganado el derecho a entrar. Ni usted ni la mujer fueron invitados. —Sombrero de Paja se dirigió a Malone—. Por regla general implicar a estas dos personas invalidaría su invitación.

—Entonces ¿por qué estoy aquí?

—Hemos hecho una excepción.

—¿Cómo saben quién soy?

—Conocía el recorrido de su búsqueda.

Sombrero de Paja no dijo más. Salió del refectorio y cerró la puerta.

Ellos tres permanecieron en silencio, y al cabo Pam dijo:

—Tengo hambre.

Malone también estaba hambriento, de forma que dejó la mochila en la mesa y resolvió:

—Pues aceptemos su hospitalidad.

MARYLAND

Stephanie y Cassiopeia salieron corriendo del restaurante. No se podía hacer nada por Larry Daley. Su vehículo era una mole carbonizada que aún seguía ardiendo. La explosión se había limitado al coche, y los demás vehículos no habían sufrido apenas daños.

Había sido una ejecución.

—Tenemos que irnos —afirmó Cassiopeia.

Stephanie se mostró conforme.

Se dirigieron a la ranchera y subieron a ella, Stephanie al volante. Introdujo la llave, pero vaciló y dijo:

—¿Tú qué opinas?

—A menos que el presidente le pusiera a este coche una bomba estamos a salvo. Nadie se ha acercado a él mientras estábamos ahí.

Ella giró la llave, y el motor rugió. Stephanie salió justo cuando un coche de policía daba la vuelta a la esquina y entraba en el aparcamiento.

—¿Qué te dijo? —le preguntó Cassiopeia.

Stephanie le resumió la conversación.

—Creía que era un mentiroso de mierda, con sus conspiraciones para matar a Daniels. Pero ahora...

Una ambulancia pasó a toda velocidad por el otro carril.

—No hace falta que corran —observó ella—. Ha muerto en el acto.

—Un tanto teatral —apuntó Cassiopeia—. Hay formas mucho menos ruidosas de matar.

—A menos que quieras llamar la atención. ¿Una bomba en el coche del viceconsejero de seguridad nacional? Esto va a traer cola.

Stephanie se mantenía por debajo del límite de velocidad mientras salía de la ciudad y volvía a la carretera. Se detuvo en un cruce y giró hacia el sur.

—¿Adonde vamos ahora? —quiso saber Cassiopeia.

—Tenemos que encontrar a Green.

Cuando llevaban recorridos menos de diez kilómetros vio por el retrovisor que un coche se acercaba deprisa. Ella esperaba que la adelantara y enfilara a toda velocidad la casi desierta carretera de dos carriles, pero el Ford cupé gris aminoró la marcha cerca del parachoques de la ranchera. Stephanie vio a dos figuras en los asientos de delante.

—Tenemos visita.

Iban a cien por hora, la carretera serpenteando por la arbolada campiña. Tan sólo un puñado de casas interrumpía los campos y el bosque.

Por la ventanilla del asiento del copiloto del Ford asomó un arma. Un ruido seco y la bala arrancó un sonido metálico a la luneta de la ranchera, pero no rompió el cristal.

—Dios bendiga al servicio secreto —exclamó Stephanie—. Es antibalas.

—Pero las ruedas no.

Cassiopeia tenía razón, así que Stephanie pisó el acelerador. El Ford no se quedó atrás, y ella pegó un volantazo a la izquierda y se metió en el carril opuesto, frenó y dejó que el Ford la adelantara. Al hacerlo, el copiloto disparó al lateral de la ranchera, pero los proyectiles rebotaron.

—También tenemos blindaje —comentó Cassiopeia.

—Te encantarían los tanques. ¿Alguna idea de quiénes son?

—El que ha disparado nos perseguía en el paseo el otro día, así que me atrevería a decir que los saudíes nos han localizado.

—Debían de seguir a Daley y aparecimos nosotras.

—Qué suerte.

Stephanie volvió con rapidez al carril que se dirigía al sur, ahora tras el Ford. Cassiopeia bajó su ventanilla e hizo pedazos la luneta del coche de dos disparos. El Ford intentó realizar una maniobra similar, cambiar de carril, pero se vio obligado a volver al suyo para evitar un camión que se aproximaba. Cassiopeia aprovechó el momento para disparar nuevamente.

El copiloto del Ford fue a disparar, pero Cassiopeia hizo fuego y se lo impidió.

—Tenemos más problemas —anunció Stephanie—. Detrás. Otro coche.

El otro vehículo iba pegado a su parachoques. En él también había dos hombres. Stephanie no redujo la marcha. Detenerse los dejaría a merced de aquellos hombres armados.

Cassiopeia pareció evaluar la situación y decidió:

—Voy a darles a las ruedas del de delante. Después nos ocuparemos del otro.

Del exterior llegó un ruido sordo y después un estallido.

Stephanie notó que la parte posterior derecha del vehículo se sacudía y supo en el acto lo que había pasado: les habían reventado un neumático. Ella pisó el freno y no perdió el control del coche.

Otro ruido y la parte trasera izquierda empezó a sacudirse también.

Ella sabía que los disparos normales no hacían reventar los neumáticos, pero estaban perdiendo aire, y tan sólo disponían de unos minutos antes de quedarse sobre las llantas. Dejó que el coche siguiera rodando, lo cual les permitiría avanzar otro kilómetro y pico.

Cassiopeia le entregó un arma y cambió el cargador de la suya. Para empezar podían protegerse con el blindaje de la ranchera, pero después vendría el tiroteo, y la temprana hora y el rural entorno ofrecían demasiada impunidad a sus atacantes.

La parte trasera se pegó al asfalto, y un sonoro ruido metálico le dijo que la carrera había terminado.

Stephanie detuvo el vehículo y alzó el arma.

El Ford derrapó y se situó a un lado, y el coche de detrás siguió su ejemplo.

De ambos coches salieron hombres armados.

Malone se terminó la granada, una de sus frutas preferidas, y se tomó otra taza del amargo té. Los habían dejado a solas unos cuarenta y cinco minutos, aunque él tenía la sensación de que los vigilaban. Escudriñó el entorno, intentando decidir si en la estancia había cámaras. Todas las mesas estaban vacías, al igual que un aparador que había contra una pared. Imaginó el murmullo de los platos y de los cubiertos, las conversaciones en varios idiomas que sin duda acompañarían cada comida. Una puerta en el otro extremo permanecía cerrada. Intuyó que daría a la cocina. El refectorio en sí era fresco, gracias a los gruesos muros de piedra.

La puerta de fuera se abrió y entró Sombrero de Paja.

Malone reparó en que el joven parecía realizar cada una de sus acciones como si no fuese capaz de pensar en más de una cosa a la vez.

—Señor Haddad, ¿está listo para entrar en la biblioteca?

Malone asintió.

—Tengo la barriga llena y he descansado.

—Entonces podemos ir.

McCollum se levantó de la silla de un salto. Malone había estado esperando a ver qué haría.

—¿Le importa que antes vayamos al servicio?

Sombrero de Paja asintió.

—Puedo llevarlo, pero después regresará usted aquí. El invitado es el señor Haddad.

McCollum le restó importancia a la exclusión.

—Muy bien, sólo lléveme al servicio.

Sombrero de Paja preguntó:

—Señor Haddad, ¿necesita ir usted?

Malone meneó la cabeza.

—¿Es usted un Guardián?

—Lo soy.

Él estudió el redondo rostro de Sombrero de Paja. Su piel era extraordinariamente tersa, los pómulos altos, los ovalados ojos le conferían un aire oriental.

—¿Cómo pueden llevar este sitio con tan poca gente? Sólo hemos visto a una persona de camino hacia aquí.

—Eso nunca ha sido un problema.

—¿Qué hay de los intrusos? —se interesó McCollum.

—El señor Haddad es un hombre docto. No tenemos nada que temer.

Malone no dijo nada.

—Acompáñelo al servicio. Nosotros esperaremos aquí.

El Guardián se volvió hacia Pam.

—Yo estoy bien —aseguró ésta.

—No tardaremos.

Stephanie se preparó para pelear. Alguien había matado a Larry Daley y ahora la querían a ella. Estaba furiosa por haber arrastrado consigo a Cassiopeia, pero su amiga lo había elegido libremente, y en sus ojos no vio miedo ni pesar, sólo determinación.

Los cuatro hombres avanzaron hacia la ranchera.

—Encárgate de los dos de delante —le indicó Cassiopeia—. Yo me ocuparé de los de detrás.

Stephanie asintió.

Ambas se dispusieron a abrir la puerta y disparar. Tenía más sentido que quedarse allí sentadas y dejar que los tipos las acribillaran a placer. Tal vez la sorpresa les diera ventaja. Stephanie decidió protegerse con la portezuela y la ventanilla.

Entonces se oyó un golpeteo cada vez más fuerte, y el coche comenzó a vi-brar.

Stephanie vio que los dos de delante se retiraban cuando una ráfaga de viento barrió el vehículo y ante sus ojos apareció un helicóptero.

Después se presentó un coche, que se paró con un chirrido.

Ella oyó disparos, rápidos.

Los dos pistoleros de delante se giraron en redondo. Stephanie miró por el retrovisor: el coche de atrás trataba de escabullirse. Uno de los matones yacía muerto en la carretera.

El coche de la zaga dio la vuelta.

El helicóptero se hallaba suspendido a quince metros en el aire.

En el lateral se abrió una portezuela y surgió un hombre con un fusil. El helicóptero se situó en paralelo al coche que huía, y Stephanie vio, aunque no oyó, disparos. El coche giró bruscamente a la izquierda y se estrelló contra un árbol.

Los dos tipos de delante estaban tendidos en la calzada, sangrando.

Stephanie abrió la puerta de la ranchera.

—¿Todo bien por ahí? —preguntó una voz de hombre.

Ella se volvió y se encontró, junto al otro coche recién llegado, con el agente del

servicio secreto del museo.

—Sí, estamos bien.

Oyó que le sonaba el móvil. Lo cogió y respondió:

—Creí que tal vez necesitarais ayuda —dijo Daniels.

McCollum salió tras el Guardián y lo siguió por el laberinto de silenciosos edificios. El sol proyectaba sombras alargadas por encima de los tejados y en el irregular pavimento. «Una ciudad fantasma —pensó—. Muerta y sin embargo viva.»

El Guardián lo guió hasta otra construcción, donde McCollum descubrió un baño con el piso de plomo. Una cisterna de estaño suspendida del techo suministraba agua al retrete. Decidió que era el momento, así que sacó el arma, salió del servicio y pegó el cañón a la cara del joven.

—A la biblioteca.

—Usted no es el invitado.

McCollum le espetó:

—A ver qué le parece esto: le pego un tiro en la cabeza y la encuentro yo solo.

El otro pareció más perplejo que atemorizado.

—Sígueme.

VIENA

Hermann no tardó en saber que Thorvaldsen había ido a la Schmetterlinghaus. Su jefe de seguridad, un hombre fornido de tez aceitunada y personalidad enérgica, fue tras él camino del invernadero. No quería llamar la atención, así que no apresuró el paso, sonrió y saludó con naturalidad a los miembros de la Orden que pululaban por el jardín de rosas cercano a la casa.

Le gustaba el lugar que había elegido Thorvaldsen. El edificio se encontraba lo bastante alejado para poder ocuparse del problema a solas.

Que era exactamente lo que necesitaba.

A través de las plantas y las paredes de cristal Thorvaldsen vio que su anfitrión se acercaba. Reparó en su caminar resuelto y sus decididos ademanes. También reconoció al jefe de seguridad.

—Gary, viene el señor Hermann. Quiero que vayas al fondo y te ocultes entre las plantas. Es probable que esté de un humor de mil demonios, y tengo que hablar con él. No quiero que aparezcas hasta que yo te llame. ¿Te importa?

El muchacho hizo un gesto negativo.

—Venga, vete, y no hagas ruido.

El chico se escabulló por un sendero en la selva del invernadero y desapareció entre el follaje.

Hermann se detuvo en el exterior.

—Espera aquí —le dijo al jefe de seguridad—. No quiero que me molesten.

Encárgate.

Y, acto seguido, abrió de golpe la puerta de madera y apartó la cortina de plástico. Las mariposas revoloteaban silenciosas por el tibio aire. El hilo musical no había sido conectado. Thorvaldsen estaba sentado en una de las sillas que él y Sabre habían ocupado unos días antes. Vio en el acto las cartas y sacó el arma del bolsillo.

—Tienes algo que es mío —dijo con firmeza.

—Así es. Y por lo visto lo quieres.

—Esto ya no tiene gracia, Henrik.

—Tengo a tu hija.

—He decidido que puedo vivir sin ella.

—Estoy seguro de que sí. Me pregunto si lo sabrá ella.

—Al menos yo aún tengo una heredera.

El golpe fue duro.

—¿Te sientes mejor diciendo eso?

—Mucho. Pero, como tú bien has observado, es probable que Margarete sea la ruina de esta familia cuando yo haya desaparecido.

—Tal vez haya salido a su madre. Si mal no recuerdo, ella también era una mujer impulsiva.

—En muchos aspectos, pero no permitiré que Margarete se interponga en nuestro éxito. Si tienes intención de hacerle daño, házselo. Quiero lo que es mío.

Thorvaldsen agitó las cartas.

—Supongo que las habrás leído.

—Muchas veces.

—Siempre has hablado con decisión en lo relativo a la Biblia. Tus críticas eran mordaces y, debo admitir, bien razonadas. —El danés hizo una pausa—. He estado pensando. Hay dos mil millones de cristianos, algo más de mil millones de musulmanes y alrededor de quince millones de judíos. Y las palabras de estas hojas los desquiciarán a todos ellos.

—Ése es el error de la religión: no respeta la verdad. A ninguna le importa lo verdadero, sólo lo que pueden hacer pasar por la realidad.

Thorvaldsen se encogió de hombros.

—Los cristianos tendrán que admitir el hecho de que su Biblia, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, no son fiables. Los judíos aprenderán que el Antiguo Testamento relata la vida de sus antepasados en un lugar que no es Palestina. Y los musulmanes sabrán que su tierra sagrada, el más santo de sus lugares, fue la primera patria judía.

—No tengo tiempo para esto, Henrik. Dame las cartas y después mi jefe de seguridad te acompañará fuera de mi propiedad.

—Y ¿cómo vas a explicárselo a los miembros de la Orden?

—Te han llamado de Dinamarca. Una emergencia relacionada con los negocios. —Echó un vistazo alrededor—. ¿Dónde está el hijo de Malone?

Thorvaldsen se encogió de hombros.

—Divirtiéndose en alguna parte. Le dije que no se metiera en líos.

—Debiste aplicarte el cuento. Conozco los lazos que te unen a Israel, y supongo que ya los habrás informado de nuestros planes. Pero, como sin duda te habrán dicho, ya saben que vamos en busca de la Biblioteca de Alejandría, igual que ellos. Han intentado detenernos, pero hasta el momento no lo han logrado. Ahora ya es demasiado tarde.

—Depositamos mucha fe en tu empleado. Quizá te decepcione.

Hermann no podía expresar su propia incertidumbre, de modo que prefirió asegurar con energía:

—Jamás.

Malone se levantó de la mesa y sacó el arma de la mochila.

—Me preguntaba cuánto tiempo permanecerías sentado —dijo Pam.

—Lo bastante para saber que nuestro amigo no va a volver.

Se echó la mochila al hombro y abrió la puerta. No se oían voces, ni la flauta. De pronto el complejo de construcciones parecía sagrado e inquietante.

Las campanas dieron las tres de la tarde.

Malone echó a andar por diversos edificios, cada uno de ellos con el color y la textura de las hojas marchitas. Una torre pardusca se erguía solemne, coronada por un tejado convexo. La irregularidad del pavimento revelaba su edad. La única señal de vida que se veía era la ropa —prendas interiores, calcetines, pantalones— tendida en un balcón.

Al doblar una esquina vio a McCollum y Sombrero de Paja, a unos treinta metros, cruzando una plazoleta con una fuente. A todas luces el monasterio tenía acceso a un pozo, ya que el agua no parecía suponer problema alguno. Tampoco la energía, a juzgar por la cantidad de paneles solares y parabólicas.

McCollum apuntaba a Sombrero de Paja a la cabeza.

—Me alegra saber que no nos equivocábamos sobre nuestro socio —susurró.

—Supongo que quiere ser el primero en verla.

—Eso sí que es una grosería. ¿Vamos?

McCollum seguía al guardián y le apuntaba con el arma a la cabeza. Dejaron atrás más construcciones y se adentraron en el complejo, aproximándose a un punto en el que la obra del hombre se fundía con la naturaleza.

Detestaba tanta quietud.

Junto a una pared rocosa había una modesta iglesia pintada de amarillo pálido. Dentro, la abovedada nave contaba con luz natural y estaba atestada de iconos, trípticos y frescos. Sobre un rico suelo de mosaico pendían varias arañas de plata y oro. Aquella opulencia marcaba un fuerte contraste con el sencillo exterior.

—Esto no es una biblioteca —afirmó McCollum.

En el altar apareció un hombre, también de tez cetrina, pero menudo y con el cabello blanco ceniciento. Y de mayor edad, frisaría los setenta.

—Bienvenido —lo saludó—. Soy el bibliotecario.

—¿Está usted al cargo?

—Tengo ese honor.
—Quiero ver la biblioteca.
—Para ello deberá soltar al hombre al que retiene.
Sabre apartó al Guardián de un empujón.
—De acuerdo. —Apuntó al bibliotecario—. Lléveme hasta ella.
—Claro.

Malone y Pam entraron en la iglesia. Dos hileras de columnas de granito, pintadas de blanco y con el capitel dorado, exhibían medallones con efigies de profetas del Antiguo Testamento y apóstoles del Nuevo. En los frescos de los muros, Moisés recibía las Tablas de la Ley y se postraba ante la zarza ardiente. Relicarios, patenas, cálices y cruces descansaban en armarios con el frente de cristal.

Ni rastro de McCollum o Sombrero de Paja.

A la derecha, en un recoveco, Malone vio dos vitrinas de bronce. Una contenía cientos de cráneos parduscos apilados, formando un horrendo montículo; la otra albergaba un espantoso revoltijo de huesos.

—¿Guardianes? —sugirió Pam.

—Supongo.

Algo más en aquella nave iluminada por el sol llamó su atención: no había bancos. Malone se preguntó si se trataría de una iglesia ortodoxa. Era difícil de decir basándose en la decoración, que parecía una ecléctica mezcla de religiones.

Cruzó el piso de mosaico hasta el cubículo opuesto.

Dentro, en una repisa de piedra y ante una colorida vidriera, había un esqueleto vestido con un hábito púrpura y una cogulla, sentado, la cabeza levemente ladeada, como en actitud inquisidora. Los huesos de los dedos, en los que aún se veían restos de carne seca y fragmentos de las uñas, se aferraban a un báculo y un rosario. Debajo, en el granito, había tres palabras grabadas:

CUSTOS RERUM PRUDENTIA

—La prudencia es la guardiana de las cosas —tradujo él. El mensaje parecía claro.

El chirrido de una puerta que se abría y cerraba resonó al otro lado del iconostasio, en la parte delantera de la iglesia. Con el arma en ristre, Malone se acercó y cruzó la entrada que se abría en mitad de la ornada mampara.

Al fondo se veía una única puerta.

Se aproximó.

Era de cedro, y encima se leían las palabras del Salmo 118: «Ésta es la puerta de

Yavé; entran por ella los justos.»

Malone agarró el asidero de cuerda y tiró. La puerta se abrió entre gemidos. Sin embargo él reparó en algo más: por el otro lado, la antigua puerta estaba dotada de un añadido moderno, un cerrojo de seguridad electrónico. Un cable serpenteaba hasta la bisagra y desaparecía en un orificio practicado en la piedra.

Pam también lo vio.

—Esto es muy raro.

Él asintió.

Después miró al otro lado y su confusión aumentó.

MARYLAND

Stephanie bajó de un salto del helicóptero que las llevó a ella y Cassiopeia de vuelta a Camp David. Daniels las esperaba en la plataforma de aterrizaje. Stephanie fue directa a él mientras el vehículo se elevaba en el cielo y desaparecía entre las copas de los árboles.

—Usted será el presidente de Estados Unidos —le soltó—, pero es un maldito hijo de puta. Nos mandó allí a sabiendas de que nos atacarían.

Daniels puso cara de incredulidad.

—¿Cómo iba a saberlo?

—Y el helicóptero con el tirador pasaba por allí, ¿no? —preguntó Cassiopeia.

El presidente hizo un gesto.

—Demos un paseo.

Echaron a andar por un ancho sendero. Tres agentes del servicio secreto los seguían a unos veinte metros.

—Cuéntame lo sucedido —le pidió Daniels.

Stephanie se tranquilizó, resumió la mañana y terminó diciendo:

—Creía que alguien está conspirando para matarlo a usted.

Se le hizo extraño referirse a Daley en pasado.

—Es verdad.

Se detuvieron.

—Se acabó. —Le espetó ella—. Ya no trabajo para usted, me tiene actuando en la más absoluta oscuridad. ¿Cómo espera que lo haga?

—Estoy seguro de que te gustaría recuperar tu empleo, ¿no es cierto?

Ella no respondió en el acto, y su silencio transmitió, para fastidio suyo, que así era. Había dirigido el Magellan Billet desde siempre. Lo que quiera que estuviese pasando en un primer momento no la afectaba, pero ahora tipos que no le caían bien y a los que no admiraba la estaban utilizando. De manera que respondió al presidente con sinceridad:

—No si tengo que besarle el culo. —Hizo una pausa—. O seguir poniendo a Cassiopeia en peligro.

Daniels pareció quedarse como si tal cosa.

—Ven conmigo.

Camaron en silencio por el bosque hasta llegar a otra cabaña. Una vez dentro el presidente les señaló un reproductor de CD portátil.

—Escucha esto.

—Brent, no te puedo explicar los pormenores, salvo que la otra noche escuché por casualidad una conversación entre tu vicepresidente y Alfred Hermann. La Orden, o, para ser más concretos, Hermann, planea matar a tu presidente.

—¿Conoces los detalles? —inquirió Green.

—Daniels va a efectuar una visita inesperada a Afganistán la semana que viene. Hermann ha contratado a gente de Bin Laden y les ha proporcionado los misiles necesarios para destruir el avión.

—Es una acusación grave, Henrik.

—Que no acostumbro a hacer. Lo oí yo mismo, junto con el hijo de Cotton Malone. ¿Puedes informar al presidente? Anula el viaje. Eso resolverá el problema más inmediato.

—Naturalmente. ¿Qué está pasando ahí, Henrik?

—Más de lo que puedo explicar. Seguiré en contacto.

—Esto fue grabado hace una hora —explicó Daniels—. No he recibido llamada alguna de mi leal fiscal general. Cabría pensar que al menos podría haberlo intentado. Como si fuera difícil localizarme.

Stephanie quería saber algo.

—¿Quién mató a Daley?

—Larry, Dios se apiade de su alma, se propasó. Es evidente que era un hombre ocupado. Sabía que algo iba a pasar y decidió hacer de llanero solitario. Ése fue su error. Los que tienen esas memorias USB, ellos fueron quienes mataron a Larry.

Ella y Cassiopeia se miraron. Al cabo Stephanie dijo: —Green.

—Parece que tenemos un ganador del concurso quién es untraidor.

—Pues ordene que lo detengan —sugirió ella.

Daniels meneó la cabeza.

—Necesitamos más. El artículo tres, apartado tercero de la Constitución es muy claro: constituye un acto de traición contra Estados Unidos cooperar con el enemigo. Quienes me quieren muerto son nuestro enemigo, pero no se puede condenar a nadie por traición a menos que se cuente con el testimonio de dos testigos y un intento claro. Necesitamos más.

—Supongo que podría volar a Afganistán y, después de que su avión estalle en mil pedazos, tendríamos ese intento claro. Cassiopeia y yo podemos ser los dos testigos.

—Muy bueno, Stephanie. Vale, erais el cebo, pero os guardé las espaldas.

—Muy amable por su parte.

—No se puede levantar la liebre sin un buen perro. Y disparar antes de que eso suceda es malgastar cartuchos.

Ella entendió. Había ordenado eso mismo numerosas veces.

—¿Qué quiere que hagamos? —preguntó con resignación.

—Ir a ver a Brent Green.

Malone contemplaba la desconcertante escena. La puerta de la iglesia se abría al interior de la montaña. Ante sí se extendía un salón rectangular de unos quince metros de ancho y otros tantos de fondo. Iluminado con apliques de plata, los muros de granito brillaban como espejos, en el suelo otro bonito mosaico, el techo decorado con cenefas y arabescos en rojo y marrón. En el extremo opuesto de la estancia se alzaban seis filas de pilares de mármol negro y gris. Entre los pilares se abrían siete entradas, cada una de ellas una oscura boca sobre la cual se veía una letra en redonda: «v s o v o d a». Sobre los caracteres se leía otro pasaje bíblico. Del Apocalipsis, en latín.

Malone tradujo en voz alta.

—«No llores, mira que ha vencido el león de la tribu de Judá para abrir el libro y sus siete sellos.»

Oyó unos pasos que resonaban en alguna de las aberturas; imposible decir en cuál de ellas.

—McCollum está ahí dentro —afirmó Pam—. Pero ¿dónde?

Él se acercó a una de las aberturas y entró. Dentro, un túnel se adentraba aún más en la roca, a cada seis metros más apliques de bajo voltaje. Echó un vistazo a la entrada contigua, que también se hundía en la montaña.

—Interesante: otra prueba. Hay siete caminos distintos para la biblioteca. —Se quitó la mochila—. ¿Qué ha sido de los días en que uno simplemente se sacaba un carné?

—Es probable que hayan corrido la misma suerte que los aterrizajes convencionales en avión.

Él sonrió.

—La verdad es que hiciste un buen salto.

—No me lo recuerdes.

Malone miró con atención las siete entradas.

—Sabías que McCollum pasaría a la acción, ¿no? Por eso lo dejaste ir con el Guardián.

—No ha venido por la experiencia intelectual. Y no es ningún buscador de tesoros: ese tipo es un profesional.

—Igual que el abogado con el que yo salía, era algo más que un abogado.

—Los israelíes jugaron contigo. No te hagas mala sangre. También lo hicieron

conmigo.

—¿Crees que todo esto estaba organizado?

Él meneó la cabeza.

—Más bien nos han manipulado. Recuperamos a Gary con demasiada facilidad. ¿Y si se suponía que yo tenía que matar a esos secuestradores? Así, cuando fuera en busca de George, ellos no tendrían más que seguirme. Claro que tú estabas allí y los israelíes andaban a la zaga, de modo que se aseguraron de que te llevara conmigo, dándome un susto en el aeropuerto y en el hotel. Tiene sentido. De esa forma los israelíes podían matar a George y asunto liquidado. Y el que se llevó a Gary se ha unido a nosotros para encontrar esto, lo que significa que los secuestradores tienen unas prioridades distintas de las de los israelíes.

—¿Crees que McCollum se llevó a Gary?

—O él o la persona para la que trabaja.

—Entonces ¿qué hacemos?

Malone sacó de la mochila los cargadores que le quedaban y se los metió en el uniforme.

—Ir por él.

—¿Qué puerta?

—Tú misma diste con la respuesta en Lisboa cuando dijiste que Thomas Bainbridge dejó pistas. Leí su novela en el avión: nada en ella se parece ni remotamente a lo que hemos vivido nosotros. Su biblioteca desaparecida se encuentra en el sur de Egipto. Ni búsqueda del héroe ni nada. Pero ese cenador de su jardín... es otra cuestión. Le estuve dando vueltas a la última parte del texto que nos proporcionó McCollum. No tendría sentido echar a andar sin más una vez aquí.

—A menos que apuntes con un arma a la cabeza de alguien.

—Cierto. Pero algo no casa. —Malone señaló las entradas—. Con tantas puertas podrían llevar fácilmente a un intruso por el mal camino. Y ¿dónde está todo el mundo? Este sitio está desierto.

Releyó las letras que había sobre las puertas: «v s o v o d a».

Y cayó en la cuenta.

—Tú siempre me estabas dando la lata con lo de para qué servía mi memoria eidética.

—No. Me preguntaba por qué no recordabas ni mi cumpleaños ni nuestro aniversario.

Él sonrió.

—Esta vez viene bien tener buena memoria. Recuerda la última parte del texto de la búsqueda: «cuidado con las letras». El cenador de Bainbridge Hall, las letras en redonda. —Él las veía mentalmente con toda claridad: D OUOSVAVV M—. Acuérdate de que me preguntaste por qué la «D» y la «M» estaban separadas de las

otras ocho. —Señaló las entradas—. Ahora lo sabemos: con una se entra y con la otra supongo que se sale. De lo que no estoy seguro es cuál es cuál, pero estamos a punto de averiguarlo.

VIENA

Thorvaldsen analizó su situación: tenía que vencer a Hermann, y con ese propósito llevaba el arma bajo el suéter. Todavía tenía en su poder las cartas de san Agustín y san Jerónimo, pero Hermann también empuñaba un arma.

—¿Por qué secuestraste a Gary Malone? —quiso saber.

—No tengo la menor intención de ser interrogado.

—¿Por qué no me complaces un momento, dado que no tardaré en marcharme?

—Para que su padre hiciera lo que queríamos que hiciese. Y funcionó. Malone nos ha llevado directamente a la biblioteca.

Recordó la conjetura del vicepresidente la noche anterior y decidió insistir en ello.

—¿Estás al tanto?

—Siempre lo estoy, Henrik. Ésa es la diferencia entre nosotros, el motivo por el que dirijo esta organización.

—Los miembros de la Orden desconocen tus planes, sólo creen entender. —Tanteaba para ver si sacaba algo más. Le había pedido a Gary que se escondiera por dos motivos: uno, para que no se supiese que el muchacho había oído la conversación de la noche anterior, pues ello los pondría a ambos en serio peligro; y dos, porque sabía que Hermann acudiría armado y necesitaba ocuparse él solo de la amenaza.

—Depositán su confianza en el Círculo —decía Hermann—. Y nunca los hemos decepcionado.

Thorvaldsen sacudió las hojas.

—¿Es esto lo que pensabas enseñarme?

El austríaco asintió.

—Esperaba que cuando vieses la falacia de la Biblia, sus errores intrínsecos, comprendieras que sólo le estamos diciendo al mundo lo que debió contarse hace mil quinientos años.

—¿Está listo el mundo?

—No me apetece hablar de esto, Henrik. —Adelantó el brazo y lo apuntó con la pistola—. Lo que quiero saber es cómo has sabido de la existencia de esas cartas.

—Al igual que tú, Alfred, yo también estoy al tanto.

El arma seguía apuntándole.

—Te pegaré un tiro. Éste es mi país, y sabré ocuparme del asunto cuando hayas desaparecido. Dado que todavía tienes a mi hija, lo utilizaré. Tramaste un complot para extorsionarme y salió mal. La verdad es que dará lo mismo. A ti no te importará.

—Creo que de todas formas me prefieres muerto.

—Sin duda. Todo será mucho más fácil, en todos los sentidos.

Thorvaldsen oyó los pasos a la carrera en el mismo instante en que vio que Gary salía de entre las plantas y se abalanzaba sobre Alfred Hermann. El muchacho era alto y fuerte. Su ímpetu derribó al anciano y le hizo soltar el arma.

Gary se separó de su adversario y agarró la pistola.

Hermann, como aturdido por el ataque, se puso de rodillas, jadeante.

Thorvaldsen se levantó y le arrebató el arma a Gary, asió el cañón con firmeza y, sin dejar que Hermann se pusiera en pie, le golpeó la cabeza con la culata. El aturdido austríaco cayó al suelo.

—Eso ha sido una tontería —reprendió a Gary—. Lo habría solucionado.

—¿Cómo? Le apuntaba con el arma.

El danés no quería decir que, ciertamente, no andaba muy sobrado de opciones, de manera que se limitó a coger al chico por el hombro.

—Tienes razón, muchacho. Pero no lo vuelvas a hacer.

—Claro, Henrik, sin problema. La próxima vez dejaré que le maten.

Él sonrió.

—Eres igual que tu padre.

—Y ahora ¿qué? Hay otro tipo fuera.

Thorvaldsen condujo a Gary cerca de la salida y dijo en voz queda:

—Sal y dile que Herr Hermann lo necesita. Luego deja que entre él primero. Yo me encargaré.

Malone siguió el túnel correspondiente a la letra «d». El camino era angosto, del ancho de dos personas, y se hundía profundamente en las entrañas de la roca. Describía dos giros. La luz la proporcionaban más apliques de bajo voltaje. En el helado y misterioso aire flotaba algo que hacía que le escocieran los ojos. Tras unas vueltas más entraron en una sala decorada con espléndidos murales. Malone admiró su brillantez. El Juicio Final, el Infierno vomitando llamas en el río, el árbol de Jesé. Labradas en la pared por donde habían entrado había siete entradas, sobre cada una de ellas una letra en redonda: «d m v s o a i».

—Por la «o», ¿no? —dijo Pam.

Él sonrió.

—Lo pillas deprisa. Ése cenador indica el camino de este laberinto. Habrá siete encrucijadas más. «U o s v a v v» son las que quedan. Thomas Bainbridge dejó una pista muy buena, pero que no tiene sentido hasta que uno llega aquí. Por eso los Guardianes la dejaron estar durante trescientos años: no significa nada.

—A menos que estés en este laberinto ratonil.

Continuaron avanzando por los enigmáticos corredores. El tiempo y la energía

necesarios para construir los túneles dejó estupefacto a Malone. Sin embargo, los Guardianes llevaban más de dos mil años allí, mucho tiempo para ser innovador y concienzudo.

Se toparon con siete encrucijadas más, y a Malone le satisfizo ver que siempre aparecía una letra del cenador sobre una puerta. Tenía el arma lista, pero no oía nada. Cada encrucijada acogía una maravilla distinta de jeroglíficos, cartuchos, grabados alfabéticos y símbolos cuneiformes.

Tras pasar la séptima intersección y meterse en otro túnel, Malone supo que se aproximaban a la recta final.

Doblaron un recodo, y la luz de la salida era a todas luces más viva que la de las otras encrucijadas. McCollum podía estar allí esperando, de manera que se colocó delante de Pam y avanzó con cautela.

Al final permaneció en las sombras y echó un vistazo.

La estancia era amplia, de unos ciento cincuenta metros cuadrados, con arañas en el techo. Los muros medían unos seis metros de alto y estaban adornados con mosaicos que reproducían mapas; Egipto, Palestina, Jerusalén, Mesopotamia, el Mediterráneo. El detalle era mínimo, los litorales se difuminaban en el vacío, y los nombres estaban en griego, árabe y hebreo. En la pared opuesta se veían otras siete puertas. La que tenía una «m» encima sin duda daba a la biblioteca.

Entraron en la sala.

—Bienvenido, señor Malone —lo saludó una voz de hombre.

Dos tipos cobraron forma de entre la oscuridad de una de las otras puertas. Uno era el Guardián al que antes tenía McCollum a punta de pistola, sin el sombrero de paja; el otro, Adán, el israelí del apartamento de Haddad y el monasterio lisboeta.

Malone los apuntó con su arma.

Ni el Guardián ni Adán se movieron. Ambos se limitaron a mirarlo con preocupación.

—No soy su enemigo —aseguró Adán.

—¿Cómo ha dado con nosotros? —inquirió Pam.

—Son ustedes quienes han dado conmigo.

Malone recordó que el hombre que tenía enfrente había matado a George Haddad. Después reparó en que Adán vestía de forma similar al Guardián de menor edad: pantalones holgados, jubón metido por dentro, cinturón de cuerda y sandalias.

Ninguno de los dos iba armado.

Malone bajó la pistola.

—¿Es usted un Guardián? —le preguntó a Adán.

—Un fiel servidor.

—¿Por qué mató a George Haddad?

—No lo maté.

Un movimiento tras los dos hombres llamó la atención de Malone. Vio que una tercera figura salía de la entrada: era Eva, la otra ejecutora del piso de Haddad. Vivita y coleando.

—Señor Malone —comenzó a decir ésta—. Soy la ayudante del bibliotecario, y le debemos una explicación, pero ha de ser deprisa.

Él mantuvo la compostura.

—Lo de Londres fue una estratagema. Resultaba imprescindible que usted continuara adelante, y el bibliotecario pensó que el ardid era la mejor forma de conseguir dicho objetivo.

—¿El bibliotecario?

Ella asintió.

—Él nos guía. No somos muchos, pero siempre hemos sido los suficientes para proteger este lugar. Muchos Guardianes han desempeñado su cometido, estoy segura de que vio sus huesos en la iglesia. Sin embargo el mundo está cambiando, y cada vez nos es más difícil continuar con nuestra misión. Estamos a punto de quedarnos sin fondos, y últimamente nuestras adquisiciones han sido pésimas. Luego está la peor amenaza.

Malone aguardó a que se explicara.

—Durante los últimos años alguien nos ha estado buscando, incluso han involucrado a gobiernos. El incidente de hace cinco años con George Haddad (cuando usted logró ocultarlo) dio a conocer a un invitado y lo puso al descubierto, cosa que *nunca* había pasado antes. Todos los invitados del pasado mantuvieron su palabra de guardar el secreto salvo uno: Thomas Bainbridge. No obstante, tuvimos suerte, y su transgresión resultó útil. Su búsqueda fue posible gracias a la indiscreción de Bainbridge.

—¿Sabían que veníamos? —inquirió Pam.

—La mayor parte de su viaje la provocamos nosotros, a excepción de la agresividad que han manifestado los israelíes al intentar encontrarlos. Intervinieron incluso los americanos, pero por diferentes motivos, al parecer. Todo el mundo estaba dispuesto a utilizarnos de moneda de cambio. El bibliotecario decidió poner en marcha sucesos controlados por nosotros que condujeran directamente aquí a las personas pertinentes.

—¿Cómo es posible? —quiso saber Malone.

—Está usted aquí, ¿no es cierto?

—Fuimos a Londres para darle un empujoncito —apuntó Adán—. Utilizamos algunos efectos especiales teatrales para convencerlo de los disparos. —Adán se volvió hacia Pam—. Darle fue un accidente. No esperaba que se hallase fuera.

—Ya somos dos —repuso Malone.

—Después nos dirigimos a Lisboa —prosiguió Adán— con el propósito de hacer

lo mismo, además de distraer a los israelíes. Necesitábamos que ustedes tres vinieran aquí solos. Los otros, los de la abadía, formaban parte de un escuadrón de ejecutores del Mosad, pero ustedes los eliminaron.

Malone miró a Pam.

—Por lo visto, no has sido la única a la que se la han pegado.

—El hombre que ha venido aquí con ustedes se llama Dominick Sabre —explicó Eva—, aunque su verdadero nombre es James McCollum. Trabaja para una organización denominada la Orden del Vello de Oro, y ha venido a llevarse la biblioteca.

—Y lo he traído yo —se lamentó Malone.

—No —corrigió Adán—. *Nosotros* le permitimos que lo trajera.

—¿Dónde está el “bibliotecario”? —se interesó Pam.

Adán señaló las entradas.

—Ahí dentro, con Sabre. A punta de pistola.

—Cotton —dijo Pam—. ¿Te das cuenta de lo que están diciendo? Si Eva no murió...

—El bibliotecario es George Haddad.

Eva asintió, las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

—Va a morir.

—Ha llevado dentro a Sabre a sabiendas de que no volverá —informó el guardián de menor edad.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Malone.

—O bien la Orden o bien Sabre quieren este sitio. ¿Cuál de los dos? Aún está por ver. Pero, pase lo que pase, nos matarán a todos. Dado que sólo somos un puñado no será muy difícil.

—¿No hay armas en este sitio?

Adán negó con la cabeza.

—No están permitidas.

—¿Merece la pena morir por lo que hay ahí detrás? —le planteó Pam.

—Sin duda —replicó Adán.

Malone sabía lo que estaba pasando.

—Su bibliotecario fue responsable de la muerte de un Guardián hace mucho tiempo, y cree que su muerte expiará ese pecado.

—Lo sé —aseguró Eva—. Esta mañana los vio lanzarse en paracaídas y supo que era su último día. Me dijo lo que iba a hacer. —Se adelantó, las lágrimas le corrían ahora por las mejillas—. Dijo que usted detendría lo que estaba pasando. Así que sálvelo. No tiene por qué morir. Sálvenos a todos.

Malone se situó frente a la puerta de la «m» y agarró el arma con firmeza. Dejó la mochila en el suelo y le pidió a Pam:

—Quédate aquí.

—No —se opuso a ella—. Voy contigo.

Se encaró con Pam. Esa mujer, a la que había querido y odiado, siempre lo retaba, igual que Haddad.

—Quiero ayudar —aseveró.

Él no tenía idea de lo que sucedería dentro.

—Gary necesita al menos a un progenitor.

Ella lo miró fijamente y repuso:

—Ese anciano también nos necesita.

MARYLAND

Stephanie escuchaba la Fox News Radio. Habían informado de la bomba en el coche, dado a conocer la matrícula del vehículo e identificado a Daley. Los comensales del restaurante habían confirmado la identificación física, además de describir a la mujer que se hallaba sentada con él. Los testigos habían referido que ésta, junto con otra mujer de piel oscura, habían salido corriendo de allí antes de que llegara la policía.

Como era de esperar, la prensa no informó de que se habían encontrado unos hombres armados muertos a escasos kilómetros del lugar de la explosión. La operación de limpieza del servicio secreto había sido rápida y minuciosa.

Ahora conducían otro coche, un Chevrolet Tahoe, que Daniels les había proporcionado. El presidente las quería lejos de Camp David antes de que ella hiciera la llamada. Cuando se hallaban a más de cien kilómetros al sur, en las ameras del norte de Washington, Stephanie cogió su móvil y marcó el número de Green.

—Estaba esperando —dijo éste al cogerlo—. ¿Te has enterado de lo de Daley?

—Teníamos asientos de primera fila. —Y le contó lo que había ocurrido en el restaurante.

—¿Qué hacías allí?

—Desayunar. Invitaba él.

—¿A qué viene esa frivolidad?

—Ver morir a un hombre te cambia la actitud.

—¿Qué está pasando? —exclamó Green.

—Los que mataron a Daley trataron de liquidarnos a Cassiopeia y a mí, pero conseguimos zafarnos. Por lo visto seguían a Daley, y fueron por nosotras nada más salir del restaurante.

—Parece que tienes siete vidas, Stephanie.

—Daley me hizo algunas revelaciones, Brent. Están pasando muchas cosas, y él se hallaba al tanto.

—¿Era él el traidor?

—Lo dudo. Ese título es para el vicepresidente. Daley había reunido mucha información sobre él.

Stephanie siguió conduciendo y escuchó el silencio al otro lado del teléfono.

—¿Pruebas sólidas?

—Lo bastante buenas para *The Washington Post*. Estaba aterrado, por eso quedó

conmigo. Quería ayuda, y me dio algunas cosas.

—En ese caso tu vida corre peligro, Stephanie.

—De eso ya nos hemos dado cuenta. Ahora necesitamos tu ayuda.

—Claro, cuenta con ella. ¿Qué quieres que haga?

—Las memorias USB de casa de Daley guardan relación con las pruebas que tengo. Juntas bastan para acabar con el vicepresidente. Cuando caiga sabremos el resto, porque dudo que tenga la gentileza de hundirse solo. La pena por traición es severa, el jurado puede optar por la pena de muerte.

Nuevo silencio.

—¿Sabes si ha llamado Cotton? —preguntó Stephanie.

—Si lo ha hecho no me lo han dicho. No he tenido noticias de nadie. ¿Qué hay de Thorvaldsen? ¿Se ha puesto en contacto con Cassiopeia?

—No.

El corazón se le encogió al constatar que Brent Green formaba parte de lo que estaba pasando. El dolor que reflejó su rostro le reveló a Cassiopeia la traición del fiscal general.

—Tenemos que vernos, Brent. En privado. Solos tú, yo y Cassiopeia. ¿Cómo tienes la agenda?

—Nada que no pueda cambiar.

—Bien. Daley tenía más pruebas, material que, a su juicio, demostraba de forma concluyente quién más está en el ajo. Lleva algún tiempo recabando esa información. Los archivos que tú tienes incluyen conversaciones grabadas del jefe de gabinete del vicepresidente en las que habla de la sucesión cuando el presidente haya muerto. Pero aún hay más. Tenemos que vernos en casa de Daley. ¿Puedes acercarte?

—Claro. ¿Sabes dónde escondía la información?

—Sí.

—Pues acabemos con esto.

—Ésa es la idea. Nos vemos allí en media hora.

Y colgó.

—Lo siento —dijo Cassiopeia.

No dijo más. No quería agrandar la herida.

—Hemos de mantener los ojos bien abiertos. Green ordenó matar a Daley, ahora lo sabemos. Y también planea cargarse al presidente.

—Y a nosotras —apuntó Cassiopeia—. Esos tipos trabajaban para los saudíes. Por lo que se ve los árabes piensan que Green y el vicepresidente están de su lado, pero el vicepresidente también anda en tratos con la Orden, lo que significa que los saudíes no verán nada. La Orden se hará con todo y lo utilizará como le convenga.

El tráfico de la autopista interestatal se intensificó cuando llegaron a Washington. Stephanie aminoró la velocidad y repuso:

—Esperemos que los árabes se den cuenta antes de que decidan ocuparse de nosotras.

PENÍNSULA DEL SINAI

George Haddad llevó a su verdugo a la Biblioteca de Alejandría. La subterránea sala, vivamente iluminada, podía deslumbrar a primera vista. Los muros estaban ornamentados con mosaicos que recogían el espíritu de la vida cotidiana: un barbero afeitando, un pedicuro, un pintor, hombres confeccionando lienzos. Él todavía recordaba su primera visita, pero su agresor no parecía impresionado.

—¿De dónde obtienen la energía?

—¿Tiene usted nombre? —preguntó Haddad.

El anciano frunció las pobladas cejas.

—Soy viejo, difícilmente constituyo una amenaza para usted. Sólo siento curiosidad.

—Me llamo Dominick Sabre.

—¿Ha venido por usted mismo o por otros?

—Por mí mismo. He decidido hacerme bibliotecario.

Haddad sonrió.

—Comprobará que el trabajo supone todo un desafío.

Sabre pareció relajarse y echó un vistazo a su alrededor. La sala se parecía a una catedral, incluso tenía un techo de bóveda de cañón. El rojo granito brillaba como una gema. Del suelo al techo se alzaban columnas talladas en la misma piedra, cada una ornada con letras, rostros, plantas y animales. Todas aquellas cavidades y los corredores en su día habían sido las minas de los faraones, abandonadas durante siglos y remodeladas a lo largo de las centurias que siguieron por hombres obsesionados con el conocimiento. Por aquel entonces la luz la proporcionaban teas y lámparas de aceite. Sólo en los últimos cien años la tecnología había permitido eliminar el hollín y recuperar la belleza original.

Sabre señaló un emblema en mosaico que destacaba en la pared del fondo.

—¿Qué es?

—Una almádena egipcia vista de frente, decorada con la cabeza de un chacal, con una piedra encima. El jeroglífico que expresa maravilla. Cada una de las salas de la biblioteca tiene un símbolo que da nombre a la estancia. Ésta es la Sala de la Maravilla.

—Aún no me ha dicho de dónde sale la energía.

—Es solar. La electricidad es de bajo voltaje, pero basta para alimentar luces, los ordenadores y un equipo de comunicaciones. ¿Sabía que el concepto de energía solar

nació hace más de dos mil años? Sin embargo la idea cayó en el olvido hasta hace unos cinco decenios.

Sabre movió el arma.

—¿Adonde lleva esa puerta?

—A las otras cuatro salas: las de la Competencia, de la Eternidad y la Vida, y la de Lectura. En todas ellas hay rollos, como puede ver. En esta sala aproximadamente diez mil.

Haddad se dirigió al centro con naturalidad. Estanterías de piedra con huecos en forma de rombo y el borde torneado, formando largas hileras, albergaban rollos apilados.

—Muchos ya no se pueden leer: el tiempo ha hecho estragos en ellos. Sin embargo aquí se guardan conocimientos de todo tipo: obras de Euclides, el matemático; tratados de medicina escritos por Herófilo; la *Historia* de Maneto, sobre los primeros faraones; Calímaco, el poeta y gramático...

—Habla usted mucho.

—Sólo pensé que, dado que pretende ser el bibliotecario, debería empezar a aprender su oficio.

—¿Cómo se han conservado todos estos libros?

—Los primeros Guardianes escogieron bien el lugar: la montaña es seca. La humedad no es frecuente en el Sinaí, y el agua es el mayor enemigo de la palabra escrita, además de, naturalmente, el fuego. —Señaló los extintores, repartidos a intervalos regulares por la estancia.

—Veamos las otras salas.

—Claro. Debería verlo todo.

Guió a Sabre hasta la entrada, satisfecho.

Por lo visto su atacante no sabía quién era.

De ese modo la cosa quedaba igualada.

Hermann abrió los ojos y vio tres mariposas posadas en su manga, tenía el brazo extendido en el suelo pardusco de la Schmetterlinghaus. La cabeza le dolía, y recordó el golpe que le había propinado Thorvaldsen. No sabía que el danés pudiese ser tan violento.

Se levantó a duras penas y vio a su jefe de seguridad tendido boca abajo, a seis metros de él.

Su arma había desaparecido.

Se acercó hasta su empleado dando tumbos, agradecido de que no hubiese nadie. Consultó su reloj: había estado veinte minutos fuera de combate. Sentía un dolor punzante en la sien izquierda. Se la palpó y descubrió que tenía un chichón.

Thorvaldsen pagaría por esa agresión.

El mundo seguía siendo borroso, pero se dominó y se sacudió el polvo de la ropa. Después se agachó y zarandeó al jefe de seguridad hasta despertarlo.

—Tenemos que irnos —dijo.

El otro se frotó la frente y se puso en pie.

Hermann recobró la firmeza y ordenó:

—Ni una palabra de esto a nadie.

Su empleado asintió.

El austríaco se acercó al teléfono y levantó el auricular.

—Por favor, localice a Henrik Thorvaldsen.

Se sorprendió cuando la voz al otro lado le informó en el acto del paradero del danés:

—Está fuera, se dispone a marcharse.

PENÍNSULA DEL SINAI

Sabre no se creía su buena suerte: había encontrado la Biblioteca de Alejandría. A su alrededor había rollos, papiros, pergaminos y lo que el anciano llamaba códices: pequeños libros compactos, las páginas quebradizas y pardas, colocados uno junto a otro en los estantes, cual cadáveres.

—¿Por qué el aire es tan fresco? —quiso saber.

—El aire seco del exterior entra a través de ventiladores y la montaña lo enfría. Otra innovación añadida en décadas recientes. Los Guardianes que me precedieron eran ingeniosos, se tomaban en serio su cometido. ¿Lo hará usted?

Se encontraban en la tercera sala, la de la Eternidad, otro jeroglífico en mosaico —un hombre acuclillado con los brazos en alto— en lo alto de la pared. Estanterías de punta a punta atesoraban más códices; entre medias, estrechos pasillos. El bibliotecario explicó que éstos eran libros del siglo VII, justo antes de que la primigenia Biblioteca de Alejandría fuese saqueada definitivamente por los musulmanes.

—Se recuperó mucho durante los meses que precedieron a ese desastre —informó el bibliotecario—. Estas palabras no existen en ninguna otra parte de este planeta. Lo que el mundo considera Historia cambiaría si se estudiaran.

A Sabre le gustó lo que estaba oyendo. Todo ello se traducía en una cosa: poder. Necesitaba saber más, y deprisa. Era posible que Malone hubiese obligado a otro Guardián a que lo guiara por el laberinto, pero su rival también podía limitarse a esperar a que él saliera, lo cual parecía más lógico. Sabre había marcado cada una de las puertas que habían tomado con una «x» raspada en la piedra. Salir le resultaría sencillo. Y entonces se ocuparía de Malone.

Pero primero tenía que saber lo que Alfred Hermann habría preguntado:

—¿Hay aquí manuscritos del Antiguo Testamento?

A Haddad le satisfizo que su invitado por fin abordara el motivo de su visita. Se había tomado muchas molestias para que así fuera: después de fingir su muerte en Londres se dispuso a esperar. Tenía el apartamento con micrófonos y cámaras ocultas, para comprobar si acudía alguien más. En efecto, el hombre que lo apuntaba con la pistola había encontrado la información que él dejó en el ordenador y la cinta.

Luego, en Bainbridge Hall, Haddad esperaba a Malone, ya que el material que

guardaba bajo la cama llevaba directamente allí. Que apareciera Sabre lo sorprendió un tanto, y el hecho de que éste matara a los dos hombres a los que él mismo había enviado a la mansión no hizo sino confirmar sus malas intenciones.

Uno de los Guardianes se las arregló para seguir a Malone hasta el hotel Savoy y presenció un desayuno con Sabre. Luego esos mismos ojos vieron que los dos, además de la ex mujer de Malone, cogían un avión rumbo a Lisboa. Dado que el propio Haddad había ideado la búsqueda que Malone estaba emprendiendo, sabía exactamente adonde se dirigían los tres.

Razón por la cual envió a Adán y Eva a Lisboa: para asegurarse de que nada impidiera que Malone y su nuevo aliado llegaran al Sinaí.

Haddad pensó que la amenaza vendría de algún gobierno: israelí, saudí o americano, pero ahora se daba cuenta de que el mayor peligro lo suponía el hombre que tenía a dos metros de distancia. Esperaba que Sabre trabajara por su cuenta. Y al ver la expectación en las palabras y los actos del otro hombre supo a ciencia cierta que la amenaza se podía frenar.

—Tenemos muchos textos relativos a la Biblia —respondió—. Era un tema cuyo estudio suscitaba un enorme interés en la biblioteca.

—El Antiguo Testamento. En hebreo, ¿Existe algún manuscrito?

—Tres: dos supuestamente copiados de textos anteriores y uno original.

—¿Dónde?

Haddad señaló la puerta por la que habían entrado.

—Dos habitaciones más atrás, en la Sala de la Competencia. Si pretende ser el bibliotecario, tendrá que aprender dónde se guarda el material.

—¿Qué dicen esos textos?

Él fingió ignorancia.

—¿A qué se refiere?

—He visto cartas. De san Jerónimo y san Agustín. Hablan de cambios en el Antiguo Testamento, de modificaciones en las traducciones. Hubo otros invitados, cuatro, que estudiaron eso mismo. Hace cinco años uno de ellos, un palestino, aseguró que el Antiguo Testamento relataba la vida de los judíos no en Palestina, sino en algún lugar de Arabia Saudí. ¿Qué sabe usted al respecto?

—Bastante. Y está en lo cierto: las traducciones de la Biblia aceptada son erróneas. El Antiguo Testamento es un testimonio de la vida de los judíos en el oeste de Arabia, para más señas. He leído numerosos manuscritos aquí, en la biblioteca, que lo demuestran. He visto mapas de la antigua Arabia que indican los lugares bíblicos.

El arma lo apuntó directamente.

—Enséñemelos.

—A menos que sea capaz de leer en hebreo o árabe no le dirán nada.

—Por última vez, viejo, enséñemelos o le pego un tiro y pruebo con sus empleados.

Él se encogió de hombros.

—Sólo intentaba ser servicial.

Sabre no sabía si las hojas y códices que se extendían ante sí eran lo que Alfred Hermann buscaba. Daba igual. Tenía intención de hacerse con todo cuanto lo rodeaba.

—Éstos son tratados escritos en el siglo II por filósofos que estudiaban en Alejandría —informó el bibliotecario—. Por aquel entonces los judíos empezaban a ser una fuerza política en Palestina e imponían su supuesta presencia histórica, proclamando su derecho a la tierra. ¿Le suena? Esos eruditos determinaron que no existía semejante presencia histórica. Estudiaron los textos hebreos del Antiguo Testamento, que se conservaban en la biblioteca, y descubrieron que los relatos, tal y como los judíos los contaban oralmente antaño, eran muy diferentes en los textos, sobre todo los más antiguos. Al parecer, con el tiempo, las historias se fueron adaptando más y más a la patria de entonces de los judíos, que había acabado siendo Palestina. Sencillamente olvidaron su pasado en Arabia. De no ser por los topónimos, que no cambiaron, y el Antiguo Testamento escrito en el hebreo original, esa historia no se habría descubierto. —El bibliotecario señaló uno de los códices—. Ése es muy posterior, del siglo V, cuando los cristianos decidieron que querían incluir el Antiguo Testamento en su Biblia. Este tratado deja claro que las traducciones se modificaron para ajustar el Antiguo Testamento al Nuevo. Una tentativa consciente de fabricar un mensaje utilizando la historia, la religión y la política.

Sabre miró fijamente los libros.

El bibliotecario señaló a otro montón de pergaminos que se hallaban en un expositor de plástico transparente.

—Éste es el Antiguo Testamento más antiguo que tenemos, escrito cuatrocientos años antes de Cristo. Todo él está en hebreo. En el mundo no existe nada igual. Creo que la Biblia más antigua que hay fuera de esta habitación se remonta a novecientos años *después* de Cristo. ¿Es esto lo que busca?

Sabre no dijo nada.

—Es usted un tipo extraño —comentó el bibliotecario.

—¿A qué se refiere?

—¿Sabe cuántas personas han entrado aquí? Muchos miles a lo largo de los siglos. Nuestro libro de invitados es impresionante: comenzó en el siglo XII con Averroes, el filósofo árabe que rebatió a Aristóteles y desafió a san Agustín. Estudió aquí. Los Guardianes decidieron que había llegado la hora de compartir este conocimiento, pero de manera selectiva. Sólo hombres y mujeres de excepcional

inteligencia llamaron la atención de los Guardianes. Cerebros que hicieron avanzar el conocimiento. En los días anteriores a la radio, la televisión y los ordenadores, los Guardianes vivían en grandes ciudades, siempre a la búsqueda de invitados. Santo Tomas de Aquino, Dante, Petrarca, Boccaccio, Poussin, Chaucer... esos hombres estuvieron en esta sala. Montaigne escribió sus *Ensayos* aquí, y Francis Bacon concibió su famosa afirmación: «Considero que todo conocimiento es de mi competencia», aquí, en la Sala de la Competencia.

—¿Se supone que todo eso ha de decirme algo?

El anciano se encogió de hombros.

—Intento explicarle su cometido. Dice que quiere ser el bibliotecario, en cuyo caso le será otorgado un privilegio. Quienes ocuparon el cargo en el pasado conocieron a Copérnico, Kepler y Descartes. A Robespierre, a Benjamín Franklin. Incluso a Newton. Todos esos espíritus instruidos se beneficiaron de este lugar, y el mundo se benefició de su capacidad de comprensión y de ampliación de los saberes establecidos.

—Y ¿ninguno de ellos dijo nunca que había estado aquí?

—¿Por qué iban a hacerlo? Nosotros no pretendemos llevarnos los méritos. Son ellos quienes reciben el reconocimiento. ¿Si los ayudamos? Ése era nuestro cometido. Mantener esta biblioteca ha sido todo un logro. ¿Podrá continuar usted con la tradición?

Dado que no pensaba dejar que nadie más viera el sitio, Sabre preguntó lo que de verdad quería saber:

—¿Cuántos Guardianes hay?

—Nueve. Nuestras filas se han visto bastante mermadas.

—¿Dónde están? Sólo he visto a dos fuera.

—El monasterio es grande. Estarán desempeñando sus quehaceres.

Sabre hizo una señal con el arma.

—Volvamos a la primera sala. Quiero ver otra cosa.

El anciano echó a andar.

Sabre se planteó liquidarlo allí mismo, pero a esas alturas Malone ya habría averiguado lo que estaba pasando y, o bien lo esperaría al otro extremo del laberinto o bien a medio camino.

Fuera como fuese, el viejo resultaría útil.

Malone dobló la última esquina y divisó una entrada formada por dos leones alados con cabeza humana. Conocía el simbolismo: la mente del hombre, la fuerza del animal, la ubicuidad del ave. Unas puertas de mármol con goznes de bronce estaban abiertas de par en par.

Entraron y admiraron la opulencia.

A Malone le maravilló lo mucho que tuvo que llevar crear algo tan extraordinario: hileras de estanterías interrumpidas por estrechos pasillos, rebosantes de rollos. Se acercó a una y sacó el primer manuscrito. El documento se hallaba en excelentes condiciones, pero no se atrevió a desenrollarlo. Miró por el hueco del cilindro y vio que la letra aún era legible.

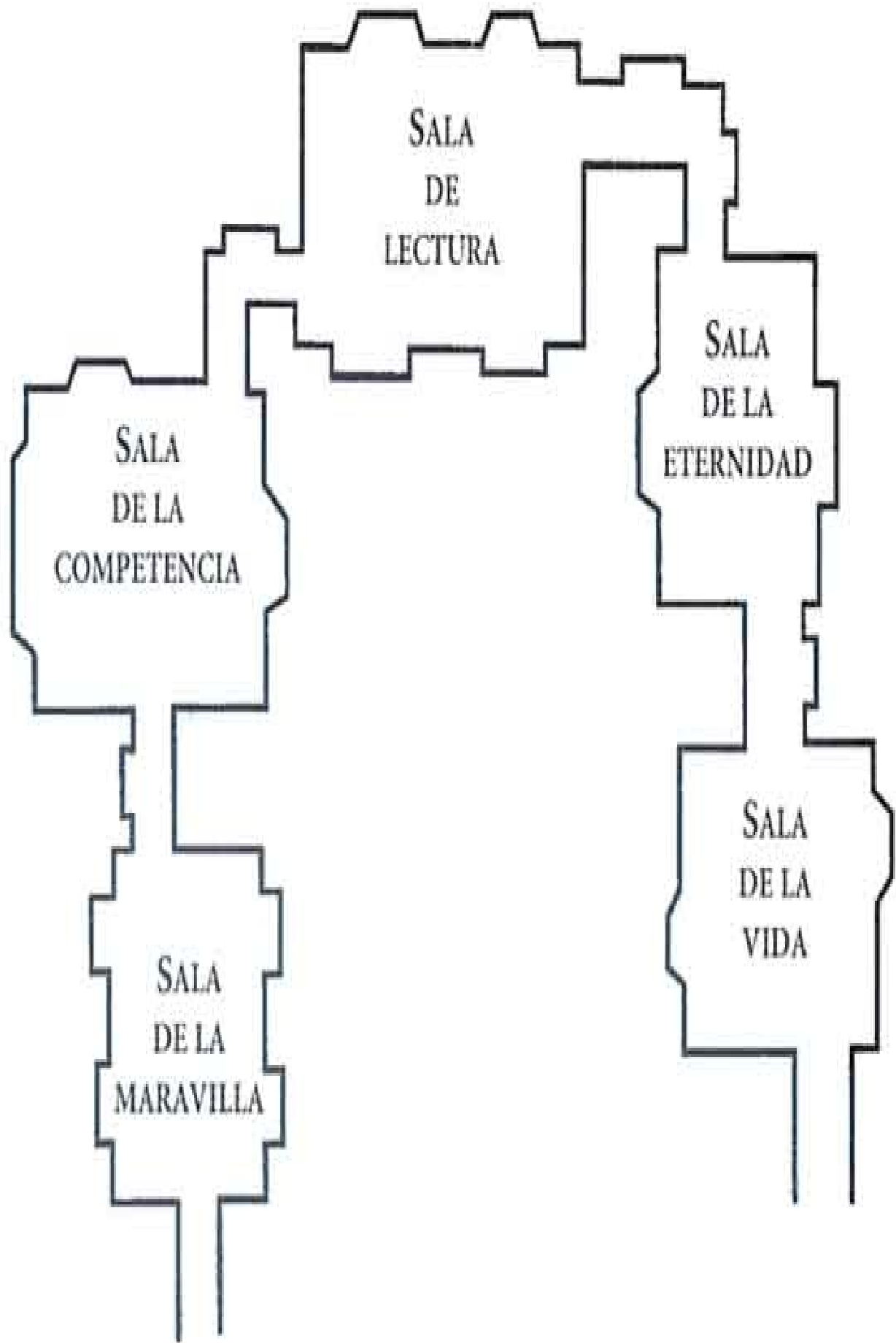
—No sabía que pudiera existir algo así —comentó Pam—. Resulta incomprensible.

Él había visto cosas sorprendentes, pero nada tan maravilloso como lo que albergaba esa estancia. Reparó, en lo alto de una de las brillantes paredes rojas, en unas palabras en latín: *AD COMMUNEM DELECTATIONEM*. Para el deleite de todos.

—Los Guardianes han logrado algo extraordinario.

Después se fijó en algo grabado en uno de los muros. Se acercó y vio una descripción de lo que había más adelante, las salas, con su nombre en latín. Las tradujo una por una en voz alta para Pam:

—Son sólo cinco salas —dijo—. Podrían estar en cualquier parte.



Un movimiento en la puerta del fondo captó su atención. Vio a George Haddad y

luego a McCollum.

—Agáchate —ordenó a Pam, y levantó el arma.

McCollum lo vio y derribó a Haddad de un empujón. A continuación apuntó y disparó. Malone se tiró al suelo, protegiéndose con las estanterías. La bala se estrelló contra las columnas de granito que quedaban a su espalda.

—Se mueve deprisa —dijo McCollum desde el otro lado de la estancia.

—No quería que se sintiera usted solo.

—El bibliotecario me hacía compañía.

—¿Han llegado a conocerse?

—No es que hable mucho, pero se desenvuelve en este lugar.

Malone preguntó lo que quería saber.

—Y ahora ¿qué?

—Me temo que usted y su ex deben morir.

—Le dije que era mejor que no me cabreara.

—Adelante, Malone. He llegado hasta aquí, no tengo intención de perder ahora. Le propongo algo: que sea juego limpio. Usted y yo, aquí mismo. Si gana, el anciano y su ex se salvan. ¿Trato hecho?

—Usted pone las condiciones. Actúe en consecuencia.

Haddad escuchó la conversación entre Sabre y Malone. Esos dos tenían que resolver sus diferencias, y él que liquidar su deuda. Pensó de nuevo en el Guardián de hacía tantas décadas, cuando el joven lo miró fijamente con ojos plenos de determinación. Sencillamente no comprendió. Pero ahora, habiendo visto la biblioteca, habiéndose convertido en su bibliotecario, sabía lo que sabía aquel Guardián de 1948.

Y mató a aquel buen hombre sin motivo alguno.

Lo había lamentado toda su vida.

—Arriba —le dijo Sabre al bibliotecario. Vio cómo se levantaba el anciano—. Muy bien, Malone, actuaré en consecuencia: ahí lo tiene. —Le indicó a Haddad con el arma—. Vaya.

El bibliotecario recorrió despacio el pasillo que se abría entre las estanterías. Sabre mantuvo su posición, agachado al final de una de las hileras.

A unos diez metros el bibliotecario se detuvo y se volvió.

Los ojos que lo miraron lo atravesaron, y Sabre se preguntó quién sería el anciano. Algo en él irradiaba peligro, como si el alma que habitaba tras los ojos se hubiese enfrentado a aquello antes y no tuviese miedo. Sopesó liquidar al bibliotecario, pero no haría más que espolear a Malone.

Y eso era algo que no deseaba.

Todavía.

Malone era el único obstáculo que quedaba. Cuando hubiese desaparecido, la biblioteca sería suya.

Así que se sintió aliviado cuando el anciano echó a andar de nuevo.

WASHINGTON, DC

Stephanie aparcó, y ella y Cassiopeia fueron andando hasta la casa de Larry Daley. Ni rastro de Brent Green ni de nadie. Se acercaron a la puerta principal y nuevamente Cassiopeia abrió la puerta y Stephanie desactivó la alarma. Ésta se percató de que no habían cambiado el código. Daley lo había dejado tal cual, incluso después de que ellas se colaran. Una estupidez o bien una nueva prueba de que había juzgado mal a ese hombre.

Dentro no se oía nada. Cassiopeia recorrió todas las habitaciones para asegurarse de que se hallaban a solas, y Stephanie se detuvo en el despacho. Después se dispusieron a esperar junto a la puerta.

A los diez minutos un coche aparcó fuera.

Stephanie miró a través de la cortina y vio salir a Green del asiento del conductor y dirigirse a la puerta.

Solo.

Ella le hizo una señal a Cassiopeia y abrió.

Green vestía su habitual traje y corbata oscuros. Cuando el fiscal general hubo entrado, ella cerró con llave y Cassiopeia se apostó cerca de una de las ventanas.

—Muy bien, Stephanie. ¿Me puedes decir qué está pasando?

—¿Has traído las memorias USB?

El se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y las sacó.

—¿Has escuchado las grabaciones?

Él asintió.

—Claro. Las conversaciones son interesantes, pero en modo alguno comprometedoras. Se menciona la vigésimo quinta enmienda, pero no hay más. Ni se discute ni se insinúa una conspiración.

—Por eso Daley reunió más información —explicó ella—. Me dijo que llevaba investigando algún tiempo.

—Investigando ¿qué?

Y ella notó un destello de irritación.

—La conspiración, Brent. El vicepresidente planea matar a Daniels. Lo ha organizado todo para que ocurra durante una visita sorpresa a Afganistán que Daniels efectuará la semana próxima.

Stephanie vio el efecto que causaban sus palabras, que confirmarían que sabía de qué hablaba.

Green permaneció impasible.

—¿Qué pruebas encontró Daley?

—Más conversaciones. A decir verdad, pinchó el despacho privado del vicepresidente. No es que fuera difícil, ya que él era el encargado de asegurarse de que no estaba intervenido. El vicepresidente mantiene relaciones con la Orden del Vellochino de Oro. Su líder, Alfred Hermann, ha dispuesto que el avión de presidente sea atacado con misiles. Él mismo cerró el trato con la gente de Bin Laden.

—Stephanie, espero que Daley acumulara pruebas contundentes. Esas acusaciones son increíbles.

—Tú dijiste que la Administración entera era una cloaca. Dijiste que querías cogerlos. Pues ésta es tu oportunidad.

—¿Cómo lo demostramos?

—Las grabaciones están aquí, Daley me habló de ellas. Dijo que señalaban a todos los implicados. Cuando salíamos para venir aquí, su coche explotó.

Green permanecía en el recibidor, ante la escalera, donde Daley y Heather Dixon se encontraban el día anterior. Parecía absorto en sus pensamientos. Su máscara. Naturalmente, aunque él le había mentado en lo tocante a Thorvaldsen y no le había transmitido al presidente nada de lo que Henrik había descubierto, necesitaban pruebas concretas de su traición.

—Sé dónde escondió las grabaciones —afirmó ella.

Los ojos de Green reflejaron interés. Cassiopeia seguía junto a la ventana.

Stephanie llevó a Green hasta el despacho con la pequeña mesa y las estrechas estanterías. En un estante había una fila de discos compactos con sus cajas de plástico. Toda la música era instrumental y de diversos países, había incluso cantos gregorianos, lo cual se le antojó curioso a Stephanie. Cogió una de las car-casas —*Tibetan Wonders*— y la abrió. Dentro, en lugar del CD de música había otro disco. Stephanie lo sacó y dijo:

—Le gustaba esconder sus cosas cerca.

—¿Qué hay exactamente ahí?

—Según él, pruebas de quiénes participan en la conspiración. Dijo que llegaba a unos niveles insospechables. —Tenía los nervios a flor de piel—. ¿Quieres escucharlo?

Green no contestó.

—¿Por qué filtraste el archivo de la Conexión Alejandría? —quiso saber ella.

—Ya te lo dije: para dar con el traidor. Nos llevó a distintos sitios. Así es como descubrimos la relación de Israel con Pam Malone. Filtrar ese archivo lo puso todo en marcha.

—Y ¿tenías acceso?

—¿A qué vienen esas preguntas?

—A que yo ignoraba que estuvieses al tanto de la Conexión Alejandría, y mucho menos que conocieras detalles suficientes para pensar que sería un buen cebo para Israel.

Green ladeó la cabeza con socarronería.

—No me esperaba que fueras a someterme a un interrogatorio.

Ella no estaba dispuesta a ser indulgente. Ahora no.

—La primera vez que hablamos de todo esto dijiste que filtraste ese archivo a propósito, que no mencionaba gran cosa, a excepción de que Malone sabía dónde vivía George Haddad. Sin embargo tú hablaste del pacto de Abraham. ¿Cómo lo sabías?

—El archivo no era tan secreto.

—¿De veras? Eso no es lo que dijo Daley. Insistió en que la información que contenía era escasa y conocida por muy pocos —pronunció las palabras con un deje de insolencia—. Tú no estabas en la lista, y sin embargo sabías muchas cosas.

Green salió del despacho.

Ella fue tras él.

Cassiopeia había desaparecido.

Stephanie echó un vistazo, preocupada.

—Mis colegas se han ocupado de ella —aclaró Green.

A Stephanie no le gustó cómo sonó aquello.

—Y ¿quién va a ocuparse de mí?

Green metió la mano bajo la chaqueta y sacó un arma.

—De eso me encargo yo, pero primero necesitaba hablar a solas contigo.

—¿Para comprobar cuánto sé? ¿Cuánto sabe Cassiopeia? Y ¿quién más lo sabe?

—Dudo que tengas ayuda. Después de todo, Stephanie, no eres la persona más popular en este gobierno. Daley intentó pegarse a ti, pero no funcionó.

—¿Fue cosa tuya?

Green asintió.

—Colocamos explosivos en el coche y esperamos el momento adecuado. Forma parte del ataque terrorista a esta nación que empezará con Daley y terminará con Daniels. El país será presa de la histeria.

—De la cual se aprovechará el vicepresidente después de prestar juramento. Entonces necesitará un vicepresidente, y ahí es donde entras tú.

—Ya no se presentan muchas oportunidades para medrar, Stephanie. Hay que coger lo que surge. Seré la elección perfecta para la crisis. Mi confirmación será unánime.

—Eres patético.

Green le lanzó una mirada de excesiva modestia.

—Te acepto el insulto. Al fin y al cabo, sólo te quedan unos minutos de vida. Por

cierto, se suponía que también sufrirías un ataque. Cuando apareciste en ese restaurante decidí rematar la limpieza, pero de algún modo te las arreglaste para esquivar a los hombres que envié. Todavía no sé cómo lo conseguiste.

—Un buen entrenamiento marca la diferencia.

Él le lanzó una sonrisa fría.

—Echaré de menos tu ingenio.

—¿Te das cuenta de lo que estás haciendo? ¿Asesinar a un presidente?

—Creo que se llama traición. Pero Danny Daniels es un hombre débil e inepto que desconoce lo que es mejor para este país. Es amigo de Israel, pase lo que pase, y sólo eso ya nos ha paralizado en Oriente Próximo. Es hora de que Norteamérica cambie de amigos. Los árabes tienen mucho más que ofrecer.

—¿Y la Conexión Alejandría lo conseguirá?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Eso es problema del nuevo presidente, y él asegura tenerlo bajo control.

—¿Tan desesperado estás por pillar cacho?

—Yo no llamaría «pillar cacho» a ser vicepresidente de Estados Unidos. Dado que voy a ayudar en la transición del poder de una forma tan decisiva, tendré una relación única: mucha responsabilidad y escasa visibilidad.

Ella señaló el arma.

—¿Vas a matarme?

—No tengo elección. Ese disco sin duda me incriminará. No puedo dejarlo estar y a ti no puedo dejarte marchar.

Ella se preguntó adonde habrían llevado a Cassiopeia. Aquello no estaba saliendo conforme a lo planeado. Y ella no esperaba que el propio Green esgrimiera un arma. Se le pasó una idea por la cabeza: entretenerlo.

—¿El fiscal general de Estados Unidos va a pegarme un tiro?

—Llevo todo el día pensándolo y, por desgracia, no tengo elección.

—¿Y todos esos valores cristianos de los que tanto te he oído hablar?

—Estamos en el fragor del combate, y las reglas cambian. Cuestión de supervivencia, Stephanie. La verdad es que sí escuché las grabaciones que Daley guardó en las memorias USB. El jefe de gabinete del vicepresidente hablaba mucho de la sucesión presidencial. Demasiado. Nada comprometedor, pero plantearía preguntas. Era evidente que Daley estaba investigando. En ese disco que tienes hay más aún. La cosa debe terminar aquí. Como es natural nunca encontrarán tu cuerpo. Un ataúd espera en la embajada de Arabia Saudí. Uno de sus diplomáticos ha fallecido y desea ser enterrado en casa. Compartirás vuelo con él de vuelta a Arabia.

—Lo tienes todo bien atado, ¿eh?

—Es bueno tener amigos. Lo estoy aprendiendo. Me pasé mucho tiempo yendo

por libre, pero me gusta formar parte de un equipo. Los saudíes sólo quieren la destrucción de Israel, y les hemos prometido que se puede lograr. Los israelíes creen que los saudíes están con ellos en esto, pero no es así. Trabajan con nosotros. Desde el principio.

—No tienen ni idea de que sois unos putos traidores. Todo gira alrededor del dinero y el poder, nada más.

—¿Te gustaría decir algo más?

Ella sacudió la cabeza.

Y el arma hizo fuego.

VIENA

Thorvaldsen estaba con Gary. Había llamado a Jesper nada más salir de la Schmetterlinghaus y le había pedido que enviara un coche con conductor. Había indicado a su asistente que soltara a Margarete en cuanto él y Gary estuviesen camino de Copenhague. No se molestó en recuperar la ropa: no había tiempo. Lo único que sostenía era un atlas de la biblioteca que contenía las cartas de san Jerónimo y san Agustín.

Por el camino que discurría entre los árboles y llevaba a la entrada principal iban y venían coches. No todos los miembros de la Orden permanecían en la propiedad; muchos preferían quedarse con amigos o disfrutar de sus hoteles preferidos en Viena. El danés reconoció a algunos de los que llegaban y se tomó un momento para charlar, lo cual también le permitió participar de lo que estaba pasando. Sin embargo tenían que irse, con las cartas, antes de que Hermann se despertara.

—¿Tenemos problemas? —preguntó Gary,

—No estoy seguro. —Y no lo estaba.

—Les dio un buen golpe a esos tipos.

Vio que el muchacho estaba impresionado.

—Sí, ¿eh?

—No me gustaría estar aquí cuando despierten.

Tampoco a él.

—Hemos de conservar esas cartas, y me temo que nuestro anfitrión no lo permita.

—¿Qué pasa con su hija? No parecía importarle mucho.

—No creo que nunca le haya importado. Cogerla sólo fue un movimiento inesperado que lo obligó a detenerse lo bastante para que nosotros actuáramos. —Pensó en su propio hijo, muerto—. A los hombres como Alfred no les importa mucho la familia.

Qué terrible debía de ser eso. Él echaba de menos a su esposa y su hijo. Ver a Gary Malone salir en su defensa lo había asustado y satisfecho a un tiempo. Le dio unas palmaditas al chico en la espalda.

—¿Y esto? —preguntó Gary.

—Tu padre se sentiría orgulloso.

—Espero que esté bien.

—Yo también.

Tres coches avanzaron a toda velocidad por el camino principal y dieron la vuelta

al sendero asfaltado. Se detuvieron ante el *château*, y del primer y tercer vehículo salieron varios hombres vestidos con un traje oscuro. Tras efectuar una rápida inspección de los alrededores, uno de los hombres abrió la puerta trasera del coche de en medio.

El vicepresidente de Estados Unidos salió al sol de la tarde, ataviado de manera informal, con una camisa de sport bajo una blazer azul marino.

Thorvaldsen y Gary se encontraban a unos veinte metros de distancia, observando cómo el equipo de seguridad flanqueaba al vicepresidente y todos se dirigían hacia la entrada principal del castillo. A medio camino, el vicepresidente se detuvo y cambió de dirección. Fue directo a ellos.

Thorvaldsen contempló al hombre con una mezcla de ira y repugnancia.

Aquel idiota ambicioso parecía dispuesto a todo.

—Ni una palabra, muchacho —le dijo a Gary—. Recuerda: oídos abiertos, boca cerrada.

—Lo suponía.

—Usted debe de ser Henrik Thorvaldsen —dijo el vicepresidente cuando se hubo acercado y presentado.

—Así es. Encantado de conocerlo, señor.

—Déjese de tanto *señor*, ¿de acuerdo? Usted es uno de los hombres más ricos del mundo y yo no soy más que un político.

—Que está a un paso de la presidencia.

El norteamericano soltó una risita.

—Así es. Pero, con todo, es un trabajo bastante aburrido. Sin embargo, se viaja mucho, y me gusta venir a sitios como éste.

—Y ¿qué le trae hoy por aquí?

—Alfred Hermann y yo somos amigos. He venido a presentarle mis respetos.

Otro coche apareció en el camino, un BMW de color claro con un conductor de uniforme. Thorvaldsen hizo una señal y el vehículo avanzó hacia él.

—¿Se marcha? —quiso saber el vicepresidente.

—Hemos de ir a la ciudad.

El norteamericano señaló a Gary.

—Y éste ¿quién es?

Thorvaldsen los presentó, dando el apellido verdadero de Gary, y ambos se estrecharon la mano.

—No conocía a ningún vicepresidente —comentó el chico.

El BMW paró y el chófer salió, rodeó el coche y le abrió la portezuela de atrás a Thorvaldsen.

—Ni yo al hijo de Cotton Malone —respondió el vicepresidente.

Thorvaldsen cayó en la cuenta de que se hallaban en apuros, lo cual se vio

doblemente confirmado cuando vio a Alfred Hermann dirigirse hacia ellos, su jefe de seguridad a la zaga.

El vicepresidente comentó:

—Brent Green le envía saludos.

Y Thorvaldsen vio en los duros ojos del hombre la traición de Green.

—Me temo que no va usted a ninguna parte —dejó caer el vicepresidente.

Hermann llegó y cerró de golpe la puerta trasera del vehículo.

—Herr Thorvaldsen no va a necesitar sus servicios. Puede irse.

El danés iba a oponerse, hacer una escena, pero se percató de que el jefe de seguridad se situaba junto a Gary. Un arma bajo la chaqueta del tipo apuntaba directamente al muchacho.

El mensaje era claro.

Se dirigió al conductor:

—Es cierto. Gracias por venir.

Hermann le arrebató el atlas.

—Tus opciones se reducen deprisa, Henrik.

—Yo diría que sí —remachó el vicepresidente.

Hermann parecía perplejo.

—¿Por qué estás aquí? ¿Qué sucede?

—Llévalos adentro y te lo contaré.

PENÍNSULA DEL SINAI

Malone esperó a que George Haddad se encontrase a salvo tras el extremo de la estantería, donde él y Pam se resguardaron.

—¿Has vuelto de entre los muertos? —le dijo a Haddad.

—Ya sabes, la gloria de la resurrección.

—George, este hombre os quiere matar a todos.

—Ya me he dado cuenta. Es una suerte que estés aquí.

—¿Y si no lo detengo?

—En tal caso, todos nuestros esfuerzos habrán sido una pérdida de tiempo.

Había algo que quería saber.

—¿Qué hay ahí detrás?

—Tres salas más y la sala de Lectura. Todas las estancias son como ésta. No hay muchos sitios donde esconderse.

Malone recordó el plano.

—¿Y se supone que debo liarme a tiros con él?

—Yo te traje hasta aquí. Ahora no me decepciones.

La ira se apoderó de él.

—Había formas más sencillas de hacerlo. Podría traer refuerzos.

—Lo dudo. Pero tengo ojos fuera vigilando por si alguien entra en el *farsh*. Apuesto a que está solo y así seguirá.

—¿Cómo lo sabes? Los israelíes no nos han dejado ni a sol ni a sombra.

—Se han marchado. —Haddad señaló al otro lado de la sala—. Sólo queda él.

Malone vio que McCollum desaparecía por el arco y se adentraba en la biblioteca. Otras tres salas y la de Lectura. Estaba a punto de infringir muchas de las reglas que lo habían mantenido con vida doce años en el Magehan Bittet. Una era evidente: no entres a menos que sepas cómo salir. Pero también se le pasó por la cabeza otra cosa que había aprendido: cuando las cosas van mal, cualquier cosa puede hacerte daño, incluido no hacer nada.

—Quiero que sepas que ese tipo fue el responsable de que se llevaran a tu hijo —le explicó Haddad—. También arrasó tu librería. Tiene tanta culpa de que estés aquí como yo. Habría matado a Gary si hubiese sido preciso. Y te matará a ti si puede.

—¿Cómo sabe lo de Gary? —preguntó Pam.

—Los Guardianes poseen acceso a abundante información.

—Y ¿cómo llegaste a bibliotecario? —quiso saber Malone.

—Es una historia complicada.

—Apuesto a que sí. Tú y yo vamos a mantener una larga charla cuando esto termine.

Haddad sonrió.

—Sí, viejo amigo, mantendremos una larga charla.

Malone señaló a Pam y le dijo a Haddad.

—Retenla aquí. No le gusta nada obedecer órdenes.

—Vete —dijo ella—. Estaremos bien.

Él decidió no discutir y echó a correr por el pasillo. Una vez en la puerta, se detuvo en un lado. A seis metros se abría otra estancia. Más muros altísimos, hileras de estanterías de piedra, cartas, imágenes y mosaicos del suelo al techo. Siguió avanzando, pero pegado a los lustrosos costados del corredor. Entró en la segunda sala y de nuevo se protegió en el extremo de una de las filas de estanterías. La habitación era más cuadrada que la primera, y reparó en la mezcla de rollos y códices.

Ni un movimiento. Aquello era una solemne estupidez: estaba siendo arrastrado más y más dentro. En algún momento McCollum aparecería y abriría fuego, y con sus condiciones.

Pero ¿cuándo?

Haddad observaba a Pam Malone. En Londres había intentado valorar su personalidad, preguntándose qué hacía allí. Los Guardianes habían reunido información personal sobre Cotton Malone, cosas que Haddad desconocía: Malone rara vez hablaba de su mujer y su familia. La suya había sido una amistad intelectual, espoleada por el amor a los libros y el respeto al conocimiento. Pero sabía lo suficiente, y era hora de hacer uso de ese conocimiento.

—Hemos de entrar ahí —dijo.

—Cotton ha dicho que nos quedemos aquí.

Él la traspasó con la mirada.

—Hemos de entrar ahí —repitió. Y para reafirmar su decisión sacó una pistola de debajo del manto.

Curiosamente ella ni se inmutó.

—Lo vi cuando miró a McCollum —dijo.

—¿Es ése el nombre que les dio?

Ella asintió.

—Se llama Sabre y es un asesino. Lo que dije en mi piso de Londres iba en serio: debo saldar una deuda y no tengo intención de que Cotton la salde por mí.

—Lo vi en sus ojos: quería que él disparase, pero sabía que no lo haría.

—Los hombres como Sabre escatiman el valor. Lo guardan para cuando lo necesitan de veras. Como ahora.

—¿Sabía que todo esto iba a pasar?

Él se encogió de hombros.

—Sabía, pensaba, esperaba... No lo sé. Hemos estado vigilando a Sabre. Sabíamos que planeaba algo en Copenhague, y cuando se llevó a Gary caímos en la cuenta de que intentaba dar conmigo. Ahí es cuando decidí involucrarme. Mi segunda llamada a la Orilla Occidental fue descubierta por unos espías israelíes, y ello hizo que se movieran. Luego, en Lisboa, comprendí cómo podía traerles aquí, a los tres, sin los israelíes.

—¿Hizo todo esto para poder morir?

—Lo hice para proteger la biblioteca. Sabre trabaja para una organización que quiere utilizar todo este conocimiento para sus propios fines políticos y económicos. Llevan algún tiempo investigándonos. Pero ya lo ha oído: está aquí por él, no por ellos. Deteniéndolo a él lo detendremos todo.

—¿Qué va a hacer?

—Yo, nada. Esto es cosa suya.

—¿Mía?

—Cotton la necesita. ¿Acaso va a desentenderse?

Él la vio sopesar la pregunta. Sabía que era lista, valiente e impetuosa, pero también vulnerable. Y propensa a cometer errores. Se había pasado la vida analizando a gente, y esperaba haber valorado correctamente a Pam Malone.

—De ninguna manera —respondió ésta.

El mercenario de la Orden salió como una flecha de la Sala de la Competencia y entró en la de Lectura, que contenía más mesas y menos estanterías. Sabía por su primera incursión que la siguiente estancia, la Sala de la Eternidad, conducía a la última; la biblioteca tenía forma de «U» invertida. Ventanas falsas y hornacinas adornadas con cuadros de paisajes lejanos, así como una iluminación especial, daban la impresión de que el edificio daba al aire libre. Tuvo que seguir recordándose que se encontraba bajo tierra.

Se detuvo.

Era hora de utilizar lo que había visto antes.

Malone continuó avanzando, el arma preparada. Había cambiado el cargador por el último que le quedaba, pero al menos tenía nueve disparos, además de los otros tres del cargador que guardaba en el bolsillo, así que disponía de doce oportunidades para detener a McCollum.

Su mirada iba de pared en pared y del techo al suelo, sus sentidos alerta. Tenía el pecho y la espalda empapados en sudor, y el aire de aquellas estancias subterráneas le

resultaba frío. Cruzó la segunda sala y enfiló el pasillo para dirigirse a la siguiente estancia iluminada, que torcía a la derecha. No oía nada, y el silencio lo desconcertaba. Lo que hacía que continuara avanzando era lo que le había dicho Haddad: ese hombre había sido el que había secuestrado a Gary. Ese hijo de puta había tocado a su hijo, se lo había llevado, y le había obligado a él a matar. Eso no quedaría así, de ninguna manera. McCollum quería pelea e iba a tenerla.

Llegó a la entrada de la tercera habitación: la Sala de Lectura.

Unas veinte mesas de gruesa madera tosca, oscura y gastada entre estanterías.

Divisó una puerta en la pared opuesta.

La sala, rectangular, era más grande que las otras dos, mediría unos veinte metros de largo. Los muros exhibían tablas y dinteles de origen bizantino, además de mosaicos, en esta ocasión con escenas dedicadas a mujeres, unas hilando y tejiendo, otras practicando deporte. Apartó su mirada de esas imágenes y se concentró en el problema.

Esperaba que, en cualquier momento, McCollum saliera de entre las mesas.

Estaba listo. Pero no sucedió nada.

Se detuvo.

Algo iba mal.

Después, al otro lado de la estancia, al pie del muro del fondo, vio un oscuro reflejo en el bruñido granito rojo. Un borrón impreciso, como a través de una botella, desdibujado.

Procedente del suelo.

Bajo las mesas.

Entonces se percató.

WASHINGTON, DC

Stephanie oyó el disparo, pero no la alcanzó ninguna bala. Entonces vio el orificio en la cabeza de Brent Green y supo lo que había sucedido.

Se volvió.

Allí estaba Heather Dixon, arma en mano.

El cuerpo de Green se desplomó en la noble madera del suelo, pero Stephanie seguía mirando a Dixon, que bajó su pistola.

Cassiopeia apareció tras la israelí.

—Se acabó —dijo ésta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Stephanie.

—Cuando tú y Green volvisteis al despacho apareció ella —respondió Cassiopeia—. Estábamos en lo cierto: Green se trajo a unos amigos, que esperaban fuera, en la parte de atrás. El servicio secreto los cogió y luego —Cassiopeia señaló a Dixon— entró ella.

Stephanie comprendió.

—¿Colaboras con el presidente?

—Era preciso. Este cabrón nos iba a vender a todos. Él y tu vicepresidente podían haber empezado perfectamente una guerra mundial con lo que tenían planeado.

Ella captó algo en el tono de la israelí y preguntó:

—¿Qué hay de ti y Daley?

—Larry me gustaba. Acudió a nosotros para pedir ayuda, nos contó lo que estaba pasando y él y yo acabamos intimando. Tanto si lo crees como si no, él intentaba parar todo esto. Has de admitirlo.

—Habría sido mucho más fácil si los dos me hubieseis abordado con lo que teníais.

Dixon negó con la cabeza.

—Ése es tu problema, Stephanie: vives en una burbuja idealista. Odiabas a Larry, Green no te caía bien, pensabas que no eras del agrado de la Casa Blanca.

¿Cómo ibas a poder hacer algo?

—Sin embargo fue el señuelo perfecto —terció Cassiopeia—, ¿no?

—Todo sedal necesita un cebo, y vosotras dos fuisteis el de éste.

Stephanie aún sostenía el disco que ella misma había dejado en el despacho de Daley. Era un disco virgen, tan sólo algo para hacer reaccionar a Green.

—¿Lo han grabado todo? —Le habían colocado micrófonos ocultos antes de

abandonar Camp David.

Cassiopeia asintió.

—Absolutamente.

—¿Qué hay de los saudíes? —le preguntó ésta a Dixon—. Trabajabas con ellos la primera vez que hablamos.

—Típico de los árabes, jugar a dos manos. En un principio se confabularon con el vicepresidente, creyendo que ayudaría a detener cualquier cosa relacionada con la Conexión Alejandría. Luego se dieron cuenta de que era mentira, así que se pusieron en contacto con nosotros e hicimos un trato. Aquel día, en el paseo, sólo tenían que espabilarte, nada más. Claro que ninguno de nosotros sabía que te habías agenciado una compañera. —Dixon señaló a Cassiopeia con el arma—. Aún te debo una por ese dardo.

—Quizás algún día tengas ocasión de devolvérmela.

Dixon sonrió.

—Quizás.

Stephanie miró el cadáver de Brent Green. Recordó cómo había sugerido que tal vez estuviese interesado en ella y, por un instante, le gustó la posibilidad. Lo cierto es que la había defendido, supuestamente se había mostrado dispuesto a dimitir para apoyarla, y ella se sorprendió cuestionándose todas las dudas que había albergado sobre él.

Pero no había sido más que una farsa.

—El presidente me envió a poner fin a esto —aclaró Dixon, interrumpiendo sus pensamientos—. Ni juicios ni prensa. El fiscal general era un hombre atribulado que se quitó la vida. Su cuerpo será incinerado en breve, y forenses del Ejército extenderán una partida de defunción que concluirá que se trató de un suicidio. Tendrá un entierro fastuoso y será recordado con cariño. Fin de la historia.

—¿Y la Conexión Alejandría? —preguntó Stephanie.

—George Haddad ha desaparecido. Esperamos que lo tenga Malone. Haddad llamó a Palestina hace meses y luego hace unos días. Tras la primera vez, y después de que Larry me contara ciertas cosas, nos pegamos a Pam Malone. El Mosad tenía intención de llevarse a Gary Malone, pero nuestro primer ministro se mostró reacio. Después la Orden se nos adelantó. Con Pam Malone controlada, nos limitamos a seguirla, aunque no salió demasiado bien, luego ocurrió todo esto. Daniels nos ha asegurado que no se sabrá nada de nada, y mi gobierno confía en él.

—¿Se sabe algo de Cotton?

Dixon negó con la cabeza.

—Lo último fue que saltó en paracaídas en algún lugar del Sinaí, pero da igual. Si se encuentra algo, el trato es que nunca sabremos nada.

—¿Y cuando Daniels deje la presidencia? —le planteó Cassiopeia.

—Para entonces debería haberse olvidado. En caso contrario, Israel hará lo que lleva siglos haciendo: luchar encarnizadamente. Nos las hemos apañado y seguiremos haciéndolo.

Y Stephanie lo creía. Sin embargo había una cosa más: —El vicepresidente.

¿Qué pasa con él?

—Por lo que sabemos, sólo Green, el vicepresidente y Alfred Hermann sabían exactamente lo que iba a pasar. Cuando Green escuchó la conversación que Larry grabó con el jefe de gabinete del vicepresidente fue presa del pánico y les pidió a los saudíes que eliminaran a Larry. Como de costumbre, ellos no nos mencionaron nada, de lo contrario se lo habríamos impedido. Pero de los árabes no te puedes fiar. —Dixon hizo una pausa—. Que aparecieseis vosotras dos y os reunierais con Larry asustó a Green, que convenció a los saudíes para que se ocuparan de vosotras también. Después de que Daniels detuviera el ataque y los sicarios murieran, y ahora con Green fuera, todo ha terminado para los saudíes.

Stephanie señaló a Green.

—¿Y esto?

—Tenemos a gente esperando para llevar a este mierda a su casa, donde encontrarán el cadáver hoy mismo. La muerte de Larry no será atribuida a un ataque terrorista, como pretendía Green.

—Eso podría resultar complicado, el coche explotó.

—Se considerará un caso no resuelto, aunque traerá cola, y Daniels podrá sacarles punta a algunas cosas, como lo que pretendían hacer esos idiotas. Creo que a Larry le habría gustado eso. Todavía puede ser de utilidad, incluso desde la tumba.

—No has explicado cómo puede frenarse esto con el vicepresidente aún suelto por ahí —objetó Cassiopeia.

Dixon se encogió de hombros.

—Eso es problema de Daniels. —Entonces la israelí sacó su móvil, pulsó un botón y dijo—: Señor presidente, Green ha muerto, como usted quería.

PENÍNSULA DEL SINAI

El mercenario disparó a las piernas de Malone desde unos doce metros. En ninguna de las mesas había sillas, de manera que tenía un campo de visión despejado. Quería inmovilizar a su adversario hiriéndolo en las piernas, para darle fácilmente el tiro de gracia.

Disparó tres proyectiles hacia Malone.

Pero las piernas de Malone habían desaparecido.

¡Maldición!

Rodó por debajo de la mesa hasta la siguiente, se asomó despacio por el borde para dar con Malone y no vio nada.

Entonces lo supo.

Malone se percató de que McCollum pretendía dispararle a las piernas y se subió a la mesa más próxima un instante antes de que en la habitación resonaran tres balas. Pisapapeles de cuarzo dorado cayeron estrepitosamente al suelo. McCollum deduciría casi en el acto lo que Malone había hecho, así que decidió sacar partido de su ventaja.

Esperó un momento, rodó por el suelo y vio a McCollum agazapado tras una de las mesas. Apuntó e hizo dos disparos, pero el otro cambió de posición y se parapetó detrás de uno de los gruesos pies de las mesas.

Aquel campo de tiro tenía demasiados obstáculos.

Corrió tras una fila de estanterías que tenía a la izquierda.

—No está mal, Malone —aprobó su rival desde el otro lado de la estancia.

—Lo intento.

—No va a salir de aquí.

—Ya veremos.

—He matado a hombres mejores que usted.

Él se preguntó si toda aquella palabrería sería una bravata o una estratagema.

Ninguna de las dos cosas lo impresionó.

Haddad condujo a Pam Malone por la biblioteca en dirección opuesta a la que habían tomado Sabre y Malone. Ya habían oído disparos. Tenía que darse prisa. Entraron en la quinta sala, llamada oportunamente la Sala de la Vida, que mostraba una cruz de

mosaico con la parte superior vertical sustituida por un óvalo con forma de huevo.

Haddad la cruzó a la carrera, llegó a la Sala de la Eternidad y se detuvo en la salida. Por el corredor llegaban voces. Al parecer el enfrentamiento definitivo se estaba produciendo en la Sala de Lectura. Montones de mesas, menos estanterías, más espacio abierto. El paseo anterior de Sabre había sido de reconocimiento, y su oponente había tomado buena nota de lo que le convenía. En su día él había hecho lo mismo cuando luchaba contra los judíos: conocer bien el campo de batalla.

Él conocía ése a fondo.

Hacía cinco años había completado en secreto la búsqueda del héroe, justo antes de llamar a Cotton Malone pidiendo ayuda. La primera vez que llegó logró entrar en la biblioteca y supo que todo lo que sospechaba de la Biblia era cierto. Se sintió abrumado. Sin embargo, cuando los Guardianes le pidieron ayuda, la idea lo entusiasmó. Muchos Guardianes habían salido de las filas de los invitados, y todos los Guardianes de allí creían que él debía ser su bibliotecario. Le explicaron las amenazas que se cernían sobre ellos, y él accedió a resolver su problema. Pero, al final, él también necesitó ayuda, razón por la cual se había visto involucrado Malone.

La paciencia y el conocimiento le habían sido muy útiles.

Sólo esperó no haber calculado mal.

Permaneció inmóvil junto a la salida de la Sala de la Vida, Pam Malone detrás de él.

—Espere aquí —le susurró.

Avanzó con cautela por el corredor, dio la vuelta a la esquina y echó un vistazo a la Sala de Lectura. Vio movimiento a izquierda y derecha: un hombre tras las estanterías, el otro protegiéndose con las mesas.

Volvió con Pam Malone y le entregó su arma.

—Debo entrar ahí —le dijo en voz baja.

—No va a salir...

Él meneó la cabeza.

—Éste es el final.

—Le prometió una larga charla a Cotton.

—Mentí. —Hizo una pausa—. Y usted lo supo.

—Soy abogada.

—No, es un ser humano. Todos hacemos cosas que lamentamos. Yo he hecho las mías; pero, al menos, al final de mi existencia he sido capaz de mantener intacta esta biblioteca. —Vio algo en los ojos de ella—. Sabe a qué me refiero, ¿no?

Ella asintió.

—Entonces sabe lo que tiene que hacer.

Haddad vio su confusión y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Lo sabrá cuando llegue el momento. —Señaló el arma—. ¿Ha disparado una

antes?

Ella se apresuró a decir que no con la cabeza.

—Sólo apunte y apriete el gatillo. Tiene retroceso, así que sujétela bien.

Pam no dijo nada, pero a él le satisfizo ver que entendía.

—Que tenga una vida próspera. Dígale a Cotton que siempre me ha merecido respeto.

Y se volvió y se encaminó hacia la Sala de Lectura.

—Podemos pasarnos así todo el día —gritó Malone.

—No entiende nada —repuso McCollum—. Le falta práctica, ¿eh?

—Le puedo dar su merecido.

McCollum se rió.

—Le diré lo que voy a hacer. Creo que volveré sobre mis pasos y me cargaré a su ex. También habría matado a su hijo si no hubiese liquidado usted a esos idiotas que contraté. Y, por cierto, yo fui quien lo organizó todo y usted el que vino detrás. El plan B era matar al chico. De cualquier forma habría encontrado a Haddad.

Malone sabía lo que estaba haciendo McCollum: intentar sacarlo de quicio, cabrearlo, obligarlo a reaccionar. Sin embargo tenía una duda:

—¿Llegó a dar con Haddad?

—No. Usted estaba allí cuando los israelíes lo mataron. Lo oí todo.

¿Lo oyó? McCollum no sabía quién era el bibliotecario. Así que preguntó:

—¿De dónde sacó el texto de la búsqueda?

—Yo se la di.

La nueva voz era la de George Haddad.

Malone vio al palestino en la puerta del fondo.

—Señor Sabre, yo lo manipulé a usted igual que usted hizo con Cotton. Dejé la cinta y la información en el ordenador para que usted la encontrara, incluido el texto de la búsqueda, que yo mismo ideé. Le aseguro que el viaje que yo completé para encontrar este sitio en un principio fue mucho más difícil.

—Es usted un mentiroso de mierda —le espetó el otro.

—Tenía que ser un reto. Si era demasiado fácil, habría creído que era una trampa; si era demasiado difícil no lo habría conseguido. Pero estaba usted impaciente. Incluso le dejé una memoria USB junto al ordenador y ni le dio importancia. Más cebo para esta trampa.

Malone se fijó en que desde donde se encontraba Haddad se veía claramente la posición de su atacante, pero las dos manos de Haddad estaban vacías, algo que no le habría pasado inadvertido.

—George, ¿qué estás haciendo? —le chilló.

—Terminar lo que empecé. Haddad caminó hacia Sabre.

—Confía en lo que conoces, Cotton. Ella no te dejará en la estacada.

Y su amigo continuó andando.

El mercenario vio que el bibliotecario avanzaba hacia él. ¿Ese hombre era George Haddad? ¿Todo lo que había sucedido había sido planeado? ¿Lo habían utilizado?

¿Cómo lo había llamado el viejo? ¿Una *trampa*? Que extraño.

Así que efectuó un disparo.

A la cabeza del bibliotecario.

—«¡No!» —exclamó Malone cuando la bala alcanzó la cabeza de George Haddad. Tenía tantas preguntas que quería hacerle, tantas cosas que no entendía. ¿Cómo había llegado el palestino hasta allí? ¿Qué estaba pasando? ¿Qué sabía Haddad que valiera todo aquello?

La ira lo asaltó, y disparó dos veces en dirección a McCollum, pero los proyectiles sólo dañaron el muro del fondo.

Haddad yacía inmóvil, un charco de sangre se estaba formando alrededor de su cabeza.

—El viejo tenía agallas —gritó su asesino—. Lo iba a matar de todas formas. Quizá lo supiera.

—Es usted hombre muerto —se limitó a responder Malone.

Del otro lado de la sala le llegó una risita.

—Como usted mismo dijo: puede que le resulte difícil de conseguir.

Malone sabía que tenía que poner fin a aquello. Los Guardianes contaban con él. Haddad había confiado en él.

Entonces vio a Pam.

Estaba en la puerta, sumida en las sombras, el ángulo impedía que la viera McCollum.

Empuñaba un arma.

«Confía en lo que conoces.»

Las últimas palabras de Haddad.

Él y Pam habían pasado unidos la mayor parte de sus vidas, los últimos cinco años odiándose. Sin embargo, ella formaba parte de él, y él de ella, y siempre estarían unidos. Si no por Gary, por algo que ninguno de los dos podía explicar. No era necesariamente amor, pero sí un vínculo. Él no permitiría que le pasara nada a Pam y tenía que confiar en que ella pensara igual.

«No te dejaré en la estacada.»

Sacó el cargador del arma, apuntó a McCollum y apretó el gatillo. La bala de la recámara se incrustó en una de las mesas.

Luego se oyó un clic. Y otro.

Uno más para acabar de convencerlo.

—Fin de trayecto, Malone.

Él se puso en pie, esperando que su rival quisiera saborear su triunfo. Si McCollum decidía disparar desde donde se ocultaba, él y Pam estarían muertos. Pero conocía a su enemigo. Éste se levantó, apuntándole con el arma, y salió de detrás de la mesa. Se acercó hasta donde se hallaba Malone. Ahora quedaba de espaldas a la puerta. Ni siquiera le ayudaría la visión periférica.

Tenía que entretenerlo.

—¿Se llama Sabre?

—Es mi nombre profesional, el verdadero es McCollum.

—¿Qué piensa hacer?

—Matar a todo el mundo y quedarme con esto. De lo más sencillo.

—No tiene ni idea de lo que hay aquí. ¿Qué va a hacer con ello?

—Conseguiré a gente que lo sepa. Conseguiré todos mis propósitos. Ya sólo lo del Antiguo Testamento basta para dejar mi huella en el mundo.

Pam no se había movido. Sin duda había oído los clics y sabía que él se encontraba a merced de McCollum. Imaginó su miedo. A lo largo de los últimos días había visto morir a gente, y ahora debía de invadirla el terror de ser ella la que debía matar a otra persona. También él había experimentado esa incertidumbre. Apretar el gatillo nunca era fácil. El acto tenía sus consecuencias, y el miedo a esas consecuencias podía paralizar por completo a uno. Sólo cabía esperar que los instintos de ella se impusieran al terror.

McCollum levantó el arma.

—Salude a Haddad de mi parte.

Pam salió del arco, y sus pasos distrajeron un instante a McCollum, que movió la cabeza a la derecha y al parecer vio un movimiento por el rabillo del ojo. Malone aprovechó el momento para darle una patada en la mano a McCollum y hacerle soltar el arma. Después le asestó un puñetazo en la cara que lo hizo tambalearse. Se abalanzó hacia el cabrón para golpearlo, pero McCollum se recuperó y se impulsó hacia delante. Aterrizaron los dos sobre una mesa y cayeron rodando por el otro lado. Malone oyó que su oponente se quedaba sin respiración y le hundió una rodilla en el estómago.

Acto seguido se puso en pie y levantó a McCollum del suelo, esperando que estuviera sin aliento. Pero éste empezó a darle puñetazos a Malone en el pecho y el rostro.

La habitación apareció y desapareció, y él se sacudió el dolor del cerebro.

Dio media vuelta y vio una navaja en la mano del otro.

La misma navaja de Lisboa.

Se preparó.

Pero no tuvo ocasión de hacer nada. Sonó un disparo.

McCollum pareció sorprendido y, a continuación, la sangre brotó de un orificio en su costado derecho. Otro tiro y sus brazos se alzaron y él se tambaleó hacia atrás. Un tercero y un cuarto, y el cuerpo se inclinó hacia delante, los ojos se le revolvieron, la sangre salió de su boca con cada espiración, y McCollum cayó de bruces en el suelo.

Malone se volvió, y Pam bajó el arma.

—Ya era hora —dijo él.

Pero ella no contestó. Tenía los ojos desorbitados, fijos en lo que había hecho. Malone se acercó y le bajó el brazo. Ella clavó en él una mirada vacía.

De las sombras de la puerta surgieron unas siluetas.

Nueve hombres y mujeres se aproximaron sin hacer ruido.

Entre ellos estaban Adán y Sombrero de Paja. Eva lloraba cuando se arrodilló junto a Haddad.

Los otros se arrodillaron con ella.

Pam permanecía inmóvil, observando.

Igual que él.

Al cabo se vio obligado a interrumpir el doloroso silencio.

—Supongo que tendrán un equipo de comunicaciones, ¿no?

Adán levantó la cabeza y asintió.

—Necesito usarlo.

VIENA

Thorvaldsen volvía a hallarse en la biblioteca del *château* con Gary, pero esta vez Hermann y el vicepresidente sabían que estaba allí. Se encontraban solos, con la puerta cerrada, los de seguridad al otro lado.

—Estaban aquí la otra noche —comentó el vicepresidente, visiblemente nervioso—. Tenían que estarlo, en alguna parte. —Señaló las estanterías superiores—. Este maldito sitio es como una sala de conciertos. Llamó al fiscal general y se lo contó todo.

—¿Supone eso un problema? —preguntó Hermann.

—Gracias a Dios, no. Brent será mi vicepresidente cuando pase todo esto. Se ha estado ocupando de todo en Washington mientras yo no estaba, así que al menos la cosa allí está controlada.

—Éste se llevó a mi hija ayer —contó Hermann, señalando a Thorvaldsen—. Lo hizo *antes* de oír nada la pasada noche.

La agitación del vicepresidente aumentó más aún.

—Lo cual plantea un montón de preguntas. Alfred, no cuestioné lo que querías hacer. Querías la Conexión Alejandría y la conseguiste. Fui yo quien se encargó de ello. No sé lo que hiciste con esa información ni quiero saberlo, pero es evidente que se ha convertido en un problema.

Hermann se frotaba la sien.

—Henrik, pagarás caro haberme golpeado. Nadie lo había hecho nunca.

El danés no estaba impresionado.

—Puede que ya fuera hora.

—Y tú, jovencito...

A Thorvaldsen se le hizo un nudo en la garganta. No pretendía poner en peligro a Gary.

—Alfred —terció el vicepresidente—, todo está en marcha. Vas a tener que ocuparte de esta situación.

El sudor perló la frente de Thorvaldsen al comprender el significado de esas palabras.

—Estos dos no dirán una sola palabra de lo que saben.

—¿Matarías al chico? —inquirió Thorvaldsen.

—¿Matarías tú a mi hija? Pues entonces, sí, lo mataría. —El anciano resoplaba, y sus ojos reflejaban la ira que sentía.

—No estás acostumbrado a esto, ¿eh, Alfred?

—Hostigarme no te servirá de nada.

Sin embargo, eso le estaba dando tiempo a Thorvaldsen, y ésa era la única jugada que se le ocurría. Se encaró con el vicepresidente.

—Brent Green era un buen hombre. ¿Qué le ha pasado?

—No soy su sacerdote, así que no lo sé. Supongo que vio las ventajas de asumir mi cargo. Estados Unidos necesita un liderazgo fuerte, gente que no tenga miedo de hacer uso del poder. Brent es así. Yo soy así.

—¿Qué hay de los hombres con carácter?

—Ése es un término relativo. Yo prefiero verlo como que Estados Unidos se alía con la comunidad financiera mundial para conseguir metas de índole mutuamente beneficiosa.

—Es usted un asesino —espetó Gary.

Llamaron suavemente a la puerta, y Hermann fue a abrir. Uno de los hombres de seguridad del vicepresidente le dijo algo al oído al austríaco. Éste puso cara de extrañeza, asintió, y el de seguridad se marchó.

—El presidente está al teléfono —anunció Hermann.

La sorpresa inundó el rostro del vicepresidente.

—¿Qué demonios...?

—El servicio secreto te ha seguido la pista hasta aquí. Tu equipo de seguridad informó de que estabas aquí conmigo y otras dos personas, una de ellas un chico. El presidente quiere hablar con todos nosotros.

Thorvaldsen se dio cuenta de que no tendrían elección: era evidente que el presidente sabía muchas cosas.

—También quería saber si yo tenía un manos libres —añadió Hermann mientras se dirigía al escritorio y presionaba dos botones.

—Buenos días, señor presidente —saludó el anfitrión.

—No creo que usted y yo nos conozcamos. Soy el presidente Danny Daniels y le hablo desde Washington.

—No, señor, así es. Encantado.

—¿Está ahí mi vicepresidente?

—Aquí estoy, señor presidente.

—Y Thorvaldsen, ¿está usted ahí? ¿Con el hijo de Malone?

—El muchacho está conmigo —respondió Thorvaldsen.

—En primer lugar tengo una trágica noticia. Yo aún me estoy recuperando de ella. Brent Green ha muerto.

Thorvaldsen captó el instante de conmoción en el rostro del vicepresidente. Incluso Hermann se estremeció.

—Suicidio —puntualizó Daniels—. Se pegó un tiro en la cabeza. Me lo acaban de

notificar hace unos minutos. Terrible. Estamos elaborando un comunicado de prensa en este mismo instante, antes de que estalle la historia.

—¿Cómo ha ocurrido? —inquirió el vicepresidente.

—No lo sé, pero el hecho es que es así y él ya no está. También ha muerto Larry Daley. Un coche bomba. No tenemos idea de quiénes son los culpables.

Más consternación afloró al rostro del vicepresidente, y sus hombros parecieron hundirse un tanto.

—La situación es ésta —prosiguió el presidente—: dadas las circunstancias, no podré viajar a Afganistán la semana que viene. El país me necesita aquí y yo necesito que el vicepresidente ocupe mi lugar.

El aludido guardó silencio.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Daniels, alzando la voz.

—Sí, señor —respondió el vicepresidente—. Estoy aquí.

—Excelente. Vuelva zumbando hoy mismo y prepárese para salir la próxima semana. Naturalmente, si no quiere efectuar ese viaje para ver a las tropas puede presentar su dimisión. Usted decide. Pero lo cierto es que yo preferiría que emprendiera el viaje.

—¿Qué quiere decir?

—Ésta línea no es segura, así que dudo que quiera que diga lo que realmente pienso. Deje que le cuente un cuento, uno que solía contarme mi padre. Había una vez un pájaro que volaba al sur para pasar el invierno, pero quedó atrapado en una tormenta de hielo y cayó al suelo. Se congeló, pero por allí pasó una vaca que le cagó encima. La caca caliente lo descongeló, se alegró tanto que se puso a cantar. Un gato se acercó a ver qué era aquel alboroto, preguntó si podía ayudar, vio que era comida y se zampó al pájaro. Ésta es la moraleja de la historia: no todo el que te caga encima es tu enemigo; no todo el que acude en tu ayuda es tu amigo. Y si estás calentito y feliz, aunque sea en un montón de mierda, mantén el pico cerrado. ¿Me explico?

—Perfectamente, señor —repuso el vicepresidente—. ¿Cómo sugiere que justifique mi dimisión?

—Es peliagudo recurrir al siempre socorrido «pasar más tiempo con mi familia». Nadie en su posición se va por ese motivo. Veamos, el último vicepresidente que lo dejó se enfrentaba a una acusación. No podemos usar eso. Como es natural, no puede usted decir la verdad, que lo pillaron cometiendo alta traición. ¿Qué le parece: el presidente y yo ya no somos capaces de seguir trabajando juntos? Siendo el político consumado que es, estoy seguro de que elegirá las palabras con mucho cuidado, porque si oigo algo que no me guste contaré la verdad. Hable de discrepancias, comente nuestras diferencias, dígame a la gente que soy un capullo. Nada de eso me importa. Pero más le vale que no diga nada que yo no quiera oír.

Thorvaldsen observaba al vicepresidente: el hombre parecía querer protestar, pero

comprendió que no le serviría de nada.

—Señor presidente —intervino Thorvaldsen—, ¿están bien Stephanie y Cassiopeia?

—Sí, Henrik. ¿Puedo llamarte así?

—Naturalmente.

—Han contribuido de manera decisiva a este desenlace.

—¿Qué hay de mi madre y mi padre? —soltó Gary.

—Ése debe de ser el hijo de Cotton. Encantado de conocerte, Gary. Tu madre y tu padre están bien. Hace escasos minutos hablé con tu padre, lo cual me lleva a usted, Herr Hermann.

Thorvaldsen captó el desdén en la voz del presidente.

—Su hombre, Sabre, encontró la Biblioteca de Alejandría. A decir verdad quien lo hizo fue Cotton, pero él intentó arrebatársela. Sabre ha muerto, así que usted pierde. Tenemos la biblioteca, y le aseguro que ni un alma sabrá nunca dónde se encuentra. En cuanto a usted, Herr Hermann, será mejor que Henrik y el chico no tengan problemas para salir de su *château*. Y no quiero volver a saber nada de usted, de lo contrario haré que los israelíes y los saudíes sepan quién orquestó todo esto. Imagine la que se le vendrá encima. No encontrará lugar alguno donde esconderse.

El vicepresidente se dejó caer en una de las sillas.

—Una cosa más, Hermann: ni palabra de esto a Bin Laden y los suyos. Queremos cogerlos la semana que viene, mientras esperan mi avión. Si no están allí con los misiles listos, enviaré a mis comandos para que lo eliminen a usted.

Hermann no dijo nada.

—Asumiré que su silencio significa que me ha comprendido. Como ve, esto es lo bueno de ser el líder del mundo libre: tengo a un montón de gente dispuesta a hacer lo que yo quiero. Gente capaz en muchos sentidos. A usted le dieron dinero; a mí, poder.

Thorvaldsen no conocía al presidente norteamericano, pero ya le caía bien.

—Gary —dijo éste—, tu padre estará de vuelta en Copenhague dentro de un par de días. Y, Henrik, gracias por todo lo que has hecho.

—No estoy muy seguro de haber sido de utilidad.

—Hemos ganado, ¿no? Y eso es lo que cuenta en este juego.

La comunicación se cortó.

Hermann guardaba silencio, y Thorvaldsen señaló el atlas.

—Esas cartas son inútiles, Alfred. No puedes demostrar nada.

—Lárgate.

—Con mucho gusto.

Daniels tenía razón: el juego había terminado.

WASHINGTON, DC

8:30

Stephanie se sentó en el Despacho oval. Había estado allí muchas veces, la mayoría sintiéndose incómoda. No así ese día. Ella y Cassiopeia habían ido a reunirse con el presidente Daniels.

A Brent Green lo habían enterrado el día anterior en Vermont, con honores. La prensa había elogiado su carácter y sus logros. Demócratas y republicanos dijeron que se le echaría en falta. El propio Daniels hizo un panegírico, un emotivo homenaje. A Larry Daley también lo enterraron, en Florida, sin fanfarria. Sólo asistieron familiares y algunos amigos. Stephanie y Cassiopeia también acudieron.

Era curioso cómo Stephanie había malinterpretado a ambos hombres. Daley no era ningún santo, pero tampoco un asesino o un traidor. Había intentado detener lo que estaba sucediendo. Por desgracia lo que estaba sucediendo lo detuvo a él.

—Te quiero de vuelta en el Magellan Billet —le dijo Daniels a Stephanie.

—Puede que le resulte difícil de explicar.

—Yo no he de dar explicaciones. Nunca quise que te fueras, pero en su momento no tenía elección.

Ella quería recuperar su empleo, le gustaba lo que hacía. Sin embargo había otra cuestión pendiente:

—¿Qué hay de los sobornos al Congreso?

—Ya te lo dije, Stephanie, no sabía nada. Pero el tema se acaba aquí y ahora. Sin embargo, al igual que con Green, el país no sacará nada bueno de un escándalo así. Pongámosle fin y pasemos página.

Ella no estaba muy segura de que Daniels no fuera cómplice en lo de los sobornos, pero convino en que era lo mejor.

—¿Nadie sabrá nunca nada de lo que ha pasado? —preguntó Cassiopeia.

Daniels se hallaba sentado a su mesa, los pies apoyados en el borde, su corpachón recostado en la silla.

—Ni una palabra.

El vicepresidente había dimitido el sábado, aduciendo diferencias políticas con el presidente. La prensa pedía a voces su comparecencia ante las cámaras, pero hasta el momento había sido en vano.

—Imagino que mi ex vicepresidente intentará labrarse una reputación por sí mismo —comentó Daniels—. Habrá algunas discusiones públicas entre nosotros por

cuestiones políticas, cosas así. Puede que incluso pruebe suerte en las próximas elecciones. Pero no temo esa batalla. Y, hablando de batallas, necesito que vigiles a la Orden del Vellochino de Oro. Esos tipos son problemáticos. Les hemos asestado un buen golpe, pero volverán a levantarse.

—¿E Israel? —inquirió Cassiopeia—. ¿Qué hay de ellos?

—Tienen mi promesa de que nada saldrá nunca de la biblioteca. Sólo Cotton y su ex mujer saben dónde está, pero ni siquiera mencionaré eso en parte alguna. Dejemos que esa maldita cosa permanezca oculta. —Daniels miró a Stephanie—. ¿Tú y Heather habéis hecho las paces?

—Ayer, en el funeral. Daley le gustaba de veras. Me contó algunas cosas de él que yo desconocía.

—Lo ves, no deberías ser tan crítica. Green ordenó la muerte de Daley después de estudiar esas memorias USB, que demostraban que había fugas en el sistema, y él actuó para atajarlas. Heather es una buena agente, hace su trabajo. Green y el vicepresidente habrían aniquilado Israel. No les importaba nada un carajo, salvo ellos mismos. Y tú pensabas que yo era un problema.

Stephanie sonrió.

—También me equivoqué en eso, señor presidente.

Daniels apuntó a Cassiopeia.

—¿Volverá a su castillo en Francia?

—Llevo ausente algún tiempo. Mis empleados probablemente se pregunten dónde me meto.

—Si son como los míos, mientras sigan llegando los cheques estarán contentos.

—Daniels se levantó—. Gracias a las dos por lo que hicisteis.

Stephanie siguió sentada. Presentía algo.

—¿Qué es lo que no está diciendo?

Los ojos de Daniels brillaban.

—Probablemente un montón de cosas.

—Se trata de la biblioteca. Hace un momento se ha mostrado muy displicente con ella. No va a dejar que siga oculta, ¿no?

—Yo no soy quién para decidirlo. Es otro el que está a cargo, y todos sabemos de quién se trata.

Malone oyó que las campanas de Copenhague daban ruidosamente las tres de la tarde. En la plaza Højbro reinaba el habitual bullicio de esa hora. Él, Pam y Gary se encontraban sentados a una mesa en una terraza, acababan de terminar de comer. Él y Pam habían regresado de Egipto el día anterior, en avión, tras pasar el sábado con los Guardianes, rindiendo homenaje a George Haddad.

Malone pidió la cuenta.

A unos cincuenta metros estaba Thorvaldsen, supervisando las reformas de la librería y la casa de Malone, que se habían iniciado la semana anterior, mientras ellos se hallaban fuera. Los andamios recorrían los cuatro pisos de la fachada, y un aluvión de obreros entraba y salía sin parar.

—Voy a despedirme de Henrik —dijo Gary. Se levantó de la mesa y se abrió paso entre la multitud.

—El sábado fue un día triste por lo de George —observó Pam.

Él sabía que la mente de ella aún rumiaba multitud de cosas. No habían hablado mucho de lo sucedido en la biblioteca.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Maté a un hombre. Era un mierda, pero así y todo lo maté.

Él no dijo nada.

—Te levantaste —prosiguió ella—. Te enfrentaste a él sabiendo que yo estaba allí detrás. Sabías que dispararía.

—No estaba seguro de lo que harías, pero sabía que intentarías algo, y eso era lo único que necesitaba.

—Nunca antes había disparado un arma. Cuando Haddad me dio la suya me dijo que apuntara y disparara, sin más. Él también sabía que lo haría.

—Pam, no le des más vueltas. Hiciste lo que debías.

—Como tú todos esos años. —Ella se detuvo—. Hay algo que quiero decir, y no es fácil.

Él esperó.

—Lo siento. De veras, por todo. Nunca supe por lo que pasabas en esos mundos de Dios. Creía que tenía que ver con tu ego, con hacerte el machito. Sencillamente no lo entendía. Pero ahora lo entiendo. Estaba equivocada. En muchas cosas.

—Pues ya somos dos. Yo también lo siento. Siento todo lo que salió mal todos esos años.

Ella alzó las manos.

—Vale, creo que ya hemos tenido suficientes emociones.

Malone extendió la mano.

—¿Hacemos las paces?

Ella aceptó el gesto.

—Claro.

Pero entonces Pam se inclinó hacia delante y le dio un suave beso en los labios. Malone no se lo esperaba, y la sensación le produjo un escalofrío.

—Y esto ¿por qué?

—No te hagas ilusiones. Creo que ambos estamos mejor divorciados, pero eso no significa que no recuerde ciertas cosas.

—¿Qué te parece si ninguno de los dos olvidamos?

—Me parece bien —contestó ella. Y, tras una pausa, añadió—: ¿Y Gary? ¿Qué hacemos? Necesita saber la verdad.

Él ya se había planteado ese dilema.

—La sabrá, pero démosle algo de tiempo. Después mantendremos los tres una charla. No estoy seguro de que cambie mucho las cosas entre nosotros dos pero es cierto: tiene derecho a la verdad.

Malone pagó la cuenta y los dos fueron a reunirse con Thorvaldsen y Gary.

—Voy a echar de menos a este muchacho —admitió Henrik—. Formamos un buen equipo.

Malone y Pam sabían todo cuanto había ocurrido en Austria.

—Creo que ya ha tenido suficientes intrigas —apuntó Pam.

Malone estuvo de acuerdo.

—Has de volver al instituto. Lo que has vivido ya es bastante malo. —Vio que Thorvaldsen entendía a qué se refería. Lo habían hablado el día anterior. Y aunque le inquietaba la idea de Gary enfrentándose a un hombre que sostenía una pistola, en el fondo se sentía orgulloso. Por las venas del chico no corría la sangre de Malone, pero éste le había transmitido lo bastante a su hijo para que fuera suyo en todo cuanto era importante—. Es hora de que os vayáis.

Los tres se dirigieron hacia un extremo de la plaza, donde Jesper aguardaba con el coche de Thorvaldsen.

—Tú también has tenido suficientes intrigas, ¿eh? —le preguntó Malone a Jesper.

El hombre se limitó a sonreír y asentir. Thorvaldsen le había contado el día anterior que dos días con Margarete Hermann habían sido más que suficientes para Jesper. La soltaron el sábado, cuando el danés y Gary volaron de vuelta a Dinamarca. Como Thorvaldsen había dicho, la relación entre el padre y la hija no era precisamente envidiable. Ciertamente, la sangre los unía, pero no mucho más.

Malone le dio un abrazo a su hijo y le dijo:

—Te quiero. Cuida de tu madre.

—Para eso no me necesita.

—No estés tan seguro.

Acto seguido miró a Pam.

—Si alguna vez me necesitas ya sabes dónde encontrarme.

—Lo mismo digo. Aunque sólo sea eso, podemos cuidarnos uno al otro.

No le habían contado a Gary lo que había pasado en el Sinaí, y no lo harían. Thorvaldsen había decidido tomar a los Guardianes bajo su tutela y proporcionarles fondos para mantener el monasterio y la biblioteca. Ya había en marcha planes para catalogar electrónicamente los manuscritos. Además captarían a más gente para engrosar las filas de los Guardianes. Al danés le entusiasmó la perspectiva de echar una mano y estaba deseando visitar el lugar.

Sin embargo todo seguiría permaneciendo en secreto.

Thorvaldsen le había asegurado a Israel que nada trascendería, y dado que también contaban con las garantías de Estados Unidos, los judíos parecían satisfechos.

Pam y Gary subieron al coche. Malone se despidió de ellos mientras el vehículo desaparecía entre el tráfico, en dirección al aeropuerto. Después se abrió paso entre la gente y volvió con Thorvaldsen, que observaba cómo los trabajadores retiraban escombros de su edificio.

—¿Ha acabado todo? —preguntó Henrik.

Él sabía a qué se refería su amigo.

—Ese mal bicho ya no está.

—El pasado puede devorarte el alma.

Malone opinaba lo mismo.

—O ser tu mejor amigo.

Él supo por dónde iba Thorvaldsen.

—Será asombroso ver lo que hay en esa biblioteca.

—A saber qué tesoros nos esperan.

Contempló a los hombres de los andamios, que limpiaban con vapor el hollín de la fachada del siglo XVI.

—Quedará igual de bien que antes —aseguró Thorvaldsen—. Restablecer las existencias es cosa tuya. Tendrías que comprar un montón de libros.

Él lo estaba deseando. A eso se dedicaba: era librero. Sin embargo había aprendido una lección en los últimos días. Sopesó de nuevo cómo se habían visto amenazados los suyos y lo que de verdad importaba. Señaló el edificio.

—Eso son bagatelas.

El danés le dedicó una sonrisa comprensiva.

—Sólo son cosas, Henrik. Nada más. Cosas.

NOTA DEL AUTOR

Para hacer posible este libro fue necesario viajar mucho: a Dinamarca, Inglaterra, Alemania, Austria, Washington DC y Portugal. Todo empezó en el transcurso de una cena en Camden, Carolina del Sur, cuando uno de los anfitriones, Kenneth Harvey, me preguntó si había oído hablar de un estudioso libanés llamado Kamal Salibi. Cuando respondí que no, Ken me ofreció cuatro libros de Salibi. Alrededor de un año después surgió la idea de esta novela. Como siempre, sin embargo, el resultado final es una mezcla de realidad y ficción.

Es hora de saber dónde se trazó el límite.

En lo tocante a la *nakba*, mencionada por vez primera en el prólogo, esa tragedia fue demasiado real y aún determina las relaciones en Oriente Próximo.

El monumento que se describe en los capítulos 8 y 34 se basa en un cenador de mármol real que existe en Shugborough Hall, en Inglaterra. Seguidores de la New Age y de las tramas secretas llevan décadas debatiendo su significado. La rueda de prensa del capítulo 8 se celebró en Shugborough Hall, y las interpretaciones que se dan del monumento son las que expusieron los verdaderos expertos. La idea de que las letras en redonda constituyan un mapa es invención mía.

Tal y como he comentado, la idea de que el Antiguo Testamento relate la vida de los judíos de la antigüedad en un lugar distinto de Palestina no es mía. En 1985 Salibi detalló su teoría en un libro titulado *The Bible Came from Arabia* [La Biblia vino de Arabia]. También expuso en profundidad sus teorías en otras tres obras: *Who was Jesus* [Quién fue Jesús] (1988), *Secrets of the Bible People* [Los secretos de las gentes de la Biblia] (1988) y *The Historicity of Biblical Israel* [La autenticidad histórica del Israel bíblico] (1998). El descubrimiento de George Haddad en lo relativo a la relación entre el oeste de Arabia y la Biblia, detalladas en el capítulo 52, son un reflejo de las ideas de Salibi. Además, es cierto que el gobierno saudí arrasó aldeas enteras tras la publicación del primer libro de Salibi. Hasta la fecha los saudíes no han permitido que se realicen excavaciones arqueológicas en Asir.

Los mapas que se incluyen en los capítulos 57 y 68 tienen su origen en las investigaciones de Salibi. La idea de que la tierra que Dios prometió a Abraham (en el pacto que hizo con él) se halle en una región muy alejada de lo que consideramos Palestina es, cuando menos, controvertida. No obstante, como observaban tanto Salibi como George Haddad, la cuestión podría demostrarse o descartarse con facilidad mediante la arqueología.

Las incoherencias del Antiguo Testamento que se señalan en los capítulos 20, 23 y 57 no son ninguna novedad; los estudiosos llevan siglos debatiendo estos puntos. Sin embargo, está claro que la Biblia está abierta a las interpretaciones y que cada

generación parece dejar su impronta.

La historia de David Ben Gurión, que se relata en el capítulo 22, es veraz. La política del padre del moderno Israel experimentó un cambio radical después de 1965, volviéndose más conciliadora con los árabes. A partir de entonces se le excluyó de la política israelí hasta que falleció, en 1973. Como es natural, su visita a la biblioteca es cosa mía.

La historia de Nicolás Poussin, del capítulo 29, es verdadera. Su vida también dio un drástico giro. La suerte de *Los pastores de Arcadia* es la que se cuenta, y el fragmento de una carta que describe lo que Poussin pudo averiguar secretamente es fidedigno. Por qué el pintor creó *Los pastores de Arcadia II*, la imagen inversa del primer cuadro (que fue cincelada en el monumento de Shugborough Hall), es un misterio.

Los Guardianes no son reales. Puede que, de haber existido, la Biblioteca de Alejandría se hubiese salvado. La descripción física de dicha biblioteca, que se proporciona en el capítulo 21, es, a mi juicio, la mejor. Por lo que se refiere a cómo desaparecieron más de medio millón de manuscritos, las tres explicaciones que se ofrecen en el capítulo 21 constituyen las conjeturas más verosímiles de los expertos. Los doctos personajes del capítulo 32 vivieron todos, pero, por desgracia, la destrucción de la Biblioteca de Alejandría acabó con sus escritos. El mapa de Piri Reis (capítulo 32) todavía existe, y aporta una fugaz visión de lo que pudo haberse perdido.

El texto de la búsqueda del héroe es imaginario y fue adaptado partiendo de un misterioso manuscrito llamado *La serpiente roja*, con el que di en Rennes-le-Château mientras investigaba para *Los caballeros de Salomón*.

La Orden del Vellochino de Oro era una sociedad medieval francesa que se creó tal y como se relata en el capítulo 18. En Austria todavía existe una asociación con el mismo nombre, pero el grupo al que yo hago referencia no guarda relación con ella. Los hábitos y la ornamentación de la Orden se inspiran en los del siglo XV.

El monasterio de Santa Maria de Belém se encuentra en Lisboa. Lo visité en dos ocasiones, y su historia y su magnificencia —de las que se dan cuenta en los capítulos 46, 48, 51, 53 y 54— son exactas, aunque parte de la distribución interna del edificio fue objeto de modificaciones. Es un lugar extraordinario, como lo es toda Lisboa.

El sagrario, que desempeña un papel fundamental en la búsqueda del héroe, se halla en el monasterio de Belém, y la forma en que la luz convierte la plata en oro es un fenómeno que se advirtió hace siglos. En la actualidad, con el objeto de mantener ese efecto en todo momento, unos focos lo iluminan. Naturalmente los eliminé en mi relato.

El Museo Nacional del Aire y el Espacio es uno de mis lugares preferidos, y me

alegró poder incluirlo por fin en una de mis obras. El castillo de Kronborg (capítulo 9), Elsinor (capítulos 11 y 14), la Baumeisterhaus de Rothenburg (capítulo 22) y el valle del Rin y el puente que cruza el río Mosela en el centro de Alemania (capítulo 27) son reales.

Las cartas entre san Jerónimo y san Agustín (capítulos 63 y 65) son producto de mi imaginación. Ambos eran hombres cultos y fueron muy activos en la formulación de los dogmas de la Iglesia de los primeros tiempos. Las cartas demuestran que la traducción del hebreo al latín vulgar que efectuó san Jerónimo del Antiguo Testamento pudo ser manipulada para acomodarse a los propósitos de la incipiente Iglesia. Las incoherencias que se indican en la traducción de san Jerónimo se deben a Salibi, no a mí, pero ciertamente suscitan cuestiones fascinantes.

Yo nunca he saltado en paracaídas de un Hércules, pero el coronel Barry King sí lo ha hecho y me lo ha contado con pelos y señales.

La abadía del Sinaí (capítulo 72) es una amalgama de las muchas que salpican esa desolada región. Ubicar la Biblioteca de Alejandría allí, bajo tierra (capítulo 78), entra dentro de lo posible. Los antiguos egipcios tenían minas en esas montañas, y sin duda sus túneles seguirían existiendo después de Cristo.

El periplo de la Biblia del Sinaí (capítulo 63) sucedió como aquí se cuenta. El Códice de Alepo (capítulo 23), que data del año 900 de nuestra era, se encuentra expuesto en Jerusalén y es el manuscrito del Antiguo Testamento más antiguo que se conserva. No obstante, un ejemplar de un período anterior a Cristo —como el que se menciona en el capítulo 79— sin duda cambiaría todo cuanto se conoce del Antiguo Testamento.

El conflicto de Oriente Próximo continúa candente. Resulta asombroso que las tres principales religiones del mundo —judaísmo, islam y cristianismo— decidieran venerar el mismo lugar en Jerusalén. Estas religiones llevan siglos luchando por la supremacía en Palestina, pero, tal y como se afirma en el capítulo 7, en su nivel más básico, esta lucha no tiene que ver con la tierra, la libertad o la política, sino con algo mucho más elemental: la Palabra de Dios.

Cada una de las tres religiones tiene su propia versión y cada una de ellas cree que las otras dos son erróneas.

Y eso, más que ninguna otra cosa, explica la razón por la cual el conflicto continúa.

AGRADECIMIENTOS

Los escritores deberían tener cuidado con el pronombre yo. Un libro es un trabajo de equipo, y el equipo del que tengo el privilegio de formar parte es una verdadera maravilla. De manera que, por quinta vez, muchísimas gracias. En primer lugar a Pam Ahearn, mi agente, que se topó con un huracán llamado Katrina pero salió ilesa. En segundo lugar a la estupenda gente de Random House: Gina Centrello, extraordinaria editora y encantadora mujer; Mark Tavani, mi editor, en la actualidad un hombre casado que es mucho más sabio de lo que correspondería a su edad; Cindy Murray, que siempre se supera a sí misma con la publicidad; Kim Hovey, cuyos conocimientos del mercado son indescriptibles; Beck Stvan, talentoso artista con ojo de lince para las cubiertas; Laura Jorstad, que una vez más ha realizado una precisa corrección; Corole Lowenstein, que siempre hace que las páginas sean gratas a la vista. Y, por último, a todos los de Promociones y Ventas, sin cuyo gran esfuerzo nada sería posible.

Hay alguien más digno de una mención especial: Kenneth Harvey Hace unos años, mientras compartíamos una cena en Carolina del Sur, Ken me puso sobre la pista de un estudioso libanés llamado Kamal Salibi y una teoría bastante críptica de la que acabó saliendo esta novela. Las ideas surgen en los momentos más extraños a partir de las fuentes más inesperadas, y la labor del escritor es reconocerlas. Gracias, Ken.

Yo, además, cuento con una nueva Elizabeth en mi vida que es lista, guapa y cariñosa. Naturalmente mi hija de ocho años, Elizabeth, continúa dándonos grandes alegrías. Por último este libro está dedicado a mis dos hijos mayores, Kevin y Katie, que me hacen sentir viejo y joven a un tiempo.

Notas

[1] Error tipográfico: “vigilas” en el original (N. de ECR) <<